





ANGEL GUERRA



MADRID.—Imp. de los Hijos de Tello, C.ª de San Francisco, 4.

NOVELAS ESPAÑOLAS CONTEMPORÁNEAS

POR

B. PÉREZ GALDÓS

ÁNGEL GUERRA

SEGUNDA PARTE

10.000



MADRID

LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO

Calle del Arenal, núm. 11.

1921

ANGEL GUERRA

SEGUNDA PARTE

I

PARENTELA.—VAGANCIA

I

En efecto, Angel Guerra tomó el tren de Toledo el 2 de Diciembre por la mañana. Sus primeros pasos en la histórica ciudad fueron vacilantes, sus horas aburridísimas, conforme al estado de indecisión de su voluntad y al cansancio del viaje. Dió con su cuerpo en una de las detestables fondas toledanas, y por la tarde, después de vagar á la aventura de calle en calle, sentándose á ratos en solitaria plazoleta, ó persiguiendo el misterio que precedía sus pasos á la vuelta de cada esquina y en la curva de las retorcidas calles, pensó en la obligación de visitar á sus parientes. Sentía el desasosiego, la inapetencia moral que inspira la proximidad de personas con quienes se tiene más parentesco que relaciones amistosas, y de buena gana habría prescindido de la visita.

Conviene repetir que esta parentela se dividía en dos ramas: rica y pobre. La pobre hallábase reduci-

da últimamente á una prima hermana del padre de Guerra, llamada Teresa Pantoja, viuda de un cerero de la calle Ancha. Angel la había visto algunas veces en Madrid y en su casa, por San Isidro, y conservaba de ella buen recuerdo. Apreciábala mucho doña Sales, que puntualmente recibía de ella, por Navidad, una caja de mazapán y otra de los celebrados bizcochos de Labrador para chocolate; y le correspondía con un mantón de ocho puntas ó un corte de vestido. Al enviudar, la doña Teresa suspendió sus excursiones de Mayo á Madrid; pero seguía en amistoso carteo con doña Sales.

Personificaba la parentela rica D. José Suárez de Monegro, á quien Angel solía llamar por chanza *don Suero*, persona de buena posición en la ciudad. No pocas veces le había visto también en Madrid en la temporada *Isidril*, aunque nunca le tuvo de huésped en su casa, pues D. Suero paraba siempre en el *Hotel de Embajadores* ó en *Las Cuatro Naciones*. Era primo carnal de doña Sales, cuyas fincas rústicas y urbanas de Toledo administraba con escrupulosa honradez, y también tenía parentesco con Braulio, hermano de su esposa, doña María de Rojas. Así como el de Suárez hizo Guerra el *Don Suero*, de la doña María hizo *doña Mayor*, mote que le cuadraba admirablemente por rivalizar la buena señora en estatura con los granaderos de Federico el Grande.

De este matrimonio habían nacido tres hijos: Pelayo, que el 85 era oficial de artillería, y dos hembras, la mayor de las cuales se casó á disgusto de los padres con un joven que fué secretario del Gobierno civil de la provincia; la menor permanecía en estado

de merecer. A su primo el artillero le conocía Guerra; pero á las dos primas no las había visto desde muy niñas, y por ciertas referencias se las figuraba, ya mujeres, bastante antipáticas. Que D. José Suárez pertenecía al *elemento más ilustrado* de la ciudad era cosa vulgar de pura sabida, y también era público y notorio que dió la última mano de barniz á su ilustración con la visita que hizo á la Exposición de París del 79. Por dicha de la localidad, casi siempre figuraba en la Diputación Provincial ó en el Ayuntamiento, entre aquellos *nobles discretos varones* á quienes amonesta el autor de la espinela estampada en la escalera de la Casa Consistorial, y en ambas Corporaciones dejaba sentir un año y otro el empuje formidable de su ilustrada iniciativa.

Fatigado de dar vueltas al acaso por el dédalo de calles, sentóse Guerra en el escalón de una puerta, en solitaria encrucijada, para meditar en el grave problema de la visita á sus parientes. ¿Por qué rama empezaría? Decidióse al fin por la parentela humilde, y buscó el itinerario de la morada de Teresa Pantoja, preguntando á los pocos transeuntes que encontraba.

Había visitado á Toledo bastantes veces, pero por poco tiempo, y siempre con escolta de habitantes de la ciudad que le ahorraban el trabajo de estudiar la inextricable topografía de ésta. Fuera de las vías que conducen de Zocodover á la Catedral, y de la calle Ancha á la de la Plata, no sabía dar un paso sin perderse. Pero preguntando se llega á todas partes, á Roma inclusive, y á la calle del Locum, donde la viuda del cerero vivía.

El mendigo y el *cicerone* suelen ser allí una sola persona. Los chiquillos pobres, y aún los que no lo parecen, dedícanse también, si al salir de la escuela tropiezan con algún forastero, al oficio de guías por el rompecabezas toledano. Guerra utilizó los servicios de uno de éstos, y pudo llegar á donde quería, rodeando la Catedral, y acometiendo después el empinado y tortuoso callejón que sube desde las inmediaciones de la *Posada de la Hermandad* hacia San Miguel el Alto, y enlaza también, por otra calleja inverosímil, con San Justo y San Juan de la Penitencia. El madrileño se vió en una plazoleta de tres dobleces, de esas en que los muros de las casas parecen jugar al escondite; pasó á la calle del Cristo de la Calavera que culebrea y se enrosca hasta volver á liarse con la del Locum; vió puertas que no se han abierto en siglo y medio lo menos; balcones ó miradores nuevecitos con floridos tiestos; rejas mohosas, cuyo metal se pulveriza en laminillas rojizas; huecos de blanqueado marco, abiertos en el ladrillo obscuro de antiquísima fábrica; vió gatos que se asomaban con timidez á ventanuchos increibles; labrados aleros, cuya roña ostenta los tonos más calientes de la gama sienosa; de trecho en trecho, azulejos con la figura de la Virgen poniendo la casulla á San Ildefonso, y por fin llegó á una puerta modernizada, que fué el límite de su viaje.

La entrada y patio de la casa de Teresa Pantoja eran de puro tipo toledano, mitad de empedradillo, mitad de baldosín rojo, muy limpio, recién fregoteado; las paredes como acabadas de enlucir; el patio ajardinado con matas de evónymus en arriates ó en

barriles pintados de verde; y á lo largo del zócalo azulejos descabalados de mil trazas y dibujos distintos, como procedentes de demoliciones de palacios ó monasterios, los unos con grotescas figuras, los otros con retazos de cenefa, muchos dejando ver trozos de un paramento decorativo, el cuartel de un escudo, ó sílabas de un letrero. Los postes que daban forma claustral á dos lados del patio eran de pino antiquísimo sin pintar, de un caliente tono de yesca, secos y un poco desplomado, sosteniendo con la carcomida zapata las apandadas vigas. Las ventanas altas lucían pintura de un verde agrio, las paredes el blanco cegador del yeso. Concluía la decoración, en un ángulo del patio, brocal de berroqueña, musgoso en la base, reforzado por zunchos de hierro, con su polea pendiente de la horca y un historiado cacharro para extraer el agua.

No tuvo tiempo Guerra de observar bien todas estas cosas porque salió su tía dando voces, y le abrazó en medio del patio, invitándole á entrar en una salita baja, que por lo fría debía de ser la sucursal del Polo Norte. Representaba Teresa cincuenta y cinco años, mujercita de tipo muy de Toledo, ojinegra, corta de estatura, suelta de miembros y de lengua, graciosa y ágil, cara de estas que á cierta edad se curten, y en una vida reposada, metódicamente vulgar y sin afanes, se conservan con cierta dureza reluciente y picoteada como la cáscara de la almendra. Ostentaba completa y sana su dentadura y tenía el pelo casi enteramenten blanco. Los agasajos que hizo á su pariente no acababan nunca, ni las memorias tristes y cariñosas que consagró á doña Sales y á la

pobrecita Ción. Díjole después que si se proponía pasar una temporada en Toledo huyendo de los trajines de Madrid, debía hospedarse en aquella casa, pues las fondas eran rematadamente malas y bulliciosas, como Angel había podido observar.

—Aquí estarás como en la Gloria. No hallarás en todo el mundo lugar más sosegado, más silencioso. Hay aquí dos huéspedes... vamos, aunque esto no es casa de huéspedes, tengo dos señores para ayudarme, sacerdotes, personas tan tranquilas, que no se las siente, cada uno en su cuarto, calladitos como en misa. No gasto criadas: yo lo hago todo. Sólo viene aquí una mujer que me lava los suelos y me ayuda durante el día. Te daré mi habitación que es... un verdadero nido de canónigo. Sube y la verás, y yo me pasaré á otra.

A Guerra, en efecto, parecióle aquello el Paraíso. ¡Qué silencio, qué apartamiento, qué paz! Podría creer que un fabuloso hipogrifo le había transportado, en un decir Jesús, á cien mil leguas de Madrid. Aceptó sin vacilar; aquella misma noche trajo de la fonda su equipaje, y se instaló. Su cuarto era un verdadero rincón arqueológico, cuya limpieza y chabacanería ingénua le encantaron; las paredes blanqueadas; en la cómoda panzuda un Niño Jesús de talla, monísimo con témporas de metal y zapatos de tisú, trajecito muy hueco de raso con lentejuelas; las maderas de la ventana pesadísimas, de cuarterones pintados al temple; la vidriera verdosa, con más plomo que vidrio; en la pared un cuadro torcido con estampa manchada de humedad, representando al cardenal Lorenzana, y otro con el célebre Transparente

en el momento de ser visitado por los reyes Carlos IV y María Luisa; el piso del baldosín bruñido, cubierto en parte por valenciana estera de las más séncillas; tocador de espejo sobre pivotes, y otras varias rarezas que él no había visto nunca más que en las prenderías. Púsole además su patrona, por si quería escribir, un tintero de Talavera, que debió de prestar servicio á los que redactaron el Fuero Juzgo, con otros objetos cuya aplicación no entendió Guerra, como dos ó tres acericos muy lindos colocados allí con un fin puramente ornamental, porque no tenían alfileres.

La cena fué tan clásica como familiar, compuesta de las inmemoriales sopas de ajo, acartonaditas, el huevo, el guisado de carnero y la ensalada, minuta ó documento gastronómico que ya no debía de ser nuevo en tiempo del arrianismo. Sirvióla Teresa con diligencia y aseo. Los cubiertos traían á la memoria industrias que fenecieron, y las servilletas raspaban poco menos que papel de lija. Pero todo era limpio, inocente, patriarcal, y constituía para el advenedizo un mundo enteramente nuevo. Cenando, conoció á sus dos compañeros de hospedaje, el uno canónigo de la catedral, D. Isidro Palomeque, sexagenario muy corriente y francote, dado á las investigaciones arqueológicas; el otro capellán de las monjas de San Juan de la Penitencia, varón de una timidez inenarrable. Llamábanle D. Tomé; se ruborizaba siempre que tenía que decir algo, por insignificante que fuera, y apenas alzaba del plato sus ojos lánguidos, exentos de toda malicia.

A entrambos les observó Angel, empezando por

Palomeque, rostro muy de paleto, con cejas de guardapolvo, piel curtida, bien cortada nariz, que empezaba en nuez y acababa en tomate, orejas como aventadores, fisonomía vivísima y modales corteses con gravedad, de ese tipo de hidalguía que se va perdiendo como otras muchas cosas. Picando en varios asuntos, dió á conocer el canónigo su temple conciliador y propicio á la amistad, exento de pasión hasta en materias religiosas, carácter que intelectual y moralmente se gozaba en su propia inercia, en las delicias intermedias y opacas de un presente sin brillantez, pero también sin afanes. Asimismo reveló el buen prebendado, en las breves pláticas de la primera noche, su caudalosa erudición de menudencias y chismes históricos. En cambio, el capellán de monjas parecía mudo. Su cortedad causaba pena. Angel observó de soslayo aquella cara, al propio tiempo aniñada y decrépita, tan desprovista de expresión varonil, que bien podría pasar, si le pusieran tocas, por cara de mujer.

No durmió Guerra muy bien, porque la paz desvela como el bullicio, y la primera noche de silencio excita á los que vienen del tumulto. Extrañaba la cama, harto menos blanda que las suyas de Madrid; extrañaba el calzado elegante del Niño Jesús, la imagen borrosa de Lorenzana y la inmaculada blancura de las paredes. Durante largo rato atormentó su cerebro caldeado por el insomnio una enfadosa cavilación sobre el uso que tendrían los acericos que en número tan desproporcionado veía en su alcoba. Su imaginación se los reprodujo, y ya no eran tres sino treinta ó más los adminículos de aquella clase que por todas

partes le cercaban, no ya sin alfileres, sino tan guarnecidos de ellos que parecían puerco-espines acechando su sueño. No apagó la luz hasta muy tarde, y allá de madrugada, durmiendo á pedacitos, oía campanas de diferente timbre, que tocaban á misa. Unas sonaban chillonas, otras graves, con distintas intensidades y tonos, música ondulada según los caprichos del aire, y que á veces se venía encima hasta herir de cerca los oídos del durmiente, á veces se alejaba, dejando sus ecos en las cavidades del sentido. Era como los términos de un lenguaje que se comprende á medias, palabra sí, palabra no, y que por su propia ininteligencia embelesa más el alma, meciéndola entre dos dudas, la duda de que vela y la de que reposa.

II

Al siguiente día, costóle trabajo á Guerra decidirse á visitar á D. Suero. Pero la razón fría venció su desgana, y después de comer se encaminó perezosamente á la calle de la Plata, la calle de alcurnia, toda flanqueada por una y otra banda de soberbias puertas que son otros tantos muestrarios de clavos hermosísimos. Lo primero que en el patio se veía era una colección de columnas de mármol, árabes, con bellísimos capiteles, los fustes rotos, sujetos por zunchos de hierro. Estaban arrimados á la pared en buen orden, á estilo de museo, y tal carácter en efecto tenian, pues Suárez, como todo toledano rico, era algo arqueólogo, y habiendo encontrado aquellos magníficos restos al hacer excavaciones en su finca de Azu-

queica, los puso ordenadamente en el patio para que *pudieran apreciarlos las personas de gusto*. Por lo demás, el patio no desdecía del tipo común, sólo que los pilares estaban pintados, el pozo era magnífico, el baldosín y empedrado de lo más fino, y extraordinariamente lujoso el caldero de bronce para sacar agua del aljibe. Los evónymus no faltaban, ni canarios en bonitas jaulas. Pero lo más notable era la caterva de cuadros viejos que en todas las paredes se veían, algunos sin marco, y por lo general malísimos; asuntos de frailes encanijados, Ánimas del Purgatorio imitando el bacalao á la vizcaína, y Vírgenes con basquiña, despojos sin duda de santuarios rurales, que don Suero había ido recogiendo aquí y allí para almacenarlos en la creencia de que eran *cosa de mérito*. En todas las ciudades donde ha florecido la pintura, como Sevilla, Valencia y Toledo, aparece, tras el espurgo de los siglos y la selección que nutre los museos, esa barredura artística que invade las casas burguesas y se perpetúa en las prenderías.

La casa ofrecía diversos planos y perfiles en su desigual arquitectura. Al llamar á la puerta del zaguán, una criada daba el quién vive desde altísima ventana del patio, y tiraba de una cuerda, franqueando la entrada. El visitante subía por la escalera de peldaños de madera guarnecidos de azulejos, atravesaba pasillos derrengados por los asientos de la antigua fábrica, y para llegar á la sala tenía que volver á bajar, y subir luego dos ó tres escalones. La sala ¡ay! ostentaba sillería de seda color de corinto, la cual se daba de bofetadas con pedazos de tapiz y con mueblecitos antiguos de taracea. Las arañas de vidrio de lo más

común insultaban con su modernismo insolente la figura severa de un San Pedro Mártir, que si no era del Padre Maino lo parecía. Pero lo más discordante y chillón era una media docena de cromos, con moldurita dorada de á peseta la vara, representando escenas del Derby y todo el matalotaje insípido de las carreras de caballos, traídos de París por D. Suero, como la más fina muestra de sus ilustradas aficiones, y que lucían en la sala junto á las cornucopias procedentes del destruído monasterio de San Miguel de los Ángeles. Pero en estas disonancias no reparaba don José, ansioso de poner su casa á estilo de Madrid; y en sus viajes á la Corte siempre se traía alguna cosa elegante, bien las cortinas de linón rameado, bien la parejita de figuras de bronce alemán, de lo barato, el marquillo de felpa para las fotografías ó algún muñeco de *biscuit* ó *terracotta*, de estos que hacen gracia por lo picantes, sin que faltara el chisme de latón galvanizado con emblemas de caza ó pesca rodeando un termómetro, que ni á palos marcaba la temperatura.

Recibió Suárez á su pariente con demostraciones de afecto, en las que pusieron su parte doña Mayor y María Fernanda, la hija soltera. Era el jefe de la familia un señorete de estos que aún dentro de casa, ostentando el gorro de terciopelo engrasado y la americana de desecho, revelan el uso público de las prendas nobles de sociedad. En efecto, no se concebía á D. Suero sin su levita cerrada y su sombrero de copa, partes tan esenciales como el bigote corto de tres colores, la nariz cotorrona y algo torcida, el bastón con puño de plata, todo realzado por una gran pulcritud

de la persona, de pies á cabeza. Era una figura que daba respetabilidad al pueblo y al vecindario. Veíasele mucho en la calle, no así á su señora, de tal modo petrificada en las formas y costumbres antiguas, que nunca traspasaba los umbrales, salvo la salidita á misa muy de mañana en San Nicolás, la única iglesia de Toledo, tal vez, absolutamente rasa de interés artístico y de poesía religiosa ó legendaria.

Los tres hablaron largamente con Guerra; pero no le ofrecieron la casa para vivir, ni dijeron nada al saber que vivía con Teresa Pantoja. Ni una palabra de los últimos acontecimientos de la vida de Angel en Madrid, lo que éste agradeció mucho, pues esperaba reticencias y alusiones impertinentes. En resumen, la acogida parecióle de agasajo cortés y un tanto receloso. Doña Mayor era un eco servil de las observaciones *ilustradas* que á cada instante hacía su esposo, y en cuanto á María Fernanda, Guerra la calificó al primer envite, de enteramente vulgar. Preocupábase mucho de las modas, para ponerse cuanto ringorrango traían los figurines del periódico á que estaba suscrita; al dedillo se sabía las óperas que iban echando en el Real de Madrid, y lamentaba que Toledo no tuviera la animación correspondiente á capital de tanto señorío. De físico no andaba mal la niña, sin ofrecer nada extraordinario, finita, mal color, ojos bellos, mixtura de damisela de *cortijo* que se hace su propia ropa y tiene las manos bastas, y de costurerita de *corte* que sabe mil suertes y toques de agradar. Viéndola y escuchándola, Guerra se convenció de que nunca sería la tal prima santo de su devoción.

Don Suero se condolía de lo triste que ha de ser

para un madrileño la vida toledana. «Y eso que Toledo, con la Academia, no es conocido. La plaza está bien surtida. Casi todos los días vienen ostras.

—Y los pescados finos nunca faltan—apuntó doña Mayor.

—Este invierno—dijo la niña, que siempre cuidaba, con noble patriotismo, de ensalzar la población,—vamos á tener compañía *seria* de zarzuela. La que tuvimos este verano no daba más que mamarrachos, pero ahora nos anuncian *Las Campanas de Carrión* y *El Reloj de Lucerna.*

—Nuestro vecindario—observó D. Suero,—no ayuda á los artistas, y si no fuera por los chicos de la Academia, esto sería un cementerio. Hay muy poca sociedad, y son contadísimas las casas donde se reunen tres personas por la noche á jugar al tresillo... A los hombres les tienen todo el día en el Casino, hechos unos vagos, y las señoras siempre en casa. Por no salir, no van ni á las funciones de la Catedral.

Aseguró que una de las causas de la tradicional desanimación era la estructura laberíntica y huraña de la ciudad, compuesta exclusivamente de cuestas, callejones y pasadizos, sin salida fácil á la Vega. El había trabajado lo indecible en el Ayuntamiento por decidir á éste á una reforma radical, derribando media ciudad y reconstruyéndola, con arreglo á las modernas pautas de la urbanización. «Yo he viajado, hijo, yo he estado en París, y sé lo que son poblaciones. Vivimos en un *nido de águilas*, y la vida moderna no cabe aquí. Dicen que no hay medio de regular este cienpiés, y yo respondo que una voluntad de hierro todo lo facilita. Respetando los grandes monumentos, Ca-

tedral, Alcázar, San Juan y poco más, debemos meter la piqueta por todas partes, y luego alinear, alinear bien. Vengan bonitas fachadas, vías amplias, con árboles, kioskos y candelabros de gas. Pero me canso de predicar en desierto, y cada día está la población más horrible. ¡Figúrate tú qué hermoso sería aislar completamente la Catedral, ensanchar la calle del Comercio y poner un tranvía de punta á punta! Lo que falta es dinero, dinero, dinero. Con él se podrían restaurar los buenos edificios, con arreglo á lo que dictaminaran las Academias y cuerpos facultativos, declarar la guerra al gusto barroco, demoler murallas y puertas, pues con el producto de la piedra sillería que en ellas hay, levantaríamos de nueva planta un palacio de hierro para exposiciones *de caldos* y otros productos agrícolas. Dí tú que aquí no hay iniciativa para nada, que este es un pueblo apático, y lo mismo le da pitos que flautas. No sabes lo que he trabajado por que se establezca aquí un buen Ateneo, donde se den veladas y conferencias, y se lean bonitos versos, para que los jóvenes se vayan ilustrando. Pues no señor; háblales de levantar una nueva Plaza de Toros, pero de Ateneo no les hables, porque se quedarán en ayunas.»

A Guerra se le sentaba en la boca del estómago la ilustración de su tío, el cual, metiendo también baza en política, dijo que si hubiera en España patriotismo, todos los hombres notables debían unirse para formar un solo partido, que gobernaría sin mirar más que al interés de la nación, subiendo los aranceles y bajando las contribuciones. «Pero no tengas cuidado, que no lo harán. Mientras riñen por el turrón, el ex-

tranjero se apodera de nuestra riqueza y nos explota. Y no prosperaremos, créelo, hasta que no hagan lo que digo, unirse todos, todos, desde el carlista al republicano.»

Todo el tiempo que pudo aguantó Angel la matraca que sus tres parientes le dieron, hasta que apurada su paciencia, se despidió, prometiendo ir á comer el día que le designaran. Acompañóle el propio don Suero, que quiso prolongar la jaqueca al través de las calles, y lo primero que hizo el buen señor fué mostrarle las reparaciones últimamente hechas en la casa bajo su dirección. La fachada plateresca era de las más típicas de Toledo; mas para evitar el descascarado de la piedra, habían dado una mano de pintura *color perla* á toda la fábrica, y otra de blanco á los escudos *imitando mármol*. Sobre la magnífica puerta armaron un cierro mirador de pino, imitando nogal, que parecía obra del mismo demonio por lo fea y profana; las rejas quedaron de negro, mostrando las persianas verdes tras su labor airosa, y los clavos de la puerta, estupenda obra de herrería, que figuraban cuatro conchas unidas en cruz, desaparecían bajo una capa de pintura *imitando bronce*. Satisfecho estaba D. Suero de su restauración, y Guerra, disimulando la antipatía que el buen señor le inspiraba, no tuvo más remedio que elogiar aquellos horrores. Brindóse después el eximio toledano á enseñarle lo más notable de la ciudad, acompañado de un entendido arqueólogo; pero Guerra esquivó el ofrecimiento con toda la cortesía posible. Le enfadaban los admiradores furibundos, los sabios prolijos que quieren hacer notar mil insignificantes pormenores, los que

se embelesan delante de una piedra ó ladrillo roñoso, que maldita la gracia que tiene.

—Bueno, pues vete por ahí, y registra bien la Catedral y demás cosas de mérito. Después que te hayas hartado de antigüedad, te llevaré á ver la Diputación, donde hemos hecho obras de suma importancia. Verás también los dos Casinos, que son notables, pero muy notables, bien decorados, con espejos, cortinas de terciopelo, unas arañas para petróleo que se han traído de Bayona, *directamente*, y dos ó tres soberbias alfombras de fieltro. En fin, que está muy bien, y verás que, aunque pasito á paso, algo se va adelantando.

Despidiéronse al fin junto á la Catedral, y al verse libre de su ilustrado pariente, Angel ¡ay! respiró como si despertara de una pesadilla.

III

Faltábale la visita á Leré, objeto principal de su viaje; mas un sentimiento de delicadeza dictábale la idea de aplazarla, porque habiéndole precedido la joven toledana tan sólo dos días, parecería que le acosaba. Determinó, pues, esperar, saboreando en tanto el gustillo de considerarse próximo á ella, de suponerla tras este ó el otro muro, ó de creer que *momentos antes*, había pasado por las calles que él recorría. Porque su ocupación única, en los días primeros, fué vagar y dar vueltas, recreándose en el olor de santidad artística, religiosa y nobiliaria que de aquellos vetustos ladrillos se desprende; su placer mayor per-

derse sin guía ni plano, jugando con el ovillo revuelto de las calles. De noche, el misterio y la poesía resaltaban más que á la luz del sol. Las puertas erizadas de clavos, la desigualdad infinita de planos, rasantes y huecos, las fachadas con innumerables dobleces, las rejas, las imágenes dentro de alambrera y con lamparilla, los desfiladeros angostos, entre muros que se quieren juntar, los cobertizos y travesías empinadas, la soledad, la sombra distribuída en masas caprichosas, avivaban más en el espíritu del vagabundo la impresión de leyenda dramática ó de histórico lirismo. En sus primeras caminatas, la planimetría de la ciudad érale desconocida; pero pasando y revolviéndose de Norte á Sur y de Levante á Poniente, empezó á orientarse, fijó los grupos de edificios más visibles, las torres y cúpulas, y de este modo pudo dominar el sentido de las calles, y entenderlas como signos de endiablada escritura, que se va comprendiendo después de pasar por ella los ojos una y otra vez. Sale ahora este vocablo, después aquel; se despeja parte de una cláusula, luego se trasluce una frase íntegra, hasta que interpretados con cálculo y paciencia los espacios intermedios, llégase á leer de corrido todo el conjunto de garabatos.

Las excursiones nocturnas dejábanle con ganas de ver á la luz del día lo traslucido entre las sombras de la noche. «¿Qué serán estos muros altísimos?—se preguntaba.—Esta vertiente espantosa ¿á qué abismos conduce?» Y levantándose muy temprano, se lanzaba de nuevo á su exploración vagabunda. Las campanas de los conventos y parroquias llamando á misas tempranas producíanle una emoción suave que

no lograba definir. No era que á él le entrasen ganas de oir misa, pero le encantaba la impresión fresca y estimulante del madrugar, y miraba con simpatía á las pobres mujeres que arrebujadas y carraspeando se metían en las iglesias. Allá se colaba también él, movido del *dilettantismo* artístico y de cierta curiosidad religiosa, ligeramente estimulada por pruritos de vida espiritual. Las iglesias de los conventos de monjas le ofrecían singular encanto, y siempre que abiertas las hallaba, á primera hora, se metía dentro. De este modo multitud de misas pasaban por delante de sus ojos todas las mañanas. Comúnmente, una sola persona ó dos cuando más, fuera del cura y monaguillo, se veían en el templo, alguna vieja que entraba rezando entre dientes, algún anciano catarroso con trazas de mendigo. Lo que más le enamoraba era el sentimiento de reposo, de convalecencia, de tranquilidad interior que aquellos recintos monjiles tenían en sí. El fresco matinal resultaba placentero en aquella cavidad hospitalaria, en la dureza del banco lustrado por el tiempo, ó de rodillas sobre el ruedo de esparto. Y de tal modo le iban gustando las iglesias de monjas, que vista una quiso verlas todas, y poco á poco, esta quiero, esta no quiero, visitó Santo Domingo el Antiguo, las Capuchinas, Santo Domingo el Real, las Claras, San Clemente, San Pablo, etc., y allí permanecía hasta que le echaba el sacristán, entre siete y ocho. Si el cura no estaba en el altar, recorría la iglesia con estudiada compostura buscando *Grecos*, que eran su delicia, examinando altares barrocos, Cristos con melena y Vírgenes de cerquillo, investigando siempre lo raro, lo

artístico, lo sentido, que en medio de mil vulgaridades suele encontrarse allí donde un poderoso sentimiento ha engendrado tantas y tan diversas formas. Durante la Misa se sentaba ó se arrodillaba con fingida devoción, echando miradas furtivas á la verja del coro, por la cual se traslucían, bañadas en luz azulada y misteriosa, las siluetas blanquinegras de las esposas del Señor.

Allí dejaba correr el pensamiento por el campo sin fin de la Historia, de la Filosofía, y aun por el secano de la Economía política, encontrándose en su propia mente con mil ideas contradictorias. Mirando las cosas desde cierta altura, envidiaba la existencia apacible, sublimemente egoísta de aquellas buenas señoras desligadas del mundo, sin familia, pensando sólo en su salvación y cultivándola con una vida de sobriedad, abstinencias y privaciones, en cuyo fondo, al liquidar la cuenta de afanes y goces, resulta quizás un regalo y bienestar profundísimos. Cuando la misa concluía, acercábase á la reja y de cerca las contemplaba, admirándose de que ellas no se asustaran ni parecieran hacerle caso. «Esta monja que aquí cerca veo—decía,—¿quién será? ¿Cómo se llamaría en el mundo? ¿Por qué entró aquí?» Oíalas rezar, y aquel murmurio dulce que, en el conjunto de veinte ó más voces, sonaba con ondulaciones perezosas como si el aire á desgana lo transmitiera, le penetraba hasta el alma dándole cierto escalofrío placentero.

Al fin de la visita, se entretenía viendo al sacristán apagar las luces, recoger las velas, los vasos sagrados, las ropas del cura, y pasarlo todo al coro por medio de un cajón como los de las cómodas, que una

monja recibía por la parte interior de la verja. Veía cómo las señoras se retiraban hacia dentro, dejando vacío el coro, lo mismo que la iglesia, pues el único individuo que había oído misa se marchaba, persignándose, envuelto en su capa. Guerra salía también, no sin dar propina al sacristán, el cual le tomaba por extranjero que iba á la husma de algún brocado antiguo para el comercio de *bric-á-brac.*

Pero nunca le había dado por coleccionar trapos ni cachivaches. Lo que hacía era recrearse en la inmensa riqueza artística, que obscuramente y sin que nadie lo eche de ver atesoran aquellas casas de recogimiento. En unas observaba la fábrica hermosa, del severo estilo del Greco, en otras las enmiendas y superfetaciones de los siglos, empeñados en desmentirse unos á otros; aquí la insulsez de la piel académica dejando ver por intersticios la oreja mudéjar, el plateresco que lleno de savia se abre paso entre restos góticos.

Un día de fiesta, encontróse en San Clemente con misa cantada y solemne función. Mayor encanto que los demás monasterios de señoras tenía para él el de monjas Bernardas de San Clemente, porque allí se había educado Leré, allí pasó parte de su infancia, y allí le inspiró el Cielo la divina ciencia con que había trastornado el seso de su amo. La aristocrática iglesia resplandecía con enorme profusión de cera encendida, colgadas las paredes de soberbios damascos, los altares vestidos de gala. La concurrencia escasísima, pues apenas constaba de tres ó cuatro mujeres y un viejo, hacía más interesante el acto. Oficiaba un solo cura, y las monjas respondían á su canto, acompañadas del

órgano, con plañidero sonsonete, que á Guerra le hacía muchísima gracia. En la iglesia y en lo que del coro se veía notábase lo que en el mundo se llama *distinción*, un no sé qué de nobleza no afectada y de esplendor mate, como el de los metales de ley, cuando el tiempo les hace perder el antipático brillo de fábrica. Angel se acercó á la reja del coro, y vió en la sillería lateral de la izquierda una figura gallardísima, descollando entre el grupo de monjas. Era la abadesa, que empuñaba báculo como el de un obispo, adornado, para que resultase femenino, con magnífico lazo de ancha cinta de seda blanca como la nieve. Imposible pintar lo guapa que estaba aquella señora con su hábito blanco y negro de pliegues amplísimos, y lo bién qué le caía la toca con el pico en la frente. Era dama hermosa, ya algo madura, de airoso continente, sin que su hermosura y gracia quitaran nada al tono episcopal que le daban su colocación en la silla mayor, el báculo y el aspecto de subordinación de sus compañeras.

Embebecido Guerra ante semejante espectáculo, consideraba cuánto más bonito era aquello que una función de gala en el Real ó que una recepción palatina. No quitaba los ojos de la abadesa, y ésta no parecía enojada de su mirar impertinente. Por el contrario, notó Angel que, al levantarse después de humillar su frente sobre el libro de rezos, se arreglaba el borde de la toca con mano de mujer, mano delicada y flexible que parece que tiene ojos. La señora aquella parecióle á Guerra tan digna como elegante, toda majestad, y no se cansaba de contemplarla, atisbando también á las otras monjas entre las cuales las

había de variados tipos, viejas y jóvenes, pálidas todas, de mirar indiferente. La idea de que todas ellas debían de conocer á Leré se las hacía más interesantes. Cuando por guardar las conveniencias miraba al altar, sus ojos se deslumbraban con la custodia que parecía un sol, oro puro, brillo de piedras preciosas, destellos vívidos, en los cuales algo había de lenguaje misterioso, como el de las estrellas que chispean en el fondo del cielo obscuro. Prefería mirar hacia el interior del coro, porque la custodia le encandilaba, imponiéndole cierto respeto que él creía supersticioso, y el cura oficiante le resultaba bastante antipático, con su rostro de salvaje y su vozarrón destemplado y becerril.

Al introducir de nuevo su investigadora mirada en el coro, vió una cosa que antes, fijándose sólo en la elegante abadesa, no había visto. Era una Virgen de tamaño casi natural, con estupenda corona de las llamadas imperiales, pectoral y broches guarnecidos de pedrería, vestido riquísimo de tisú de oro y seda carmesí, recamado de aljofar. Alzábase la hermosa imagen en un trono portátil frontero á la silla de la abadesa, con andas de chapa de plata, y flores magníficas de plata y tul rosa. Cirios de transparente cera labrada con picos mil la alumbraban, reflejándose en la pintura del rostro, el cual era de lo más agraciado, de lo más simpático (si tal calificativo cabe) que es posible imaginar. ¡Aquella Virgen hermosísima era sin duda la que hablaba con Leré en éxtasis, diciéndole las cosas que ésta refería con tanta ingenuidad! Los ojos de la efigie brillantes como luceros miraban á la abadesa, y la abadesa, atenta á su libro, leía y

releía murmurando las cláusulas con ritmo de canto llano. Después cantaron alternando las voces: la abadesa decía un versículo y respondían las otras. Terminada la misa, los cantos y rezos siguieron largo espacio dentro del coro, hasta que vió Guerra que unas monjas que parecían acólitas incensaban á la Virgen... Entonces reparó que ésta tenía Niño, y que el Niño ostentaba escarpines de oro acabados en punta. Por fin las monjas cargaron la imagen, arrimando el hombro á los plateados palos de las andas, y se la llevaron en lenta procesión, en dos filas, la abadesa detrás marcando el paso con su báculo, asistida de media docena de ellas, que debían de ser las más ancianas, y la comunidad se filtró cantando por una puerta que al claustro sin duda conducía.

Sacó á Guerra de su abstracción una desentonada voz, que le dijo casi al oído estas palabras: «Caballero, ¿quiere usted ver dos bandejitas de plata repujada y un porta-paz cincelado, del siglo XVII, legítimo, obra preciosa?... Se dan baratos.»

Quien le hablaba era un hombre no muy viejo, pero sin dientes, mal vestido, con andrajosa capa, el cual poco antes se había sentado en el banco junto á él.

—Gracias—replicó Angel.—No soy anticuario.

Y se marchó, porque el sacristán repicaba con el manojo de llaves. Todo el resto del día estuvo saboreando la impresión de lo que había visto y oído, la elegante abadesa, la custodia como un sol, la Virgen bonita, amiga de Leré, los artísticos ornatos de la iglesia, tapices y cornucopias, el misterioso ámbito del coro, el canto desmayado y nasal de las monjas, y por la tarde no pudo resistir á la tentación de vol-

ver allá. Pero la iglesia estaba cerrada, y su puerta vieja, roñosa y musgosa, era como la de un panteón donde hace mucho tiempo que no se entierra á nadie. Recorrió la calle mirando la tapia inmensa, llana, desesperante, en la cual se pierde el gracioso pórtico de Berruguete, como joya engarzada en infinita capa de paño pardo. Ni un alma pasaba por allí, ni gato ni perro ni mosca, ni ser viviente alguno. Embebecido en aquella soledad, miraba la tapia y se decía: «¿Qué estará haciendo ahora la abadesa guapa? Y las demás monjas, ¿qué harán? Estarán comiendo. ¿Y qué comen?... ¿qué dicen, qué piensan? Cuando duermen, ¿qué soñarán?»

IV

Leré vivía con sus tíos y con el padre Mancebo en un barrio laberintico, entre el Pozo Amargo y la parroquia de San Andrés. Dos ó tres veces pasó Guerra por allí sin atreverse á entrar: rondaba su ilusión, temiendo ahuyentarla si se lanzaba derechamente hacia ella. Decidido al fin una mañana á preguntar por su antigua criada, hizo tiempo hasta que llegase la hora oportuna, y después de examinar por dentro y por fuera la interesante iglesia de San Andrés, se sentó en el altozano que frente á la parroquia domina todo el Sur y parte del Oriente de la ciudad, y contempló la perspectiva de techumbres, de tan variados planos y con tal diversidad de ángulos y cortes, que parece que todo ello se mueve como un oleaje, flotando arriba la mole del Alcázar y no lejos de

ella la torre mudéjar de San Miguel el Alto. El cielo azul da más vigor al tono de los tejados, que parecen esteras viejas ó superficies duras y arrugadas como la cáscara de nuez. Sin saber por qué, á Guerra se le figuraba que el mismo aspecto debía de tener Samarcanda, la corte del Tamerlán. No le resultaba aquello ciudad del Occidente europeo, sino más bien de regiones y edades remotísimas, costra calcárea de una sociedad totalmente apartada de la nuestra por sus extrañas nociones de la propiedad y de la geometría. Llegada la hora que estimó conveniente, se precipitó por el callejón de los Muertos, agarrándose al muro. ¡Qué confusión de lo noble y lo villano! En las gruesas estribaciones de la parroquia, vió los escudos de los Rojas, morrión por arriba, losanges y cascabeles por abajo, y entre los miembros rotos de fábricas que fueron magníficas, casuchas miserables, puertas increibles, rejas gastadas que semejaban palos de canela, paredes hendidas y tabiques de ladrillo que se sostenían de milagro. Atravesó una plazoleta de la cual se salía por angosta hendidura que apenas daba paso á un hombre, y en la cual se veían oquedades siniestras, inhabitadas, donde las telarañas, sobre la madera color de yesca y matizadas por el sol, remedan la lividez mate del veludillo que ha perdido el pelo. Encontróse en un crucero donde jugaban chiquillos, y les preguntó por la vivienda que buscaba. «Por aquí se entra—le dijo uno,—señalando una puerta grande, como de mesón ó taller de carretería.» Sobre su clave dislocada veíase un precioso azulejo con el letrero *Capilla de cantores*, indicando la pertenencia de la finca antes de la desamortización.

La puerta aquella daba á un patio plantado de raquíticos árboles. A la derecha vió Angel una construcción con aspecto de taller, y examinando su interior desde la puerta, vió una cavidad negra, con suelo como de herrería, las vigas del techo ahumadas, y en el fondo algo como restos de fraguas, hornos ó cosa tal. Pero el destino presente debía de ser el de almacén ó depósito de Estancadas, porque Guerra vió multitud de cajas en montones á un lado y otro. Una mujer andrajosa, en cinta y con un chico en brazos, le salió al encuentro, tomándole por extranjero rebuscón ó arqueólogo, y le dijo con satisfacción toledana: «Sí señó, aquí, aquí jué donde se coció el metal de la campanona grande. Pase si quiere.

—Gracias. ¿Me podría usted decir dónde vive el padre Mancebo?

—¿Don Paco? ¡Ah! sí que tal. Por aquí pasan Roque y la Justina cuando vién de arrriba. Pero la puerta grande la tién por el Plegaero.

—Volveré por la calle.

—No que tal. Pase, ya que está aquí, y vederá esto. Muchos extranjeros que lo veden, se quedan asmados.

Franqueada una puerta, que más bien parecía gatera, y salvados dos ó tres escalones, encontróse Guerra en un aposento cuadrado. Como pasase por él sin fijarse, deseando salir pronto de tal laberinto, la mujer le llamó la atención señalando al techo: «¿Pero qué, no mira esto que dicen es de lo güeno que hijieron los moros?»

En efecto, Angel vió un techo magnífico, de ensamblaje, sostenido por arábigo friso, cuya graciosa

alharaca se apreciaba muy bien bajo la mano de cal que la cubría.

—Muy bonito. ¡Lástima de arquitectura! ¿Y qué es esto?

—Mi casa, que tal.

Dos camastros, una cuna, cómoda y cuatro banquetas derrengadas eran el ajuar de la extraña pieza.

—Pues por esto, y aquel otro camarín donde está la cocina, y que también tié techo moro, pago veintiseis riales al mes, que es un irror de carestía.

—¿Y de qué vive usted?

—El mi marío es ciego y vende to el papelorio de Madril. ¿No le ha uyido busté vocear por las calles? Yo, si á mano viene, hago buñuelos. ¡Pero con tanta familia...! Ya vede busté; ca año por Navidá, criatura.

—¿Siempre por Pascuas? ¡Qué puntualidades se usan en esta tierra! (*Dándole limosna.*) A ver, lléveme pronto á la casa del Sr. Mancebo.

Tres escaloncitos más, un corralón triangular donde hormigueaban chiquillos y mujeres pobres, que se peinaban al sol; un pasadizo, otra puerta árabe apuntalada, y por último, un patio más decente con pozo, tiestos de matas sin hoja, empedrado musgoso y lleno de verdín, y una artesa de lavar. Aquel espacio, al cual se entraba desde la calle del Plegadero por un derrengado portalón, servía de átrio común á dos ó tres viviendas de aspecto relativamente decoroso. Por la puerta de una de ellas salió una mujer cuarentona y obesa, morena, desbaratada de cuerpo, vestida de trapillo, con las mangas arremangadas. Era Justina. Después de saludarla, preguntóle Guerra por Leré, dando á ésta su verdadero nombre, y ella, con cierta

indecisión y desconfianza, como temerosa de decir la verdad, le respondió que su sobrina estaba haciendo ejercicios en la casa provisional de las *Hermanitas del Socorro*, junto al Tránsito, y que no vendría tal vez en dos ó tres semanas.

Cuatro chiquillos babosos y llorones se colgaron á las faldas de Justina, que tuvo que sacudírselos para poder andar.

—¿Y el beneficiado Mancebo?

—¿Mi tío? En las Claverías le tiene usted, lo mismo que mi marido. Hoy volverán tarde, porque hay obra en el Claustro alto y en la capilla de San Nicolás, y el señor Cardenal les ha dicho que tienen que acabarle todo antes de las funcionesde Pascua.

—Usted no me conoce—le dijo Guerra, añadiendo su nombre. Al oirlo, se disipó la desconfianza de la buena mujer, y deshaciéndose en cumplidos y finuras hizo pasar al visitante á una salita baja, en la cual vió éste un espectáculo singularísimo, quedándose indeciso un buen rato entre el horror y la sorpresa. Sobre mesilla no muy alta veíanse unas piernas arrolladas formando ruedo, y más parecidas á tentáculos de pulpo que á extremidades de persona, y en el centro de aquello, una humana cabeza del tamaño común en el adulto con las facciones perfectamente conformadas. El mirar, aunque de idiota, no carecía de expresión dulce, fijándose con persistencia en el desconocido que le contemplaba. Cabellos lacios cubrían algunas partes de su cráneo, y en su cara crecían pelos ásperos y larguiruchos, que por lo escasos se podían contar. Después de mirar mucho á Guerra, la cabeza se irguió dejando ver un cuello raquítico y un busto

enteco, del cual pendían brazos flácidos y como sin hueso, al modo de las piernas. Colgábale del cuello una especie de blusa ó más bien funda verde, de tartán, único vestido que cubría el cuerpo de tan desgraciado y monstruoso sér.

—Es el hermano de Lorenza—indicó Justina.—No le tema usted. Es que se altera un poco cuando ve personas desconocidas.

El fenómeno le enseñó los dientes, produciendo con la lengua un castañeteo semejante al canto de la perdíz. Después gruñó un poco, recobrando su primitiva postura, la cabeza en el centro de aquel informe revoltijo de carne, sin apartar de Guerra la mirada, con expresión de perro que vigila.

Angel sintió escalofríos, un instintivo miedo ó repugnancia que no sabía dominar, y salió otra vez al patio, donde se encontraba mejor que en la sala. Justina le sacó una silla para que se sentara, repitiendo la cantinela de antes. «Muchos días ha de tardar la niña en volver acá. Pero no es seguro; puede venir cuando menos se piense, porque no ha tomado el hábito, ni lo tomará hasta que acabe los ejercicios.»

Los chiquillos, pegados á las faldas de su madre, que apenas moverse podía con tal impedimenta, miraban con asombrados ojos al forastero. A las preguntas de éste sobre la extensión de su prole, contestó Justina entre risueña y quejumbrosa que *le vivían* siete, y que por estar su marido imposibilitado á causa de una caída, se veía y se deseaba para mantenerlos. Gracias á la protección del tío, iba defendiendo el rebaño. Su marido era carpintero, un hombre como pocos, muy sentado y sin vicio ninguno; pero inútil

ó poco menos para el trabajo, y sus ganancias se reducían al corto estipendio que el beneficiado le agenciaba en la Obra y Fábrica.

Llegaron en esto de la escuela los dos hijos mayores, pobremente trajeados, pero bien apañaditos, cargados de libros sucios y de cartera y pizarra. Besaron la mano á su madre, que les presentó al visitante, encareciéndole lo malos que eran, sobre todo el mayorcillo, de ojos ratoniles, vivo como la pimienta y muy salado de facciones. Mientras la madre y el más pequeño se internaban en la casa, el chicuelo mayor se familiarizó con Angel, quien le hizo mil preguntas, sacando en substancia que era monaguillo de la Catedral, pero que *estaba de baja* por algún tiempo para ir á la escuela. Llamábase Ildefonso; su precocidad y agudeza encantaban á Guerra, que le tuvo por amigo desde el primer cuarto de hora de trato. Bastó que le alentara un poco para verle hacer mil monerías, verbigracia, imitar el paso claudicante y la voz insegura del señor Cardenal, y otras chuscadas. Justina salió con una gran cesta; era la comida del marido, que trabajaba en las Claverías, y se la dió al muchacho para que pronto la llevase. «Y cuidado como te entretienes á jugar por el camino.»

Guerra creyó que era importunidad permanecer allí, y se despidió, saliendo tras el chico con quien fué de parla por toda la calle del Pozo Amargo. Por él supo que Leré y sus tíos estaban de puntas, porque éstos no querían que fuese monja, ni que *hiciera ejercicio* con las señoras aquellas del Socorro, que eran, al decir del rapaz, unas grandes *correntonas*. Ildefonso hacia lo posible por llegar tarde á la Catedral, pues

le era muy grata la compañía de aquel caballero; á lo mejor ponía en el suelo la cesta y sobre ella se sentaba aceptando y encendiendo un pitillo ofrecido por Angel. Mas éste le daba prisa, y por fin llegó al término de su corto viaje, desapareciendo por la puerta del claustro, donde el amigo le despidió con una pesetica, prometiendo ambos volverse á ver, y estimarse y prestarse auxilio en cuanto se les ofreciera.

V

Su primera excursión después de esta visita frustrada fué hacia la Judería, con objeto de estudiar el camino que Leré debía recorrer para ir desde el Tránsito á su casa, el cual no podía ser otro que la escalerilla de San Cristóbal, la plazuela del Juego de Pelota y Santa Isabel. En la Judería melancólica, toda ruinas, miseria y soledad, paseó mañana y tarde, esperando ver salir á la mística joven de alguna de aquellas casas por cuyos rincones parece que anda rondando aún, entre murciélagos, el ánima empecatada del marqués de Villena. De día, cansado de contemplar los caserones inmediatos al Tránsito (y ya sabía por su amigo Ildefonso el que ocupaban las señoras del Socorro), asomábase al pretil que por aquella parte sirve de miradero sobre el río, y se olvidaba del tiempo, del mundo y de sí mismo, contemplando, como en las nieblas de un ensueño, las riberas pedregosas, los formidables cantiles que sirven de caja á la tumultuosa y turbia corriente. Por su cauce de piedra, el Tajo se escurre furioso, enrojecido por las arcillas que arras-

tra, con murmullo que impone pavura, y haciéndose todo espuma con los encontronazos que da en los ángulos de su camino, en los derruídos machones de puentes que fueron, en los mogotes de las aceñas que él mismo destruyó mordiéndolas siglo tras siglo, y en las chinitas de mil quintales que le ha tirado el monte para hacerle rabiar. Enfrente, los Cigarrales.

«Ah!—pensaba Guerra, mirando en la orilla frontera las fincas de un verde tetrico, con el suelo salteado de azuladas peñas y de almendros y olivos que á lo lejos parecen matas.—Yo también tengo mi cigarral, y debe de estar por ahí. No he puesto los pies en él más que una vez, de niño. ¡Y cuánto me gusta ese paisaje severo, que expresa la idea de meditación, de quietud, propicia á las florescencias del espíritu! Allí ¡maldita sea mi suerte! me pasaría yo una temporadita con Leré... si ella quisiera.»

Á lo mejor se le aparecía el amigo Ildefonso, unas veces solo, otras acompañado de alguno de sus hermanillos. No ignoraba el muy tuno dónde había de encontrarle ni lo bien que se le recibiría, pues Angel sentía hacia él viva inclinación y ganas de protegerle, cultivando su precoz inteligencia. Además, el primillo de Leré le encantaba porque creía ver en él un misterioso parecido con Ción. No consistía seguramente en semejanza de facciones, sino en cierta fraternidad ó parentesco espiritual, como aire de raza que, según Angel, se revelaba en el mirar, en la inquietud graciosa y en el lenguaje desenvuelto. Á veces se le figuraba que el alma de Ción se asomaba á los ojos del monaguillo, y al observarlo ó creerlo

así, creíase también capaz de llegar á sentir por él un cariño inmenso.

—Señor, ¿no sabe?—le decía Ildefonso.—Tío Paco pregunta todos los días á mi madre si no ha vuelto usted, y esta mañana dijo que si supiera donde vive le visitaría.

—Y tu prima Lorenza, sin parecer, ¿verdad?

—Á casa no va. Está ahí *(señalando á las casas próximas al Tránsito)*. Oiga, señor. ¿No sabe lo que dijo mi padre anoche? Que usted es muy rico, y que su casa de Madrid la tiene toda llena de dinero.

—Hombre, no. No creas tales patrañas.

—Y dijo que usted quiso casarse con Lorenza, y ella se negó, porque la llama la religión, y qué sé yo qué. Vaya que es boba de veras... ¿No sabe? pues á mi prima no le gusta el dinero, y cree que el ser rico es una cosa muy mala. ¡Si será simple...!

—¿Y á ti te gusta el dinero?

—¡Á mí sí... caraì! *(Con mirada ansiosa, lengüeteándose los labios)*. ¿El dinero? cosa rica. ¡Quién tuviera mucho!

—¿Y qué quieres tú ser? ¿Á qué te aplicas? ¿Qué oficio ó que carrera te agrada más?

—Yo quiero ser cadete. *(Echando lumbre por los ojos.)*

—¿Cadete?

—Sí señor. Cadete toda la vida, hasta que me muera.

—Bien, hombre, bien. ¿Y no sientes inclinación á ningún oficio?

—¿Oficios?... *(Con mirada despreciativa)*. Déjeme usted de oficios. ¡Buenos están! Dice mi padre que en

estos tiempos de ahora hay que ser ó señorito ó nada, quiere decirse, pobre de los que piden limosna. Los oficios, ¿qué dan? miseria. ¡Antes sí, cuando la catedral era rica...! El padre de mi padre fué también carpintero, y sólo por armar el Monumento le daban no sé cuántos miles de miles de riales.

—Bueno, hombre, bueno. Y de vivir tanto tiempo entre canónigos, cantando con ellos y ayudándoles al culto, ¿no te han entrado aficiones eclesiásticas? ¿No querrías ser cura?

—¿Clérigo yo...? ¡Vamos, hombre, déjeme á mí de clérigos... carai! *(Excitándose)*. Lo que le he dicho: ó cadete ó nada.

—¿Y no se te ha ocurrido, teniendo siempre delante de los ojos estos grandes monumentos, aprender el arte de construirlos?

Llevándole un poco hacia Occidente, después de darle un pitillo, le mostró los muros ennegrecidos de San Juan de los Reyes, custodiados por heraldos con las mazas al hombro, y la imponente fábrica del puente de San Martín.

«Mira eso, Ildefonso, y reflexiona. Desde que abriste los ojos estás viendo la Catedral, el Alcázar, y tantísima maravilla. ¿No se te ha ocurrido igualar á los autores de ellas, haciendo tú otras semejantes? ¿No se te ha ocurrido ser arquitecto?...

—¿Hacer casas, iglesias y torres? *(Fumando gallardamente)*. ¡Que las hagan los albañiles, que para eso están, carai! Déjeme usted á mí de torres y de esas bromas. Yo cadete, y nada más que cadete.

—Bueno, hombre, serás militar, si te portas bien, y estudias.

Con estos y otros coloquios engañaba Angel su fastidio. Comúnmente tenía que despedir á Ildefonso y mandarle á su casa para que los padres no le riñeran. Por lo demás, la misteriosa y jamás abierta casa de las Hermanitas del Socorro, situada en la subida de los Alamillos, detrás de las ruínas del Palacio de Villena, no le daba ninguna luz ni le sacaba de tan enfadosa situación espectante. Lo único que pudo ver fué algunas parejas de beatas callejeras, como las que por todas partes se encuentran en Madrid, las cuales entraban ó salían por una puerta mezquina. Nunca vió Guerra fachada más estúpidamente muda, sorda y ciega. Pero á pesar de la inutilidad de sus acechos, no se determinaba á matar su tristeza en lugares más populosos y alegres que la Judería, porque de tanto andar por barrios solitarios su alma se había hecho á la contemplación de la vida pasada, al amor de las ruínas, y al punzante interés de lo misterioso y desconocido. De tal modo le apasionaban las edades muertas, que se determinó en él una atroz aversión del gárrulo bullicio de la vida contemporánea, y cuando en sus paseos se aproximaba á la calle del Comercio, huía de ella con verdadero sobresalto, metiéndose por los callejones transversales, que en cuatro zancadas nuevamente á la soledad le conducían. Los carteles del teatro en las esquinas causábanle disgusto, y el oir vocear periódicos en las callejuelas le atacaba los nervios. Llegaba á creer que el eco repetía con sarcástico acento, en las revueltas sepulcrales de algunos barrios, los títulos exóticos de la prensa moderna, y que la ola de vida no podía reventar allí sin producir profanación y escándalo.

No encontrando á Leré donde creía deber encontrarla, la buscó por otras partes, junto á San Clmente, por el toque instintivo de asociar lo presente con lo pasado. En esto de los encuentros perseguidos ó casuales, el Acaso descompone con muchísima gracia los cálculos todos de la previsión humana, pues siempre resultan los tales encuentros en lugar y coyuntura que nunca el rondador imaginaba. Y así sucedió en aquel caso, pues una tarde que Guerra iba por las Cuatro Calles, hallándose su mente distraída casualmente de Leré y de cuanto con ella se relacionara... ¡pataplúm, Leré! Esto pasa, esto le ha pasado á todo el mundo. ¡Y es el hombre tan tonto que no sabe fiar á la caprichosa lotería del Acaso los encuentros, y se empeña en buscarlos con vana y pueril lógica!

Pues señor, cruzaba Guerra, y vió que salían, de una tienda de ropas dos hermanas del Socorro acompañadas de Leré, que llevaba un lío de compras. Ambos se sorprendieron, y en el primer momento no supieron qué decir. Angel la detuvo sin hacer caso de las dos hermanas, y ella le saludó sin turbarse, con aquella bendita serenidad á prueba de sorpresas y emociones.

«Ya sé que estuvo usted en casa. ¿Seguirá muchos días aquí? Supongo que lo verá todo. Mire, en la Catedral mi tío puede servirle de guía y enseñarle cosas que no se pueden ver sino por recomendación, el tesoro, el relicario, las ropas, los subterráneos, las alhajas y el manto de la Virgen.

Contestó Guerra con cuatro frases de ordenanza, y le pidió una entrevista. Dijo Leré que por el momento no podía ser, pues estaba sirviendo en el So-

corro; pero que pensaba volver otra temporada al lado de su tía, y entonces podría verla y hablarle todo lo que quisiera.

No pasó nada más, ni podía prolongarse la conversación delante de las religiosas, que ya parecían un poquito escandalizadas. Separáronse, y él se fué tan alegre, porque sólo el verla y las cuatro palabras cambiadas de prisa y corriendo pareciéronle un triunfo. Y ¡cosa extraña! aquel encuentro sin consecuencias ni explicaciones, le impulsó á sumergirse más en la soledad. Al día siguiente, huroneando en las iglesias, maravillóse de sorprender en sí tentaciones vagas de poner alguna mayor atención en el culto, casi, casi de practicarlo, y de cavilar en ello, buscando como una comunicación honda y clandestina con el mundo ultra sensible. Admitía ya cierta fe provisional, una especie de *veremos*, un *por si acaso*, que ya era suficiente estímulo para que viese con respeto cosas que antes le hacían reir. Por de pronto reconocía que en el mundo de nuestras ideas hay zonas desconocidas, no exploradas, que á lo mejor se abren, convidando á lanzarse por ellas; caminos obscuros que se aclaran de improviso; atlántidas que, cuando menos se piensa, conducen á continentes nunca vistos antes ni siquiera soñados.

El medio ambiente se proyectaba con irresistible energía dentro de él por la diafanidad de su complexión mental. El mundo antiguo, embellecido por el arte, le conquistaba y le absorbía hasta el punto de infundirle amor hacia cosas que antes le parecían falsas, y, lo que es más raro, falsas le parecían aún. Ignoraba si aquel prurito suyo de probar las dulzuras de la

piedad obedecía á un fenómeno de emoción estética ó de emoción religiosa, y sin meterse en análisis, aceptábalo como un bien. En esto ocurrió la entrevista con el padre Mancebo, tío de Leré, que fué á visitarle y no le encontró en casa. La misma tarde quiso Angel pagar la visita, teniendo el gusto de conocer á un sujeto que había de sorprenderle como las mayores rarezas toledanas.

II

TÍO PROVIDENCIA

I

Contaba D. Francisco Mancebo sus años por los del siglo, quitando una decena, y se conservaba muy terne y espigado para su edad, hecho un puro cartón, los ojos vivaces y algo picarescos, la piel dura y á trechos enrojecida por sarpullos crónicos; bastante aguzado de morros y con buena dentadura, que solía mostrar como indicio cierto de su excelente salud; pobre de pelo, si rico en lunares y berrugas de diferentes tamaños, que salpicadas con cierta gracia decoraban su nariz, frente y barbilla. Había conocido cinco cardenales, D. Luis de Borbón, Inguanzo, Bonell y Orbe, el padre Cirilo, y Moreno, y desde muy niño estuvo al servicio de la Iglesia Primada. Era bien criado y atento con todo el mundo; algo cascarrabias en la Catedral cuando sus inferiores le apuraban la paciencia; fumador de cigarros apestosos que hacía él mismo picando colillas; narrador entretenido de historias capitulares y cronista de todas las fundaciones que afectaban al personal de la Santa Iglesia Primada; infatigable y celoso en sus obligaciones; descuidado en el vestir, pues su sotana con visos de ala de mosca, algo babeada por la parte del pecho y engrasada en el cuello, revelaba una economía próxima á la sordidez.

Sus historiales podrían trazarse en cuatro lineas. Niño de coro en 1822, cuando aún vivía el cardenal de Borbón: sacristán sirviente y salmista hasta la edad de treinta años: en 1840, órdenes, y al poco tiempo capellanía de coro, que en 1851 fué suprimida por el concordato: sacristán mayor de la capilla general ó de Santiago en 1843, y luego beneficiado por propuesta del señor Bonell y Orbe: en 1860, auxiliar contador en la oficina de Obra y Fábrica, donde continuaba y continuaría hasta su muerte. En todo este larguísimo espacio de vida no dejó de ir un solo día á la Catedral, ni jamás guardó cama por enfermo, ni supo nunca lo que son médicos y botica. El único achaque que le mortificaba era la gradual pérdida de la vista. Á veces, ya por exceso en el trabajo, ya por efecto de algún berrinche que cogía, se le inflamaban los ojos, y le escocían y le lloraban, viéndose obligado á usar unas gafas de antiguo estilo, con montura de plata y cuatro cristales azules, dos ante los ojos y los otros en las sienes, adefesio que ya no se ve más que en los escribanos y memorialistas de sainete. Otro rasgo: nunca había salido de Toledo, pues por no viajar, ni en los Madriles puso nunca su planta, calzada con zapato de paño sin hebillas ni ningún otro toque de elegancia clerical.

Cuando llegó Angel á la calle del Plegadero, estaba D. Francisco en la puerta del patio, hablando con unas vecinas, y no necesitó el madrileño decir su nombre, pues lo mismo fué verle el clérigo que irse derecho á él risueño y afectuoso.

«¡Ave María Purísima! Es usted el retrato vivo de su abuelo Gumersindo Guerra. Los dos hijos de éste

fueron compañeros míos en el coro de la Catedral, y muy amigos, pero muy amigos, sobre todo Perico José. Vaya, vaya, pues no habrá llovido nada desde entonces... Me parece que estoy viendo á Gumersindo, cuando venía con las mulas á la Posada de la Sangre... Porteaba los diezmos de toda la parte de Illescas y Torrijos... Pero... ¿le molesta á usted oirme recordar que su abuelo trabajaba en la arriería?

—No señor... A buena parte viene usted.

—Cabal... En estos tiempos tan democráticos, ¿quién se fija en...? Ya no hay orígenes, ni más ejecutorias que el *por cuanto vos contribuisteis*... También conocí mucho al padre de doña Sales, D. Bruno Zacarías de Monegro, que compró el solar de San Miguel de los Ángeles, cuando lo vendieron como bienes nacionales, y el cigarral de Guadalupe, una de las donaciones de los Téllez de Meneses para dotar las misas que los racioneros debíamos decir en la capilla del Sepulcro... Bueno, señor. Su abuelo materno de usted me quería, vaya si me quería; pero cuando casó con la niña mayor de D. José Rojas, se atiesó un poco... No es decir que no fuéramos amigos; pero si nos encontrábamos, «adiós Paco, adiós Bruno», y nada más. Con que, si usted quiere, amigo D. Angel, subiremos á mi madriguera, y hablaremos allí todo lo que nos dé la real gana...

Aunque D. Francisco no acabase los párrafos con un chiste, les ponía siempre por contera una risilla más ó menos larga y picada, según los casos. Dirigiéronse, pues, á una habitación del piso alto, la mejor de la casa, con ventana al patio, amueblada con ascética modestia y sin cosa alguna que visos tuviese de

antigüedad artística. Un duro sofá de paja con dos cojines, en el cual D. Francisco echaba la siesta; mesa camilla sin faldones ni brasero; armario que más bien parecía mueble de oficina; la cartilla de la diócesis colgada de un clavo, dos ó tres perchas; cómoda de taracea estropeadísima, sobre la cual se veía una caja de cartón que guardaba la teja número uno; pelados ruedos y felpudos calvos tapando el baldosín, y en el fondo puerta de cristales verdosos y mal emplomados, por la cual se veía la cama de Mancebo cubierta con colcha de pedacitos de percal, eran lo más notable en aquel aposento desnudo, frío y triste.

«Bueno, señor .. ¿Y qué? ¿ha ido usted ya por la Catedral? ¡Ah! ya no es esto ni sombra de lo que fué.

—Así es el mundo—le dijo Guerra, por decir algo. Mudanzas y transformaciones, que no hay más remedio que aceptar. Tras de unos tiempos vienen otros...

—Cabal, y tras de otros, otros, siempre á peor, á peor. Dígamelo usted á mí, que conocí la Obra y Fábrica con cuarenta y pico mil ducados de renta, y ahora .. nos vemos y nos deseamos para atender al culto con los cien mil y pico de reales indecentes que dedica el Gobierno á la Catedral Primada. Yo me acuerdo de aquella contaduría en que se guardaba el dinero en espuertas, y había temporadas en que el receptor tenía que tomar tres ó cuatro ayudantes sólo para contar. La Mitra cobraba entonces de sus bienes cinco milloncejos, que se gastaban en obras, en fundaciones, en fomentar las artes y los oficios. Con esto y con las rentas de la Obra y Fábrica, que del pueblo salían y al pueblo tornaban, Toledo era el comedero universal. Comían el pintor y el estofador, co-

mían albañiles y arquitectos, el tallista y el cerrajero, comíamos en fin todos los que llevamos sotana, pues en la Catedral había dotación para treinta y seis mil misas de año á año, y siguiendo la escala de alto abajo, comía toda la grey de Dios. Pero nos desamortizaron... y ¡zapa! ahora no come nadie, porque dígame usted á mí si con veintiún reales diarios que nos dan á los que fuímos capellanes de coro y ahora somos beneficiados, se puede vivir decentemente; y ya no hay ni ayudas de costa, ni gratificaciones, como antes. En cambio vengan descuentos, cédula de vecindad, comisión del habilitado, y el dichoso sellito para el recibo, que es lo más salado del mundo. Créame usted: quien vió en esta Catedral aquellas funciones de seis capas, cuando teníamos catorce dignidades, y éramos entre todos en el coro unos ciento sesenta; quien alcanzó aquellas magnificencias, digo, no puede menos de echarse á llorar al ver el corto personal del culto de hoy, y la miseria con que se le retribuye.

—Sí, sí... ¡Es triste, muy triste...!—dijo Guerra, queriendo recortar aquel tema, que ya empezaba á ser fastidioso.

—¡Y tan triste!... Pues, á lo que iba: dije que con veintiún reales y unos cuartos no se pueden hacer maravillas. Pague usted casa, coma, vístase con decencia, y mantenga á este familión, que si no fuera por uno... Porque el pobre Roque no trabaja sino por temporadas; en la Catedral cuando hay alguna compostura; en la cajería del mazapán en su tiempo... y rara vez en ataúdes, pues este es pueblo de corta mortandad. En fin, que hay meses, Sr. D. Angel, que

llega el veinte ó veinticinco, y ya me tiene usted más limpio que una patena... Pero contento siempre, eso sí. Gracias á este pobre clérigo, no falta en casa el puchero con todos sus requilorios, ni el cabrito asado en ciertos días, ni el bacalao de rúbrica en tiempo de vigilia, ni el bollo de á cuarto para los niños, *et reliqua*... Que se ofrece algo de ropa de nueva... al tío... Que hay que echar medias suelas á Ildefonso... al tío. Que la escuela, que el quintalito de carbón, que el garbanzo al por mayor, que la caja de cerillas, que el paquete de picado para Roque... al tío. Que un poquito de estera para tiempo de heladas... al tío. Y en cuanto al fenómeno, no vaya usted á creer que no consume, pues su cazuela de patatas y su pan de pueblo de á dos libras no hay quien se lo quite. Pero contentos, eso sí, y pidiéndole á Dios que no vengan peores. Gracias que Roque es un pedazo de pan. Él ni taberna; él ni juego; él ni comilonas con los amigos, ni trasnochadas; él ni presunciones para vestirse, pues con la misma capita que llevaba hace quince años cuando se casó, le tiene usted ahora... Pero es hombre muy para poco, y ¿quién si yo no existiera se cuidaría del porvenir de los chicos? Ildefonso, que es muy agudo, se trae el sábado á casa, cuando tiene semana en la Catedral, sus diez ó doce reales. Mas yo no quiero que vaya sino en las festividades y vacaciones para que adelante en la escuela. Me ha dicho el maestro que tiene meollo ese niño, y pienso meterle en el Instituto para que se nos haga sabio, como éstos á la violeta que salen ahora de debajo de las piedras. El segundo como más tímido, es que ni pintado para la carrera eclesiástica; pero va tan de capa caída

el oficio éste, amigo D. Angel, que vale más ser picapedrero que sacerdote, porque majando piedra veo que llegan muchos á contratistas y se hartan de dinero, mientras que el clérigo, aunque llegue á canónigo, lo comido por lo servido, y todavía les parece mucho lo que nos dan, y nos llaman sanguijuelas de la Nación... Pues, á lo que iba: fíjese usted en que son siete los sobrinos que habrá que colocar, todos varones: en eso hay que alabar á Justina, porque si se nos descuelga con siete hembras, ¡Dios nos asista! No hay más remedio que aplicarles á distintos oficios, según vayan creciendo, porque ¿quién piensa en carreras? Siete carreras, ¡zapa! imposible. Pues espérese usted un poco; hay otra boquita más que también chupa. Me refiero á Sabas, el hermanito de Lorenza, que estudia para pianista y compositor allá en Bruselas, estupendo muchacho, sí señor. La pensión que le dan es tan corta, que el pobre tío no tiene más remedio que mandarle en ciertas épocas del año, ya los diez duritos para que se compre un abrigo, ya la media onza para papeles de música... Pero no me importa. Yo contento, con tal que todos vivan y se vayan criando.

Angel alababa la bondad del buen clérigo, Providencia de la familia; pero deseando abreviar, abordó el asunto que principalmente le interesaba. Como don Francisco rabiara también por hablar de Lorenza, aprovechó la primera coyuntura presentada por el otro, y salió con gran calor y verbosidad por este registro:

«No me hable usted de esa chica... que me está dando unos disgustos... ¡Cuidado que ella es buena, y

si hay mujeres de pasta de ángeles en el mundo, Lorenza es una. La hemos querido y la queremos con idolatría, porque se lo merece, la verdad es que se lo merece. Ya desde que era tamaña así, mostróse inclinada á lo de arriba; pero yo pensé, cuando por mediación de Braulio y de las señoras de Talanque la mandamos á Madrid, que allá se le abatirían esos humos. Figúrese usted mi sorpresa cuando leo la última carta de Braulio y ¡zapa!... Que Lorenza viene para acá con ánimo de entrar en esas órdenes modernísimas de hermanas correntonas, que andan de calle en plaza, pidiendo y refistoleando, metiéndose y sacándose por todas partes... Le diré á usted en confianza que estas órdenes que nos han mandado de extranjis me cargan. Yo soy clérigo de cuño antiguo; me ha criado á sus pechos la *alma ecclesia toletana*, toda severidad y grandeza, y no estoy por esta novedad de las monjas públicas. ¿Que se quiere vida religiosa? Pues ahí están nuestras órdenes venerandas, ahí las Bernardas del Real San Clemente, ahí las Dominicas del Real y del Antiguo, las Franciscas de Santa Isabel, también Reales, las de San Juan de la Penitencia, ahí las Benitas y Jerónimas monjas de fuste, reclusas y bien trincadas dentro de los hierros, observando bien su regla y rezando noche y día por tantísimo pecador como hay. Allí todo es nobleza, recogimiento y verdadera devoción. Luego, da gusto, créalo usted, cuando se ofrece tratar con alguna señora de éstas en el locutorio, ver la compostura y la decencia de ellas, y el habla acompasada, y el mirar caído al suelo... en fin, que no me hablen á mí de religiosas que no sean las de mi lugar... Pero éstas que yo llamo del zancajo,

éstas que nos ha traído el ferrocarril, y que hablan francés ó un castellano gangoso, echando las sílabas por la naríz y arrastrando las erres, quítemelas usted de delante, que no las puedo ver. Siempre que vienen á pedirme dinero ¡zapa! les digo que no estoy en casa, y no me sacan un maravedí así se vuelvan locas. ¿Para qué quieren los cuartos? Dicen que para recoger ancianos y asistir enfermos. Ello será: no digo que no, ni quiero hacer juicios temerarios. Admito que recojan viejos babosos y les cuiden, que asistan á los enfermos y les aguanten sus porquerías. Bueno: pues con todo eso, á mí no me gustan, qué quiere usted que le diga; que no me gustan, vamos... Pues sí señor, me da la gana de que no me gusten, y me salgo con la mía... Total, que siguen no gustándome... jí, jí, jí... *(Larga y picada risilla.)*

II

»Pues, á lo que iba—prosiguió el gracioso clérigo cuando acabó de reir:—tales son las órdenes de que la niña se ha ido á enamorar. Ya que hablo con usted en toda confianza *(arrimando más su silla al sofá en que Angel se sentaba)*, le diré todo mi pensamiento: yo no quiero que Lorenza sea monja, ni de estas ni de aquellas, ni de las entrometidas, ni de las históricas, no quiero verla ni entre las del zancajo al aire, ni entre las del tocinito del cielo y los huevos hilados. Por la situación en que va á quedar esta familia cuando yo me muera, quisiera yo que mi sobrina se casara... ¡Pero es más terca...! Háblele usted de hombres, y

como si le hablara del Diablo. Nada, que no se parece en nada á las demás muchachas. Se empeña en que este siglo ha de tener santos y santas, y yo le digo que no hay más que *ferroscarriles*, telégrafos, sellos móviles, y demonios coronados. Pues, si, crea usted que no le faltarían buenos partidos, ¡zapa! Es chica muy bien educada, sabedora, fina, despabilada para el trabajo, y si me apuran, hasta bonita, porque aquel defectillo de los ojos temblones, más que defecto viene á ser una gracia. Tal creo yo.

—Sí, gracia es—dijo Guerra entusiasmándose.—Tengo á Lorenza por una muchacha de extraordinario mérito en todo y por todo.

—¡Pero más terca...! ¡María Santísima qué tesón de niña! Antes de que fuera allá, quise meterla en las Doncellas Nobles. ¿Pues creerá usted que salió con la tecla de que ella no quería nobleza, sino villanía, de que no quería bienestar, sino pobreza? «Pero hija—le digo yo,—los tiempos han cambiado. Los malditos pronunciamientos primero y el Concordato, que acabó de partirnos, han trastornado el mundo. Ahora, hay que aplicarse á defender el materialismo de la existencia, porque los demás á eso van, y no es cosa de quedarse uno en medio del arroyo mirando á las estrellas. Pobres somos todos, sí, pero tenemos que vivir, y cuidar de que los demás vivan. El Concordato le ha hecho á uno práctico, como dicen que son los ingleses, y nos ha enseñado á mirar por el triste maravedí. Antes, cuando había aquellas pingües rentas eclesiásticas, daba gusto morirse de hambre dentro de un claustro, y disciplinarse y quedarse en los huesos, porque se lo agradecían á uno, y le canonizaban, y

le encendían velas, y le adoraban. Pero ahora... te mueres en olor de santidad, y nadie te dice nada, y á nadie se le ocurrirá poner canilla tuya ó muela en un relicario, para que la besen las devotas.»

Angel se reía, encantado de oir al buen Mancebo.

«Pero, á lo que iba, Sr. D. Angel; oígame usted lo principal: he dicho que no faltarían buenos partidos á la niña. Pues tengo lo menos tres para que ella escoja. Pero simplifiquemos: me fijo sólo en uno, en el mejor, en el de mis preferencias, Sr. D. Angel. Verá usted: hay un chico, hijo de Gaspar Illán, el de la tienda de comestibles de la calle de la Obra Prima, esquina á las Tornerías, ahí junto á la plaza de las Verduras, el cual es de lo más excelente que usted puede figurarse, bien plantado, sin ningún vicio, ni más defecto que ser un poco bizco; pero esto no importa. Pues el ángel de Dios, en cuanto vió á Lorenza, recién venida de Madrid, se prendó de ella como un galán de comedia. En fin, que al día siguiente me dijo: «Don Francisco, si ella quiere, me ahorco.» El padre consiente; y no vaya usted á creer que es un pelagatos, pues se le calcula un capital sano de más de cuarenta mil duros. La lonja esa tiene un despacho tremendo, y por la mañana, á la hora en que empieza el mercado, el copeo deja un dineral. Con que áteme usted cabos: Gaspar Illán es viudo, achacoso, y no tiene más hijo que Pepito; de modo que Lorenza sería dueña de todo aquel trajín... ¡Qué gloria, y qué...! *(frotándose las manos)*. Vamos, le pegaría, porque sepa usted que, cuando se lo dije, me hizo *fú*. ¡Si estará transtornada...! ¡Cómo ha de ser! *(Suspiro y pausa)*. Si yo lograra casarla con Pepe, ya podría morirme

tranquilo; la familia quedaría amparada, Justina descansando, y los chicos podrían seguir carrera. El uno militar, el otro ingeniero, y los demás según la inclinación que sacaran. Me vuelvo loco pensando en el desvarío de mi sobrina, á quien le ponen en la mano la fortuna y la tira por la ventana. Por eso me alegré al saber que estaba usted en Toledo, y cuando me dijeron que había estado en esta su casa y deseaba verme, me alegré más, y me dije: «Á ver si entre ese buen señor, que tanto se interesa por ella, y yo, discurrimos algo para quitarle á esa niña de la cabeza sus chiquilladas monjiles, porque son chiquilladas nada más.

—Pues me tiene usted á su disposición. Yo también deseo que Lorenza, á quien en casa llamamos Leré porque así la nombraba mi niña, varíe de inclinación. Discurra, pues, invente cualquier ardid, si ardid fuere preciso, y téngame por su colaborador resuelto.

—Veremos... lo pensaré—dijo Mancebo con toda la picardía del mundo y toda la trastienda de sacristía, haciendo con el dedo índice un gancho, dentro del cual metió la naríz.—Pero antes...

Detúvose meditando, como si buscara la fórmula precisa para poder decir algo muy delicado. «Antes... ¡Zapa! no sé cómo expresarme. Dispénseme: tengo que hablarle de un asunto que... Prométame no enfadarse, si me expreso mal, porque no tengo, ni á cien leguas, intención de ofenderle.

—¿Qué será esto?—dijo Guerra para sí, comprendiendo que se las había con un viejo muy zorro y muy ladino.

—Pues verá usted. Aquí hablamos como hombres que conocemos este mundo amargo y lleno de obscuridades, como hombres que no se asustan ya de nada.

—Explíquese usted pronto.

—Mis proyectos de colocar á la niña... ¿cómo lò diré?... pues mis proyectos tropiezan con una dificultad que proviene del Sr. Guerra.

—¡De mí!

—Repito que esto es delicadillo. ¡Pero allá va! Pues... pues... cuando la niña vino de Madrid, se corrieron voces... ¿cómo lo diré?

—¡Ah, ya!... que no la perdonó la calumnia. Naturalmente, si ella no tuviera mérito, no la mordería la envidia.

—Yo no sé si será envidia ó qué será, y apelo á su caballerosidad para que me saque de esta duda. Porque es el caso que aquí llegaron, no sé cómo, sin duda por chismorreos de la servidumbre baja de usted, ciertos cuentos... disparates, ¿eh?... Que si usted tenía que ver ó no tenía que ver con Lorenza, y hasta se dijo, miren que es gana de enredar, hasta se dijo que... su amo quiso casarse con ella. Lo peor fué que estas fábulas llegaron á donde no debían llegar nunca, á las orejas castas de aquel bendito muchacho, el cual se me presentó dos días hace, todo asustadico y... verá usted: «D. Francisco, me han dicho esto, esto y esto, y la verdad, ya varía la cosa, y hay que mirar porque francamente...» Yo me enfadé, ó hice que me enfadaba. Pero acá para entre los dos, amigo D. Angel... como he visto tanto mundo, tanto engaño, tanto que parecía blanco y luego resultaba negro... vamos, que no puedo echar de mí cierto gusanillo, y

este gusanillo, usted mismo, como persona verídica, es quien me lo va á quitar, hablándome de hombre á hombre, con toda franqueza, como se podría hablar entre amigos de una misma edad que la han corrido juntos.

Guerra le salió al encuentro, indignado, y trabajo le costó reprimir su enojo. Sentía la mengua arrojada sobre el limpio nombre de su amiga más que si á él mismo se le arrojara, y de buena gana le habría calentado las orejas al presbítero por haberlas abierto á tales malicias, pero se contuvo, y no hizo mas que negar en la forma más rotunda y clara de la dignidad, cuidándose poco de que Mancebo creyera ó no sus declaraciones. Mas en cuanto éste las oyó, levantóse entusiasmado y se puso á dar voces: «¿No lo decía yo? El corazón me lo daba. Si no podía ser, no podía ser. Y aquel mequetrefe empeñado en que la chica no es de recibo... ¿Lo ves, tonto, lo ves? Los muchachos del día juzgáis á los demás por vosotros mismos, que vivís llenos de malas ideas. *(Volviéndose á Guerra.)* Gracias, Sr. D. Angel, gracias. Me quita usted un peso de encima. Ahora ese pisaverde mal pensado no tendrá que poner tachas á la misma pureza. No veo la hora de cogerle por mi cuenta para ponerle la cara como un pavo, y decirle: «Pillo, lo ves, ¿lo ves? ¿te convences? ¡Si no te la mereces! Pobre como es ella, vale más que tú con todo el dinero que tu padre ha ganado en la tienda, aguando el vino, dándonos tocino americano por extremeño, pensando mal y midiendo peor.» Bien, muy bien, estoy contento.

Se paró ante Guerra, recapacitando, con el dedo índice en la punta de la nariz.

«Pues esta certidumbre es una gran conquista, una buena parte de terreno ganado, y que nos pertenece. Ahora...

Ahora—observó Guerra, que no participaba de los optimismos del beneficiado,—falta lo principal, que Leré quiera... secularizarse, y en este punto me ha de permitir usted un poquillo de vanidad, á saber, que lo que yo no pude conseguir, no es fácil que lo logre el chico de la tienda.

—También es verdad; pero quién sabe si...—dijo Mancebo sobándose la barba y examinando el suelo. Porque también se ha de observar que la diferencia de clases era, en el caso de usted, un impedimento para que mujer tan juiciosa y honesta resbalara. Considere que aquí se trata de matrimonio con un igual suyo, lo que varía de especie, señor don Angel.

Puede ser que acierte usted *(descorazonado)*; pero yo lo dudo mucho.

—¡Virgen del Sagrario, si lo consiguiéramos...! *(Cruzando las manos.)* Esta familia amparada para siempre... los chicos en disposición de seguir una carrera... y yo... porque también hay que mirar por uno mismo... yo, disfrutando de una tranquila senectud.

—Todos esos bienes me parecen á mí algo ilusorios, al menos por el camino ese de casar á Leré. Crea usted que morder un bronce y masticarlo es más fácil que ablandar ó torcer su carácter. Es de la cantera de las grandes figuras históricas que han dejado algo tras sí, los fundadores, los conquistadores...

—Veremos, veremos... ¡Ay! yo he visto tantas torres caer, tantos muros seculares romperse en mil pe-

dazos, que siempre que miro algo fuerte y sólido, espero, espero, y digo: «ya caerás». Los que hemos conocido esta Iglesia Primada en todo su esplendor, que parecía eterno é indestructible, y la vemos hoy reducida á la pobreza humillante de un noble lleno de pergaminos y sin una peseta, creemos poco en esos caracteres de peña dura. Antes sí los había, ya lo creo... pero la Desamortización y el Concordato acabaron con ellos. Los tiempos estos son de medianía, de transición y de acomodarse á lo que viene. Cada tiempo hace sus personas, señor mío, y sus personajes, y pensar que ahora ha de haber fundadores y conquistadores, es como si quisiéramos hacer pasar el Tajo por encima de la torre de la Catedral... En fin, Dios dirá.

Mientras esto decía, oyeron la voz de Leré en el patio, hablando con Justina y los chicos. Guerra llamó sobre esto la atención de D. Francisco, el cual, abriendo la ventana, gritó: «Buena pieza, sube, que tienes aquí una visita».

III

Subió Leré con un racimo de chiquillos pegado á las faldas, ávidos de catar lo que en un envoltorio traía. Al entrar en la pobre estancia del clérigo, saludó á Guerra con la mayor naturalidad, como si fuera cosa corriente verle allí todos los días.

—Siéntate, mujer—le dijo su tío,—y descansa esos huesos que destinas á ser guardados en urna de cristal, con lacitos y flores de trapo, para que los besu-

queen las beatas y te los llenen de babas. ¿Qué tal de santidad? ¿Te tratan bien las señoras esas de extranjis?

—Pero si no son extranjeras, tío—dijo Leré con bondad regañona.—Si son tan españolas como usted y como yo.

—Tú dirás lo que quieras; pero las dos con quienes ibas el otro día me olieron á gabachas, descendientes de aquellos pícaros intrusos que nos quemaron el claustro de San Juan de los Reyes. Y una te decía: *Loguenza, vamos á guezar el gosario.*

¡Con cuánta fruición celebró, riendo el buen Mancebo su propio chiste!

—¡Bah, qué cosas tiene usted!

—¿Y qué tal te tratan?—le dijo Guerra.

—Bien—indicó el clérigo.—A esta la encanta todo ese ajetreo espiritual: fregar suelos, barrer, guisar y lavar, y perseguir las telarañas y demás porquerías como si fueran los enemigos del alma.

La lucha entablada entre Leré y los sobrinillos, porque éstos querían entrar á saco el pañuelo que cogido por las cuatro puntas traía, terminó al fin con la embestida y toma de la tal plaza, y la distribución atropellada de las nueces en él contenidas. Pero Leré defendió con tesón unos bollos ó mantecadas, ofreciendo repartirlos con equidad.

—Aquí estábamos hablando—dijo el cura,—de esas órdenes públicas. ¿A qué os dedicáis vosotras las del Socorro, á cuidar ancianos ó criaturas? Dígolo porque en tu propia casa tendrías materia larga en que emplear tu caridad. Para viejos chochos, aquí está este ciudadano con un pie en la sepultura, y

para niños, me parece á mí que nuestra nidada no es de despreciar.

—Sí, pero éstos no son huérfanos, ni usted es pobre de solemnidad.

—¡De solemnidad! Díme, ¿en qué consiste que un pobre sea ó no solemne? ¿Qué solemnidades has visto en esta casa?

—Tío, bien sabe usted lo que quiero decir... Lo que resultará siempre es que yo no perjudico á nadie con mi inclinación, pues á nadie hago falta.

—Pues este señor me ha dicho que desde que te viniste de Madrid anda su casa desgobernada.

Guerra no había dicho tal cosa; pero apoyó la mentira, que encerraba una gran verdad.

«Y dice también que por su gusto habríaste quedado para siempre allí, dueña de todo, vamos, como directora ó superintendenta de todo, y que al fin, quizás...

Comprendiendo que se resbalaba, Mancebo echó un pie atrás.

«Porque este señor te aprecia, conoce tu mérito, y opina, como yo, que bien podrías hacer la felicidad de un hombre honrado».

—Déjeme usted á mí de felicidades de hombres honrados—replicó Leré, echándose á reir.

Y creyendo sin duda que no tenía nada más que decir, se levantó para retirarse, tranquila y risueña.

—Yo me atreveré á proponer una cosa—dijo Guerra deteniéndola con ligero ademán.

Espectación de Mancebo.

—Propongo, como componenda entre tus deseos y

los de tu familia y los míos, pues yo soy también de la familia...

—¡De la familia! Bueno, señor, bueno—dijo don Francisco palmeteando en el hombro de Angel.—¿Lo oyes, mostrenca? ¡De la familia!

—Pues propongo lo siguiente: aceptamos en principio tu vocación religiosa. Todos nos comprometemos á respetarla y á no decirte una palabra en contra. *(D. Francisco frunce el ceño.)* En cambio, tú te comprometes á vivir en esta casa, durante un año, en situación expectante, sin trato con hermanas ni hermanitas, ni más prácticas religiosas que las ordinarias que manda la Iglesia.

—Aceptado, aceptado—dijo el clérigo, frotándose las manos con tanta fuerza, que parecía que iba á sacar lumbre de ellas.

—Rechazado, rechazado—afirmó Leré, velando con una sonrisa su inquebrantable firmeza.

—Reduciremos el plazo á seis meses.

—Rechazado también.

—Anda, anda, hija, y échanos la cuerda al cuello, y ahórcanos de una vez—dijo Mancebo atacándola hábilmente en el terreno de la ternura.—Sabes que te queremos con delirio, que te adoramos, y tú nos rechazas, como si el quererte fuera una ofensa.

—No es eso, tío, no es eso.

—El día en que nos dejes definitivamente, ¡ay de mí! será un día de luto, y nos moriremos todos de pena... Y este señor también se ha de poner enfermo del berrinche, ¿verdad?

—¡Qué exagerado es usted, tío, y qué cosas se le ocurren!—replicó la joven dispuesta otra vez á retirarse.

—Eso es; ahora nos dejas con la palabra en la boca, y te marchas. ¡Vaya una finura!

—¿Pero á qué quiere que esté aquí, si todo lo que tenía que decir ya lo he dicho? Tengo que ayudar á la tía Justina, que hoy esta más atareada que nunca.

Al partir, acosada por los chicos, no tuvo más remedio que repartirles dos de los bollos, reservando el mayor para su hermano; y bajó seguida de la tropa menuda, y fué á la sala donde estaba de continuo el monstruo, la cual era como su cuadra ó jaulón. Desde que la sintió entrar en la casa, no había cesado de mugir, derramando lágrimas como puños. Con tal lenguaje la llamaba. «Pobrecito, aquí estoy—decía Leré rascándole la cabeza.—¿Qué tiene el niño? ¡Pobrecito!» Le mostró el bollo, y al verlo, el monstruo puso la cara ansiosa, alargando el hocico y gruñendo como perro impaciente y glotón. Su hermana le limpiaba las lágrimas y le acariciaba, dejándose morder suavemente por él. Dióle por fin la golosina en pedazos, y él se los engullía, relamiéndose con voracidad de animal famélico. Por fin, cuando se comió los últimos pedacitos, adheridos á los dedos de Leré, ponía la cabeza para que ésta le acariciara, y entornaba los ojos con la placidez perezosa del instinto satisfecho.

En esto bajó Guerra que ya consideraba larga la visita, y oyendo la voz de Leré en el cuarto del fenómeno, entró á despedirse de ella, mientras D. Francisco hablaba con Justina en el patio.

—Adiós, Leré. Me dice tu tío que estarás aquí algún tiempo antes de volver á los ejercicios. Si me lo permites, vendré á verte y á charlar contigo.

—Venga usted cuando guste. Á ver, con franqueza, ¿qué le ha parecido mi tío?

—Buena persona, buena. ¡Y cuánto te quiere el pobrecillo! Me ha sorprendido mucho la conformidad de nuestras opiniones en lo que á tí se refiere. Yo creí encontrar en él un instigador de tus chiquilladas religiosas.

—¡Ay!—dijo Leré en un tono algo enigmático.—Mi tío es muy listo, más listo de lo que usted se figura.

—Algo de eso había pensado yo. El hombre afina, afina la puntería .. ¿Con que quedamos en que vendré á verte?

—Sí, sí. ¿Qué inconveniente puede haber?

Fuerte en su conciencia, Leré no temía nada, ni veía más que la derechura luminosa de su camino, sin reparar en los bultos que á un lado ú otro pudieran aparecerse en él.

Al ver á Guerra platicando con su hermana, el monstruo volvió á gruñir, rechinando los dientes á estilo de mastín que olfatea la presencia de un forastero. Leré le calmaba, dándole palmaditas en la cabeza, componiéndole el cabello, y pasándole los dedos por el hocico, como se acaricia á un perro para que no ladre á los que no conoce como de casa. «Cállate tonto, y estáte tranquilo, que el señor es amigo.»

Pero el fenómeno seguía gruñendo, y uno de los muchachos le tiraba de las orejas para que callase.

En el momento de despedirse, Guerra sentía que á lo largo de su alma se le proyectaba un resplandor misterioso, emanado de la persona de su amiga, y ésta se le representó adornada de sobrenatural hermosura. Diéronle impulsos de robarla y echar á correr con ella,

poseyéndola aun á costa de profanarla, impulsos que provenían quizás del ambiente romántico y artístico que respiraba. Salió de aquella casa turbadísimo, apeteciendo vagamente hechos extraordinarios, cosas grandes, sentidas, hondas, en las cuales su mente no podía separar del drama humano el religioso lirismo.

IV

Toda la tarde se la llevó Mancebo elogiando á Guerra delante de su sobrina, con afectado entusiasmo. «¡Qué persona tan fina, qué instruído, qué bondadoso, qué caballero! Vamos, chica, que en su casa estarías como en la Gloria. ¡Qué maña se dan algunas criaturas para escurrir el bulto cuando la suerte, jugando á la gallina ciega, las quiere coger! «Con estas y otras habladurías perturbaba á las dos mujeres en su trabajo, y á fe que no estaban ellas para perder el tiempo, pues Justina tenía que entregar al día siguiente cantidad de ropa planchada de cadetes y alumnos de colegios preparatorios, que eran, después de dos ó tres prebendados, su principal y más lucida parroquia.

Pues D. Francisco, pegado á las mesas de plancha, no las dejaba trabajar con desahogo, por lo que su sobrina mayor tuvo que echarle un sofión y rogarle que se fuera á dar un paseito. Al anochecer, á la hora del rosario, cuando las dos mujeres tomaban alientos después de su penosa brega, D. Francisco, en vez de ponerse á rezar, se dedicó á tomar á Justina la cuenta del día, infalible ocupación del in-

genioso presbítero en los ratos que precedían á la cena.

—Vamos á ver. ¿Á cómo te han puesto hoy el cuarto de cabrito?

—A tres reales y medio.

—¡Dios humanado, qué carestía! En mis tiempos tenías el cabrito que quisieras á veinte, veintidós cuartos.

—Pero como no estamos en los tiempos de usted sino en los míos... Pues las patatas van hoy á tres perras y media la cuarta arroba.

—¡Tres perras y media, Virgen! ó séanse, cuartos once y medio. Con estas perras y gatas no sabe uno nunca el dinero que tiene. ¿Trajiste el bacalao? Bueno. Si Gaspar no te pesa bien, te vas á la tienda del Vizcaíno. Aquí no nos casamos con nadie. Otra: ya te he dicho que no me traigas chorizos que no sean de los de tres por un real. ¡Buenos están los tiempos para echar esos lujos de choricito de á real vellón!

—¿Cómo á real? A treinta céntimos he traído dos para esa boca salada. Para nosotras de los baratos.

—¡Zapa! ¿pero te has figurado tú que yo soy el señor Cardenal? Mira, Justina, que con estos trotes vamos todos zumbando á la Beneficencia... ó al Asilito que van á fundar las amigas de ésta, y allí la propia Lorenza nos dará la bazofia con un cucharón muy grande... jí, jí, jí... Sigamos. Por lo que toca á huevos, puedes traer desde mañana seis, pues con Lorenza tenemos una boca más.

—Ocho, tío. No apriete usted tanto.

—¿A cómo está la media docena?

—A tres reales.

—Serán de dos yemas. ¡A tres reales! Hija, ni en Madrid. ¡Quién conoció la docena á peseta, y aun á menos! Este Toledo, con los dichosos adelantos, se está poniendo que no pueden vivir en él más que los millonarios. Oye: paréceme que ya no hay chocolate.

—No señor, es decir, en la chocolatería, sí lo hay; aquí no.

—Pues venga una libra; pero no me páses de tres reales.

—Para nosotras, sí; pero para el señor beneficiado lo traeré de á cinco.

—Que no, ¡zapa! Yo soy como los demás. No quiero regalos ni melindres. Igualdad, Justina, y déjate del bizcochito y la friolerita para el viejo. Ahí tienes cómo se pierden las casas. Yo estoy hecho á todo, como sabes, y cuando me llevo á la boca una golosina me acuerdo de que estos pobres niños podrán carecer de pan el día de mañana, y créelo, con tal idea lo más dulce me amarga, y lo más rico me sabe á demonios escabechados. Con que... vamos á cuentas.

Hizo su cálculo de memoria, y entregó á su sobrina una corta cantidad, casi toda en cobre, sacándola pausadamente de un bolsillo de seda roja con anillas, que envolvió y sumergió después por aquellas cavidades que tenía dentro de la sotana verdosa.

—¡Ah! se me olvidada, ¿y jabón?

—Es verdad. Venga para jabón, que se está concluyendo.

—Traerás del amarillo.

—Para los cadetes; pero para los señores canónigos no. Luego dicen que huele mal la ropa y que no está bien blanca.

—Menos blancas están sus conciencias.

—El que se me queja más es D. León Pintado, á quien le cae bien el apellido, por lo que presume.

—Como que apesta de tan elegante como se pone. Ea, ¡zapa! échales á todos jabón amarillo, y que salgan por donde quieran. No veo por qué hemos de guardar menos consideración á los pobres cadetes, que son los que dan de comer á esta ciudad empobrecida... En fin, para que no se queje nadie, te traes un poco jabón del pinto de Mora, para dar una jabonadita antes de aclarar, ¿entiendes? Y á todos los tratas igual, canónigos y cadetes, que tan hijos de Dios son los unos como los otros. ¡Reina de los cielos, lo que se gasta! *(Volviendo á sacar la culebrina, y mirando á Leré, que callada y sonriente humedece la ropa.)* Sólo para patatas no bastara la mitad de las rentas de la Mitra, pues tu hermanito el monstruo, y los que no son monstruos, se comen una calderada cada día.

—Vamos, no rezongue usted tanto, tío, que hasta ahora, gracias á Dios...

—No, si yo no me quejo. Coman todos, y vivan, y engorden, y gracias sean dadas al Señor. Pero nos convendría mejorar de fortuna, créelo, y eso depende de quien yo me sé. El mayor de los errores, en estos tiempos de decadencia, es empeñarnos en dejar lo fácil por antojo y querencia de lo difícil; hay personas tan obcecadas que desprecian lo bueno por correr tras de lo sublime, y lo sublime, hija de mi alma, lo sublime *(con cierta inspiración)* hace tiempo que está borrado, no sé si provisional ó definitivamente, de los papeles de esta pobrecita humanidad.

Leré no dijo esta boca es mía.

Entró Roque, el marido de Justina, hombre humilde y no mal parecido, con una pierna de palo, vestido de pardo chaquetón, afeitada la cara, que así podía parecer de cura como de paleto. Era un bendito, y donde le ponían allí se estaba, pues nunca tuvo más voluntad que la de su mujer, combinada con la de Mancebo. Carpintero de blanco, trabajaba en la Catedral, y el Lunes Santo del 83, en el acto de armar el Monumento, hallándose mi hombre en el andamio que hasta la bóveda se eleva, para colocar los listones de que pende la soberbia colgadura de sarga carmesí, tuvo la desgracia de marearse y se cayó. Milagro fué que de semejante salto quedara con vida; pero tuvo la suerte... relativa de ir á parar sobre un montón de telas arrolladas, y allí le recogieron con una pierna rota y una mano estropeadísima. Largo tiempo duró la cura, y desde entonces no pudo trabajar con provecho; sus ganancias habrían sido nulas si D. Francisco no cuidase de proporcionárselas en la Obra y Fábrica, con limosna disfrazada de jornal, porque el infeliz había perdido los dos tercios de su habilidad y destreza, que nunca fueron muchas.

Charlaron un poco de la obra comenzada en la capilla alta de San Nicolás para dar desahogo á las oficinas, hasta que los olores culinarios y la impaciencia de los chicos anunciaron la grata ocasión de la cena. Suspendido el trabajo de ropa, Leré trajo un quinqué moderno, petrolero, sucesor del pesado velón de aceite que se vendió meses antes á unos mercachifles de antigüedades. La estancia, que era sala, comedor ó cuarto de plancha según las horas, y á la cual, por un

arco de herradura siempre ahumado, llegaba el vaho de la próxima cocina, se llenó de claridad y de esa alegría nocturna, doméstica, salpicada de notas infantiles, que suele ser la única gala de las casas pobres. Salieron á relucir los frágiles platos modernos, sucesores de los de Talavera, vendidos también porque los pagaban aquellos tontos de anticuarios cual si fueran de la más rica mayólica, y Justina apareció al fin con la humeante y olorosa cazuela de sopas de ajo.

—Bueno, señor, bueno—decía D. Francisco, y entre reñir á este chico y acariciar al otro, y echar una indirecta á Leré sobre *lo mismo*, y poner en solfa al Cabildo porque disponía el ensanche de oficinas precisamente cuando no había que administrar, se pasó la cena sobria y placentera, substanciosa en su frugalidad. Leré llevó al monstruo la ración correspondiente, metiéndosela en la boca á cucharetazos, y de sobremesa encendieron Mancebo y Roque sus voluminosos y pestíferos pitillos, hechos con picadura de las tagarninas que en su mesa de despacho solía dejar el canónigo Obrero, y que D. Francisco recogía con avara puntualidad. Un chico se duerme, otro alborota; Ildefonso, que es gran jugador de brisca, echa una partida con Leré; sigue á esto la orden de retreta, solfa en nalgas por aquí, besuqueo por allá, transporte del monstruo dormido á un cuarto interior, hasta que todos, chicos y grandes, van entrando en su nidal, y el silencio reina en la modesta casa. Sólo D. Francisco y Roque charlan un rato más en el comedor apurando las colillas antes de atrancar la puerta; pero al fin, el reloj de la Catedral con nueve sonoras campanadas, y el toque de ánimas en esta y la otra torre les

dicen que se acuesten, y ambos mochuelos, con maquinal obediencia, se van derechos á sus correspondientes olivos.

V

Tan caviloso dejó al buen presbítero su conversación con el madrileño, que se sentía tocado de insomnio, y antes de acostarse se paseó largo rato por su leonera, rezando ó intentando rezar las oraciones de costumbre. Pero si las palabras religiosas retozaban en sus labios, los pensamientos no eran de los que saben el camino del Cielo, sino antes bien de los que rastrean acá, entre los rincones y callejuelas del egoísmo.

«¡Vaya con la muñeca mística... qué ventolera le ha dado! Olvidarse así del interés de la familia... ¡Y que no es floja carga para el pobre tío de tanta gente! Yo pensé que Roque, después de la caída en que se rompió la pata, no traería más chiquillos á casa; pero nada... como si tal cosa, y si el hombre no sirve para ganarlo, en cambio para padre no tiene precio. Justina me regala un sobrinito nuevo cada año, y vamos viviendo, criándolos á todo, hasta que yo no pueda más, como no venga el milagro de los panes y los peces... que no ha de venir. Bueno, señor... Á lo que iba: como soy perro viejo y penetro en el magín de las personas más disimuladas, he comprendido bien que á ese caballero le peta mi sobrinilla, vamos, que está prendado de ella... ¡Si será simple la mocosa esta de los ojos danzantes...! Yo no he visto otro caso ni creo que lo haya. Un hombre riquísimo

¡zapa! que á todos nos haría felices... Mientras más viejo es uno, mayores rarezas ve en este mundo, y lo que á mí me confunde más es que esta chiquilla no haya comprendido que su amo la quiere, ó comprendiéndolo se quede tan fresca, sin pizca de ambición... noble ambición sin duda, no confundamos, sagrado amor de la familia.

Decidió al fin D. Francisco despojar su cuerpo de las negras vestiduras, y poco á poco se fué quedando en reducidos paños, hasta que se zambulló en la cama. Mascullando una oración, pensaba de esta suerte:

—¡Dios sacramentado, cuantísimo dinero! Me dijo el hermano de Braulio que este señor cuenta su caudal por millones... ¿Cómo será un millón? Quisiera yo verlo. Dehesas, casas, renta del Estado. Ya lo creo... no apandó poco su padre, y también su abuelo, comprando todito lo que era de la Santa Iglesia. Y dicen que es más hereje que Calvino, de estos que quieren traernos más libertad, más pueblo soberano y más Marsellesa. ¡Patrañas! *(Con agudeza.)* Así pensaría D. Angel cuando su mamá no le daba un sacre; pero ahora que es rico y dueño de todo... El hombre de capital mira mucho por el orden, hasta por la Iglesia, y no quiere que la nación se ponga á dar zapatetas en el aire. ¡Virgen pura, cuantísimos dinerales! Se me figura que no voy á dormir esta noche, porque ya se sabe, si me da por ver cosas de moneda me despabilo y... *(Inquieto, dando vueltas.)* Ahora que me acuerdo... no sé si eché la llave del armario. ¡Qué cabeza! Pues lo que es yo no me duermo sin la seguridad de que todo está bien cerrado. *(Raspa un fósforo y enciende luz.)* No, no podré pegar los ojos con

esta duda. *(Échase de la cama, envuélvese en una colcha, y con los pies desnudos, las canillas al aire, más parecido á pavorosa fantasma que á hombre, va al cuarto próximo é inspecciona la puerta del armario.)* ¡Ah! echada la llave... Pero se me olvidó quitarla. Ven acá, llavecita. Ahora caigo... ¿pero cómo tengo hoy esta cabeza?... en que se me pasó del pensamiento poner en el cofre los dos duros que tengo en el bolsillo de los calzones. En fin, guardemos esto en el sitio donde pongo lo de las misas, y después me dormiré como un santo.

En aquel extraño pergenio, tiritando de frío, púsose á gatas y tiró de un pesado cofre forrado de pelo de cabra que bajo la cama había; abriólo, sacó de él libros viejos, zapatillas y paquetes de clavos, revolvió hasta encontrar algunos cartuchos de monedas, los cuales examinó minuciosamente, procurando que no sonaran; introdujo en uno de ellos las dos piezas de plata, y colocando después encima con estudiado desorden lo que había sacado, cerró con llave, y de un salto á la cama otra vez.

«Si yo no hiciera esto, si no guardara lo que guardo, ¿qué sería de este familiaje el día de mi muerte? Bien sabe Dios que no ahorro por mí, sino por ellos; bien sabe Dios que yo sin ellos viviría como un patriarca, pues mis necesidades son muy cortas; bien sabe Dios también que esto no es avaricia, sino arreglo, y que no junto por vicio de juntar sino por previsión; bien sabe Dios que nunca he querido prestar dinero á interés, aunque me lo han propuesto mil veces, y que todo mi afán es llegar á reunir para un titulito de 4 por 100, y sacarle rédito al Gobierno,

que es quien debe pagarlo. Pero... ¡ni que anduviese el Demonio en ello! cuando parece que me voy acercando á la cantidad precisa; cuando casi la toco con las puntas de los dedos, ¡zapa! vienen las necesidades... que las botas, que la escuela, que la esterita, que el médico, y adiós mi montoncito. Vuelta á empezar, grano á grano, y arriba con él... Cuando yo cierre el ojo, aquí lo encontrarán tcdo, junto con las disposiciones que tengo escritas en aquel papel. ¡Vaya, que el día en que Justina empiece á sacar plata y más plata...! ¡Quisiera ver la cara que pone al ir descubriendo cartuchos. ¡Ah, picaronaza, qué gran vida os vais á dar tú y tus hijos! *(Como hablando con Justina.)* Pero, vamos á ver: ¿á que no me encuentras el orito, la única pella de doblones y centenes que he podido amasar en tantísimos años? ¿A que no se te ocurre á ti ni al ganso de Roque levantar aquel baldosín, radicante en el ángulo del cuarto, debajo de la percha mayor? Bobos, ¿creiais que yo lo iba á poner donde todo el mundo pudiera verlo? Pero no tengáis cuidado, que en sus disposiciones añadirá el tío un renglóncito que lo rece. El oro no se deja en cualquier parte. Es menester que cueste algún trabajo llegar hasta él. *(Adormeciéndose un poco, se despabila repentinamente, con vivo sobresalto.)* ¡Zapa! Satanás maldito... ¿pues no se me ocurre ahora que el baldosín está levantado? ¡Zapa, contra-zapa! Pues lo que es mi Francisco no se duerme sin cerciorarse por sus propios ojos. *(Rechaza las sábanas, vuelve á raspar el fósforo y se arroja del camastro, dirigiéndose al ángulo del otro aposento, donde levanta la estera y examina el piso.)* Si estaré yo trastornado... El baldosín no tiene

novedad. Sólo Dios y yo sabemos lo que hay aquí. Ea, acuéstate, hijo, y duerme sin miedo. *(Recorre la estancia como alma en pena, y se hunde de nuevo en el colchón, después de apagar la luz.)* Pues, á lo que iba: esa bendita de Dios, esa Lorenza podría hacernos á todos felices. No hay mujer que no tenga su poquitín de habilidad, su poquitín de gancho para la pesca del marido; pero tus anzuelos no pinchan, ¡oh sobrina mía, tocada de la vanidad de la perfección! ¡Cuántas hay por esos mundos, que con arte y sandunga, ya haciéndose las recatadas, ya resbalándose una miaja, han conquistado á sus amos, y de criadas cátalas señoras! Considera lo que resultaría de que fueras como otras, que son muy buenas y hasta muy santas: por de pronto, la pobre Justina descansando de su ajetreo de perros; Roque sin necesidad de ir á pedir un mal salario, que más bien es limosna... y la chiquillería esta, que yo he criado con tantos afanes, en camino de ser algo: Ildefonso, ingeniero; Paco, abogado; luego vendrían el militarcito, el arquitecto, el médico, según la disposición que fueran sacando, y en cuanto á mí, pues algo me había de tocar... en cuanto á mí, ¡zapa! mi canongía no había quien me la quitara... Porque este señor ha de tener influencia en Madrid, y siendo yo el tío de su costilla, de su peso se cae que... Mucho poder tienen allá los Guerras. ¿Pues quién sino doña Sales hizo canónigo á ese farol de León Pintado, que era un mísero capellán de monjas en Madrid?... Pero, en fin, me descartaré si es preciso, y para mí no quiero nada, nada más que irme al Cielo á descansar de las fatigas que me causa el problema colosal de la manutención sobri-

nesca. *(Pausa.)* Debe de ser muy tarde. ¿Te duermes, hijo, sí ó no? Mira que mañana vas á tener la cabeza pesada, y no podrás decir tu misita. Deja á tu sobrina que haga lo que quiera, y duérmete... Imposible tener sosiego pensando en estas cosas... Porque, Señor, si sucediera lo que está en el orden natural, el matrimonio se vendría á vivir á Toledo... como que ella debe imponer esto por condición, y así se lo aconsejaré yo, y todos viviremos juntos, y yo no tendría que pagar casa, y me ahorraría mi paga toda entera, mi paga de canónigo... ¡Madre y Señora sacratísima! me da el corazón que al fin las cosas irán al derecho, y que además, como los bienes nunca vienen solos, lo mismo que los males, me caerá la lotería, y...

Durmióse al fin profundamente, después de rezar un rato, y soñó que le había caído el premio gordo. Porque conviene advertir ahora, para redondear la figura de D. Francisco Mancebo, que éste no tenía ni tuvo jamás ningún vicio, pues no podía tenerse por tal el aprovechamiento de las colillas que dejaba sobre su mesa el canónigo Obrero. Bebida, mujeres, naipes, fueron siempre para él letra muerta. Por donde únicamente podía prepararle la zancadilla el tuno de Luzbel era por su desmedida afición al sórdido ahorro, y por la antigua maña de tantear la suerte en la lotería, con la codiciosa ilusión de sacarse una buena porrada de dinero. Todos los meses compraba en compañía de un amigo el indispensable decimito de la extracción mas barata, y su constancia tuvo alguna vez corta recompensa. Pero le alentaba la risueña esperanza de dar un toque maestro el me-

jor día, y siempre que se metia en la cama con algo de excitación cerebral, daba vueltas en su cabeza al número adquirido, como si fuera el propio bombo lotérico, haciendo veinte mil cálculos que paraban siempre en que salía el ansiado premio gordo. Aquella noche, su sueño fué más que nunca tormentoso y preñado de confusos líos aritméticos. Despertó de madrugada con la certidumbre de haber dado el golpe.

«Claro, alguna vez tenía que venir. Eso de estar treinta años haciendole cucamonas á la suerte sin alcanzar de ella más que algún triste reintegro, no puede ser. El número de ahora es de los que no podían fallar; tres doses seguidos de un siete. Infalible, Señor, infalible. Bien se lo dije á Fabián cuando lo tomamos: «Fabián, éste nos arma.» *(Excitadísimo.)* Gracias á Dios, hijo mío, que sales de pobre, tú y todo el familiaje. Hoy, cuando entres en la sacristía, te dirá Fabián: «D. Francisco, al fin esa perra se ha portado». Porque Fabián debe tener ya en su poder la lista grande, venida por el tren de ayer tarde, y habrá visto el número nuestro en el primer renglón... Ahora sí que voy yo á Madrid á cobrar el premio gordo, ó lo que sea, pues si en vez de ser el mayor, fuese el tercero, también me alegraría... *(Dudando.)* ¿Pero en qué me fundo para afirmar que ahora va de veras? ¿Esto ha sido sueño, revelación ó qué ha sido? De dónde viene esta incertidumbre, que es como si tuviera la lista delante de los ojos? *(Con perplejidad é impaciencia.)* ¡Ven pronto, diita, para salir de dudas! ¡Madre amorosa del Sagrario, que me la saque, que no me muera sin sacármela alguna vez!

VI

Levantóse al toque del alba, cuando ya las primeras luces de la encapotada y turbia aurora penetraban por indiscretas rendijas en la habitación, y recitó entre dientes sus oraciones. Abriendo las maderas de la ventana, notó que los ojos le escocían al recibir la impresión lumínica, achaque fastidioso que rara vez faltaba después de una mala noche. «Vaya hoy tengo función con los malditos ojos—dijo recatándolos de la claridad,—y tendré que ponerme las gafas». Sacó, pues, de la cómoda la máquina aquella de cuatro cristales, y después de aviarse de prisa y corriendo, se la puso, enganchando en las orejas las gruesas varillas de plata.

Ya era día claro cuando iba D. Francisco por la pendiente arriba de la calle del Pozo Amargo, bien embozado en su manteo, la teja encasquetada, no dejando ver entre sombrero y embozo más que los cuatro vidrios. Su salida todas las mañanas, á las siete y media en invierno y á las cinco en verano, era como un reloj de que se utilizaban los madrugadores de la vecindad, gente obrera que á la misma hora se echaba á la calle. Aquel día en la travesía desde su casa hasta la Puerta Llana, Mancebo iba diciendo para su manteo:

«¡Qué cosas tiene la Providencia, y qué bien se encarga esa señora de ajustar las cuentas á los que andamos por aquí! Á lo que iba: la Desamortización vendió las fincas de la Iglesia, y entre ellas, el cigarral

de Guadalupe, cuya renta fué instituída por los Téllez de Meneses para la dotación de las misas que los capellanes de coro habíamos de decir en la capilla del Sepulcro. La pícara Libertad nos quitó aquella finca, que fué comprada por Bruno Zacarías, padre de la doña Sales, madre de este caballero, el cual la hereda; de modo que si se casa con mi sobrina, mi sobrina será dueña de ella, y por carambola yo, yo, que como capellán que fuí y beneficiado que soy, tengo cierto derecho á disfrutarla. ¡Miren las vueltas que la Providencia da á las cosas para que la justicia y el derecho se cumplan! Porque, claro, si hay boda, yo tendré vara alta en la casa, y al cigarral me iré cuando me dé la gana, sí señor, á comerme los primeros albaricoques, y á pasarme muy buenos ratos... Parece un buen hombre este D. Angel; pero se me figura que no sabe manejar sus intereses. Nada tendría de particular que me encargase á mí de la administración de lo mucho que en Toledo posee, rústico y urbano, pues de fijo lo haría mejor que ese hormiguilla de D. José Suárez, que ha de mirar por lo suyo más que por lo ajeno. Yo lo administraría con escrupulosa honradez y puntualidad, bien lo sabe Dios; yo sería una fiera para los malos pagadores, y las rentas habían de estar muy al corriente, sí señor, todo al céntimo... ¡Ya lo creo que podría yo encargarme!... No soy tan viejo como parece, y fuera de este achaquillo de los ojos, tengo buena salud, y me parece que puedo tirar quince años más...

Al penetrar en la Catedral por la Puerta Llana, fué otra vez atacado su pensamiento del vértigo de la lotería, en virtud de una concatenación misterio-

sa, inexplicable, pues nadie, por mucho que discurra, podrá encontrar afinidad entre el recinto hermosísimo de la Iglesia Primada y el bombo de que se extraen las numeradas bolas. Pero ello fué que al poner don Francisco su planta en las baldosas del templo, salió á recibirle y á darle agua bendita el cautivador número, los tres doses volviendo la espalda á un gallardo siete. «Algo quiere decir—discurría persignándose,—que se me haya metido en la cabeza la idea de que hemos dado el golpe. Tiene que ser... *(Dudando.)* ¡Bah! ¡Otra ilusión por los suelos! ¿Quién hace caso de estas corazonadas ó cabezadas mías?... (*Reflexionando.*) Aunque bien podía ocurrir que acertara... Alguna vez ha de ser, Madre dulcísima del Sagrario... y si me saliera la millonada, podría yo decirle á esa ingrata de Lorenza: «Haz tu gusto, muñeca de los ángeles, que ya no necesito de ti para asegurar el porvenir de tus pobres sobrinos, pues ya ves cómo el Señor mira por ellos.»

Poquísimas personas encontró en el trayecto de la Puerta Llana á la sacristía. Frente al enrejado altar del *Cristo Tendido* rezaba una mujer; un pordiosero con capa de paño pardo de remiendos mil se arrodillaba á la entrada de la capilla del Sagrario. Los acólitos, sacristanes y toda la gente seglar al servicio de la iglesia iban llegando por esta y por la otra puerta, tomando cada cual la dirección del sitio en que debía cambiar de traje. En algunas capillas, los mozos barrían el suelo. Los sacerdotes que celebraban las primeras misas iban llegando presurosos, y los pocos feligreses madrugadores que oirlas solían anunciaban su presencia con carraspeos y toses. La débil luz ma-

tutina, filtrándose por los pintados vidrios, derramaba en aquel recinto de incomparable belleza una melancolía dulce y ensoñadora. Cerrada estaba aún la verja de la Capilla Mayor, semejante á disforme joya de oro y esmaltes, y la del Coro también. Pero alguien andaba por dentro trasteando, y D. Francisco, después de hacer la genuflexión ante el Presbiterio, se fué allá y al través de la verja preguntó: «¿Ha venido Fabián?» Respondiéronle que no dos mozos que se ocupaban en arreglar las alfombras, en poner un brasero y preparar los libros para el canto de Prima, y cuando le vieron alejarse hacia la sacristía, permitiéronse alguna inocente broma respecto á él.

«¿Has reparado que D. Francisco viene hoy con *vidrieras*?—dijo el uno.—Mala señal. Siempre que se pone los anteojos de cuatro fachadas trae un genio de cuarenta Barrabases.

—¿Á que no sabes para qué quiere á Fabián?

—Toma para ver si les ha caído la lotería. Juegan apareados; pero D. Francisco antes se deja abrir en canal que gastar una perra en el periódico que trae la lista grande.

—¿Sabes que me parece que les ha caído? Anoche estaba Fabián más contento que las puras Pascuas.

Entró Mancebo en la antesacristía saludando familiarmente á los que al paso encontraba. En la cajonería próxima á la puerta del gran salón, vestíanse los monaguillos con infantil algazara, y más allá los sirvientes del Coro y Capilla Mayor.

¿Habéis visto á Fabián?... ¿No? ¡Qué horas de venir tiene ese gandul! Por una de las tres puertas de la derecha, pasó el beneficiado á la escalerilla que con-

duce al sitio en que están los braseros para dar lumbre á los incensarios, y allí calentó sus manos ateridas, echando un parrafito con el pertiguero, que hacía lo propio. Movimiento excepcional el de aquella hora en las dependencias de la basílica. Éste saca las velas de un inmenso arcón, aquél se encaja presuroso las vestimentas, otro viene por el pasillo que da á la cuadra de las ropas cargado con el servicio del día. Algunos canónigos empezaban á llegar, y se metían en el suntuoso vestuario, donde tienen también su brasero para calentarse. Volvió Mancebo á presentarse en la antesacristía, acompañado del pertiguero, que ya se había puesto la peluca y ropón de púrpura. Los sacristanes, los lectores y los que hacen el servicio de ciriales se despojaban de sus capas para ponerse sotanas y roquetes, y entre ellos, al fin, encontró D. Francisco al sujeto que buscaba, embozado aún en su raída capa seglar.

—Fabián, ¡cómo se te pegan las sábanas!—le dijo llevándosele aparte.—Á ver ¿tienes algo qué decirme?

En áscuas estaba el buen clérigo, porque había notado en la cara judaica y grosera del salmista expresión vaga de mal contenido gozo. Sin esperar la respuesta á su pregunta, la completó con esta otra: Díme, hombre, ¿hemos sacado algo?

—Nada—replicó Fabián, persignándose en la boca;—nos quedamos *asperges*.

—Pero hombre—dijo Mancebo, con un nudo en la garganta.—¿Has mirado bien esa condenada lista? Imposible que un número tan bonito...

—¡Para que nos fiemos de números bonitos! En otra cosa está el toque—indicó Fabián, que á pesar

de comunicar á su amigo una mala noticia, tenía la cara radiante.

—¿Cómo el toque? Explícate; no bromees—refunfuñó Mancebo, para quien continuaba siendo un enigma el rostro animado del cantor.

Le diré á usted: ya no nos dejará colgados otra vez esta perra. Bien decía yo que tenía que haber reglas para calcular de antemano el número favorecido.

—¡Reglas! Tú estás soñando, Fabián. Todo depende del azar caprichoso, de la suerte, de la necia casualidad.

—¡Á mí con casualidades! Eso es para bobos. Hay un modo de calcular el número exacto. Para eso está la Matemática.

—¿Pero tú...?

—No tengo el secreto todavía *(con misterio)*; pero lo tendré. ¡Calmaaa...!

—Hombre, díme, explícate... á ver. *(Ardiendo en impaciencia.)*

No pudo Fabián satisfacer la curiosidad de su amigo el beneficiado *Vidrieras*, porque se acercaron otros. Además, no pudiendo D. Francisco retardar más tiempo su salida al altar, dijo á Fabián que le aguardase allí, y se fué hacia la capilla de San Ildefonso, en donde celebrar debía. Ya le aguardaban las tres ó cuatro mujeres abonadas á su misa, y no tardó en prepararse para decirla, revistiéndose á escape. Es de creer que durante la representación simbólica del santo sacrificio, Mancebo apartaría de su pensamiento toda idea profana. La misa fué breve, más breve quizás que de costumbre. Díjola en el magnífico al-

tar de la Descensión de Nuestra Señora, delante del cual yace la estátua durmiente del cardenal Albornoz. Oró luego un ratito, según costumbre, y sabe Dios lo que el afanado clérigo pediría, pero de fijo no pudo ser cosa mala ni en perjuicio de nadie, y acto continuo se volvió á donde Fabián le aguardaba, ya vestido de sotana y roquete. Había empezado la Prima, y en el grandioso templo se veía más gente seglar. Salían misas y más misas en la capilla de Santiago, en Reyes Nuevos y en el *Cristo Tendido.* En la antesacristía notábanse los preparativos de la misa conventual.

—Á ver, Fabián, me dejaste á media miel—dijo el beneficiado, llegándose á su amigo, que no entraba en las funciones hasta el canto de Tercia.—Cuéntame, ¿qué secreto es ese?

—Pues todo el busilis—le contestó el salmista,—está en saber hacer la combinación.

—¿Y cómo se hace la combinación?

—¡Ah! no es cosa fácil; pero tampoco imposible—dijo el músico, llevándosele al pasillo que conduce al patio del Tesorero, para poder secretear á su antojo. Pues verá usted: un amigo mío, litógrafo, que tiene su taller en la calle de Belén, se puso en compañía no hace mucho con un chico de Madrid, mecánico y dibujante, gran matemático, el cual devanándose el caletre, y *ajondando* por aquí y por allá con las álgebras del contrapunto del guarismo, ha encontrado la manera de calcular las probabilidades que nosotros los legos en esa solfa llamamos suerte, azar. ¿Se va usted enterando? Este madrileño sabe más que Lepe, y ha inventado unos cartones con

los cuales se hace la combinación, y *¡arza* morena!... el cartón le dice á usted, ¡clavado! el número que ha de salir.

—Pero Fabián—dijo D. Francisco echándose á reir,—tú estás loco ó eres archi-memo. ¿No comprendes que si eso fuera verdad, y sacara premio todo el que hiciera la combinación, no habría lotería?

—Pero como el secreto no se hace público, y el que lo tiene no se lo va á revelar al primer quidam.

—Pero ven acá, pedazo de alcornoque. Si ese matemático posee el secreto, cátale poderoso en cuatro días, y ¿qué necesidad tiene de vender su secreto á nadie?

—Vende por poco dinero los cartones, y enseña el modo de manejarlos, sin perjuicio de ir á la parte con los que ganan. No es decir que salga siempre, siempre, clavado. Hombre, no sea usted material. Pero este cálculo asegura, de cinco probabilidades, tres por lo menos. En fin, morena de mi vida, hemos de verlo en la primera extracción, y lo que es ésta no se nos escapa.

—Hijo, me llenas de confusión—dijo D. Frarcisco, tan aturdido y mareado que tuvo que levantarse las *vidrieras* para que entraran la luz y el aire á reanimar sus congestionados ojos.—Eso es la mayor maravilla del mundo, ó una necedad solemne de seis capas. Vea yo esos cartones, sepa cómo se fragua la combinación y hablaremos. Voy á tener hoy mareo para todo el día... ¡Qué diantres de invención! No, si la cosa es posible, y cae dentro del fuero de la Aritmética. Yo lo he dicho siempre: tiene que haber una manera de averiguar la probabilidad mayor entre to-

das las probabilidades. El caso es... En fin, anda, que van á empezar la Tercia. Abur. A la tarde hablaremos. Se comprará el número que debe salir, aunque tengamos que encargarlo á Madrid, y... *(Suspenso.)* ¡Zapa! no puede ser. ¿Cómo es posible que...? *(Esperanzado.)* Pero sí, puede ser: es de esas cosas que se dan por imposibles antes de que se le ocurran al primero, y después que sale uno y dice: «pues esto hay», á todos nos parece lo más natural del mundo... Como lo del huevo de Colón.

Dando la vuelta por el ábside, se fué hacia la oficina de la Obra y Fábrica, que está debajo de la Sala Capitular, y allí tomó el chocolate que, en las mañanas de invierno, le hacía el mozo de aquella dependencia. Las revelaciones de Fabián trastornáronle la cabeza en términos que no daba pie con bola: su mente fluctuaba entre el excepticismo y la credulidad, y tan pronto veía en el cálculo lotérico uno de los mayores disparates que en cerebro humano pueden caber, como la más grandiosa y práctica invención, émula de los ferrocarriles que se comen las leguas en un santiamén, y del telégrafo que nos permite dar las buenas tardes á los antípodas.

—Y cuando estos inventos apuntaban—decía procurando sojuzgar sus amotinados pensamientos,—la envidiosa incredulidad y la ruín desconfianza decían: «no puede ser, no puede ser». Y, sin embargo, pudo ser, vaya si pudo ser.

Durante toda la mañana, sin dejar de atender á su obligación con rutinaria y maquinal asiduidad, se caldeaba los sesos imaginando cómo sería la prodigiosa cábala del matemático de Madrid, y entrete-

niendo con variadas hipótesis su afán de conocerla. *Corriendo parejas con el viento*, aquella imaginación que en la edad senil se desbocaba, renovando los brincos y retozos de la juventud, lanzábase por otros espacios. Ya se figuraba el buen viejo que los planes de casar á Lorenza tenían realización cumplida, y que su sobrina era dueña de medio Toledo; ya que le encargaban á él la administración de las fincas rústicas y urbanas, y que se estaba comiendo, en el cigarral de Guadalupe, los primeros albaricoques de la cosecha del año. Y qué bien le sabían, ¡zapa! ¡y qué ricos estaban!

III

DÍAS TOLEDANOS

I

Ya no empleaba Guerra las frescas mañanas de Diciembre en vagar con soñadora inquietud por las partes más solitarias y poéticas del histórico pueblo. Como reacción de aquella actividad, entróle una pereza también soñadora, y se pasaba las horas muertas en su cuarto, sin más compañía que la del Niño Jesús y los acericos, leyendo ó meditando hasta que llegaba el ansiado momento de visitar á los mancebos. El sabio Palomeque prestábale libros, entre los cuales Guerra prefería los de Historia, y de éstos los de Mariana, porque aquel estilo ingénuo y viril le cautivaba, así como la espontaneidad y frescura con que el mundo antiguo salía de sus páginas. Los reyes y príncipes que la lectura, cual arte mágico, ante sus ojos resucitaba, parecían encajar dentro de los muros y entre las callejuelas de aquella ciudad, como si no debieran ni pudieran existir allí otra clase de habitantes. ¡Qué disonancia entre Toledo y D. José Suárez, verbigracia, ó D. León Pintado y el mismo Palomeque! Echándose á divagar mentalmente, comparaba lo que leía con la realidad coetánea, y en verdad no llegaba á convencerse de que lo presente fuera mejor que lo pasado. Acordándose de Madrid, y de la política y la sociedad, todo informado de un mo-

dernismo que lustrea como el charol reciente, llegaba á creer que vivimos en el más tonto de los engaños, sugestionados por mil supercherías, y siendo los prestidigitadores de nosotros mismos. Reíase también del afán que en tiempos no lejanos había sentido él por trastornar la sociedad. En aquel rincón de paz y silencio, ¿qué le importaba que el Estado se llamara República ó Monarquía, ni que el Gobierno fuese de esta ó de la otra manera? Tales problemas no eran ya para él más importantes que el trajín y las idas y venidas de las hormigas, arrastrando hacia su agujero la pata de un escarabajo.

Meditaba en estas cosas tendido en la cama, desde la cual, por la ventana frontera, disfrutaba de una grandiosa y extensa vista, el ábside de la Catedral descollando con gentil bizarría sobre el montón de tejados, los pináculos de la capilla de San Ildefonso, los almenados torreones de la de Santiago, detrás la torre grande, majestuosa y esbelta en su robustez, con el capacete de las tres coronas y la cimbreante aguja, en la cual parece que se engancha, al pasar, el vellón de las nubes. En término más lejano, la mole de San Marcos, los techos del Ayuntamiento, la presumida cúpula de San Juan Bautista, y aquí y allí las espirituales torres de estilo mudéjar, cuanto más viejas más airosas y elegantes.

Estas dulces mañanas solía estropeárselas de vez en cuando el buen Palomeque con alguna jaqueca arqueológica. Era el canónigo correspondiente de las Academias de San Fernando y de la Historia, hombre muy erudito, punto fuerte en todo lo referente á fundaciones pías é impías, en letreros romanos, y

descifrador de los secretitos de una piedra rota ó de un gastado losetón. Últimamente había dado en la tecla de demostrar que todo aquel cerro en cuya cima descuella San Miguel el Alto, fué ocupado en la Edad Media por el convento palacio de los caballeros del Temple, el cual edificio, con sus jardines y dependencias, se extendía por el Sur hasta San Lucas y por el Oeste hasta la Tripería. «Es error crasísimo—decía sulfurándose,—creer que las casas de aquellos señores se circunscribían á las que hoy conocemos como de los Templarios, junto á San Miguel. Además de estos vestigios, hay otros muchos que corroboran mi tesis, pues en el barrio que habitamos y en nuestro propio domicilio, voy descubriendo las esparcidas piezas del esqueleto de aquellos suntuosos alcázares. ¿Qué fué de tanta magnificencia? Pues allí sucedió lo mismo que lo que es hoy colegio de Santa Catalina, y en el palacio de Trastamara, ogaño corral de Don Diego: que el antiguo monumento fué dividido en viviendas alquiladizas, y sucesivamente se ha ido transformando hasta perderse en un maremagnum de reparaciones, revocos y apartadijos».

En efecto, Guerra, á poco de vivir allí, echó de ver junto al techo de su aposento una zapata de mampostería desfigurada por sucesivas capas de cal, pero que en su deformidad revelaba el morisco abolengo. Un día la limpió D. Isidro, encaramándose en una escalera de mano, y al descubrir su gracioso ornamento, dijo con gozo triunfal: ¿Ve usted? es gemela de la que está en mi cuarto. Sobre las dos zapatas se alzaba un arco de herradura que ha desaparecido; pero puedo reconstruirlo teóricamente por la

inducción del radio. Y si me apuran, aún puede verse un trozo del intrados, con su dentelladura perfectamente conservada y un pedacito de *almarbate*, en el desván medianero por la parte del Cristo de la Calavera. En distintos puntos de nuestra casa puede usted ver *alfardas* pertenecientes á la despedazada fábrica medioeval, y no dude usted que parte de los azulejos del patio corresponden á los *aliceres* de la misma. ¿Se ha fijado en el viguetón grande que hay á la entrada de la cocina? Pues me he tomado el trabajo de limpiarlo, y ahí tiene usted clarita la inscripción: *El imperio es de Dios.*

Un día entró Teresa en el cuarto de Angel con las manos en la cabeza, gritando: «Este maldito canónigo me está echando abajo la cocina». Oíanse los golpazos que daba Palomeque, como si quisiera derribar la casa. Buscaba la continuación de la *alfarda* ó viga, y la encontró, descubriendo además una magnífica *alharaca* que le hizo saltar de júbilo.

—¿Lo ve usted, lo ve usted?—dijo á Guerra, que salió presuroso tras su tía y patrona.—De aquí arranca un magnífico arco, que se apoya por esta parte en una columna con capitel de *ataurique*, la cual de seguro, la tenemos empotrada en la mampostería de la casa próxima. Aquí tengo el capitel: véalo. *(Guerra no veía nada.)* Y para buscar el fuste será preciso ¡ay dolor! descender á las letrinas de la casa. Pero no importa. *Ubicumque labor*... ¡Cuánta barbarie! Desmenuzar y triturar así una construcción grandiosa! Para descubrir todo el arco, tendré que hacer un reconocimiento en la finca inmediata, y crea usted que pediré licencia al propietario. Como que podría suceder

que descubriésemos una gran galería, sabe Dios...! Y fíjese usted *(saliendo otra vez al patio, armado del demoledor pico)*: aquí, detrás de esta pared mal forrada de azulejos y que se desmorona por la humedad de la bajada de aguas, tenemos un trozo de columna, de mármol de Garciotum, que sin duda pertenece á la época goda.

En efecto, asomaba el fuste, y Angel no dudó de la aseveración de su amigo.

—De todo esto infiero, Sr. Guerrita—prosiguió don Isidro, después de destruir otro poco de pared,—que estos alcázares, en cuyos destrozados fragmentos vivimos por la codicia y la barbarie de las últimas generaciones, fueron construídos en tiempos de la dominación sarracena, sobre la osamenta de otra suntuosa morada goda, que debió de ser la que hizo labrar Suintila, según dice San Julián II en el libro de la *Sexta Edad*, dedicado, al amigo Ervigio. ¿Y á quién se debe la superfetación? dirá usted. *(Angel no decía nada.)* Pues, ó yo veo visiones, ó estamos en el palacio que levantó, rodeándolo de pensiles y amenidades sin fin, un morazo llamado Almamum Ebn Dziunum, el cual no es otro que el padre de Santa Casilda. ¿Nos vamos enterando? Aquí vivió, pues, aquel bárbaro con toda su gente, y no le quiero decir á usted lo deleitoso que esto sería con tantísima gala de arte y naturaleza que los tales solían gastar. Viene la Reconquista, y entra aquí el amigo D. Alonso, que se incauta de la finca y se queda tan fresco; andando los años, nuestro D. Alonso VIII se la da á los Templarios para su convento y casa-hospedería; los Templarios, en 1312, se van á donde fué el padre Padilla; vienen tiempos

de desbarajuste, y los restos del palacio, menos aquella parte que se conserva junto á la plazuela del Seco, van á parar á manos mercenarias que los descuartizan, los dividen, convirtiéndolos en míseros albergues de vecindad, en uno de los cuales usted y yo, corriendo el pícaro siglo décimo nono, tenemos el honor de vivir.

—Muy bien, Sr. Palomeque, muy bien.

Una de las habitaciones del piso alto, próxima á la estancia que Angel ocupaba, habíala convertido Palomeque en depósito ó almacén de los innúmeros fragmentos que iba descubriendo en la casa, ó que recogía de aquí y allá, y era como naciente museo atestado de aleros medio podridos, pedazos de losetones con vislumbres de letra, azulejos, tinajas rotas, herrajes comidos de orín, y trozos de *alharaca* ó *almocárabe* en deslucido y frágil yeso. Allí se pasaba las horas muertas el canónigo, juntando astillas y cascotes para reconstruir piezas magníficas de decoración arabesca, y hemos de reconocer que su trabajo resultaba á las veces de alguna utilidad para descubrir los agujeritos ratoniles de la Historia, empresa no despreciable, pues suele acontecer que por tales resquicios penetra la luz en las grandes cavidades obscuras.

El otro huésped de la casa, el angélico D. Tomé, sí que no se metía en tales averiguaciones. Hombre de modestia suma, ocultaba cuidadosamente lo poco que sabía, como si fuese delito. Con él platicaba Guerra más á gusto que con el sabio Palomeque, siendo preciso para ello violar el secreto de su estancia, pues don Tomé jamás iba á los cuartos de sus compañeros

de hospedaje, como no le apremiaran con súplicas que casi equivalían á mandatos. Tratábale Teresa como á un niño y le cuidaba con solicitud, adivinándole los deseos, pues él pobrecito no era capaz de pedir ni un vaso de agua. Si alguna vez tenía que salir de noche, la bondadosa patrona, conociendo el miedo de su huésped á verse sólo en las calles obscuras, mandaba con él á la criada ó asistenta vieja, para que le acompañase á la ida y á la vuelta. Gracias debía dar á Dios D. Tomé de haber caído en tales manos, pues con otra pupilera no le habrían faltado ocasiones de morirse de hambre, por aquella costumbre evangélica de no pedir nunca. Era, en fin, alma sencillísima, toda pureza y humildad, un ser en quien Dios moraba, por lo cual decía su patrona que no creyó que existiesen serafines en la tierra hasta que hubo conocido á D. Tomé.

El cual tenía su familia en Cebolla, de donde era natural. En Toledo le protegía el Deán, que le *sacó* la capellanía de las monjas de San Juan de la Penitencia, dotada con el estipendio de dos mil reales anuales, y obligación de decir en el convento setenta misas. Pero como esto no bastaba para vivir, D. Tomé, con el favor del jefe del cabildo, se agenció una lección de Historia en un colegio particular, que le producía otros dos mil realetes. Cuatro años llevaba ya en su obscuro magisterio, habiéndose lanzado también á empresas literarias, pues era autor de un *Epítome* para uso de los alumnos de Historia, en el cual embutió toda la de España, ochenta páginas escasas, en preguntas y respuestas. Un ejemplar de este manualito regaló á Guerra, que lo agradeció mucho.

Con los cuatro mil reales que en junto daban la capellanía y la cátedra, y además los ochavos del *Epítome* (que iba acompañado de un mapa sinóptico de todos los reyes de España), no sólo reunía lo bastante para vivir, sino que aún le sobraba algo que mandar á su familia, la cual vivía miseramente en Cebolla labrando el ingrato terruño. Las monjas querían á su capellán como á las niñas de sus ojos, y solían regalarle en las festividades platos de arroz con leche, sobre los cuales dibujaban con el polvillo de canela el letrero *¡viva Jesús!*, y de vez en cuando le mandaban acericos muy primorosos. He aquí la explicación de que hubiera tantos en la casa.

No podía Guerra explicarse que siendo D. Tomé tan para poco, hombre de cuya conversación se podía sacar difícilmente una idea propia, le agradase tanto su trato, hasta el punto de que se pasaba con él largas horas, oyéndole decir las cosas más sabidas del mundo, las más elementales, pero que en sus labios tenían una seducción misteriosa. Observaba en él más fe que opiniones, fe de calidad exquisita, de esa que ni se discute ni piensa en discutir ó examinar la incredulidad ajena. D. Tomé creía, sin cuidarse de que los demás negaran ó dejaran de negar. No se le ocurría ser corifeo ni apóstol de sus creencias. Angel le envidiaba su espíritu sereno, teniéndole por un ser absolutamente conforme consigo mismo, conformidad que es tal vez el supremo ideal del hombre. Hablando con él y acompañándole en su cuarto, mientras preparaba las lecciones, Guerra se echaba á discurrir ó imaginar cómo sería el estado interior de don Tomé, qué pensaría, qué sentiría. ¿Acaso juzga-

ría del mundo por los pecadillos que le confesaban las monjas? ¿Por ventura carecía en absoluto de imaginación, y era un ser incompleto, á quien la magnitud de su imperfección hacía parecer perfecto? ¿A qué sonarían en los huecos de aquella mansa naturaleza las pasiones humanas? Estos misterios y enigmas atraían más á Guerra hacia el capellán angélico, y el afecto que le inspiraba era quizás una exaltación de la curiosidad científica. Queríale sin duda y le mimaba con cariño semejante al que un sabio entomólogo siente hacia el insecto raro y desconocido que le cae en las manos.

II

Las más de las tardes iba Guerra á ver á Leré, quien le recibía en el patio, delante de la puerta que daba al otro patio que fué morisca *alfagia*, y era ya corral de vecindad, donde hormigueaba un pueblo indigente y pintoresco, entre destrozados arcos de herradura y podridas vigas con restos de *alharaca*. Justina se hallaba casi siempre presente, y si el tiempo se ponía malo, ó lloviznaba, se metían todos en el cuarto bajo, donde estaba el monstruo, á veces encima de la mesa, á veces en el suelo, acurrucado en una estera. En dicha sala había un piano decrépito, horizontal, de teclas amarillas y cansadas, tan opaco de sonidos, que éstos parecían fantasmas de notas. En aquel veterano instrumento se educó el colosal ingenio músico de Sabas, el hermanito de Leré. Los chiquillos de Justina enredaban sin sosiego; el mons-

truo mugía de vez en cuando. La sociedad que amenizaba la visita no podía ser más candorosa, y para colmo de inocencia, Angel solía llevar alguna tarde á D. Tomé, el cual se sentaba en un banco de madera, ó en la silleta del piano, y de allí no se movía, entretenido en jugar con los dos pequeñuelos ó en hacerle preguntas á Ildefonso, examinándole de Historia, en la cual, dígase de paso, estaba el chico bastante flojo.

Lo que más agradaba á Guerra, en los paliques con la que fué su criada, era no encontrar en ella el mohín antipático ni el tonillo insufrible que suelen adoptar las personas que hoy se dan á la vida piadosa. Leré no hablaba de cosas de fe si de ello no se le hablaba; no hacía pinitos de perfección, no se quejaba de su marcada discrepancia con el mundo presente, y hablaba y discurría como si todo cuanto la rodeaba estuviese en completa conformidad con ella. Guerra la veía como á persona de pasados tiempos, y á veces hasta encontraba cierto parentesco entre la niña de los ojos temblones y el niño-hombre D. Tomé.

La dulzura y armonía de aquellas pláticas solía turbarlas el padre Mancebo las tardes que aportaba por allí, pues quería meter baza en todo, ridiculizando el misticismo de su sobrina. Gastaba el buen señor por aquellos días un geniecillo de mil demonios, y su cara habría revelado toda la acidez y amargura que le andaba por dentro, si no la tapara casi totalmente con los enormes espejuelos montados en plata. Guerra quería quitárselo de encima, echándoselo á don Tomé; D. Francisco mordía un momento el cebo, daba dos hocicadas al bueno del capellán, y volvía después contra la pareja.

Una tarde, antes de que llegara el beneficiado, rieron de lo lindo, comentando Leré con buena sombra el empeño de su tío de casarla con Pepito Illán. Pintó el carácter de D. Francisco, encareciendo sus buenas cualidades y atenuando sus defectos, y afirmó, por último, que su familia no necesitaba de ella para nada. Sólo estaba presente aquella tarde el monstruo, que no hacía más que mirarles atento y cariñoso, como perro manso. Con la mayor naturalidad del mundo dijo Leré que Dios había vuelto á hablarle de su porvenir religioso, incitándola á entrar en la orden de más trabajo y de mayor humildad, y advirtiéndole que no tenía por qué cuidarse de su familia, pues la familia corría de cuenta de Él.

—Por más que digas—observó Angel, á quien se comunicaba el entusiasmo de su amiga,—no hay orden bastante digna de que tú entres en ella. Estas noches, pensando en tí, se me ha ocurrido que debíamos fundar una orden nueva, para tí exclusivamente.

Reíase Leré de estos despropósitos, á los cuales contestó: «Eso es orgullo. ¡Una orden para mí sola! Hasta imaginarlo es pecado».

—Quiero decir que la fundes tú, y luego entrarán otras á ponerse bajo tu autoridad.

—¡Autoridad yo! ¡qué locura! ¡Autoridad quien ha nacido para la esclavitud!

—Déjate de esclavitudes, hija mía. De Dios, puedes ser todo lo esclava que quieras; pero en tu comunidad mandarás como superiora, y harás reglas ó constituciones para que las cumplan las demás hermanas. Vamos, piénsalo. Pondremos á tu tío de capellán, á Ildefonso de acólito; yo me cuidaré de todo lo

externo de la dotación, y construiremos una iglesia magnífica, en la cual pondré mi sepulcro.

Los ojos de Leré relampagueaban. Nunca los vió Guerra más bailones.

—Y traeré el cuerpo de Ción para sepultarlo allí con nosotros. Tendrás en vida toda la clausura que quieras, y rejas dobles, triples ó cuádruples. Pero haremos un hermoso locutorio donde poder hablar, tú de la reja para adentro, yo de la reja para afuera. Y... ya digo, labraré mi sepulcro en la iglesia...

—No diga usted más disparates, y guarde el dinero para otras cosas. ¿A qué fundar lo que existe?

—Pero ven acá: lo que han hecho otros señores, cuya memoria se perpetúa en las iglesias toledanas, el conde de Orgáz, por ejemplo, D. Gonzalo Ruiz de Toledo, ¿por qué no he de hacerlo yo? Yo te fundaré una casa de oración y recogimiento. Presidirás tu comunidad, usando báculo en los actos de coro.

Leré soltó la carcajada.

—¡Miren que yo con báculo! D. Angel no me haga usted reir con sus locuras.

Con estas y otras cosas se iba exaltando el hombre, hasta llegar á un punto tal que no sabía lo que se pescaba. Una tarde, Mancebo se presentó de muy mal talante. Después de saludar tibiamente á Guerra, encaróse con su sobrina, y levantándose las *vidrieras*, le mostró sus ojos. «¿Ves—le dijo,—ves cómo me estoy poniendo? La luz me daña de tal modo, que no puedo resistir el escozor y la pena que me causa. Me parece, Sr. D. Angel, me parece, Lorenza, que de esta se me apagan los candiles. Antes de un año estaré completamente ciego, y entonces... no quiero pensar-

lo; ¿quién cuidará de esta pobre familia? ¿quién mirará por tí desgraciado *(al monstruo, tirándole de una oreja)*, quién...?»

La afectación de estas palabras, aunque bien disimulada, no escapó á la perspicacia de las dos personas que le oían. Leré sabía calarle bien, y entendió la intención de aquel argumento de la ceguera. «Si ese caso llegara—le dijo,—y ojalá no llegue, significaría que Dios quiere probarle á usted, ver si tiene paciencia, conformidad con la desgracia. Acostúmbrese, como yo, á la idea de que cuantos infortunios vengan sobre nosotros los merecemos; considere que cada día que pasa sin enfermar, sin rompernos la crisma ó quedarnos á pedir limosna, es un favor muy señalado. Cuando viene el mal, no hay que pensar que se nos castiga, sino que dejan de protejernos. Lo mismo digo del morir: cada día que vivimos es un perdón ó benignidad de la muerte, la cual nos afloja un poquito la cuerda con que nos tiene amarrados.

—Bueno. ¿Y todo eso—dijo Mancebo con amarga burla,—es para recomendarme que me ponga á tocar las castañuelas en celebración de que pierdo la vista? ¡Bonito consuelo, bonito modo de ver las cosas, y bonita santidad la tuya!

—Tío—replicó Leré gravemente,—lo que yo he dicho lo comprende usted mejor que nadie, porque es buen cristiano; pero ahora se hace el tonto porque le conviene.

—Cabal, quieres probarnos que es un gusto ser ciego, como hace días te empeñabas en convencerme de que no hay mayor delicia que morirse de hambre... justo, y que la mayor de las satisfaciones es pedir li-

mosna de puerta en puerta, ¡zapa! Y al paso que vamos *(incomodándose)*, con tu manía de abandonarnos y de despreciar las buenas proporciones, pronto se realizarán tus deseos, y viviremos todos en esos espacios celestiales de la mendicidad que tanto te entusiasman... Pero usted señor D. Angel, ¿qué hace que no me apoya? ¡Ay! porque á usted también le tiene medio embaucado, ya lo voy viendo, porque usted le hace caso y la toma por lo serio. El mejor día regala este señor todo su caudal á la Beneficencia, y se sale por ahí soga al cuello y un bordón de peregrino, pidiendo para las ánimas. No se ría, que á eso vamos todos. Saldremos por los caminos á pordiosear; mi señor D. Angel se echará á cuestas al fenómeno este, el beneficiado ciego llevará de la mano á los chicos menores y así, entre todos, haremos un bonito cuadro para hacer llorar á los que pasen.

Angel se reía de la profunda seriedad con que soltaba Mancebo estos disparates, y el buen presbítero, que aquella tarde traía un humor de perros, se paseaba por la estancia dando pisotones para entrar en calor, subiéndose y bajándose las galerías de cristales á cada momento. Leré no se inmutaba; su temple era siempre el mismo; ni las bromas displicentes, ni las veras amargas de su tío, hacían mella en su voluntad diamantina. Angel quiso echar á broma el asunto, y contestó á Mancebo en esta forma:

¿Pero no sabe usted, Sr. D. Francisco de mi alma, que Leré y yo hemos hecho un convenio? Justamente estábamos esperándole á usted para que nos diera su opinión.

—¡Un convenio! ¿Y qué es ello?

—Pues hemos resuelto dedicarnos, cada uno en su esfera, á la abstinencia y á mirar por los desgraciados.

—Pues miren por mí, ¡zapa! miren por mí que soy el número uno.

—Espérese usted. Hemos convenido en establecer una orden semejante á la que fundó aquí, hace trescientos años una Princesa de Portugal, con el nombre de *La Vida Pobre.*

—¡Más pobreza, hombre, más pobreza! (*Pateando.*) ¿Les parece que no hay todavía bastante pobretería en este mundo? ¡Vaya, que los dos están tontos de remate!

—Calma, amigo, paciencia. Hemos convenido en que yo dedicaré todo lo que tengo á realizar esta idea. Y contábamos con usted, como co-fundador, á fin de...

—¡Yo co-fundador! (*Echando chispas.*) ¿De qué, hombre? ¿Qué demonios voy yo á co... fundar?

—Pues será usted apóstol de la nueva orden, mas para ello es preciso que se arranque á dar á los pobres todo lo que posee.

—¿Yo? Si yo no tengo ni tampoco un... ¿Quién ha dicho que yo tengo algo? (*Trinando.*) ¿Ha sido esta embustera?

—Lo dice la voz pública. Usted pasa por hombre que guarda mucho dinero.

—Don Angel, no me queme la sangre... No se burle de un desgraciado clérigo, que...

Leré intervino para apaciguarle y cortar la broma que tanto le exaltaba. «Dígale usted, tío, que no necesitamos fundaciones, porque la pobreza, fundada

la tenemos en casa, y muy á gusto en ella. El Señor le hizo á usted pobre, y pobre le conservará mientras viva, rodeado de trabajos y contrariedades. ¿No es verdad que eso le gusta, y adelante con la cruz?

—¡Adelante, sí! (*Con sarcasmo.*) Vengan hambres, fríos, y por añadidura, enfermedades, ceguera, y cuanto Dios quiera mandarme. Claro que aguantaré. ¡Qué remedio...! Pero de eso á que me ponga á bailar de gusto porque me estoy quedando ciego... Don Angel, hágame usted el favor...

—Cada cual—dijo Leré,—ve estas cosas á su manera. Yo acepto con alegría todas las cruces que el Señor quiera echar sobre mí; y si mañana tuviera que pedir una limosna por las calles, y me encontrara toda baldada, llena de úlceras ó de lepra asquerosa, no estaría menos tranquila que ahora con salud y el pan asegurado, gracias á mi tío, que se desvive por nosotros. Y si me quedara ciega, andaría palpando las paredes; y si perdiese las piernas, me estaría sentada, ¿y qué? sentadita en el santo suelo, pensando que Dios me querría tanto más cuanto más baja me pusiera. ¿Qué me importan las enfermedades, la esclavitud, los trabajos y el desprecio del género humano, si lo que tengo dentro de mí persiste libre y sano y alegre? ¿Qué me importa causar repugnancia á todo el mundo, si Dios me da á entender que me quiere? Tío, convénzase usted de que el desamparo es un bien positivo, y el no tener nada tenerlo todo, y el ser rechazado en todas partes la mejor compañía, y el estar enfermo prepararse para la verdadera salud, y el cegar ver, y el hundirse subir, subir y llegar hasta arriba. Todo se reduce á esperar en calma,

esperar siempre, pensando en la verdadera vida. Tío, espere usted; y si viene la ceguera, que venga; y si viene la mendicidad, que venga; y si viene todo el mal en la forma más horrible, y las plagas de Egipto y el Diluvio Universal, que vengan.

Don Francisco empezó á balbucir. Algo, sin duda quería responder; pero no encontraba palabras apropiadas al caso. Retiróse huído, refunfuñando. Después de aquellas solemnes declaraciones de Leré, Guerra la tuvo por completamente perdida, en el concepto de que era locura pretender desviarla del inalterable rumbo que llevaba, como un planeta. A quien de tal modo pensaba, á quien tan tranquilamente y tan sin afectación decía su pensamiento, no se le podía conquistar con intereses circunstanciales. Echarse á cuestas una montaña habría sido empresa más fácil que domar aquel carácter duro y de un peso ingente, de una homogeneidad abrumadora. «Es figura de otros tiempos—decía Angel para sí,—y asisto á una milagrosa resurrección de lo pasado».

Y á medida que la última esperanza de humanizarla extinguiéndose iba, más honda era la atracción que su divinidad ejercía sobre él. Llegó la última de las tardes que permitían aquel visiteo, y la idea de que pronto dejaría de verla le sacaba de quicio. Al despedirse, indicóle sus deseos de visitarla alguna vez en casa de las Hermanas, si éstas lo consentían, y ella le contestó que, pasado algún tiempo, no habría para ello dificultad, pues la congregación no tenía clausura, y las profesas y novicias podían recibir en ciertos días á sus parientes y amigos. Al decirlo, daba á entender también que recibiría gusto de ver-

le, y lo expresaba con la máyor pureza y sin gazmoñería. Guerra vió en esto como un sentimiento de amistad angélica, á la manera de la que ha existido entre santos, ó entre los que estaban en camino de serlo.

—¿De modo que podré verte, y echar un parrafito contigo? No temes que alguien interprete mal...?

—¿Yo...? (*Encogiéndose de hombros*). No temo nada.

Nada, en efecto, temía. El mal, en cualquier forma que tomase dentro de lo humano, no tenía significación alguna para un alma tan fuerte, tan aplomada y segura de sí misma. El miedo es la forma de nuestra subordinación á las leyes físicas, y Leré se había emancipado en absoluto de las leyes físicas, no pensando nunca en ellas, ó mirándolas como accidentes pasajeros y sin importancia.

III

Volvió Leré á las Hermanitas del Socorro un día de la segunda quincena de Diciembre, próximas ya las fiestas de Navidad. Guerra paseó aquella tarde con don Tomé, que parecía más comunicativo que de ordinario, y hablaron de cosas de ultratumba, maravillándose Angel de la sencillez de catecismo con que el autor del *Epítome* refería los trámites de la muerte, y de nuestro traspaso de una vida á otra. Después de dar varias vueltas por el Miradero y los altos del Alcázar, fueron á cenar, y Guerra volvió á salir para engañar el tiempo en la tertulia de su tío D. Suero, donde vió al canónigo Pintado jugando al tresillo

con el alcalde de la ciudad. Aburrido se fué de allí, y divagó larguísimo rato de calle en calle, yendo á parar, por instintiva querencia, á la solitaria judería. La noche no estaba para rondas de enamorado, ni aun tratándose de pasiones, como aquélla, tan espirituales y seráficas, porque el frío era glacial, y venía del Norte un vientecillo barbero que descañonaba. Retiróse con el embozo hasta las orejas, por las sombrías calles, sin encontrar alma viviente, y andando andando por aquel pueblo de pesadilla, echábase la sonda para reconocer la extensión del contagio místico que invadía su alma. Semejante contagio podía atribuirse al medio ambiente, al roce del arte religioso, á las lecturas, á la soledad, y principalmente á la influencia de Leré. Y el misticismo determinaba en él fenómenos muy singulares, verbigracia: la memoria de su hija Ción había tomado forma bien distinta de las memorias que los muertos queridos suelen dejarnos. En sus horas de soledad, creía sentirla en torno suyo, revoloteando, y siempre que su pensamiento se enardecía, hasta levantar llama vagorosa y crujiente como de zarzales inflamados, la imagen risueña y juguetona de la chiquilla giraba en torno queriendo quemarse en él. También le perseguía el recuerdo de doña Sales, á quien no veía ya tan ceñuda y altanera como en vida, y para colmo de extrañeza, empezaba á creer que su madre había tenido razón contra él en la mayor parte de las cuestiones que les dividieron. De Dulce se acordaba ya pocas veces; y no le era el recuerdo desagradable. Pero el fenómeno más extraño que encontraba al calar de la sonda era que, á excepción de los pocos muertos y

vivos que interesaban de alguna manera á su corazón, toda la humanidad le iba siendo cada día más antipática. En Toledo mismo, lo personal no participaba de los encantos de lo material é insensible. Las piedras, la substancia artística, en que se encarnaba el ánima penitente de los tiempos pasados, tenía todo el atractivo que faltaba á las personas, expresión de la vulgaridad presente, y que parecían no alentar más vida que la puramente mecánica. Don Suero le resultaba tan antipático como los Medinas y Taramundi de Madrid, antipático el canónigo Palomeque con su sabiduría indigesta, antipático el padre Mancebo por su utilitarismo, D. León Pintado por su fatuidad. Los seres humildes y cuitados como D. Tomé, los que llevaban el fardo de la vida sin quejarse, como Justina y su marido, los de ánimo tranquilo y alegre como Teresa Pantoja, los chiquillos traviesos y de buena índole como Ildefonso, merecían su afecto, y entre ellos gustaba de buscar fraternidad y compañía. Con esta manera nueva de pensar y sentir, iba arraigándose en su espíritu la idea de aislarse, de apartarse sistemáticamente de una sociedad que se le indigestaba, viviendo por sí y para sí, solo ó con las amistades que más le agradasen.

Retirábase por Santo Tomé y el Salvador, cuando al atravesar la cuesta de la Portería oyó una voz que clamaba como quien pide socorro. El sitio era solitario, fosco, siniestro, apropiado á los tapadijos galantes y á los acechos de la traición; la calleja se replegaba en la más intensa obscuridad, y sólo al medio de ella, traspasado el segundo recodo, distinguíase á lo lejos la lucecilla de un farol colgado como á cinco varas

del suelo delante de un Cristo que llaman de la *Buena Muerte*, con melena y enagüillas, en mohoso nicho cubierto de alambrera. Avanzó en seguimiento de la triste voz, hasta llegar á un espacio irregular formado por las tapias de Santa Úrsula y los paredones de la casa de los Toledos, plazoleta que merece el nombre de ratonera, porque la salida de ella es difícil para quien no sepa encontrar los pasadizos ó callejones, que más bien son grietas, por los cuales tiene que escurrirse el transeunte. El lugar no podía ser más propicio á la exaltación romántica. ¡Cuántas veces, al pasar de noche por recodos como aquel, veía Guerra desprenderse de las tenebrosas tapias toda la leyenda Zorrillesca! Tenía que encadenar su imaginación para ponerse en la realidad del tiempo, pues hasta el eco de los pasos parece sonar allí con la cadencia del romance. Aquella noche la ilusión era completa, y la desconocida voz gemebunda debía de pertenecer á un tipo con gregüescos y jubón de vellori, que acababa de ser ensartado por otro del mismo empaque, y éste andaría por allí también, debajo del farolillo, dispuesto á despanzurrar al primer cristiano que pasase.

Cuando estuvo más cerca del que daba las voces, oyó que éstas eran blasfemias y porquerías desvergonzadas, no ciertamente en el estilo del siglo XVI, pues no decía *voto á sanes* ni *pardiéz*, sino otros términos feos y chabacanos. Guerra no le veía. Llamó y dijo: «¿Quién es, qué ocurre?» y vió que del ángulo obscuro de la plazuela salía un bulto, derecho hacia él, y oyó claramente estas palabras: «Demonio de pueblo... Maldito sea quien me trajo acá... ¡Me

caso con la Catedral, tío Carando pastelero!... ¿Pero dónde demonios me he metido yo?... ¡Eh! buen hombre... Ayúdeme á salir de este hoyo maldito».

Queriendo reconocerle más por la voz que por la figura, que distinguir no podía, le echó mano al pescuezo, y llevándole bajo la mortecina luz del lamparín de la imagen, vió que era D. Pito en persona.

El cual, conociéndole al punto también, exclamó con alegría: D. Angel... ¡Qué encuentro, yemas!... ¡Me caso...!

—¿Pero qué le pasa á usted?

—No me hable, hombre, que estoy mareado, que estoy loco. ¡Me caso con Toledo y con quien inventó este pueblo de pateta! Así le dieran fuego por los cuatro costados. Nada, que me he perdido, y vuelta de afuera, vuelta de adentro, demorando aquí, demorando allá, vine á dar á este saco, y á donde quiera que me vuelvo, ¡yemas! doy con el tajamar en una pared. Nunca he visto otra. Dos horas hace que salí de la posada y no puedo volver. ¡Carando con el pueblecito éste! Si éstas no son calles, sino agujeros de ratas... ¡Y qué tinieblas, qué soledad!... Ni en medio de la mar. Dos horas, dos horas dando repiquetes sin poder encontrar la ruta. Quería balizarme por la torre de la Catedral, y cuando la dejaba demorando por estribor, se me aparecía por babor... Si no sale usted, compadre, creo que aquí me encuentran heladito por la mañana, porque ya no puedo con mi alma.

—Vamos, ya está usted en salvo. Yo le llevaré á su casa. ¿Dónde es?

—¿Mi casa...? ¿Mi casa...?—dijo D. Pito mirándole

con estupidez, y echando sobre la cara de su interlocutor un vaho de aguardiente que tumbaba.

—¿Es la fonda del *Lino*, la *Imperial*?

—No, fonda no es. Verá usted. Déjeme fijar esta condenada cabeza, que con las vueltas de las calles se me ha puesto perdida.

—¿Ha venido solo á Toledo?

—No, hombre. ¿Cree usted que vengo yo á esta madriguera si no me traen á rastras? Ay, Dios mío; cómo me han puesto esta cabeza las calles... ¡Qué lío! Con un temporal duro me entiendo mejor que con estas correntadas y este ciclón de casas, que no hay cristiano que sepa tangentearlo. Pues verá usted... el demonio me trajo aquí, un demonio con faldas, que diciendo faldas se dice cosa mala. Figúrese usted que esta noche, después de la cena, me sentí con ganas de taparle las grietas al frío, ¡pateta! porque mire usted que hace frío en este lugarón, y salí diciendo «vuelvo», y la vuelta ha sido que me perdí en estas calles traicioneras, y mientras más daba para avante, más perdido; y doy para atrás, moderando, y más perdido, hasta que no sabiendo por donde tirar, caigo de rodillas medio yerto de frío, y llamo á Dios, ¡Carando! y como no me hace caso, llamo á todos los demonios, ¡yemas! y si no es por usted que sale, doy fondo en la eternidad.

—Pero sepamos dónde vive—dijo Guerra llevándole por la calle de la Ciudad.—Me figuro con quién vino. ¿En qué fonda están?.

—No es fonda; la llaman posada, y es punto de mucha arribada de mulas y arrieros. ¿Se llama?... ¿á ver? Pues se me ha olvidado la numeral. Lo que re-

cuerdo bien es que está cerca de la plaza del Zoco... no sé qué.

—¿La posada de la Sangre, la de Santa Clara?

—No, hijo; no es cosa de sangre clara ni espesa. Suena más bién á cosa de muebles.

—Ya, la posada de la Sillería—dijo Guerra, recordando que aquel establecimiento y el llamado de Remenditos pertenecían á unos parientes de doña Catalina de Alencastre.

—Justo de la Sillería, ¡yemas! eso es... Lléveme allí, que el frío es de patente.

—Estamos bastante lejos. En marcha.

Guiando hacia la plaza del Ayuntamiento, fué asaltado Guerra de una idea que le contrariaba. Temía el encuentro con Dulce.

—Pero es inútil ir allá—dijo.—Son más de las doce. y la posada estará cerrada.

—Entonces, ¡yemas! ¡Carando!... Me quedaré en la santísima calle. ¡Me caso con el arzobispo y con el hijo de tal que inventó este lugar de mil demonios!

—Ea; no chillar. Yo le alojaré á usted hasta mañana. Véngase conmigo.

—Hombre, muchísimas gracias. Veo que el párvulo se ha humanizado, pues la última vez que nos vimos me trató como á un negro.

—Cierto—dijo Guerra, recordando con disgusto y vergüenza la brutal escena en casa de Dulce.—Pero aquello debe olvidarse. Estaba yo de mal talante aquel día.

—Y tan malo. Pero en fin, no soy rencoroso, y si tocan á perdonar, por mi parte... perdonado todo,

amén, y amigos otra vez... Y dígame: ¿en este pueblo cierran muy tarde las... los... establecimientos?

—No encontrará usted abierta ninguna taberna. Al vicio que espere hasta mañana. De veras que hace frío.

—Si parece esto el banco de Terranova. No me siento la naríz ni las manos. Nunca en otra me ví. Dígame, compañero, ¿aquello que allí se ve no será un establecimiento?

—Si es la Catedral, hombre. Y este otro edificio la Casa Consistorial.

—La Catedral, sí, muy señora mía. Entre Dulce y Catalina me han mareado hoy de firme, enseñándomela. Que mire usted esto, que mire aquéllo. ¡Ay, qué jaqueca! Yo no lo entiendo, y sólo me ha parecido de mucha largura. Compadre, cuidado que es eslora esta... ¡y qué puntal!

—Sí, gran edificio. ¿Conque tenemos aquí á la rica-hembra de Alencastre?

—Sí señor, y al rico macho también. ¿No sabe usted? Han heredado un castillo con cuatro torres, que dicen perteneció á esos reyes de pateta, tatarabuelos de Catalina. En fin, que embarcamos en el tren, y dimos fondo en el mesón, cuyos dueños son parientes de mi cuñada; buena gente, pero que tienen de príncipes tanto como usted y como yo. ¡Menudo pisto se da mi hermano Simón con los primos de su mujer! Sabrá usted que le colocaron; sí señor, en eso del Timbre, y ha venido aquí hecho un bajá de tres colas. Ello fué por mediación de un amigo que tiene en el Ministerio. Bailón les prestó los cuartos para pagar el pasaje en el tren. ¡Catalina trae unos humos...! Como

que hoy se empeñaba en que habíamos de entrar á visitar al Cardenal, y yo le dije: «Sí mujer, no es flojo cardenal el que sacaremos tú y yo en salva la parte, del estacazo que nos van á dar cuando nos colemos en Palacio».

Siguieron por la calle de la Puerta Llana, y allí observaron que en la fría atmósfera flotaban puntos blancos y tenues, los cuales, al darles contra el rostro, les herían con punzante frialdad. Principiaba á nevar; el cielo parecía un pesado toldo que se desplomaba; neblina espesa envolvía los edificios, dando á la mole de la Catedral un aspecto desvanecido y fantástico.

—Compadre—dijo D. Pito hociqueando el ambiente turbio y glacial,—esto se pone feo. Mire qué cariz. Nievecita tenemos, y cerrazón. A mí dénme malos tiempos de viento y mar, pero no me dén horizontes cerrados. Dígame, este paredón de la santísima Catedral, ¿hasta dónde llega? Hasta las islas Terceras cuando menos. Y aquel faro que allá arriba demora por la amura de babor, ¿qué puerto nos marca?

—Es la Virgen del *Tiro*, alumbrada con un farolillo. No nos detengamos, que el temporal arrecia.

—Avante toda... ¡A la vía!

De repente, el temporal descargó con furia, cual si se hubiera abierto un boquete en el cielo por donde se precipitaran en formidable chorro los corpúsculos de nieve, que volaban trazando rayas oblicuas del cielo á la tierra, y al poco tiempo ya blanqueaban los pisos. De la boca del capitán llovían furiosas maldiciones con granizo de blasfemias. La pendien-

te de la calle del Locum era un peligro en aquella difícil recalada: su estrechez tortuosa hacía más densa la obscuridad que en ella reinaba. D. Pito resbaló, cayendo al suelo dos ó tres veces. «Agárrese usted á mi capa y sígame despacito—le dijo el otro,—palpando las paredes para poder avanzar paso á paso. La menuda nieve les envolvía y les cegaba; pero al fin, gracias á que el trayecto era corto, pudieron llegar sin ningún contratiempo. Guerra tenía llave, y entraron sin llamar. Todos los habitantes de la casa dormían el sueño de los justos.

IV

Angel recomendó á D. Pito que no chistase, y subieron y encendieron luz. Ocurriósele entonces á Guerra albergar á su huésped en el cuarto donde Palomeque guardaba el carcomido fruto de sus investigaciones arqueológicas, al extremo del pasillo alto, en sitio fácilmente abordable. Andando de puntillas, condújole al *museo*, después de darle una buena manta para que se abrigase. Al marino le pareció de perlas el camarote, y se acomodó en una especie de tablado ó rimero de maderas viejas que, según él, debían de ser del desguace del arca de Noé. En peores camas había dormido el hijo de su madre, paseando sus huesos de mundo en mundo y de mar á mar. Envolvióse en la manta, y á roncar como un caballero. Buenas noches.

Al acostarse, Angel se reía pensando en el bromazo que iba á dar á D. Isidro, y en la sorpresa de éste,

por la mañana, cuando fuese á echar el primer vistazo, como de costumbre, á su histórico Rastro; pero otros pensamientos más graves le inquietaron antes de dormirse. Al día siguiente, D. Pito habría de volverse á la posada, y daría cuenta de su extravío, del encuentro con él en la calle, y de cómo recibió albergue en aquella casa. Inevitable acometida de Dulce, que sin duda había ido á Toledo con intentos de amorosa persecución; inevitable encontronazo de los Babeles. Esto le quitaba el sueño, pues el sentirse acosado por Dulce le mortificaba cruelmente, y el rechazar á su perseguidora repugnaba á su conciencia. No quería nada con ella, ni nada contra ella.

Por la mañana, antes de la hora á que acostumbraba levantarse, sintió desusado estruendo en la casa. Vistióse más que de prisa, figurándose lo que sería, y al salir tiritando, se ofreció á sus ojos el más desatinado rebullicio que en aquella casa se había visto desde que moraron en ella los Templarios. Palomeque con una espada mohosa de tazón, Teresa con una escoba, la criada con una badila y D. Tomé con nada, pues era hombre incapaz de esgrimir el arma más inocente, formaban como un cerco de sitiadores frente á la puerta del cuarto de los trastos góticos y sarracenos, y los tres, porque D. Tomé no hacía más que temblar, se animaban recíprocamente con bélicas expresiones: «¡Que salga ese tunante... salteador... que dé la cara, y verá...!»

Don Pito apareció en la puerta vociferando, y sin hacer ademanes de resistencia contra tan terrible aparato de batalla, les dijo: «Ea, señores, que yo no soy ladrón, ¡yemas! y cuidado con faltarme. Yo

he venido aquí, porque me trajo mi amigo don Angel».

Viendo reir á éste, desbaratóse la equivocación, y la cólera de todos se trocó en bromas y cuchufletas. «Es el amigo Suintila—dijo Guerra,—que ha venido á pasar la noche en los restos de su palacio». Teresa preguntó á D. Pito qué quería para desayunarse, á lo que respondió el marino:

—¿Yo?... ¡qué pregunta! Tráigame ginebra de la Llave ó de la Campana.

—¿Qué dice? Aquí no tenemos esos brebajes de llaves ni campanillas. Si quiere chocolate...

Renegó D. Pito de todo desayuno que no fuese de base alcohólica, y Angel condescendió con un vicio que en mañana tan cruda tenía justificación, dadas las costumbres del inválido marino.

¿El señor es nauta?—dijo el canónigo frotándose las manos desesperadamente.—Vaya; por muchos años.

—Soy mareante, sí señor, y por mis pecados navego ahora por tierra firme, y he venido á embarrancar en este pueblo de pateta.

—Ea—le dijo su protector,—si no habla usted con decencia no le traigo la bebida. Aquí, mucha formalidad.

Don Tomé se alejó soplándose los dedos. Metiéronse los demás en el cuarto de Guerra, y allí le sirvieron el chocolate á D. Isidro, el cual, mirando la nevada al través de los cristales, decía: *Toda blancura es hoy la gran Toledo*. Buenas estarán esas calles de Dios. No verás hoy mi estampa, corito metropolitano. Traída la ginebra, D. Pito empezó á alumbrar-

se, y en su alegría voluble y decidora, llegó á tomarse confianzas con el canónigo. Guerra le miraba con lástima benévola, viendo en él, más que perversidad, abandono y miseria. Palomeque dijo que la mejor manera de calentarse era coger el picachón y emprenderla con la pared del patio, hasta derribarla y descubrir todos los fustes de la época goda. Don Tomé, sin hacer caso del mal tiempo, salió embozadito en su manteo para ir á decir su misa, y Teresa y la criada se ocupaban en palear la nieve en el patio. Desde abajo invitaron al arqueólogo á tomar parte en la faena, y él no se hizo de rogar, bajando con su picachón, que al punto tuvo que cambiar por humilde escoba. Ofrecía el patio un aspecto lindísimo, con los evónymus cargados de albos vellones, como clara de huevo bien batido, el aro del pozo revestido también de aquella nitidez inmaculada, y los canalones, aleros y postes con informes colgajos de lo mismo, que se desprendían y rebotaban, encharcando el suelo recién barrido por la diligente escoba de Palomeque. El cabello enteramente cano de Teresa amarilleaba junto á la excelsa blancura de nieve.

A Guerra le habían servido café, del cual tomó también D. Pito porción de tazas, y con esto y la ginebra se dispuso el hombre á resistir las más bajas temperaturas. Encendieron sendos tabacos, y abriendo la ventana, pusiéronse á contemplar el panorama estupendo de la ciudad con sus techumbres cubiertas de nieve, sus torres perfiladas de blanco luminoso como estrías de luciente cristal. En sus viajes no había visto D. Pito nada semejante, porque si las nevadas de Nueva York eran más densas, en ellas todo

resultaba plano y sepulcral, mientras que Toledo parecía un oleaje gracioso, en el cual la espuma se hubiera endurecido con la rapidez de las mutaciones de teatro. La Catedral, con sus cresterías ribeteadas por finísimos junquillos de nieve, y su diversidad de proyecciones y angulosos contornos, presentaba á la vista un cariz de fantasmagoría chinesca. La torre se destacaba sobre el cielo vaporoso casi limpia, morena y pecosa entre tanta blancura, con sólo algunos toques de cascarilla en el capacete y en los picos de las tres coronas; más grande, más esbelta, más soñadora en medio de la desolación inherente al paisaje boreal. Creeríase que se estiraba y subía más. El sol luchaba por romper la neblina, y en ciertas partes del cielo esparcía destellos de oro. Pero la palidez diáfana y melancólica de la plata vencía, y lo más que lograba el sol era poner algunas hebras de su lumbre en la veleta de la torre ó perfilar con ráfagas amarillentas las siluetas lejanas de la ciudad hacia el Nuncio, San José y Santo Domingo el Antiguo.

Don Pito se encontraba tan á gusto, que presumiendo le despedirían, se anticipó á la insinuación, en esta forma: «Estoy aquí como en el Paraíso, ciudadano Guerrita. No puede usted figurarse qué frío es aquel condenado posadón, y qué cargante la compañía de Catalina, que anoche se nos atufó, y salió con la gaita de siempre, diciéndonos que su familia venía del Emperador de Constantinopla, un tal *palogordo* ó no sé qué.

—Paleólogo, diría.

—Eso. ¡Y mi sobrina siempre suspirando, diciendo

cosas que le hacen á uno llorar...! Esto no es para un viejo aburrido como yo, que á poco que le apuren se muere de tristeza *(súbitamente acometido de nostalgia.)* ¡Ay, Dios mío! Quisiera que me tragara de una vez la tierra. ¡Carando! Me cansa la vida, y si no fuera por el bálsamo, ya me habría ido al fondo cien veces. Crea usted que esto de no ver nunca la mar es horrible. No lo comprenderá quien no haya vivido cincuenta años viéndola, oliéndola y pasándole la mano por el lomo desde el puente. Lo que yo quiero es que me recojan en un asilo naval ó terrestre, donde me den de comer lo poquito que como y de beber lo que me dé la gana; porque sepa usted que en casa de mi hermano un día se ayuna y otro también... Ahora que tiene empleo, creo yo que lo pasaremos lo mismo, porque los hijos son unos trápalas, menos Dulce, que es buena, eso sí, buena como una uva y con mucho talento, cabeza firme, razón clara. Pero desde que cierto párvulo la dejó, no se harta de llorar... y á mí las goteras me cargan. No estoy yo para consolar á nadie, sino para que me consuelen á mí.

—Si no fuera usted un borrachín, de fijo encontraría quien le amparase... Trabajar tanto, y no tener á la vejez ni casa ni hogar es triste cosa.

—¡Así paga el comercio á quien bien le ha servido! Los armadores se han hecho poderosos con mi trabajo, y aquí me tiene usted á mí sin una hebra. ¿Por qué? ¿Acaso por maldad? Yo probaré que no he sido malo. ¿Quiere usted, Sr. D. Angel, que con sinceridad le confiese mis debilidades? *(Excitándose y sosteniéndose los pantalones.)* Pues se las confesaré. Mi flaco ha sido el *jembrerío*. La faldamenta me perdió.

Cuanto gané se lo comieron ellas con sus boquitas monas. No podía yo remediar esta debilidad que siempre tuve, y ésta por rubia, la otra por trigueña, hacían de mí lo que les daba la gana. Pero yo pregunto: ¿pecados de faldas son para tanto castigo? ¡Ah! no señor. Yo conozco otros que fueron más mujeriegos que yo, y ahí los tiene usted en Nuevitas, en Cienfuegos, en Jamaica y Veracruz, abarrotados de dinero. Es el sino, el sino de la criatura. Á ratos, de noche, cuando no he bebido y siento la penita en el estómago, me ocurre que si esto de mi mala suerte me vendrá de que anduve en aquel fregado de traer la esclavitud á Cuba. Pero, ¡me caso con San Francisco! si otros que cargaron más que yo y los compraban y vendían como talegos de carbón, están ahí riquísimos con familia y mucha descendencia, llenos de felicidad. ¿Qué quiere decir esto, compadre? Que esta máquina del mundo anda muy mal gobernada, que el primer maquinista no hace caso, y se duerme, y la palanqueta del vapor está en manos del tercero y el cuarto, ó de algún fogonero que no sabe lo que se pesca... Vamos á ver. ¿Acaso se me puede culpar á mí de haber inventado la trata? Yo no la inventé ¡yemas! Esclavos había cuando yo empezé, y del África iban para allá los barcos llenos. El tío que me crió, metióme en aquellos trajines, y si buenas onzas me ganaba hoy, buenos sustos me hacían pasar mañana los malditos ingleses, pues llevaba uno la vida vendida... Con que ya ve que no he sido malo, y que si lo fuí, bien purgados tengo aquellos crímenes de pateta. Tenga usted compasión de mí, y vea de asegurarme los víveres. Yo me conformo y me avengo á todo, menos á

beber agua, porque... peceras en el estómago crea usted que no convienen.

Profunda lástima de aquel hombre infeliz sentía Guerra, que oyó sus sinceridades con benévola atención, y no contestó á ellas hasta pasado un buen rato. Perdida la mirada en el espacio incoloro y triste que ante ella se extendía, Angel meditaba, y de su meditación salió esta frase consoladora para el triste mareante: «¡Quién sabe... Puede ser que yo, algún día, le recoja á usted!»

Al decir esto cerró la ventana.

V

—Buena caridad sería esa—dijo D. Pito, arrimándose más al ascua que calentaba su aterido espíritu.—Y dígame, señor: ¿no me dejará estar aquí, donde me encuentro tan á gusto?

—Esta casa no es mía. Creo que debe usted marcharse... y luego podrá venirse por aquí cuando le parezca.

—Bien: con esa condición, apechugo con la posada. Mi sobrinita me estará echando muy de menos, porque soy el único que la consuela. Bien haría usted en correrse un poco por allá, pues de veras le quiere...

Las insinuaciones de aquel desdichado hallaban un eco piadoso en el corazón de Guerra, cuya sensibilidad, fácilmente excitable, respondía prontamente á cualquier demanda hecha por voz humilde. Compadecía sinceramente á la que fué su ilegal esposa, y casi casi sentía deseos de verla y abrazarla. La idea

de que pudiera sufrir escaseces y miseria le mortificaba.

—Y crea usted—añadió D. Pito acomodándose junto al brasero que la criada introdujo,—crea usted que está muy mal la pobre. La madre y la hija siempre de puntas, porque ahora Catalina se empeña en casarla con un conde, digo, conde no es, sino un paleto rico, primo de ella; sólo que mi cuñada dice que el tal desciende del conde D. Duarte ó D. Carando. También Dulce y su padre andan á la greña, porque Simón pretende que ella le trasborde el poquito dinero que le queda de lo que usted le dió al despedirse, y la noche que salimos de Madrid, el bruto de mi hermano la amenazó con sacudirle si no le largaba el portamonedas. Yo me cuadré, y como tengo este carácter hecho al mando, Simón se tuvo que callar. ¡Pobrecilla Dulce, es tan buena; pero tan buena...!

Angel repetía el *es tan buena;* sus dudas y escrúpulos iban disipándose, y ganaba terreno en su espíritu la idea de consolar á la infeliz mujer, y servirle de escudo contra aquellos demonios de Babeles.

Toda la mañana se pasó en estas cosas, y hasta el mediodía no se decidió Guerra á dar el paso que don Pito le indicaba; pero estando próxima la hora de comer, acordaron despachar primero aquella importante función de la vida. Satisfecho y regocijado estaba el capitán de que su protector le convidara, y no poco se alegró también de ello Palomeque, que, como hombre ilustrado, gustaba de oir narrar proezas y trabajos de navegantes. El buen canónigo se asustó cuando Angel dijo que saldría después de comer. «Hombre de Dios, ¿sabe usted cómo están esos pisos? En la

nevada de hace tres años, había que bajar á gatas la cuesta del Locum, y aun así me resbalé, y por poco me rompo el espinazo. No, lo que es á mí no me coge la calle hasta que no haya blandura. No soy tampoco de esos que en días de nieve salen á ver ¡el panorama!... que suele ser un magnífico reuma, ó pulmonía doble. Créanme, no hay en estos días panorama tan bonito como el de una buena cama, á las nueve de la noche. ¡Qué belleza, qué poesía la de las sábanas á poco de meterse usted en ellas! Ea, señores, á yantar se ha dicho.

Sentáronse á la mesa, y desde la sopa, lo mismo Guerra que Palomeque pinchaban á D. Pito para que se arrancase á contar las traídas de negros, cómo los sacaba del Africa ardiente, cómo los alijaba en Cuba pero el marino se resistía, con cierto pudor de humanidad, pareciendo más aficionado al buen cabrito que á la Historia. Por fin, con la persuasión de un soberbio Jerez que D. Isidro tenía en su armario y que reservaba para las grandes solemnidades, se desató la lengua del inválido, y á brochazo limpio refirió sus hazañas, dándoles, aunque parezca mentira, una significación humanitaria.

—Mire usted—decía dirigiéndose á Palomeque,—la cosa era sencilla. Arranchaba usted su goletica en la Madera ó en Canarias, embarcando bastante agua y víveres, y ¡listo! al Sur. Se proveía usted de pintura para desfigurarse... un día el casco negro con troneras, otro día todo blanco, y con esto y cambiar algo el aparejo, se les daba la castaña á los cruceros. Hala, hala para el Sur cortando los alicios, con el viento siempre en la aleta de babor; pasaba usted rascando á

San Vicente; quince grados más allá, la línea, y luego, mete para el golfo gobernando al Sudeste, demorando afuera si ventaba Levante duro, siempre con mucho quinqué en los cruceros ingleses, hasta que al fin reconocía usted la costa y el sitio que se le designaba, donde ya estaban los factores con el *género* tratado y dispuesto para embarcar. Le avisaban á usted desde tierra por medio de fogatas y otras señales convenidas. De noche se aproximaba usted, barajando la costa, y de día mar afuera. Venía la noche, y usted para dentro á meter otra partida, que se recogía en lanchas, veinte ó treinta de cada barcada, bien amarraditos para que no se le escapasen. Digan lo que quieran, se les hacía un favor en sacarlos de allí, porque los reyes aquellos, más brutos que todas las cosas, les tenían ya por esclavos netos, y les hacían mil herejías, sacándoles los ojos y arrancándoles á latigazos las tiras de pellejo. ¡Pobrecicos! De aquel martirio les salvábamos nosotros, llevándolos á país civilizado. Y que les tratábamos bien á bordo, sí señor... Pues se echaba usted á la mar con su cargamento bien estivado en la bodega, ciento cincuenta, doscientas cabezas, unos chicarrones como castillos, bien trincados, se entiende, y si alguno enseñaba los colmillos, le daba usted un poquito de *jabón*... á contrapelo, y con este ten con ten, tan ricamente. Es raza humilde... ¡Animalitos de Dios! yo les quería mucho, y les daba de comer hasta que se hartaban. Cuando el tufo de sus cuerpos en la bodega era demasiado pestífero, les subía usted de dos en dos sobre cubierta y les baldeaba... Y ellos tan agradecidos... Y larga para la costa del Brasil en busca de los

Sures, ¡hala, hala! ciñendo el viento, siempre con el ojo en el horizonte por si asomaba algún inglés. Podía suceder que con todas las precauciones no pudiera usted zafarse, y el crucero se le venía á usted encima. Cañonazo, pare usted y adiós mi dinero. El oficial entraba á bordo, y en cuanto ponía el pie sobre cubierta, ¡puf! se tapaba la nariz. No necesitaba mirar por las escotillas: el olfato denunciaba la estiva. Y ya tenemos trocados los papeles: le ponían á usted grillos y esposas, y me le soplaban allá donde Napoleón dió las tres voces... y no le oyeron; y lo más probable era que le ahorcaran á usted.

—¿Y los pobrecitos negros?

—A los pobres morenitos les había caído la lotería, pues en vez de ir á Cuba, donde estarían tan contentos, les llevaban á las posesiones inglesas, y allí... les vendían... Pues qué creía usted, ¿que les daban la libertad y un huevecito pasado encima?

Don Tomé estaba horrorizado. De sobremesa obsequiaron al capitán con aguardiente, del cual cató también D. Isidro en discreta cantidad para templar el estómago. Mas no fué posible conseguir del autor del *Epítome* que otro tanto hiciera, pues antes se dejara cortar el pescuezo que llevar á sus labios aquel infernal líquido.

Dejaron á Palomeque instalado en su cuarto, junto á un buen brasero, la lámpara encendida, y en la mesa los libros, dibujos y papeles, y salieron cerca ya del anochecer, tardando más de una hora en llegar á la plaza. Las calles ofrecían á cada instante tropiezos, estorbos y peligros: en algunos sitios, el suelo cristalizado obligábales á realizar actos de

arriesgada gimnasia, en otros tenían que ir de la mano haciendo figuras como pareja de bailarines. Hallábase Guerra bien preparado para el frío, con mucha lana de pies á cabeza, calzado recio; no así don Pito, que llevaba botas veraniegas muy usadas y con mil averías; menguado gabán que al mísero cuerpo se ceñía, rasgando ojales y violentando botones, y el inseparable collarín de piel, de los de quita y pon, en medio de cuyos erizados pelos amarillos su cara de corcho ofrecía un aspecto de ferocidad felina que causaba miedo á los transeuntes. Por fin llegaron, y D. Pito se adelantó para subir presuroso y dar á Dulce la buena noticia.

Por el ancho portalón pasó Guerra á la extensa crujía, que más bien parecía patio cubierto, en el cual eran descargados los caballos y mulas antes de pasar á las cuadras por un hueco que á mano derecha se abría. Una de las puertas del fondo debía de ser de la cocina, pues allí brillaba lumbre, y de ella salían humo y vapor de condimentos castellanos, la nacional olla, compañera de la raza en todo el curso de la Historia, el patriótico aceite frito, que rechaza las invasiones extranjeras. A la izquierda, una desvencijada escalera, entre tabiques deslucidos, conducía á las habitaciones de dormir. En el suelo, paja y restos de granos, mezclados con la tierra, en la cual escarbaban las gallinas; el techo festoneado de telarañas; aquí y allí carros inclinados sobre las lanzas, y serones repletos unos sobre otros, ristras de ajos y cebollas, aperos, cabezales y arneses.

Lo primero que se echó Angel á la cara al entrar en aquel recinto fué la respetable persona de D. Si-

món Babel, que salía de la cocina, acompañado de un sujeto de zamarra y gorra de pelo de conejo, con zapatones y faja negra, el cual, no era otro que el dueño del establecimiento, vástago ilustre de la rama primera de los Alencastres.

—Te repito, querido Blas—le decía D. Simón atusándose los bigotes,—que no admito tu hospedaje, si no me pones la cuenta. No hay parentesco que valga. No están los tiempos para estas generosidades. Cada uno mire por sí, á la inglesa, pues de otro modo no hay libertad para...

VI

La presencia de Angel le cortó la palabra, y dejando al otro con la suya en la boca, se fué derecho hacia el que había sido su yerno por detrás de la iglesia, y con benevolencia y tiesura le dijo:

«Querido Angel, ¡cuánto bueno por aquí...! Me alegro de verle. ¿Y qué me dice usted de mi destino? Yo no lo pretendí, pero tanto se empeñó el Ministro, que no tuve más remedio que aceptarlo, sacrificando mis ideas. Pero, ¡qué demonio! todos nos debemos al país, y si los que conocemos bien el tinglado, abandonáramos la Administración, ¿qué sería de ella? El Director me mandó venir sin pérdida de tiempo, porque está la provincia muy descuidada. Me he traído un auxiliar, que es de oro, y conoce perfectamente la localidad por haber sido aquí delegado de policía. Ya estamos con las manos en la masa. Amigo mío, no hay más remedio que ser inflexible, y reventar al que

no tenga los libros corrientes, porque si no, ¿á dónde iríamos á parar? Yo le dije á D. Juan Francisco Camacho cuando se hizo cargo del Ministerio por tercera vez: «D. Juan Francisco, á recaudar, á recaudar á todo trance, y triplicaremos las rentas...»

El posadero, oyendo estas fanfarronadas, parecía orgulloso de su pariente, el cual comprendió al fin que ni la ocasión ni el sitio eran apropiados á una conferencia rentística, y dijo: «Pero le estoy entreteniendo, y usted querrá subir á ver á las... señoras.»

Á cada instante entraban arrieros con caballerías, en cuyas cargas blanqueaban los toques de nieve, así como en los sombreros redondos de los hombres, vestidos de paño de color de oveja negra, algunos con capa burda, que sacudían al entrar. Descargaban las caballerías y las llevaban á darles pienso, y pateando fuerte para entrar en calor, se iban á la cocina á calentarse. Tufo espeso de fritangas, humazo de leña verde y de paja llenaban el edificio, y por todo él oíanse las entonadas voces de los huéspedes, que á gritos, como es costumbre en la gente aldeana, daban cuenta del mal estado de los caminos. Subió Angel, y en el pasillo de puertas verdes numeradas, encontró á Dulce que al encuentro le salía, y se abrazaron con muestras de mútuo cariño, como si nada hubiera pasado».

«Hijo mío, te esperaba, cree que te esperaba. No podías tú dejar de venir, ni yo acostumbrarme á la idea de que no vinieras».

Á Guerra le sorprendió la flaqueza cimbreante de su antiguo amor, á quien veía como si hubiera mediado una ausencia de dos ó tres años. Llevóle Dulce

á un aposento cuyo techo se cogía con las manos, y cuyo piso de baldosín más bien parecía tejado, por la inclinación. En el mezquino rectángulo de la tal pieza había dos camas jorobadas, con mantas rucias y sin colcha, como las de los hospitales, un espejo guasón que ponía en solfa las caras, torciéndoles los ojos y llenándolas de flemones, una percha manca, un barreño con lañaduras, y dos ó tres baules en representación de las sillas y sofás ausentes.

—¡Ay, hijo—prosiguió Dulce,—no puedes figurarte lo mal que estoy! Yo me habría ido á otra casa mejor; pero mamá se empeñó en venir aquí por estar al lado de la familia. No puedo acostumbrarme á estos cuartos horribles, á estos pisos que parecen la montaña rusa, á este desamparo, á este frío. Luego, el ruído, ¡pero qué ruído, qué barullo toda la noche y todo el santo día! No cesan de entrar y salir paletos con mulas y caballos, dando unas patadas... Á media noche salen el coche de Illescas, el de Orgáz, y qué sé yo qué... Todo se vuelve gritos, relinchos, coces... ¿Has visto alguna vez cuartos más indecentes? No soy yo para esto, acostumbrada á mi casita modesta, pero cómoda y limpia.

Compadecido y lleno de piedad, Guerra le prometió mejorarla de alojamiento, y cuidar de ella y de su salud.

—Yo me avengo á todo—añadió Dulce con ternura,—con tal que me quieras. Contigo, viviría... aquí, que es cuanto hay que decir.

En esto entró doña Catalina, con el mantón por la cabeza, diciendo: «¿En dónde está ese pícaro? ¡Ay, Angel, qué gusto verle! ¿Y qué tal? ¿Pero ha visto us-

ted qué frío? Anoche creí que nos helábamos, porque como aquí no se estilan alfombras, ni chimeneas, ni portieres... Con que cuénteme... Pero nosotras somos las que tenemos que contar, porque al fin, gracias á Dios, hemos mejorado de fortuna, y además me ha caído una herencia. Ahora vamos bien; pondremos casa en Toledo; allá la quitamos; D. Jose Bailón se encargó de mandarnos los muebles en pequeña velocidad, y para entonces vendrá también Arístides. Tomaremos una casa baratita, porque aún estamos algo atrasados, y aunque Simón gana, conviene economizar y prepararse para otra tormenta que pueda venir Mala cabeza es Simón; pero, descuide usted, que yo le meteré en cintura. Trabajando se enderezan los caracteres torcidos y no hay cosa más mala que la holganza, porque vicia al sano, embrutece al agudo y, como la polilla, va minando y destruyendo las casas.»

Admirábase Guerra de ver á doña Catalina tan razonable, y bendijo el cambio de fortuna, que parecía haber echado tapas y medias suelas á los cerebros de toda la familia. En esto apareció de nuevo D. Simón dando resoplidos y estirándose los bigotes en toda su imponente largura.

—Angel se quedará á cenar con nosotros—dijo.— Esto no es un Lhardy, ni mucho menos; pero hay voluntad. En nombre de los dueños de la casa que son gentes muy guapas, está usted convidado.

—Éste no cena aquí, papá. Cenad vosotros—dijo Dulce, que deseaba quedarse sola con su antiguo y para ella reconquistado amor.

Dando una prueba más de discreción, doña Catali-

na se fué, llevándose al investigador del Timbre, á quien su hermano llamaba desde abajo para cenar.

—Con que cuéntame. *(Abrazándole otra vez.)* ¿Te has cansado ya de las tonterías esas de la santidad? No creas que he perdido el tiempo. En dos días que llevo aquí, he brujuleado, y por unas conocidas mías que son vecinas del padre Mancebo, sé que ese caprichillo tuyo persiste en ser beata y no te hace maldito caso. Más vale así.

Muy mal supieron á Guerra estas palabras, y reprimiendo su enojo, contestó:

—Si quieres que seamos amigos, no nombres á esa persona delante de mí, ni te ocupes de ella.

—Bueno: eso quiere decir, ó que el chasco ha sido tremendo, ó que...

—Significa que esa persona es sagrada para mí, y debe serlo para todos los que me aprecian. No tengo que decirte más.

Dulce sofocaba su pena, haciendo presión fuerte, sobre sí misma para no reñir. Largo rato charlaron, Guerra con propósito de no herirla, ella hiriéndose tontamente en los avances que daba para descubrir lo que su amante no quería revelarle. Otra vez les llamó á cenar doña Catalina, dando golpecitos en la puerta, y para que no se interpretara mal encierro tan á deshora, bajaron ambos y se sentaron á la mesa, en un aposento próximo á la cocina y que más bien parecía prolongación de ella. La mesa en que cenaban los Alencastres tenía privilegio de manteles, loza menos tosca que los servicios ordinarios de la casa, y en vez de jarros de vino, botellas y copas. En la cocina comían los arrieros con villanesca algazara,

atizándose tragos como puños, consumiendo en un decir Jesús las calderadas de patatas, las sartenadas de migas, y los cabritos asados con cabeza, que parecían gatos. A Guerra le hacía muchísima gracia aquella sociedad rancia y castiza, y veía cierta dignidad quijotil en los enjutos tipos vestidos de paño pardo, pantalón corto de trampa, sombrero de veludillo y medias azules, otros de capote y gorra de piel. Las mujeres con sus abigarrados refajos, la saya de estameña negra y los moños de picaporte, no le resultaban tan airosas como los hombres; pero el habla de todos ellos era gallarda, noble en su elemental rudeza, bien matizada de acentos é inflexiones robustas, y si no enteramente limpia de algún feo barbarismo, de los que suenan en las ciudades y repercuten en las aldeas, retumbaba como párrafos de Mariana ó metros de Jorge Manrique. Los manjares también eran de lo español neto, el vino raspante y de sabor á pez, los asados con ricos pebres olorosos y un picor que levantaba en vilo, las fritangas sabrosísimas, de esas cuyo dejo se agarra por tres ó cuatro días al paladar. De la manera más ceremoniosa fueron presentados á Guerra por la rica-hembra de Alencastre los dueños de la posada, aquel Blas panzudo, y Vicenta su mujer, ambos cincuentones, personas sencillas y corteses, de esa hidalguía de barro tosco que ya no se encuentra más que en las zonas exclusivamente populares de campo y ciudad, tipos emparentados con los villanos de Lope y Tirso, y que Angel creía perdidos en el oleaje turbio de las generaciones. Lo mismo Vicenta que Blas se desvivían por obsequiar al caballero amigo de sus parientes, y creyendo que

echaría de menos viandas exquisitas, mandaron abrir una lata de pimientos morrones y otra de sardinas en aceite, sacaron un vinillo blanco manchego, muy parecido al Jerez, y por fin, hicieron traer de la pastelería más próxima una empanada de pescado. La confianza y la alegría reinaron en la mesa hasta más de las diez, hora de descanso en la posada. Algunos arrieros roncaban ya como cerdos, tumbados sobre mantas, entre vacíos serones ó sacos llenos de trigo; las mujeres subían á los aposentos altos con las sayas por la cabeza, comiéndose un chorizo y un pedazo de pan. Retiráronse Babeles y Alencastres á sus cámaras respectivas, y D. Pito no se atrevió á salir á la calle por miedo á perderse.

Guerra y Dulce metiéronse en el cuarto de ésta. Sentimientos diversos, tales como la compasión, el cariño refrescado por la memoria, la curiosidad, eslabonándose y confundiéndose con accidentes circunstanciales, como el efecto de una cena suculenta, el intensísimo frío, que quitaba las ganas de salir á la calle, motivaron que Angel pasase toda la noche en compañía de su jubilada esposa ilegal.

VII

No fué perezoso para retirarse á la mañana siguiente, dejando á Dulce triste y meditabunda, pues la intimidad de aquella noche puso de manifiesto que si el hombre llevaba consigo toda su galantería obsequiosa, el corazón se lo había dejado en otra parte. Comprendió muy bien que los sentimientos de Angel

tomaban una dirección desconocida, y las cosas de un orden místico y espiritual que en el correr de la conversación dijera, marcaban diferencia enorme entre el hombre actual y el de antaño. Para colmar el mal humor de Dulce, descolgóse doña Catalina con una leccioncita de moral, que desentonaba horrorosamente en los labios de la buena señora.

—Vamos á ver: ¿te parece á tí decoroso ese amartelamiento con Angel? ¿Qué me dices de tu poca aprensión para retenerle aquí toda la noche? ¡Qué dirán los primos, ¡ay! qué los honrados huéspedes de esta casa, que le vieron salir no hace mucho rato! No te haces cargo de nuestra posición, que ya va siendo un poquitín elevada, ni de las conveniencias sociales. Figúrate qué cara pondré yo cuando me digan... No lo quiero pensar. Y otra: ya sabes que el primo Casiano, que te vió el día de nuestra llegada, le dijo á tu papá que le gustabas mucho. Me huele á matrimonio ¡Y qué chico tan guapo! Da gusto verle. Volverá dentro de dos días, y sería de muy mal efecto que á sus oídos llegara un rum rum de que si eras ó no eras... El corazón me dice que Casiano va á salir con el hipo de quererme por suegra. ¿Te parece que, en vísperas de que te pique un pez tan gordo, es decente andar en tratos con ese loquinario de Angel, el cual es ya para tí agua pasada, que no mueve molino? Cierto que si él me pidiera tu blanca mano, no había que dudar; pero como no ha de pedirla, fíjate en el otro, hija mía, piensa en él, echas tus redes por ese lado, y considera que es dueño de media provincia.

—¡Media provincia! Mamá, no empiece usted ya con sus exageraciones.

—Ya iremos, ya iremos á Bargas, y lo verás. Por supuesto, que si tu primo nada en dinero, tú llevarás en dote mi castillo.

—Mamá, no desbarre usted. ¡Qué castillo ni qué niño muerto! Hoy está usted tocada. ¡Llamar castillo á unos pedruzcos que se están cayendo, y que fueron paredes de un caseretón para encerrar ganado!

Entra D. Simón, poniéndose el gabán, con guantes de lana, soplado, insolente, rivalizando en altanería con el shah de Persia.

—Mujer, déjate de castillos y de mamarrachadas. ¡Pégame este botón, rayo de Dios! ¡Mi ropa sin cepillar! Luego se presenta uno hecho un tipo, y no le guardan el debido respeto.

—Eh... poco á poco. ¿Qué lenguaje es ese? ¡Vaya!... no puedo hacer de ti un caballero, y el tufo democrático sale por entre tus maneras, como en este patio la peste de las cuadras. Dulce te pegará el botón, si tiene con qué.

—Sois unas desastradas, ¡venablo! y con vosotras no hay manera de ser decente. (*Dando resoplidos.*) Me voy sin botón, y que se rían de mí... Á bien que como somos señores de castillo y pateta, no importa que uno salga á la calle hecho un pelagatos.

—Pues te digo que es castillo (*remontándose y poniéndose como un pimiento*), castillo y muy castillo, mal que te pese á tí y á toda tu casta plebeya. Pregúntaselo á Blas.

—Quita allá, tarasca. Se van á reir de nosotros hasta las mulas.

—¿Es que no queréis que yo recobre mi posición ni reclame mis derechos? (*Compungida.*) ¡Todos conjurados contra mí!

—Mamá, mamá, por Dios—dijo Dulce queriendo llevársela para adentro, pues la escena ocurría en el pasillo alto de numeradas puertas.—Déjate ahora de contarnos lo que es tuyo y lo que no es tuyo. Tiempo habrá.

—¡Todos contra mí!... lo de siempre. ¡Todos tirándome al degüello, hasta mis hijos, hasta mi esposo, á quien hice persona, dándole mi mano! Que venga Blas y diga si no es cierto que con hacer una solicitud en papel de tres reales, tendrán que darme toda una acera de la calle de la Plata. *(Con desaforados gritos.)* ¡Dios mío, Dios mío, qué familia esta! ¡Favor, socorro, que quieren deshonrarme y hacerme pasar por una persona cualquiera, como si no estuviera ahí la capilla de Reyes Nuevos, que con los letreros de sus sepulcros dice quién soy; como si no estuvieran ahí las tumbas de Santa Isabel; como si no estuvieran los archivos de la Catedral llenos de papelorios que lo cantan bien clarito, bien clarito!

Acudió el posadero, á quién D. Simón explicó mímicamente el caso con un ademán expresivo, llevándose el dedo índice á la sien, como si quisiera taladrársela. Acercóse también Vicenta, afligidísima y llena de compasión, y procuró calmarla, asintiendo con la cabeza á los disparates que decía.

—Vengan acá todos—chillaba la noble dama, descompuesta, frenética,—y háganme justicia. Bien sabes tú, Vicenta, y Blas también lo sabe, que sino hubiera sido por aquel peine de D. Duarte, sobrino del Rey de Inglaterra, otro gallo nos cantara á los Alencastres. Pero se han propuesto hundirnos, y ¿qué ha de hacer una más que clamar al cielo? *(A don Simón,*

que forcejeaba por meterla en el cuarto.) Quitate allá, ralea baja, que me envenenas con el vaho infecto de tu democratismo. Pues qué ¿te habrian dado ese destinazo, si el ministro no tuviera interés en complacerme á mí? ¡No aprecias mi fidelidad, mi lealtad á un nadie como tú! Pues sábete que he despreciado partidos magníficos para faltarte, y que los montones de oro que me han puesto delante para que consintiera en un desliz, no se pueden contar. Ingrato, ¿te mereces tú mi virtud? ¡Ah! pero yo he mirado siempre que soy dama, y no puedo olvidar el honor de una familia en que jamás hubo mácula, de una familia que por parte de mamá es de la propia Constantinopla, y de aquellos Emperadores que para todos los usos domésticos, para todos absolutamente, tenían vasos de oro macizo.

Asustados y perplejos, los posaderos no sabían qué hacer. Por fin, uno tirando de este brazo, otro de aquél, los demás echando mano á las caderas ó al cogote, consiguieron llevársela, sin que dejara de chillar; y tendida en la cama, Dulce y Vicenta la despojaron de su real túnica para darle friegas capaces de desollar un buey. D. Simón, haciéndose él afectado, decía: «Ea, ya le va pasando. Fuerte, raspadle fuerte... así. Vamos, ya se calman esos demonios de nervios.. Y yo me voy á mis obligaciones, que es muy tarde. Ya puedes comprender, Blas, lo que he sufrido... Y ahí donde la ves es un ángel, un ser purísimo, todo bondad, paciencia y dulzura. Vaya, cuidármela bien. Ahora, Vicenta, tráele una tacita de caldo. Abur, abur.

El espasmo fué de los más fuertes, y para gozar de

la escena tragicómica subieron varios huéspedes de la posada, formando un corrillo de paño pardo y refajos verdes, en el cual se oían apreciaciones médicas de las más originales. Hasta dos horas después del arrechucho no estuvo doña Catalina enteramente sosegada y en situación normal. No recordando nada de lo que había dicho y hecho, reanudó con su hija, en la forma natural, la conversación del primo Casiano y de las esperanzas de una buena boda. Pero como huye del agua fría el escaldado gato, se abstuvo con instintiva discreción de mentar herencias y castillos, que fueron cabalmente los puntos en que su juicio empezó á resbalar.

Dulcenombre había hecho prometer á Guerra la repetición de la visita, amenazándole con salir ella en su busca si no cumplía. Esperó la vuelta un día, dos, y viendo que era la del humo, se dispuso á echarse á la calle. El tiempo mejoró, lucía un sol placentero, y las calles empezaron á secarse. Había traído la Babel en su equipaje un buen vestido de merino obscuro, su mantón fino de ocho puntas, buenas botas ajustadas de caña alta, manguito, guantes, velo. Se emperejiló bien, y en verdad que estaba bastante mona, luciendo su figura delgada y esbelta, porque el defecto del seno escaso se disimulaba con el mantón y lo bien encorsetada y tiesa que iba. No vaciló en poner en práctica sus planes de persecución. Ignórase cómo demonios averiguó las señas; pero ello es que las sabía, y de mayores dificultades triunfa una mujer celosa. Llegó á la casa de Teresa, y ésta le dijo que D. Angel había salido; volvió, y lo mismo.

—Por aquí tiene que pasar—pensó, apostándose en la calle de la Puerta Llana.—Haré centinela hasta media noche. Yo no me canso.

En una de aquellas vueltas, le vió atravesar por la plaza del Ayuntamiento hacia la calle de San Marcos. Encaminábase á la Judería por el Juego de Pelota y el callejón y escalerilla de San Cristóbal, y por cierto que su sorpresa no fué muy agradable al sentirse detenido por un fuerte tirón en el embozo de la capa. ¡Dulce! ¡Iba pensando en cosas tan lejanas y tan distintas de ella!

—¿A dónde vas?

—Tengo que hacer. ¿Qué buscas por aquí á estas horas? ¿No temes el frío?

—Déjame á mí de frío. Si estoy abrasada. Iremos juntos.

—No puede ser. (*Con cariño, que disimulaba sus temores.*) Iré á verte. Espérame en tu casa.

—¿Esta noche?

—No. ¡Qué dirán! Mañana.

—¡Mañana! Esos *mañanas* tuyos ¿en qué Calendario están? Por de pronto, te acompaño ahora.

—Voy lejos.

—No importa. De más lejos vengo yo, que vengo del tiempo en que me quisiste.

—No puedo entretenerme ahora á disputar contigo. Déjame; yo te ruego que me dejes. (*Muy serio.*) No es ocasión de... Adiós.

—Que no te escapas. (*Siguiéndole y agarrándose al embozo.*)

—Eres pesada.

—Más tú.

—Pues no te escucho. (*Incomodándose.*) No te tolero que me detengas en la calle.

—Porque me da la gana, porque tengo derecho.

—Vaya; déjame en paz. Adiós. (*Alejándose rápidamente por un callejón.*)

—Pero no le valía, porque Dulce, intrépida y escurridiza, le cogía la delantera por el enredijo de callejones, y á la vuelta de una esquina se le presentaba otra vez, diciéndole: «Que no te escapas, que no.»

—No te hago caso. Voy á donde voy. Ve tú á donde quieras. (*Apretando el paso, sin cuidarse de que le siguiera ó no.*)

Por fin Dulce, fatigada y sin aliento, más que por el ajetreo físico por la pena que la ahogaba, se detuvo en mitad de las escaleras de San Cristóbal, y mirándole bajar, se cuadró y le dijo con voz fuerte:

—Permita Dios que la encuentres muerta. No; es poco. Permita Dios que te la pegue con un sotana.

VIII

Retiróse con el corazón oprimido, necesitando preguntar á los transeuntes para desenredar la madeja de calles hasta Zocodover. Su carácter sufrido y dulce, aun en las mayores adversidades, impedíale alborotar en medio de la calle, y tragándose su amargura y bebiéndose las lágrimas, llegó á la posada, y no quiso tomar alimento.

Por la noche otro rebumbio, porque se pareció por allí Fausto, que en compañía de su amigo el litógrafo vivía, y pidió dinero á su padre y como éste no se

mostrara propicio á dárselo, embistió á su hermana, sabedor de la visita nocturna de Angel, y presumiendo que éste habría provisto el portamonedas de su amiga, en lo cual no se equivocaba. Pero aconteció que Dulce tampoco quiso atender á las necesidades del calculista lotérico, y de estas negativas resultó un ruidoso tumulto. Doña Catalina, amagada de un nuevo ataque, echó la culpa de todo al tuno de don Duarte, y los primos Blas y Vicenta tuvieron que intervenir, cogiendo al matemático por un brazo y plantándole en la puerta. Dulce no cesaba de llorar y su tristeza y desesperación no habrían tenido fin, si don Pito no hubiera tomado á su cargo el consolarla, sugiriéndole la feliz idea de ahogar las penas de entrambos en la sabrosa onda de un *gin-cock-tail*. Á las altas horas de la noche hicieron el ponche, si que nadie se enterase, y Dulce se administró con fe aquel bálsamo de consuelo y olvido.

Al siguiente día, repitióse la persecución, pero sin resultado, pues en casa de Angel dijéronle que éste se había ido al Cigarral, lo que Dulce interpretó como una fuga. Volvió á la posada con un peso sobre su corazón que no la dejaba respirar, y de manos á boca se encontró con el primo Casiano, que en aquel momento llegaba en el coche de Bargas. Saludóla con respeto, encantado de la finura, donaire y buen ver de la madrileña, y doña Catalina no cabía en su pellejo de puro satisfecha, ilusionada por el espejismo de un buen arreglo de familia. Era Casiano un hombrachón apuesto, de treinta y cinco años, viudo sin hijos, propietario de tierras, traficante en ganado y semillas, y empresario de transportes, pues suyos eran los coches

de Bargas y Cabañas; rico, para lo que son las riquezas de pueblo, sencillote y de un carácter rústicamente hidalgo, con más vehemencia que malicia; agudo en las artes del comercio, romo en las del amor; la cara torera, toda afeitada y muy española en sus líneas y en el resplandor de los ojos; afable sin floreos de lenguaje; tosco y de ley, respirando salud, hombría de bien y limpieza de corazón. Vestía elegantísimo traje de pana rayada negra, pantalón corto, polainas de cuero, sombrero de velludo, ó livianillo de castor, segun los casos, y para el viaje gorra de piel, de plata los botones del chaleco, y del propio metal la leontina del reloj, con cadenillas y gruesos pasadores; nada de cuellos engomados; el pescuezo al aire, robusto, musculoso y tostado del sol; capa ordinaria de paño de Béjar, bien ribeteada y con embozos de felpa obscura.

Minutos después de la llegada de Casiano, bajó del coche de Cabañas un clérigo que debía de ser popular en el mesón, pues lo mismo fué verle que acudir todos á rodearle y hacerle mil agasajos con discorde vocerío: ¡D. Juan, vivaa...! ya le tenemos aquí otra vez. ¿Qué tal?

El D. Juan (de apellido Casado) vestía balandrán de aguadera, tornasolado por el constante servicio á la intemperie, y llevaba la teja sujeta con una cinta debajo de la barba. Su paraguas habría cobijado con holgura una familia numerosa. Era hombre que llamaba la atención por su fealdad, y su cara parecía obra de cincel, verdadera figura de aldabón tallada inhábilmente en hierro por el modelo de sátiro gentil ó de diablillo de capitel plateresco. Pero aquel ho-

rror de naturaleza se compensaba con un genio alegre y un carácter bondadoso. Pasaba por hombre de no común inteligencia, conocedor de la ciencia del mundo, sin faltarle la de los libros. Había desempeñado la coadyutoría de una ó dos parroquias de la ciudad; pero últimamente heredero de magníficas tierras en la Sagra, dedicaba parte de su tiempo á la agricultura, y era clérigo mitad urbano, mitad campestre, siempre con un pie en el altar y otro en el estribo. Con frecuencia iba y venía en los coches de Casiano, de quien era muy amigo y también algo pariente.

Contestaba á las bromas y cuchufletas con gran desenvoltura, echando pestes contra la nieve y el mal tiempo, y Blas le ofreció confortarle con unas magras y un buen jarro de vino, lo que hubo de aceptar de bonísima gana. Mientras él y Casiano almorzaban como lobos, trabóse conversación entre el clérigo y los Babeles, y de aquel pasajero contacto nacieron otros, dando lugar por fin, como se verá después, á una cordial amistad.

Casiano era el encanto de doña Catalina, que comprendió muy bien con materno instinto que su niña le había caído en gracia á aquel espejo de los bargueños, y empleaba mil artimañas para que de la simpatía saltara el amor. Poníales frente á frente, les enzarzaba en conversaciones fútiles, dejábales solos algunos ratitos para volver presurosa, afectando la cautela de una madre prudente, que no quiere exponer á su hija á largas pláticas con hombre guapo. A Casiano le encarecía con grandes aspavientos la bondad de Dulce, su aptitud para el gobierno de

la casa, su talento, su honestidad, su repugnancia á los noviazgos, y á ella le ponderaba lo majo que era el primo, lo cumplido, generoso y decente, y por cierto que no decía nada de más.

—Y á propósito, Casiano, ahora vas á sacarnos de una duda. ¿Verdad que es castillo lo que heredé del cura de Olías, mi tío segundo, D. Nicomedes de Castro?

—Vaya... castillo es ¡potra! Perteneció, según dicen historias añejas, á los caballeros de Calatrava, y vendido después como bienes nacionales, lo compró el tío para encerrar ganado, y de allí sacaron muchos cargos de piedra los contratistas del ferrocarril de Malpartida. Tiene cuatro torres, de las cuales hay dos con almenas, y las otras se han ido cayendo. Se conserva el muro de Poniente con aspilleras, y unas ventanejas como las de la Puerta del Sol, cosa polida, que dicen es obra de los mismos mozárabes.

—¿Lo ves, lo ves, tonta, incrédula?—gritó doña Catalina saltando de gozo.—¿Ves cómo es castillo por los cuatro costados? Veremos lo que dice ahora Simón. Oye, Casiano: ¿y no podría restaurarse ese magnífico monumento?

—Como resucitarse... sí. Ahí está el de Guadamur, sacado de la sepultura. Pero habrá que tirar millones.

—Quita, hombre, no se necesita tanto. Con ahorrar un poco... Iremos á verlo, cuando nos establezcamos. Nos llevarás en el coche de Cabañas hasta Olías; luego iremos á Bargas en tus mulas, y nos darás alojamiento en tu casa, que fué la mía, ¡ay! la casa en que nací y me crié, donde todo era abundan-

cia; ¡qué tiempos! Cada vez que me acuerdo del sin fin de gallinas que allí había, de las echaduras de pollos, de los dos cerdos que criábamos, tan gordos, tan lucios que no podían con las carnes, de los corderitos, del horno de pan, de las eras y de aquellas viñas, que daban un vino como el néctar de los ángeles, se me parte el corazón. Y todo eso es tuyo, Casiano, y además tienes lo de tu difunta mujer, que es lo de los Tristanes, y la huerta de junto á la Rectoral, y el molino de abajo y qué sé yo. Me alegro mucho de que todo te pertenezca, porque te lo mereces, y ya que yo, por las vueltas del mundo, me quedé *in albis*, al menos tengo el consuelo de verlo en esas manos, donde mil años dure.

Poco ó ningún caso hacía Dulcenombre de esta conversación. El instinto de hacerse agradable, obrando en ella como en toda mujer, mantúvola frente á Casiano en actitud cortés, afectuosa, como de pariente á pariente. Comprendía que el guapo bargueño era un alma de Dios, y le tenía cierta lástima por el error en que estaba con respecto á ella; pero sus sentimientos no pasaban de aquí, y si el primo no le repugnaba, tampoco había despertado el menor interés en su corazón. Verdad que era aún muy pronto, como decía la de Alencastre, y debía esperarse á que las ricas uvas maduraran.

A Casiano no le faltaban ocupaciones, porque tenía que entregar una remesa de trigo, hacer varias compras, tomarle las cuentas á dos ó tres carromateros, dependientes suyos; pero todo lo apresuraba ó lo difería por subir á platicar con Dulce y su empingorotada mamá, que parecía otra por lo cuerda y sesuda.

Durante las comidas y cenas, Don Simón se daba con el primo un lustre fenomenal, refiriéndole mil secretos pormenores de su amistad con ministros y personajes, brindando protección á toda la provincia, y preguntando por el estado de las cosechas y de la recaudación, como si tuviera la Hacienda española metida en los bolsillos. En cambio, D. Pito estaba más aburrido y descorazonado que nunca, presa de una nostalgia negra, que le envolvía el alma como niebla espesísima, cerrándole los horizontes. Contrariábale no encontrar á Guerra en su casa, pues éste le fomentaba el vicio, convidándole á todas las copas que quisiera; y enojado de aquella ausencia, se casaba con los Cigarrales y con el perro judío que los inventó.

Una noche, cuando se retiraron los Babeles y Casiano á descansar, D. Pito subió con Dulce al cuarto de ésta, y como la notara triste y suspirona, hízole el dúo, lamentándose de su suerte, renegando de la vida, y llegando hasta la hipérbole pesimista de querer tirarse al Tajo, idea que la joven oyó expresar sin alarma, pues también en su cabeza chispeaban ideas semejantes. Sin saber lo que hacía, D. Pito le habló de Angel con calorosos encarecimientos, ponderando su compasiva bondad y su tolerancia sin límites. Después habló pestes del primo bargueño, diciendo que era un salvaje que olía á cuadra, y que parecía figurón de comedia. Las murrias de Dulce se acrecieron con estas cosas, y toda la nostalgia y cerrazón de su tío se le comunicaron. El no podía vivir sin ver la mar salada, la otra sin ver el cielo del amor. Ambos gemían bajo el peso de una gran aflicción, y no se

sabe á qué extremos habrían llegado, si á D. Pito no se le ocurriera prescribir nuevamente la eficaz panacea del olvido. Felizmente, Dulce tenía dinero: las proposiciones del viejo pareciéronle aceptables, y se encariñó grandemente con la idea de olvidar. Diez minutos tardó el capitán en traer de la tienda el específico, que no era otro que coñac *fine champagne* de las tres estrellas, y aunque á Dulce le parecía demasiado picón, ayudó á su tío á consumirlo, enfilándose algunos tragos, mientras él se atizaba copas enteras.

Á eso de las diez, la pobre Babel rompió á reir á carcajadas, y doña Catalina, que tabique por medio dormía, se alarmó y fué corriendo en su auxilio, temiendo que se hubiese vuelto loca. No acertó á comprender lo que aquello significaba; pero los restos del brebaje y el ver á D. Pito hecho un talego á los pies del camastro, fueron luz de su ignorancia. Nada respondió Dulce á las exhortaciones de la ilustre señora, porque después de las carcajadas cayó en un sopor profundísimo, del cual no salía ni aunque le aplicaran carbones encendidos. Mala noche pasó la de Alencastre, y su gran apuro fué por la mañana, pues continuando la niña en el mismo estado de trastorno, había peligro de que el primo se enterase. ¡Ay, Dios mío, sólo pensarlo era para volverse loca! Por fin, allá pudo tapar el fregado aquel con cuatro mentiras muy bien hilvanadas. Su hijita se había atufado, porque el demonio del marino metió en el cuarto un brasero sin pasar... y naturalmente... ¡No era mal brasero...! A don Simón dió cuenta la noble dama de lo que había visto y olido, conviniendo ambos en que el causante

de tales horrores era D. Pito, y haciendo propósito de despedirle de su compañía para que no volviera á *magnetizar* á la pobre muchacha inocente.

Los primos Blas y Vicenta, aunque no decían nada, íbanse cansando de la pesada carga babélica que se habían echado encima, y aunque vagamente, daban á entender que les sería grato soltarla. «Estamos abusando de la bondad de esta pobre gente—decía Simón á su esposa,—y es preciso que nos larguemos pronto de aquí. Si no quieren cobrarnos, habrá que hacerles un regalito, por ejemplo, un corte de pantalón á Blas, y á Vicenta un pañuelo, peineta ó cualquier chuchería.

—Quita, hombre. Cuando nos retratemos, se les darán nuestras fotografías con dedicatoria. No estamos ahora para obsequiar con nada que cueste dinero. Y en último caso, espera á que te regalen a tí, pues los tenderos algo te han de dar porque no les marees. Milagro es que no haya empezado ya el jubileo de la caja de pasas, el barrilito de aceitunas ó la media docena de botellas de Jerez. Y los de telas tampoco han de ser tan puercos que dejen de mandarme algún trapillo de moda, pues tú no has de echarles multas, ni apurarles, ni...

Por fin, con ayuda de D. Juan Casado, que gallardamente se puso á sus órdenes, encontraron los Babeles casa de su gusto y por poco precio, allá en la subida del Alcázar, y llegados de Madrid los muebles juntamente con Arístides, se instalaron, dejando el bullicio y estrechez de la posada de la Sillería, con no poco gusto de los dueños de ella y de sus habituales parroquianos. Doña Catalina y su marido, recelosos

de la influencia de D. Pito sobre Dulce, y temiendo que ésta incurriera en nuevas fragilidades si el incorregible borrachín no se marchaba con sus botellas á otra parte, acordaron no admitirle en la nueva casa; más no era cosa de dejarle en medio del arroyo. El desvanecido inspector propuso expedirle para Madrid en gran velocidad y con billete de tercera (por no haberlo de cuarta). «Lo hacemos por tu bien, querido Pito—díjole su cuñada.—Aquí estás aburrido. Toledo no te peta. En Madrid tienes más distracción, más campo donde pasearte, y además tienes á tu hijo *Naturaleza*, que se ha colocado á la parte en la confitería de Andana, y según me ha dicho Arístides, está ganando montones de dinero».

—Sí, mejor estás allí—agregó su hermano,—porque Madrid parece puerto de mar por su animación, y aquel ir y venir de carros, y las mangas de riego... Luego los establecimientos de bebida son magníficos... no como aquí, que parecen mazmorras... Con que márchate, y dale memorias á *Naturaleza* y al amigo Bailón, y siempre que quieras, ya sabes donde estamos.

Cogió el dinero D. Pito, sin comentar con frase ni palabra ni monosílabo aquella cruel despedida, y salió con toda la arrogancia que su cojera le permitía, encaminándose á Zocodover para tomar allí el coche que baja á la estación. Mas no queriendo emprender viaje tan fastidioso en tiempo frío y con cariz de nieve, buscó en el dédalo de las calles toledanas algún rinconcito donde proveerse de combustible para las tres horas mortales desde Toledo á Madrid.

IV

PLUS ULTRA

I

En efecto, Guerra quiso aislarse, y nada mejor que el cigarral de Guadalupe, de su propiedad. D. Suero y su señora se quedaron viendo visiones cuando el madrileño, comiendo con ellos una tarde, les dijo que se iba de campo, y que las fiestas de Navidad las pasaría de la otra parte del puente de San Martín. ¡Qué extravagante misantropía! ¡Meterse en un cigarral por Noche Buena, en tiempo tan crudo, y cuando la cristiandad toda tiende á reconcentrarse en las poblaciones y en la vida de familia! «Pero, Angel, tú no tienes la cabeza buena—observó doña Mayor.—Bien dice Pintado que los tornillos que él te apretó se te han vuelto á aflojar. Déjalo para después de Pascuas, y comerás el pavo con nosotros».

No lograron convencerle con estas ni con otras razones. Conviene advertir que, á poco de residir Angel en Toledo, dieron sus tíos en pensar cuán conveniente sería para la casa de Suárez que el madrileñito aquel, viudo sin hijos, rico y en buena edad, picase en el anzuelo de María Fernanda. Forjáronse marido y mujer la ilusión de que así sería; pero la realidad no tardó en desvanecerla. El primo no picaba, ni siquiera como suelen hacerlo los peces listos, es decir, mordiendo el cebo y largándose sin engan-

char. Para mayor contrariedad, picaba ferozmente un cadete, con gusto de la niña, y Angel dió en auxiliarle, estableciéndose entre los tres una confabulación que acabó de dar al traste con el plan de don Suero, tan ajustado á las conveniencias de la familia y á la armonía universal. Era el cadete de buena casta, simpático chico, y en otras circunstancias no le habrían visto los señores de Suárez con malos ojos; pero en aquel caso les desagradó sobremanera la protección que la niña dispensaba al militarismo. ¡Cuánto mejor que se aplicase á pescar aquel gordo peje, de saneada fortuna, buen hombre á pesar de sus antecedentes revolucionarios y masónicos, que los Suárez de Monegro, gente ilustrada, perdonaban de todo corazón, mayormente al notar en el individuo marcadas inclinaciones en sentido contrario!

Pero Dios no quería que las cosas se arreglaran á gusto de D. Suero y de su esposa. La vida es así, contradición, y todo del revés. ¿Quiere usted higos? pues le salen brevas. En tanto, Angel protegía descaradamente al aspirante á general, y de acuerdo con María Fernanda, echó memoriales á doña Mayor para que le permitiese entrar en la casa. ¡Que si quieres! La señora dijo pestes del Ejército, y aseguró que más valiera quitar de Toledo la dichosa Academia, que no traía más que disgustos á todas las familias. No había casa en que las señoritas no anduvieran medio trastornadas; y por lo que hace á los alumnos, ni ellos estudiaban ni ese era el camino. Todo el santo día en aquel Miradero y en aquel Zocodover, alborotando é inventando diabluras.

Don Suero no tronaba contra la Academia; pero en

su interno sayo se condolía de la perniciosa ingerencia del militarismo en la historia patria. Y cada vez que Angel dejaba traslucir en la conversación el cambio iniciado en sus ideas, ya ponderando la belleza del simbolismo católico, ya poniendo en las nubes las órdenes religiosas, el buen D. Suero, á quien se suponía instrumento de los jesuítas, lamentaba de boca para adentro que tal yerno se le escapase. ¡Qué lástima! ¡Un convertido, un hombre que decía lindezas elocuentes de San Francisco y de San Ignacio con la misma boca con que había predicado la libertad de cultos y otras herejías! Por supuesto, de todo tenía la culpa la tontuela de María Fernanda, que, en más de una ocasión, cuando Guerra expresaba con sincero entusiasmo sus recientes aficiones, *le tomaba el pelo* por cursi y anticuado, echándoselas de librepensadora, como si ello fuera también cosa prescrita en los figurines, y perteneciese al variable reino de las modas.

Por todo esto veía D. Suero con desagrado la creciente misantropía de su pariente, su prurito de aislarse, y, como buen sabueso de la vida, olfateaba que aquello terminaría quizás en trastornarse rematadamente con la religión, y meterse en cualquiera orden monástica, la cual tendría buen cuidado de que, al entrar el individuo, fueran los santos cuartos por delante. En fin, que ni D. Suero hablándole de los deberes sociales, ni doña Mayor describiéndole los horrores del frío en el campo, pudieron disuadirle de su tema, y al cigarral se fué por el 22 ó 23 de Diciembre, avisando antes al guarda de la finca para que preparase alojamiento.

¡Qué hermosura, qué paz, qué sosiego en el campo aquel pedregoso y lleno de aromas mil! Después de la nevada, vinieron días espléndidos, con aire leve del Nordeste: helaba de noche; pero por el día un sol bienhechor calentaba la tierra y todo lo que cogía por delante. Los árboles, fuera de los olivos y cipreses, no tenían hoja; pero crecían allí mil matas de un verde obscuro y ceniciento, y entre ellas, las rocas graníticas brillaban con los cristalillos de la helada, cual si hubieran recibido una mano de sal ó de azúcar. El olivo sombrío alterna en aquellas modestas heredades con el albaricoquero, que en Marzo se cubre de flores, y en Mayo ó Junio se carga de dulce fruta, como la miel. La vegetación es melancólica y sin frondosidad; el terruño apretado y seco; entre las rocas nacen manantiales de cristalinas aguas.

El cigarral de Monegro ó de Guadalupe no era de los más próximos al puente de San Martín, ni de los más lejanos. Llegábase á él en veinte ó treinta minutos, desde el puente, por el camino viejo de Polán, dejándolo después á la derecha para seguir la vereda del arroyo de la Cabeza. Sus dimensiones no llegarían á siete fanegadas, con buena cerca de piedra y tapiales de tierra en algunos trechos, casi todo el terreno dedicado á la granjería propiamente cigarralesca, olivos pocos, albaricoques y almendros en gran número. Pero al Sur de Guadalupe extendíase otra propiedad de los Guerras adquirida por el padre de Angel, la cual era un trozo de monte que en un tiempo perteneció con otras fincas al monasterio de la Sisla. Su cabida era como de seis veces la del cigarral, y no lindaba inmediatamente con éste, exten-

diéndose entre ambos predios una faja de terreno del procomún. Llamábase *la Degollada*, y sus productos habían sido escasos ó nulos hasta entonces. El terreno era de los más ásperos, salpicado de ingentes y peladas rocas; sin árboles, pero con espesísimo matorral de cantueso, tomillo y cornicabra; sin ninguna habitación humana, como no fuera algun improvisado albergue de pastores, entre los escuetos mogotes de ruinas que en algunos sitios se alzaban carcomidos, restos quizás de cabañas del tiempo de los Jerónimos, ó tal vez (Palomeque lo podría decir) del tiempo del amigo Túbal. La impresión de soledad ó desierto eremitano habría sido completa en la Degollada, si no se divisaran por una parte y otra caseríos más ó menos remotos, las dispersas viviendas de los Cigarrales, los santuarios de la Guía y la Virgen del Valle, los restos de la Sisla, y desde algunos puntos altos, las torres y cúpulas toledanas. Entre los límites de la Degollada y Guadalupe no había por la parte más próxima cinco minutos de camino.

La casa de Guadalupe era como de labor, con pretensiones sumamente modestas de quinta de recreo, destartalada, por fuera pintada de armazarrón imitando ladrillo, por dentro con desiguales crugías y no muy nivelados pisos de tierra y empedradillo en la planta inferior; su correspondiente almazar; un cocinón disforme con chimenea de campana. Sólo había dos habitaciones vivideras en el piso superior, con rodapié y zócalo de azulejos de diferentes colorines y dibujos, como traídos en montón de cualquier derribo, y de azulejos estaban guarnecidas también las impostas de las ventanas. En dichos apo-

sentos instalóse el amo, para quien se preparó un camastrón de madera con columnas, en el cual debió de echar la siesta Mauregato, cuando menos. Los colchones y servicio de cama y mesa lleváronse de Toledo. Como á treinta pasos de la casa veíanse restos de una capilla, en cuyas derruídas paredes se apoyaban los cubiles de dos cerdos que por el día se paseaban de monte en monte, y la choza de las cabras, y el tenderete de las gallinas, quedando lo demás para depósito de estiércol. Más allá de la capilla, extendíase un plantío de albaricoqueros, limitado al Sur por torcida pared que terminaba en un castillete de muy extraña forma. En la parte inferior de éste había un horno de cocer pan, que desde tiempo inmemorial no se usaba, y en su boca negra y telarañosa se veía siempre un gato blanco acurrucado. La parte superior de aquel armatoste era palomar, donde más de doscientos pares tenían su vivienda y sus nidos. Arrimados á la pared crecían tres cipreses magníficos, patriarcales, de sombrío ramaje y afilada cima.

¡Cuán grato pareció á Guerra el sitio, y qué dulzura sabrosa en la vida campestre! No había más sociedad que la del cigarralero anciano y su nuera, con la añadidura del pastor que llevaba las cabras al monte y recogía los de la vista baja. Hasta las comidas encantaban á Angel, pues la cigarralera le hacía unas migas de sartén, con las cuales no había ascetismo posible. Las tales migas, y el lomo adobado, y la olla castellana, y algún salmorejo, hacían del cigarral la más deliciosa de las Tebaidas. De bebida no había más que agua clara y fresca. La cocina era también comedor, y Angel veía guisar lo que le po-

nian en el plato; pero este rudimentario servicio no le repugnaba, antes bien despertábale más las ganas de comer. ¡Cosa rara! Fué á Guadalupe sin ningún apetito, y allí devoraba, por lo que dió gracias á Dios y á Jusepa, que había sido ama de dos canónigos (es decir, primero de un canónigo y después de otro), y guisaba muy bien.

A semejante vida del yermo, ya nos podríamos abonar todos, y si se dieran facilidades para emprender tales penitencias, el mundo estaría lleno de anacoretas tan convencidos como lo era Guerra por aquellos días. La mayor delicia de Guadalupe era que por allí no parecía nadie, ni había peligro de tropezarse con D. Suero ni con Pintado, ni con ningún Babel masculino ni femenino. No llevó allí Angel papeles ni libros, ni había notado la falta de las letras de molde. Pasaba la mayor parte del día paseándose, garrote en mano, del albaricoquero al olivo, y del olivo al ciprés, y de esta peña á la otra peña, y de Guadalupe á la Degollada, contemplando el movido paisaje que por todas partes le circuía, y la silueta dentellada de la ciudad, un sin fin de torres presididas por la incomparable de la Catedral.

La imagen de Leré no le abandonó un instante, y con ella eslabonaba la idea y el ansia del *más allá*, huyendo, para poder orientarse en tal dirección, de la garrulería y tráfago del mundo. Vivir para la verdad y sólo para la verdad, imitar a Leré y seguirla aunque de lejos, eran su deseo y su ilusión. Mas para que la semejanza con su modelo resultara perfecta, la vida nueva no debía concretarse sólo á la contemplación, sino propender también á fines posi-

tivos, socorriendo la miseria humana y practicando las obras de misericordia. Ved aquí la dificultad, y lo que ponía en gran confusión á Guerra: compaginar el aislamiento con la beneficencia, y ser al propio tiempo amparador de la humanidad y solitario huésped de aquellos peñascales. Mientras la mente de Angel no diese de sí la clave de tal problema, la idea de fundar algo era una nebulosa, imagen incierta que se borraba cuando el solitario quería precisar sus vagos contornos.

Y con la imagen de Leré juntábase casi siempre la de la angelical Ción. No será exacto decir que Guerra tenía visiones, ni que se le aparecían almas del otro mundo y de éste á engañar sus sentidos; era que por las noches, á veces al caer de la tarde, cuando la sombra fría empezaba á tenderse sobre el cigarral, se figuraba ver á la chiquilla y su maestra, destacándose del verde fúnebre de los cipreses, cogidas las manos, andando hacia él con vestiduras flotantes, las cabezas rodeadas del círculo de oro, distintivo de los bienaventurados. Medio dormido, ó quizás dormido de veras, creía tener á su lado á la niña, contándole alguno de los graciosos embustes que tan bien hilaba. Pero no podía recordar luego qué mentira era, y sólo quedaba en su cerebro la vaga sospecha de que la mentira podía muy bien ser verdad de las más elementales.

Ratos entretenidos pasaba Angel conversando con el cigarralero, hombre tan sencillo como bruto. Fué soldado en su mocedad y asistió á multitud de acciones de la primera guerra civil. Conocía personalmente á Espartero, á Serrano y á los Conchas; pero hacía

lo menos cuarenta años que los había perdido de vista. Nunca debió de poseer aquel bendito el don de apreciar con exactitud el paso del tiempo, porque hablaba de las cosas del año 38 como si hubieran sucedido la semana pasada, y apenas tenía vagas nociones del reinado de Isabel II y del de D. Alfonso. Mejor sabía el paso de Luchana y la acción de Guardamino, que la revolución del 68 y otros acontecimientos que ningún eco tuvieron en su espíritu. Llamábanle Cornejo, y era hombre guapo, de lozana vejez, tipo militar y granadero de antiguo cuño. Tenía un hijo en presidio por cuchilladas allá en el paso de Yébenes, y la mujer aquella que guisaba era su nuera y al propio tiempo su sobrina, criada en la domesticidad de canónigos, más fea que el hambre, de pocas palabras y buenas manos para adobar lechones y hacer morcillas. También era de la familia Cornejil, aunque por vínculo lejano, el rústico pastor, con quien Guerra no trabó relaciones sino bastantes días después de hallarse en Guadalupe.

Nadie le visitaba allí, pues si bien Palomeque le había prometido hacerlo, no se atrevía á tan larga caminata en tiempo frío. Una tarde de Navidad le mandó á Ildefonso con un regalito de mazapanes de San Clemente y una carta que, entre otras cosas, con castiza y limpia letra de Torío, decía: «Me resolveré á pasar la puente cuando el tiempo abonance, pues aspiro á que el nicho de Santa Leocadia espere vacío mis honrados huesos por unos cuantos añitos más. No están mis doce lustros para hacer piruetas sobre los *alíquidos cristales*, que dijo el amigo Rabadán... ¡Vive Dios, qué gusto me daría de acompañarle! Pero ello,

si no es en Piscis será en Géminis, mi gallardo amigo, y para entonces, si usted me permite esgrimir el picachón en su *anacea* ó quinta de Guadalupe, espero aclarar un punto obscuro de la historia patria. Porque tengo para mí que los restos de capilla que en ese ameno cigarral existen, son la propia y auténtica fundación del canónigo D. Jerónimo de Miranda, el cual la inauguró y bendijo el 11 de Junio de 1612, dedicándola á San Julián, y creo que nuestro doctor Pisa, peritísimo historiador de Toledo y diligente anticuario, claudicó al asentar que la tal fundación es el santuario de Nuestra Señora de la Bastida». Y por aquí seguía.

A Guerra no le interesaba gran cosa que el grave punto se dilucidara, ni tenía malditas ganas de ver por allí al erudito prebendado con su picachón y su arqueología; pero agradeció el obsequio y recibió mucho gusto de la visita de Ildefonso, á quien retuvo allí todo el día, después de preguntarle con grandísimo interés por la familia, y de oirle sus prolijas referencias. De la alegría del travieso chico, al verse en pleno y libre campo, participaba el dueño del cigarral, que era feliz viéndole saltar y correr, tirando piedras á los lagartos, discurriendo mil ingenios mortíferos para apoderarse de los gorriones, á los cuales igualaba en ligereza y prontitud. No le consentía Guerra que mortificase á los animales, y procuraba imbuirle el culto de la Naturaleza, enseñándole á gozarla sin destruir nada de lo que en ella existe. Cada vez que Ildefonso veía saltar un conejo entre las matas del monte, brincaba como un saltimbanquis, y si hubiera tenido allí cien ametralladoras,

habríalas disparado á un tiempo contra el pobre animal. Corría tras de las cabras, queriendo trepar como ellas; á los cerdos les hizo andar á un paso más vivo del que acostumbran, y las gallinas no tuvieron paz mientras el inquieto monago estuvo allí. Hizo provisión de varas para apalear troncos, piedras, y en último caso á sí propio, y la burra en que Cornejo iba á la ciudad pasó la pena negra aquella tarde, porque el chiquillo se montó en ella y la hizo dar tantas vueltas, que al pobre animal le faltó poco para pedir la palabra, como la de Balaán. Por fin, después de darle merienda, Guerra le despidió, invitándole á volver otro día.

Fué acompañándole hasta más allá de la finca, y largo rato siguió con la vista sus cabriolas y brincos por la cuesta abajo. En esto observó que por la misma empinada pendiente subía un hombre cansado y viejo, el cual cojeaba y á cada instante se detenía para tomar aliento. Aguardó á que subiera más para reconocerle, y... ¡oh sorpresa! era D. Pito en persona.

II

Lo mismo fué verle el capitán que reanimarse, y de su alegría sacó fuerzas para vencer lo que le restaba de la cuesta. Al llegar junto á su amigo, dejóse caer en un peñón, y poco menos que llorando, dijo: «D. Angel, yo creí que no llegaba. Vengo á que usted me recoja. ¿No me dijo que me recogería? Aquí me tiene medio muerto de cansancio, de hambre, de frio, de sed. Ya estaba decidido, decididísimo, señor don Angel, á echarme de remojo en el Tajo... cuando me

acordé de usted, y dije, «me recogerá, tendrá lástima de este veterano de la mar». Porque ha de saber usted que me echaron, me despidieron, me despacharon para Madrid, consignado á *Naturaleza*, y yo me fuí, digo, no me fuí, me quedé. ¡Qué nochecita! Un viento entablado del Norte que le helaba á usted las intenciones... Total, que en preparar el estómago para el viaje se me pasó el tiempo; el tren dió *avante toda*, y yo me quedé; y en arrancharme se me han pasado tres días, vira para aquí, vira para allá, barajando las calles, y tomando nota de los establecimientos. ¿Qué había de hacer? No puede uno remediarlo. Cátalo aquí, cátalo allá, se me acabó el dinero que me dieron para el viaje; pero como mi dignidad de capitán de derrota me prohibía humillarme, no quise volver de arribada á casa de Simón, y... lo que digo, tres días y tres noches sin ver catre ni comida caliente, es á saber, de la que se hace con fuego natural. Descabezaba un sueñecico por la mañana en los conventos de monjas; por la noche otro sueñecico en los bancos de cualquier plazuela. Hasta que dije: «Ya no más. Que me tiro al agua, que me tiro... Á la una, á las dos...» Pero ¿qué resulta, Carando? que cuando uno se quiere tirar se queda quieto, porque no sabe lo que hay á sotavento. Total, que preguntando me he venido á este *tabacal*, donde usted hará conmigo lo que guste. ¿Me recoge? Pues aquí me quedo. ¿No me recoge? Pues me tiro, y ahí te quedas, mundo amargo.

—Ya lo creo; sí, le recojo á usted—dijo Angel, llevándole hacia la casa.—Lo malo, amigo D. Pito, es que aquí no tenemos bebidas alcohólicas... ¡Ah! sí, puede que Cornejo tenga anís... Veremos.

Y como le pidiera más explicaciones de su disgusto con los Babeles, añadió el capitán:

—Desde que Simón está colocado, no se les puede aguantar. Tomaron casa, allá junto al palacio grande, y Arístides llegó de Madrid para vivir con ellos. Ya me calo yo por qué no me quieren á su lado. Soy perro viejo, y á mí no me la dan. Es el caso que... (*parándose*) ahora están con el toque de casar á Dulce con el primo ese, un tal Casiano, que se viste como en las comedias, y es un pedazo de bárbaro... pero en fin, parece que tiene trigo y el hombre quiere embarbetarse con la chica. Simón y Catalina entusiasmados; como que no miran más que al vil interés. Y les trae sorbidos los sesos un curángano, amigo y pariente del primo, que le llaman Juanito Casado, del cual dicen que es gran tiólogo y arreglador de vidas ajenas. Yo no sé sino que apostó á feo con Satanás y le ganó. Pues entre todos están preparando el pastel. Pero como yo me caso con el vil metal, y con todos los curas feos ó bonitos, y como veo y toco que á mi sobrina no le peta ese avestruz, no quiero hacerles la jugada, y Simón y Catalina, para que yo no les estorbe, me han ajustado la cuenta y me han desenrolado.

No sólo no le parecía mal á Guerra que los padres de Dulce quisieran casarla con el primo Casiano, sino que aplaudía el proyecto, teniéndolo por la más juiciosa idea que en cerebros babélicos había nacido desde la creación del mundo. Así se lo dijo á D. Pito, el cual, sin cuidarse para nada ya de su sobrina, no pensaba más que en disfrutar del hermoso ambiente campesino y en contemplar el grandioso paisaje que

desde los altos á donde habían llegado se dominaba. «Vea usted, esto me gusta, esto sí que es hermoso, Carando, porque si bien es cierto que no se ve nada de la charca salobre... no sé... qué sé yo... el fresco este parece que le dice á uno: «Vengo empapado en la mar, y ahí te la meto por las narices». (*Extendiendo la mano.*) Nordeste, un poquito tirado al Este. ¿Ve aquel paredón de neblina que se ve por allí, detrás de la ciudad? Pues ahí viene más viento, y mañana, ó fallan mis papeles, ó Sudoeste que te quiero ver».

Anochecía cuando llegaron á la casa, y Guerra dió órdenes para aprontar la cena, porque los bostezos del pobre navegante, en los cuales parecía dar dentelladas á la piel amarilla que cercaba su rostro, revelaban que su apetito debía de ser ya hambre de naufragio. Cenaron, y afortunadamente Cornejo tenía un poco de anís, que sirvió de grandísimo consuelo al huésped.

—Vamos á ver—díjole Guerra,—ya que aquí no puede usted ver la mar, ¿le serviría de distracción la pesca de río?

—Al pasar he visto que hay pescadores, sí señor, con más paciencia que los que esperan á que San Juan baje el dedo. ¡Y qué turbio viene el río y qué ruido mete! Pescaremos, si me traen aparejos. También he visto que hay una barca que parece una caja de pastillas para la tos, y trae pasaje para esta parte de acá... Diga usted, ¿no podríamos coger la barca, y dejarnos ir al garete hasta llegar á Lisboa? Y de allí... una vueltecita por la mar, y luego, orza para adentro y á dormir al cigarral.

El desgraciado marino parecía feliz, y al beber el último trago, después de la cena, se acostó en la cama que le improvisó Jusepa con un jergón de paja y dos mantas. No necesitaba más, y aquel primitivo acomodo cuadraba mejor á sus gustos y á sus hábitos que el avío de un lecho de lujo con finas holandas y colchones de muelles. Se quitaba tres prendas nada más: el sombrero, el collarín de piel y las botas, y liándose en una manta, como si con su persona quisiera hacer un cigarro, ya estaba arreglado el hombre, pues de un tirón la dormía, arrullándose con la serenata de sus propios ronquidos.

Únicamente para visitar á su amiga, abandonaba Guerra las soledades de Guadalupe, lo que ocurría tan sólo dos veces por semana, por no permitirlo con más frecuencia las reglas de la Congregación. Del cigarral al puente tardaba cuarenta minutos, y mucho menos del puente á la Judería y casa provisional del Socorro, la cual era de vecindad, vulgarísima, colindante con las ruinas del que fué palacio del marqués de Villena y después de Benavente, á dos pasos de la Sinagoga del Tránsito y del Asilo de pobres de San Juan de Dios. Ni dentro ni fuera ofrecía cosa alguna que hablase á la imaginación del artista, como es corriente en todo edificio toledano. En la improvisada capilla, así como en el locutorio ó sala de recibir, únicas piezas que Angel conocía, todo era vulgar, pobrísimo y sin ninguna especie de arte. Los muebles, casi todos adquiridos de limosna, distinguíanse por su chabacana variedad. Cuadra blanqueada parecía la capilla, con su altar de gusto francés de cargazón, y un confesonario vetusto, procedente quizás

de alguna iglesia en ruinas. En el mueblaje del locutorio había banquetas altas que debieron de pertenecer á un escritorio de casa de comercio, y otras enanas que sin duda fueron de una escuela de niños, un sofá de Vitoria, y por decoración tres estampas: San José, Pío IX y León XIII; el suelo de baldosín, sin más reparo del frío que una angosta estera delante del sofá. La famosa y popular Congregación, fundada en Madrid treinta años ha para asistir enfermos á domicilio, instalóse en Toledo poco antes de los sucesos que aquí se refieren; pero aún no tenía casa propia. Establecidas provisionalmente en una de alquiler, esperaban las hermanas tener pronto edificio suyo y nuevo, contando con la generosidad de personas ricas del vecindario. Hallábanse ya organizadas conforme á las reglas de su instituto, con los tres grados de religión, á saber: profesas, novicias y postulantas. En la categoría de novicias estaba Leré.

La primera vez que Guerra visitó á su amiga en aquella temporada, causóle extrañeza verla de hábito, y no ciertamente porque el vestido religioso la desfigurase, robando encantos á su persona, sino quizás por todo lo contrario. Pronto se acostumbraron sus ojos á tal transformación, y llegó á creer que nunca había visto á Leré de otro modo; tan bien encajaban en su figura la falda de estameña negra con muchos pliegues, la manga perdida y el estrecho manguito cubriendo el brazo hasta la muñeca; la cerrada toca, que se prolongaba hasta mitad del pecho formando como una muceta, sobre la cual no llevaba aún rosario por no ser profesa; la negra esclavina sobre los hombros, y en la cabeza el velo blanco; los

dos rosarios pendientes de la cintura, el uno llamado la *Corona*, con catorce dieces divididos por medallas; el otro, como insignia ó distintivo de la Congregación, terminado en crucifijo de bronce.

El bailoteo de los ojos se destacaba y lucía más, sin duda por no verse de la cara más que el palmito puro, recortado por la holanda, sin nada de pelo y muy poco de la frente. Acompañábala en las visitas una hermana profesa llamada Sor Expectación, cuarentona, de rostro blanquísimo y facciones bozales, resultando un contraste muy extraño entre la fealdad etiópica y la blancura alabastrina. Sus ojos parecían cuentas de bruñida pizarra. Mostrábase la hermana muy afable con Guerra, que era ya, dicho sea de paso, uno de los protectores más generosos del naciente instituto. La conversación solía versar sobre las dificultades con que tropezaba el Socorro para establecerse en Toledo, y entre col y col se deslizaban apreciaciones morales y místicas. Sor Expectación, á pesar de su mayor categoría ante la novicia, dejábala hablar sin meter baza, y la oía con atención cariñosa, cual si viera en ella uno de esos discípulos precoces que hacen callar á los maestros. El tono empleado por los tres era familiar, á veces mundano, y Angel se maravillaba de que el hábito no hubiese alterado la naturalidad graciosa de Leré, la cual no creía sin duda que la santidad excluye el mirar cara á cara y el reirse con decencia, siempre que haya motivo para ello. La única restricción era que no se le podía dar la mano.

La primera ó la segunda tarde de visita (no hay seguridad en la fecha), se sintió el madrileño ante su

amiga invadido de una tristeza que le abrumaba. Veíala dotada de hermosura celestial y vaporosa, que, á poco que sobre ella actuara la imaginación, se condensaría en belleza tangible y humana, y como al propio tiempo la veía del lado allá del abismo cavado por los votos y la observancia reglar, tuvo el pícaro antojo de echarle un lazo para atraparla y traérsela á la orilla en que él estaba. Empleó los argumentos del padre Mancebo, que eran los más fáciles de manejar, y Leré se defendió primero con timideza y en tono festivo; mas poco á poco fué entrando en calor, hasta concluir con una parábola tan ingeniosa como persuasiva y elocuente.

—Mientras usted y mi tío no vean la vida como la veo yo, no comprenderán el ningún efecto que me hacen esas razones. Los trabajos, las penas y enfermedades, mírolas yo como pruebas de las cuales no debemos huir, porque ellas nos son enviadas para templar nuestra alma y hacerla resistente. Los que no son probados en esa tienta, no sirven para la vida alta. Los que aceptan las pruebas y se mantienen firmes y derechos, esos sirven. ¿Ha visto usted la Fábrica de espadas? Yo la vi siendo muy niña, y observé una cosa que no se me ha olvidado nunca. Un obrero de mucha práctica coge las varas de acero, las mete en el fuego, y cuando están al rojo las va examinando. Algunas, sin que se sepa la causa, presentan unas grietecillas ó no se que... El obrero no hace más que mirarlas, y dice: «ésta no sirve», y la arroja en un montón. Aquellos pedazos de hierro no sirven para espadas, y se aprovechan para hacer asadores. Pues eso digo de las personas que no saben

templarse: no valen para espadas; asadores serán toda su vida. Los que cuando ven el mal encima claman atribulados al cielo, como si Dios tuviera la obligación de conservarles la dicha y la salud, no tienen temple, no valen. Serán acero fino los que resisten, los que alaban la mano que les baquetea sobre el yunque, los que cuando se ven pobres, perseguidos, enfermos, calumniados, dicen: «venga más».

Sor Expectación asentía risueña, con su poquitín de orgullo, y Guerra no encontraba fácilmente en su magín la contestación adecuada á tal manera de discurrir.

—Por consiguiente, no se asuste usted de que yo me quede triste, pero tranquila, cuando alguien viene y me dice: «El tío Paco sigue mal de la vista y se quedará ciego... La tía Justina no puede con tanto trabajo... ¿Qué va á ser de esos pobres niños?» Y ya le estoy oyendo decir á usted: «¡Pero qué cruel y qué mala es esta mujer, que ve impasible tantas desdichas!» Es que para mí la mayor de las desgracias consiste en no recibir esos regalitos del cielo que llamamos adversidad, miseria, muerte; es que para mí los que revientan de salud y de bienestar son los más dignos de lástima; es que para mí las calamidades representan una forma de bendición ó gracia, y cuando la calamidad es sufrida con paciencia y humildad, viene á ser la ejecutoria de que servimos, sí, de que servimos para algo más que para comer y cargarnos de ropa. Y no me saquen la consecuencia de que si mi tío pierde la vista, yo me alegraré. No es eso; yo no me alegro: lo siento, porque el mal ajeno me afecta y me duele más que el propio. Si el mal fuera mío

me agradaría sufrirlo; pero siendo ajeno no tengo derecho más que á mirarlo con piedad, deseando que el prójimo lo acepte como lo aceptaría yo... Ya, y le veo á usted venir... aguarde un poco. Va usted á preguntarme si no debo hacer algo para evitarlo. Si remediarlo pudiera, tomándolo para mí, lo haría; pero el remedio que me proponen es sumamente chistoso. ¿Qué se le ocurre á mi tío como infalible talismán para conservar la vista? Pues nada, friolera; que yo me case. En renunciando yo á la vida religiosa y en metiéndome á casada ¡pin! se acabó la ceguera, y *tutti contenti*. ¿Cómo quiere usted que no me eche á reir, don Angel? *(Anticipándose á las razones de Guerra.)* Ya, ya sé lo que me va usted á decir: que la ceguera no es un argumento directo contra mi vocación; que se teme perder la vista, porque la familia quedaría desamparada, y que para evitar este desamparo de la familia, urge que yo dé el *sí* á Pepito Illán ó á otro que tenga cuartos. Pero, D. Angel, ¿es posible que de cabezas bien organizadas salgan razones tan sin substancia? Lo que pretenden es que yo abandone el camino por que me llama Dios, y tome otro que me repugna. ¿Para qué? para evitar la pobreza de mis sobrinos, ¡la pobreza el signo visible de pertenecer á Cristo! ¡el *eres mío* con que nos marca en la frente! Aquí sí que me explayo á mis anchas, y aunque usted me llame lo que quiera, digo y repito que no me importa nada que mis sobrinitos sean pobres. Si Dios les destina á mejorar de suerte en el mundo, porque así les convenga, Él les abrirá camino. ¡Pero buscar el remedio de su pobreza en el arreglito de una tía casada y un tío rico, que no se sabe aún si querrían pro·

tegerles...! Vamos, ríase usted, hombre, ríase de esta manera de discurrir. El mal, el verdadero mal es el pecado. Cualquier sacrificio es poco para apartar á un alma de la condenación eterna. ¡Pero la pobreza, mirar como mal la carencia de medios de Fortuna! Fíjese usted un poco, remonte la vista, considere la vida desde un poquito alto, y verá que el accidente del tener ó el no tener, colocado entre el nacer y el morir, significa bien poco. ¡Si no muriera el rico, si su riqueza le asegurara un puesto preferente en la otra vida..! ¡Pero si muere como el mendigo, y tan polvo es el uno como el otro! Y fíjese usted en la brevedad de la vida, en esta jornada que hacemos acompañados por la muerte, que nos lleva de la mano, pronta á darnos la zancadilla. ¿Qué diferencia esencial hay entre recibir de un administrador ó del habilitado el pedazo de pan y tener que pedírselo al primero que pasa? Cuestión de formalidades, que en el fondo no son más que soberbia... ¡Que Justina tenga que mendigar! ¿Y qué? Es lo único que le falta para ser santa. De lismosna vivimos nosotras. ¡Que los chicos no podrán seguir una carrera! ¿Y qué significa esto de las carreras? ¿Ser abogado para enredar á media humanidad, ser médico ó militar para matar gente con píldoras ó con balas? Ni las carreras, ni los oficios representan nada... ¿Me quiere usted decir si cuando un hombre se presenta delante del que juzga á los vivos y á los muertos, le van á pedir algún título académico ó la papeleta de exámenes? Ya, ya sé lo que va usted á contestarme. Que con mis ideas, bonita estaría la civilización. Pero si yo no tengo nada que ver con la civilización, ni me importa, ni hablo contra ella. Ya sé

que siempre ha de haber ricos, y convendrá quizás que los haya; pero cada cual tiene su gusto, y á mí, si me dan á escoger, me quedo con la pobreza. No poseo nada ni quiero poseer nada. La propiedad me quema las manos, y la idea de *mío* me la borro, me la suprimo de la mente, porque esa idea, créame usted, suele ocupar mucho espacio y no deja lugar á otras, que nos convienen más. Yo digo: habrá algo que sea de alguien; pero mío, perteneciente á mí, bien segura estoy de que nada existe. Sólo Dios es dueño de todas las cosas. Á Él pertenezco y nada me pertenece.

III

Salía Guerra de allí con la cabeza medio trastornada, porque las ideas expuestas con tanto donaire y sencillez por su amiga le seducían y cautivaban sin meterse á examinarlas con auxilio de la razón. Había llegado Leré á ejercer sobre él un dominio tan avasallador, se revestía de tal prestigio y autoridad, que llegó á representársele como la primer persona de la humanidad, como un ser superior, excepcional, investido de cualidades y atributos negados al común de los mortales; y cediendo á una ley de gravitación moral, sentíase atraído á la órbita de ella, llamado á seguirla y á imitarla.

Recordando en la soledad campestre las expresiones de su amiga, las comentaba, las desentrañaba, y de ellas partía buscando hacia arriba alguna síntesis suprema, ó hacia abajo aplicaciones á la vida general. La semana entera se la llevó tratando de digerir

aquel refinado misticismo, que un año antes le habría parecido absolutamente indigesto. Lo que más sentía era que todas las visitas semanales no fueran igualmente afortunadas, porque en algunas creeríase que el Demonio lo enredaba, llevando á otras personas que hacían difícil la comunicación inmediata con Leré. Como para las visitas se designaban días de la semana, no pocas veces reuníase tal caterva de señoras y caballeros, que era cosa de salir renegando. Una de las tardes más desgraciadas fué aquella en que, á poco de entrar Guerra, vió penetrar en la sala la respetable trinidad de D. Suero, doña Mayor y Mariquita Fernanda, no tardando en agravarse la situación con la llegada de la superiora, Madre Victoria de la Cruz, y de otras dos monjas más. Generalizada la conversación, D. Suero se puso insoportable ponderando los beneficios que iba á reportar Toledo de personas tan ilustradas como las hermanitas del Socorro. Burla burlando, echó unas puntaditas á las Órdenes de clausura, que no responden á los fines de la vida moderna y de la ilustración, porque aun en el ramo de almíbares y huevos hilados, ahí están las confiterías, que son una industria y ayudan al sostenimiento de las cargas del Estado. Doña Mayor y la superiora picotearon bastante, y María Fernanda pidió explicaciones á la novicia de ciertas laborcillas de gancho que hacía con gran primor, y después hablaron de las señoras de Rojas, sintiendo mucho que se hubieran muerto, ¡pobrecitas! y la tarde fué para Angel desabrida, larga y tediosa.

A veces solía llevar á D. Tomé, con intención de echárselo á las demás visitas al modo de quite, para

que le dejaran libre á Leré; pero las escasas facultades sociales y de palabra del autor del *Epítome* inutilizaban casi siempre su plan.

En cambio las tardes felices, aquellas en que se encontraba solo con la novicia y la hermana blanca, que parecía la estatua de una negra bozal esculpida en alabastro, con las pestañas blancas y los ojos de pizarra, Angel se consideraba dichoso; y si la conversación no recaía desde el primer instante en cosas supremas, él la llevaba por las vías y zonas más altas. Fácilmente seguía la imaginación alada de Leré los vuelos de su amigo, y apreciaba con brío mental y convicción fortísima la humana existencia, dejando muy mal parado el mundo, por el suelo sus afanes y vanidades, y resueltamente establecido el principio de que fuera del fin de salvarse, no hay ningún fin humano que no sea una gran necedad.

Hay que advertir que un entusiasmo semejante, aunque no tan vivo, al que había sabido inspirar á su antiguo señor, despertaba Leré en la comunidad, pues todas las hermanas veían en ella una mujer excepcional. Las cautivaba precisamente con su modestia y su deseo de anularse; con querer ser siempre la primera en la faena, la última en el descanso; con no aventurar jamás un deseo dentro de las prácticas de la Congregación, como no fuera el de la absoluta obediencia; con ser la enfermera más valerosa, la más diligente ama de gobierno, la más callada, la más sufrida, la más serena de espíritu; y en fin, concluía de ganar los corazones con su entendimiento soberano, pues si rompía el silencio, porque se solicitaba su opinión sobre algún punto espiritual ó de la vida

ordinaria, siempre salían de sus labios palabras de deslumbrador sentido, conceptos sobre cuya exactitud y verdad no podía caber ninguna duda.

Algunas tardes volvía Guerra á Guadalupe en ese estado que los místicos llaman de edificación: bullían en su mente planes y proyectos que no era más que las ideas de una mujer queriendo tomar en la mente del varón forma activa y plasmante. Lo que Leré pensaba, debía llevarlo él al terreno de la acción. La iniciativa ó el germen de esta acción partía de su amiga, encarnándose luego en la mente de él y revistiéndose de la substancia de cosa práctica y real. Trocados los organismos, á Leré correspondía la obra paterna, y á Guerra la gestación pasiva y laboriosa. El proyecto de fundación sería Leré reproducida en la realidad, idea de la cual apenas se daba cuenta Angel, mientras fué nebulosa, pero que á medida que se condensaba, íbale absorbiendo y ocupándole todo. Fundar, sí, fundar; ¿pero qué, cómo, en qué forma? Sólo sabía que era forzosa la fundación; mas no acertaba con los términos precisos del ser que se estaba formando en su caletre.

¡Qué noches aquellas del cigarral, dignas de que las pintase quien supiese hacerlo! Cornejo encendía con el ramaje de la poda una gran lumbre, junto á la cual se congregaban el amo, el guarda, Jusepa, don Pito y el pastor, de quien no se ha dicho nada todavía. Llamábase Tirso, y era un hombre enteramente primitivo, de una tosquedad casi salvaje, hirsuto y mal barbado, vestido con calzón de correal, abarcas de cuero, un chaquetón de raja parda sin forma ni color y que parecía compuesto de pedazos de yesca, mon-

tera de pellejo rapada ya por el uso. Su cara era un revoltijo de arrugas y polvo, en medio del cual lucían los ojos sagaces, despiertos, como dos ascuas chiquitinas que habían caído por casualidad en aquella masa reseca, y la iban á incendiar cuando menos se pensase.

Tirso no tenía edad, es decir, no era fácil echarle la filiación. No sabía cómo se llamaba. «¿Tirso qué?» le preguntaba su amo, y él se encogía de hombros. Pasaba por tonto en aquellas tierras, y también por gracioso; excelente guardador de cabras, pues res que se le confiaba, no era fácil que se perdiese. No había estado en Toledo más que dos ó tres veces en su vida, ni conocía más mundo que el que se extiende desde el puente de San Martín hasta la sierra de Nambroca, entre los ríos Guadajaroz y Algodor. Hablaba un lenguaje corto y de escasísimo vocabulario, lleno de desusados idiotismos, que sonaban á lengua fenecida. No se había lavado nunca ni siquiera la cara. No entendía la hora en la muestra de un reloj; pero en cambio la leía con exactitud en el curso del sol, y por la noche la deletreaba en el libro de las estrellas. No sabía lo que es café, y el chocolate lo había probado una sola vez en su vida. Llamaba de tú ó de vos á todo el mundo, menos al amo, á quien se dirigía siempre en tercera persona, pues el usted no acababa de articularse en sus torpes labios. Desde las alturas donde pastoreaba había visto pasar el tren; pero nunca se dió cuenta clara de lo que aquello era. El sentido moral parecía muy embrionario en él; en cambio no le faltaba el sentido jurídico, y las ideas de tuyo y mío brillaban claras en su mente. Tan pronto se hacía

notar por su barbarie como por su agudeza, y era algo médico, algo astrónomo y también algo poeta.

A D. Pito le cayó muy en gracia, y se partía de risa oyéndole hablar, entendiérale ó no, pues comúnmente el marino se quedaba en ayunas de las expresiones de aquel solitario de tierra adentro, y tenía que recurrir á Cornejo para que le tradujera frases como ésta: «si fuérdes al monte topárdes lliebres, magüer que en cría», que sonaban á castellano *en cría*. Poco á poco se fué haciendo el oído del navegante á la fabla del rústico, y no tardaron en amigarse. Por las noches, al amor de los tizones, se enredaban en graciosas parlamentas, no teniendo poca parte en la intimidad el uso del alcohol, pues D. Pito, que por la generosidad del amo disfrutaba ración bastante de sus brebajes favoritos, convidaba al pastor á catarlos, y el bruto aquel se relamía de gusto cada vez que empinaba el codo. Esto y salir á tirar algunos tiros era su mayor delicia, en lo cual se confirmaba la observación de que lo primero que el salvaje acepta de las razas civilizadas es la pólvora y el aguardiente.

Acompañábale D. Pito en sus excursiones pastoriles, y no le llamaba por su nombre, sino que desde el primer día le aplicó otro muy enrevesado, que los demás rara vez acertaban á pronunciar al derecho. «Este demonio de zagal—decía el marino á Guerra—es el vivo retrato, fuera del color, de un cacique de negros que conocí en la costa de África, el cual nos traía la esclavitud en cuerdas de veinte, veinticinco hombres. Á pesar de la diferencia de razas, aquel bárbaro y éste se parecen como dos gotas de agua, en la manera de mirar y en el aire del cuerpo, y siempre

que hablo con Tirso, me parece que tengo delante al amigo *Tatabuquenque*».

A poco de tratarse y de vagar juntos por sendas y barrancas, seguidos de Cachopo, el perro del cigarral, Tirso respondía al endiablado nombre de Tatabuquenque. Por cierto que cuando D. Pito aparecía entre las rocas ó por entre las ramas de un matorral, con el collarín de pelo amarillo, el hongo aplastado, la cara de corcho, debía de parecer fiera que en la aspereza de aquellos montes tenía su caverna, y que salía en busca de alguna res para echarle la zarpa y comérsela, y lo mismo pensarían de él sin duda los conejos y las aves que desde lejos le miraban, poniéndose en salvo con más miedo del hombre que de la escopeta. Porque se ha de decir que era tan mal tirador D. Pito, que de cada cinco disparos no acertaba ninguno, y como no saliera Cornejo en su ayuda, la caza concluiría por perderle todo respeto.

A Guerra le entretenía oirles charlar por las noches, junto á los tizones encendidos. Contaba D. Pito sus aventuras de mar, que escuchaban con la boca abierta Tatabuquenque, Cornejo, Jusepa y el mismo Angel. Oiríais allí cómo afronta un vapor las mares hinchadas, poniéndoles la proa y cortándolas sin miedo; cómo barren las furiosas olas la cubierta, entrando por la amura y llevándose botes, jaulas de ganado, hombres si puede, y reventando algún mamparo, ó la lucerna de la cámara; cómo en noches de espesa niebla se arruga el corazón de todo mareante, que ignorando dónde se halla, teme por momentos estrellarse contra invisibles rocas, ó darse de trompadas con otro buque; cómo se avisan con el triste sonido de silbatos y sire-

nas que llenan el aire denso de tristeza y pavor; cómo impensadamente sobreviene el temido choque, y en un punto las dos naves dan el topetazo una contra otra, rompiéndose cual si fueran de vidrio; cómo en fin, el agua se precipita en las cámaras y bodegas en catarata hirviente, y salen todos despavoridos, buscando la salvación sin encontrarla, hasta que se hunden por aquellas aguas abajo, y perecen comidos de peces voraces que se los meriendan en un decir Jesús. Oiríais también relatos asombrosos de países lejanos y ardientes, donde todas las personas son negras y andan en cueros vivos, buscando algún cristiano que aparezca por allí para asarlo y comérselo; ó de pueblos de refinada civilización, donde andan los trenes por las calles como aquí los perros, y hay los más soberbios establecimientos de bebida que se pueden imaginar; escucharíais, en fin, ¡me caso con San Bolondrón! la nunca oída fábula de un Túnel por debajo de ríos mayores que el Tajo, de un canal por donde saltan los barcos de una mar á otra, de vapores tan grandes como la Catedral que van llenos de gente, de ganados, de azúcar, de arroz ó de aguardiente, por aquellas aguas adelante, pim pam, dale que le das á la hélice, la cual viene á ser lo mismo que el molinillo de la chocolatera; y todo se mueve con una máquina grandona, donde está el vapor dando resoplidos, metiéndose y sacándose por unos tubos que... *(No sabiendo cómo explicarlo.)* Vamos, que se calienta el agua, y se forma el vapor, que viene á ser... ¿Veis las nubes? Pues como las nubes, un humito blanco, blanco, que tiene más fuerza que miles de caballerías, y se mete por el tubo y va al cilindro,

y, pues... empuja, vamos... sale, se condensa, vuelve á entrar... y...

Tirso. (*Comprendiendo.*) Jó, como el muérgano de la Egregia Mayor de Toleo, que va el viento y ansopla por los cañ‹›s, y ansina como sale el son en el muérgano, en aquesas mánicas descampa un golpe de adre que arrempuja...

Jusepa. ¡Válgame Dios, que trenes los de la mar! Uyí que en no sé qué mar se fué al jondo un barco cargao de dinero, y bajaron á sacarlo unos aqueles de hombres con la cabeza metía en un botellón de vridío.

Tirso. Jó, abajaradéis vos á buscallo con san fin de dimoños; que yo ni por to el sagrario bendito me abajaba.

Cornejo. (*Dándose importancia.*) Animales, esos que bajan son los buzos, que tién vestimenta de fierro como la que sacan los guerreros en la procesión del Viernes Santo, y un dispejo por delante de la cara, pa ver mismamente dentro de la mósfera del agua.

Don Pito. Exactamente, así es.

Tirso. ¿Y no uyísteis lo que mos contó el estordiante D. Pelayo, fijo de nuestramo de antes D. Juárez? Pos contó que hubían unos barcos grandes, grandes, con jierro por alante, y dencima cañones del gordo como de cuatro güeyes, y en ca tiro, jó que te estriego, medio mundo patas arriba.

Don Pito. Esos son los acorazados, sí, tremenda artillería. (*Enfática descripción de la marina militar.*)

Jusepa. Anda, ¿y busté hay estado con su barca en tantísimas ciudades y puebros?

Don Pito. No acertaré á contarlos. Liverpool, Hamburgo y Amberes en el Norte; Nápoles, Trieste y Marsella en el Mediterráneo; Singapore, Macao y Manila en Oriente; toda América desde Montreal á Buenos Aires por Occidente; la Mar Caribe de punta á punta muchas veces, y en África hasta cerca del Cabo.

Tirso. ¡Jó, qué correríos tié el hi de pucha!

Jusepa. Diga, ¿y no allegó á Roma?

Cornejo. (*Ganoso de contar sus empresas militares.*) No seas bestia. Si Roma no es puerto de mar. Allí estuvimos con el general Córdoba, cuando Pío IX nos echó la bendición.

Tirso. Roma es onde mora el crergo mayor de tos los crergos, que le llaman Su Santísimo Papa.

La conversación se animaba hasta el entusiasmo cuando recaía en asunto de toros. Cornejo, que había vivido algún tiempo en las dehesas del Duque, se las echaba de inteligente, narrando mil peripecias dramáticas y lances tremebundos. A Jusepa se le encandilaban los ojos, y aunque sólo había visto dos medias corridas en la plaza de Toledo, su imaginación se inflamaba con el relato de las lides tauromacas, cual montón de hojarasca reseca en la cual arrojan una tea encendida. El montaraz Tirso, que jamás presenció corrida en forma, y apenas conocía los toros más que de verlos sueltos y libres en la ganadería, contó que una vez, hallándose en medio de las fieras, vió dos que reñían, y el vaquero les tiraba piedras, y él tuvo tal miedo que le entró una *correncia*, única enfermedad que tuvo en su vida. El capitán refirió las diversas funciones que en Cádiz, en la

Habana y en Madrid había visto, y entre las verdades colaba de matute mentiras muy gordas, verbigracia, que en cierta corrida á que asistió en Jerez, viendo que nadie se atrevía con un Miura muy voluntarioso y de mucho sentido, bajó al redondel y lo remató con un mete y saca, que fué la admiración de los maestros. En volandas le llevaron á su casa. No hay que decir que los tertuliantes se lo creían, pues cuando aquel tema de los toros, legendario y castizo, tan grato á españoles de raza, se introducía en la conversación, todos perdían la chaveta, lo mismo el bárbaro Tirso que la zafia Jusepa y el veterano Cornejo.

IV

No lejos del grupo que rodeaba el fuego, Guerra oía y callaba, y los vivos coloquios en que alternaba la marrullería de D. Pito con la rusticidad de los cigarraleros, lejos de molestarle en su meditación sobre cosas tan distintas de lo que allí se hablaba, servíanle como de arrullo, le llevaban el compás, si así puede decirse, marcándole el ritmo para que sus ideas se coordinaran más fácilmente. Así, cuando había una pausa en la conversación de aquellos bárbaros, la mente de Guerra se paraba, como una máquina que se entorpece, y en cuanto volvían á sonar los disparates, la mente funcionaba de nuevo. ¿Qué relación podía existir entre el pensar del amo abstraído y los conceptos de aquella infeliz gente? Ninguna en usual lógica.

Poco á poco íbale saliendo á Guerra su plan, no

completo ni sistemático, sino en miembros ó partes sueltas, las cuales eran como sillares de magnífica veta, con los cortes y el despiezo convenientes para emprender luego la composición arquitectónica.

Primera idea. Ni sombra de duda tenía ya de la excelencia y superioridad del sér de su amiga. Las doctrinas vertidas por ella revelaban inspiración del Cielo, y quizás una misión providencial confiada á tan excelsa persona. Gracias á Leré, Angel había recobrado las ideas de la infancia, la creencia en lo divino, la seguridad de que la suprema dirección del Universo reside en la voluntad misteriosa de un Ser creador y paternal, quien elije á ciertas criaturas y les imprime la divinidad en grado máximo para que descuellen entre las demás y les marquen el camino del bien. De estas almas delegadas era Leré, con quien él había tenido la dicha de encontrarse en días de crisis moral, debiéndole su regeneración, indudable victoria sobre el mal, pues sólo con mirarle y argüirle suavemente, la de los ojos bailantes había hecho de él otro hombre.

Para corresponder á tan gran beneficio, él ayudaría á Leré á derramar por el mundo la onda divina que afluía de su alma pura. Poseyendo él suficientes medios materiales para materializar los hermosos pensamientos de la inspirada joven, los emplearía sin vacilar en empresa tan meritoria y grande. Fundaría, pues, con toda su fortuna, una orden, congregación ó hermandad destinada á realizar los fines cristianos que á Leré más le agradasen. Él se encargaría de todo lo adjetivo, ella de lo substancial. La institución podía ser puramente contemplativa, si ella lo deseaba,

ó filantrópica y humanitaria con todo el carácter católico que ella quisiese darle. Si disponía que se consagrase al amparo de pobres y desvalidos, él tomaría sobre sí la obligación de buscarlos, recogerlos y conducirlos á donde recibieran el remedio de sus males. Si era cosa de cuidar enfermos, él rebuscaría en zahurdas insanas y estrechas las manifestaciones más horripilantes del mal físico. Si la santa se decidía por perseguir el mal moral, estableciendo la corrección del vicio, la enmienda de la prostitución y de la perversidad, él emprendería una leva de criminales y les llevaría, con sugestiones inspiradas por su fe, á donde hallaran de buen grado los medios de regenerarse.

Parte esencial de este plan era que él, estimándose el primero entre los desgraciados, entre los enfermos y entre los criminales, se consideraba ya número uno de los asilados, cofrades, hermanos ó lo que fuesen, sin que esto le quitase su carácter de fundador, ni le eximiese de la obligación de disponer todo lo material y externo.

Segunda idea. Al consagrarse con alma y vida á la realización de las doctrinas Lereanas, se desligaría en absoluto del mundo, y de toda relación que no fuera las que entablaba con su celestial amiga y maestra.

Ruptura completa con todo el organismo social y con la huera y presuntuosa burguesía que lo dirige. Equivalía semejante determinación á quitarse un duro grillete, y al propio tiempo, reconociendo los garrafales defectos del organismo social, se inhibía en absoluto de toda competencia para reformarlo.

Proscripción completa de la política. Que la sociedad se arreglase como quisiera y como pudiera. Ya no tendría con ella más conexiones que las indispensables para recoger en su seno corrompido las miserias que reclaman socorro. Ninguna idea política ni social tenía ya valor para él; ni pensaba, como antes, en mudanzas ó refundiciones de los poderes públicos y de la propiedad. Cualquiera concreción que trajese el porvenir, ya fuese la democracia rabiosa ó el absolutismo de látigo, le tenían sin cuidado, con tal que el legislador futuro no metiese la hoz en las nuevas florescencias del espíritu religioso. Y si las segaba, Leré dispondría. Era, pues, como esposa mística, que en el orden supremo de un matrimonio ideal llevaba el gobierno moral de la familia. Su saber omnímodo daría solución á todos los problemas que se presentasen.

Tercera idea. En cuanto á prácticas religiosas, aunque por la influencia de Leré había recobrado los sentimientos de la infancia, las ideas primordiales del Dios único y misericordioso, y de la inmortalidad del alma; aunque la estética del catolicismo le cautivaba cada día más, y tenía la moral cristiana por irremplazable, encontraba en el organismo de la Iglesia formalidades que, á su parecer, exigían modificación. Sin embargo de estos escrúpulos, lo aceptaba todo tal como lo hemos heredado de las anteriores generaciones católicas, por ser Leré católica ferviente. Amortiguaba el madrileño sus dudas pensando que, al recibir la excelsa joven la misión de desbrozar nuevamente los caminos del bien y la verdad, se creyó *arriba* que esta misión se cumpliría

mejor dentro del catolicismo que dentro de otra creencia, y por esto había venido Leré al mundo con su ortodoxia exaltada y á macha martillo. En cuanto al clero, el co-fundador lo creía necesitado de un buen recorrido, cual maquinaria excelente y de larguísimo uso, que conviene desmontar y limpiar de tiempo en tiempo; pero sometía su opinión al supremo dictamen de Leré, y si ella pensaba que el personal eclesiástico debía continuar como existe, por él, que quedase. En puridad nada de lo establecido estorbaba para el grandioso plan.

Idea total ó envolvente. Desechada la creencia, en él antigua, de que sólo el mal es positivo y de que el bien no es más que una pausa ó descanso del mal, estableció y dogmatizó la doctrina Lereana de que el mal y el bien son igualmente positivos, con la diferencia de que el mal se determina en uno mismo, y el bien en los demás, es decir, que la concreción del mal es sufrirlo, y la del bien hacerlo.

Terminado el laborioso parto, levantóse y salió para refrescar su alborotada mente, desafiando el frío de la noche. Los demás seguían charlando junto al fuego, y acostumbrados á ver las bruscas salidas y movimientos del amo, no hicieron caso de él. Miró Angel las estrellas que resplandecían con vivido temblor en la concavidad sublime del cielo, y se sintió satisfecho de sí mismo como no lo había estado en todos los días de su vida. Vió en su existencia un destino grande, aunque subordinado á otro destino mayor, y comparándose con el hombre de antes no pudo menos de despreciar todo lo que fué, y de enorgullecerse por lo que era, vanagloria legítima sin

duda, no incompatible con el propósito de anularse socialmente y de llegar á ser, dentro de las categorías humanas, tan humilde y poca cosa como D. Pito y Tatabuquenque.

Volviendo á entrar en la cocina, vió á Jusepa, que se caía de sueño, abriendo la bocaza como una espuerta, y á Tirso que abandonaba la tertulia, y salía tardo y claudicante, con movimientos y desperezos que más parecían de cuadrúpedo que de hombre. Mientras el pastor se iba al pajar, D. Pito cogía la manta para meterse en la almazara, sitio que le habían designado para camarote.

Guerra notó en él los síntomas del tedio abrumador que le acometía de vez en cuando. «Animarse, don Pito, que aquí estamos muy bien, y fuera de aquí no hay más que vulgaridad llena de sinsabores, y una vida de estúpidas apariencias. ¿Echa usted de menos la mar? ¡Dichosa mar! Descuide usted, que ya tendremos mar. Por de pronto, yo me encargaré de que nada le falte. (*Mirándole los pies.*) A propósito, esas botas no son propias de un caballero cristiano. Mañana irá Cornejo á Toledo á comprarle á usted otras de lo mejor que haya.»

—Don Angel de mis entretelas (*abrazándole*), muchas gracias. Ya pensaba yo que necesitaba echar palas nuevas á la hélice; pero, amigo, como no hay... me caso con San...

—Ea, no se case usted con nadie y menos con un santo. Quedan terminantemente prohibidos los casamientos. También le traerá Cornejo un capote de monte para que se abrigue mejor y suelte ese gabán que parece la funda de un violín...

- Venga, venga el capote, y alégrate, casco viejo, que ahora tienes quien te arranche.

Como por ensalmo se le disipó el tedio, y cogiendo de las manos de Jusepa el candil de garabato, se fué á su dormitorio y á su rústico lecho, donde tan ricamente se tumbaba. Quedóse Angel en la cocina, pues no tenía sueño ni ganas de acostarse, y sin más luz que la de los tizones, contempló embebecido las singulares figuras y contornos del fuego en el ancho hogar, que lentamente se enfriaba. Los leños, hechos ceniza y conservando en ella su forma, se desmoronaban por su peso y se rompían en mil fragmentos de lumbre, con rumor como de sílabas que espiran antes de ser pronunciadas. Las figurillas variaban á cada instante, al apagarse, ahora como rostros de personas y animales, ya como ramificaciones arbóreas, y todo se iba desmenuzando en puntos luminosos que la ceniza se tragaba y el frío se bebía.

—Aún falta mucho, mucho—se dijo el solitario dando un gran suspiro, sin quitar los ojos del hogar,—para que la idea se complete y llegue á ser practicable.

Retiróse á su aposento alto, á obscuras, palpando los paramentos de la escalera, y cuando se acostó, conservaba en su retina la impresión de las ascuas moribundas. No pudo dormir ni le molestaba el insomnio. Mejor, mejor; con eso podría cavilar á sus anchas y sacar chispas de ciertos puntos opacos, golpeándolos con el eslabón del pensamiento. Aletargado al fin, trataba de convencerse con laborioso razonar de que las imágenes de Leré y Ción que delante tenia, dándose la mano, vestidas de blanco y con los

nimbos de oro en la cabeza, no eran proyección espectral de su idea sino realidad, realidad... Allí estaban las dos; pero hacían la gracia de desvanecerse en cuanto él abría los ojos. «Es particular—se decía;—hace mucho tiempo que no se me aparece el hombre aquel del cabello erizado y de la mueca de máscara griega».

V

Contento estaba el marino con sus palas nuevas en la hélice y el capote de monte, el cual le parecía casulla, porque se lo encapillaba metiendo la cabeza por la abertura del centro de la tela. Prenda era de mucho abrigo y comodidad para correrías invernales. Con ella y la gorra de nutria que le regaló Cornejo, y en la mano, bien un garrote, bien vara larga y á veces una tralla, ¡listo! *avante toda* por altozanos y barranqueras, navegando en conserva con Tatabuquenque y sus cabras .. Al rayar el día, dejaba las ociosas pajas el bueno del capitán, y al instante iba en reconocimiento de la cocina, hasta avistar á Jusepa, con la cual se abarloaba sin pérdida de tiempo, obteniendo de ella un pedazo de bacalao que chamuscaba en el primer fuego que en el hogar se encendía. Golpeando la tira de pescado seco contra una piedra para ablandarla, le metía el diente. Después tira de ginebra ó ron, y en franquía, mar afuera hasta la hora en que pasaban los garbanzos por el Meridiano, la una de la tarde.

Guerra paseaba también por la mañana, solo y sin alejarse mucho de Guadalupe, rondando por la Vir-

gen del Valle ó aproximándose á la peña del Moro, de donde se divisa el panorama de Toledo y del río en toda su imponente majestad. Tres días después de la para él memorable noche en que determinó la fundación, hubo visita, por cierto de las más venturosas, porque nadie pareció por allí; y para colmo de felicidad, sor Expectación, la negra de alabastro, después de presentarse en el locutorio con Leré, se largó con viento fresco diciendo que volvería. Solos la hermana y Guerra, éste no le mentó el rebullicio que en su cabeza traía, prefiriendo confiarle el plan ya maduro y completo, sin que faltara ningún detalle. Unicamente indicó que pronto hablarían de un asunto, religioso por más señas, que á entrambos igualmente había de interesar. Absorta y con cara de júbilo le miraba la novicia, y sus ojos inquietos despedían chispas de diferentes luces y colores, como astros de primera magnitud, ó al menos, tales le parecieron á Guerra. Embelesado ante ella, ya no se contentaba con verla bonita, sino sobrehumanamente hermosa, con hermosura que amor y respeto en igual grado le infundía, la exaltación cordial sin mezcla alguna de apetito bajo, todo puro, todo místico y de la más fina idealidad.

—Ahora comprendo—pensaba Angel comtemplándola con adoración muda;—ahora comprendo ese bailar de los ojos. Es el aleteo del Espíritu Santo, que ha hecho dentro de ellos su palomar.

La conversación versó, durante un mediano rato, sobre diversos particulares pertinentes á la Hermandad del Socorro, hasta que Leré se decidió á abordar un asunto que tratar quería con su místico amigo, asunto bastante mundano y espinoso por cierto.

—Don Angel, me va usted á dispensar que le hable de una cosa... Como es usted tan bueno y ha vuelto los ojos á Dios, ninguna verdad que se le diga le ha de disgustar. Y pues me autoriza para ser su lazarillo, ahora que empieza á ver y á curarse de la ceguera, me permitiré guiarle un poco, de lo que no me alabo, porque el dar la mano y señalar dónde hay piedra ó bache no es ningún mérito que digamos.

—Ya lo sabes: tú mandas y yo obedezco.

—No tanto. . bájese usted un poquito. Yo no mando. No faltaba más. No hago más que proponer. Vamos al caso, que es tarde. Pues señor... *(Sentándose y cruzando las manos.)* Aquí lo sabemos todo. Sin que nosotras nos ocupemos de averiguar lo que pasa de esas puertas afuera, nunca faltan bocas habladoras que vengan á traernos la cháchara del pueblo. En fin, enterada estoy de que á Toledo llegó esa señora, con toda la caterva de sus hermanos y demás familia. Además, me contó un pajarito que esa infeliz le ha cogido á usted las vueltas, en lo cual hace perfectamente, porque yo me pongo en su caso, y... vamos, que no puede desprenderse del afecto que guarda al que la quiso y vivió con ella, aunque fuera contra lo que mandan la religión y la decencia. Supe también que mi amigo, por huir de tal persecución, se plantó en el cigarral, diciendo «ahí queda eso». Los Babeles tienen ya casa propia, creo que allá por el Alcázar, y los padres de esa señora beben los vientos por endosársela á un primo de Bargas ó no sé de dónde, viudo y rico. Pero ella no está por casorios, aferrada á la malicia de su amor antiguo.

—Algo de eso supe yo también—dijo Angel.—La

misma Dulce me lo contó, y le aconsejé que no fuera tonta y se casara.

—Vamos á ver. ¿No piensa usted casarse con ella?

—¡Yo!

—¿A qué ese asombro? ¡Yo! No parece sino que usted, al pronunciar ese ¡yo! tan hueco, se considera desligado de las obligaciones que imponen la ley de Dios y la ley humana. Usted mismo me ha dicho que la tal es buena, cariñosa y fiel á toda prueba. ¿Es que usted no la quiere ya? Pues decírselo claro, aunque el golpe le resulte duro, para que dirija sus pensamientos á otros fines. O herrar ó quitar el banco. O casarse ó deshauciar.

—Pues deshaucio, hija, deshaucio. Sí yo me considero ya sin compromiso alguno. Pero ¿qué culpa tengo de que ella se obstine...?

—Cuando ella se obstina *(con malicia)* es porque se le han dado más motivos para apretar las ligaduras que para aflojarlas.

—¿Yo?

—¿Otro *yo* tenemos? *(Con penetración.)* A ver; júreme que desde que está en Toledo no ha tenido con ella ningún trato inmoral.

—No puedo jurar tal cosa respecto al trato que dices .. *(Sin vacilación en su sinceridad)*, porque lo he tenido, sí.

—¿Lo ve usted?

—¿Y cómo lo sabes?

—No lo sabía; lo sospechaba. El Demonio no pierde ripio, y estando esa mujer aquí, no había de descuidarse el muy tuno. ¿Los dos en Toledo? Pecado al canto. Tratándose de vicios antiguos, suponiendo lo

peor se acierta siempre... No, no se disculpe usted... no se necesitan explicaciones. Lo que hay que hacer es lo siguiente: *(Levantándose y acentuando sus palabras con gesto de convicción y autoridad.)* Va usted en busca de esa señora, hoy mismo, mañana mismo lo más tarde, y le dice una de estas dos cosas... piénselo con tiempo y elija... una de estas dos cosas: «Dulce, vengo á decirte que me caso contigo...» ó «Dulce, vengo á decirte que no existo ya para ti.» Nada, nada, ó atar ó desatar para siempre. *(No dejándole meter baza.)* Semejante situación de balancín entre el pecado y la honestidad es insostenible. ¿No quiere usted regenerarse, no quiere ser ferviente amigo de Cristo y realizar obras grandes, caridades aparatosas, y defender la Fe y meter mucho ruido con su cristianismo? Pues nada de esto vale de nada sin purificarse interiormente. Porque se presentará mi D. Angel ante Dios con mucha bambolla de palabras, y mucho entusiasmo, y mucho ruido, y Dios le dirá: «Límpiate primero, y cuando estés limpio, hablaremos». Fuera, pues, esa lacra, fuera. Si usted no se la quita, verá qué peso tan grande, qué estorbo para entrar en la vida espiritual. No podrá usted moverse, no podrá dar un paso... *(Con viveza impaciente.)* Pero qué, ¿será capaz de no hacer lo que le aconsejo?

—Basta, Leré, basta; no me riñas más... *(Con efusión.)* ¿Tú lo quieres, tú lo mandas? Pues se hará. No necesitas argumentarme, pues comprendo la razón y la verdad con que hablas, la profundísima sabiduría con que sentencias en este pleito. Mañana mismo me planto allá, descuida, y... lo que tú dices; una de las dos cosas. No hay que añadir que opto por la segun-

da. Sobre eso no puede haber duda. Rompimiento absoluto. Si pudiera ir un poquito más lejos, y lograra convencerla de que debe apechugar con el primo... Pero verás tú cómo se resiste. Las mujeres son el demonio...

—Gracias.

—Algunas, quiero decir.

—Pues yo creo que si usted corta las comunicaciones bien, pero bien cortadas, ¿eh?... qué sé yo, lo pensará, y andando el tiempo puede que haya boda con el de Bargas. Eso de desesperarse y tirarse por el balcón es música. Las mujeres son más reflexivas que los hombres, aprecian mejor su conveniencia, y se curan más pronto y mejor de esos arrechuchos.

—Pero tú *(con admiración)*, ¿cómo sabes eso? Tú lo sabes todo.

—No es que yo lo sepa. Me lo figuro... En fin, listo, á pagar esa cuenta del alma. Todavía le anda rondando á usted el Demonio, y hay que darle á ese perro en los hocicos, darle tan fuerte que no se atreva más con usted. ¡Triste cosa que para limpiar un hombre su conciencia tenga que dar á una pobre mujer tal trago de amargura! El mundo es así: la tristeza en el reverso de la alegría. Lo que es bonito por una cara, por otra es más feo que Judas. ¡Pobre mujer! Pero el golpe le será provechoso, como una operación de cirugía, que salva de la muerte. También ella, cuando vuelva en sí del topetazo, se purificará. Si fuera fácil casarla con ese otro, ¡qué triunfo! .. ¡Ah! ¿no sabe usted lo que se me ocurre en este momento? *(Riéndose.)* ¡Qué cosas! Pues pienso que si lo toma por su cuenta mi tío, les casa... porque hombre más

casamentero no existe en el mundo, ni otro que con más ardor tome las empresas que él llama de utilidad. ¡Vaya, que cuando quiso nada menos que casarme á mí...! El pobrecito delira por la familia, y ve los bienes que están á corta distancia de la nariz, no los que están un poquito más lejos. Le parece que si falta el puchero se acaba el mundo, y no se acuerda del pan celestial, de tanto como piensa en el de la tahona. Debe de estar incomodado conmigo, porque no viene á verme. Si va usted por allá, dígale cuánto le quiero, y que pido á Dios por todos... Estoy tranquila, porque sé que nada ha de faltarles. Me lo ha dicho... quien lo sabe. ¿Qué... se ríe usted de mi seguridad?

—¡Yo... reirme yo! Ni por pienso. Cuando tú lo dices, bien sabido te lo tendrás.

—Con que... volvamos al punto principal. Soy muy machacona, y vuelvo á decirle que no deje transcurrir el día de mañana sin dar ese paso. Cuidado. La primera vez que venga por aquí, ha de traerme la noticia de que ha ido al vado de la ruptura definitiva, ó á la puente del matrimonio. Yo no mando; no hago más que proponer.

—Llámalo como quieras. No habrá para mí mayor gusto que llevar á la realidad tus ideas. Trázame una línea recta, pero bien recta, y verás cuán decidido la sigo sin desviarme.

—Pues, amiguito, ánimo y adelante. Ya que me autoriza para señalarle el camino, sepa que aún estamos muy á los comienzos, en lo llano y fácil. Le prevengo que habrá cuestas, sí, que para un novato como usted han de ser algo penosas. Pero hay que

evitar el cansancio del caminante en las primeras jornadas. Prepararse, tomar aliento. Recto, sí, muy recto y seguro es el camino; pero verá usted qué asperezas hay más adelante, qué guijarros erizados de picos, qué malezas, qué zarzales, y sobre todo qué pendientes... Por hoy no quiero asustar al pobrecito viajero, no sea que se nos vuelva atrás.

—¿Pero qué es ello? ¿Me impondrás sacrificios, trabajos, humillaciones del amor propio? Á todo estoy dispuesto.

—Calma, calma. Ya llegaremos á las cuestas en que el más pintado se rinde. No conviene tampoco sofocarse y echar los bofes en la primera jornada. Á su tiempo maduran las uvas. No se nos malogre la cosecha por querer vendimiar temprano. Y por hoy se acabó. Rétírese, que es tarde.

Despidiéronse sin más ceremonia, y Angel salió ya casi de noche, lleno su magín de determinaciones categóricas y su voluntad del propósito de obedecer ciegamente. Esta capacidad afirmativa era un gran consuelo para su conciencia, que se recreaba en la diafanidad de sus propósitos, y en la derechura del camino que por delante tenía. Por no ser tan recto el de Guadalupe, la noche obscura y lluviosa, tardó bastante en llegar allá.

VI

Y á la siguiente tarde, pues la mañana la perdió en recibir y despachar á un emisario de D. Suero que le llevaba unas cuentas, fué en busca de la nueva casa de los Babeles; y después de preguntar en todos

los zaguanes de la Cuesta del Alcázar, dió con la caverna allá por la plazuela de Capuchinos, esquina al callejón de Esquivias, lugar de los más tristes de la ciudad. En todo el camino y brujuleo de calles no dejó de pensar en el extraño paso que daba, y si no le vino al pensamiento ni por un instante la idea de desobedecer á Leré, tampoco tuvo dudas acerca de la proposición que debía escoger entre las dos designadas por la santa. Descartado resueltamente lo del casorio, optaba por la despedida y separación absolutas, imposibilitando hasta la probabilidad de deslices ulteriores, y además determinó que, si las circunstancias se presentaban favorables á una intervención discreta para impulsar á Dulce á un buen arreglo matrimonial con otra persona, las aprovecharía con alma y vida. Todo lo llevaba muy bien estudiado y previsto, sin que faltara un poco de plan económico para asegurar á su examante los derechos pasivos, y salvarla de la prostitución en caso de que así fuera menester.

Apenas hubo empujado la roñosa puerta del zaguán para entrar en el patio, de desigual y mal barrido suelo, sin arbustos ni adorno alguno, con pilastrones de piedra, las paredes con la mitad del yeso caído, todo de lo más desamparado, pobre y sucio que en Toledo se podía ver; apenas al primer vistazo se hizo cargo de la triste localidad, le salió al encuentro la persona que buscando iba, la propia Dulce; ¡pero en qué facha, Dios poderoso, en qué actitudes! El tristísimo espectáculo que á sus ojos se ofrecía, dejó á Guerra suspenso y sin habla. Desmelenada, arrastrando una falda hecha jirones, los pies en chan-

cletas, hecha un asqueroso pingo, descompuesto y arrebatado el rostro, la mirada echando lumbre, Dulce salió por una puerta que parecía de cuadra ó cocina, y corrió hacia él echando por aquella boca los denuestos más atroces y las expresiones más groseras. Angel dudó un momento si era ella la figura lastimosa que ante sí tenía, y algún esfuerzo hubo de hacer su mente para dar crédito á los sentidos. La que fué siempre la misma delicadeza en el hablar, la que nunca profirió vocablo indecente, habíase trocado en soez arpia ó en furia insolente de las calles. La risilla de imbecilidad desvergonzada que soltó al ver á su amante, puso á éste los pelos de punta.

—Hola, canallita... ¿qué... crees que te quiero?—gritó Dulce agitando las manos á la altura de los ojos de él.—Ya no, ya no... Me caso con tu madre, y maldita sea tu alma... ¡yema! ¡Qué feo eres, qué horrorcso te has puesto, jé, jé, con la beati... con la beatitud...! Carando, lárgate de aquí. No sé á quién buscas... no sé. Yo también me he santifiqui... fiquido, ficado, jé, jé, y me caso con...

Horrorizado Guerra, buscó con los ojos á cualquiera de la familia para que le explicase cómo había descendido la infeliz mujer á tal degradación. En la misma puerta por donde había salido Dulce, vió Angel á doña Catalina y á un hombre, cuyas facciones no pudo distinguir porque estaba muy adentro y la tarde era de las más obscuras. La de Alencastre salió al patio llevándose un pañuelo á los ojos en actitud de estatua de sepulcro, y acercándose á Guerra, le dijo con desmayado acento:

—La culpa es de ese infame Pito, que le enseñó el

vicio feo... ¡Qué horror, qué ignominia! Creímos que ya le había pasado este ciclón, y hoy se nos escapó, y ¡cataplum! a la taberna. Estoy avergonzada, y le pido al Señor que me lleve de una vez. Yo no puedo ver tales afrentas en mi casa... *(Volviéndose á su hija, que corría por el patio.)* Dulce, hija mía, cordera, princesa, sosiégate, mira, mira qué visita tienes aquí... Nada, como si no... Pues cuando se le pasa cae en un estado de idiotismo que no parece sino que se le seca el entendimiento. ¡Qué angustias pasamos para que los amigos no la vean así, para que su primo no sospeche...! Pero imposible disimular más tiempo. La encerramos y nos atruena la casa, la soltamos y nos abochorna, la privamos de toda bebida, y dice que se muere... Pues que se muera. Piérdase todo menos el honor, como dijo el otro.

Dos ó tres chicos habían empujado la puerta del zaguán, ávidos de contemplar el para ellos gracioso espectáculo, y doña Catalina se puso á dar gritos: «Cerrar, cerrar, que se nos escapa».

En efecto, la pobre Dulce iba disparada hacia la puerta, cuando salió el hombre aquel, en quien Angel reconoció al mayor de los Babeles, Arístides, y echó la zarpa á su hermana, quien, revolviéndose contra él, le puso todas las uñas en la cara, acompañándolas de terribles insolencias: «Maldita sea tu sangre, vil, canalla, santurrón, chupa-cirios... Me caso con tu alma, y con la ladrona de tu madre...»

Arístides forcejeó para llevarla adentro; ella se defendía con nerviosa fuerza, empleaba él los achuchones, echábale mano á los brazos, al pelo, cuidando de defender el suyo, y por fin la dominó y se la llevó,

como á res brava, al cavernoso aposento de donde habían salido. Doña Catalina, en tanto, invocaba con patéticos chillidos á todas las potencias celestiales, y se metió también en la lóbrega cueva, diciendo: «No la maltrates, hijo, por Dios; ten paciencia... ¡Ay Dios de mi vida, qué desgracia!»

Guerra sintió desde el patio algo como encontronazos, traqueteo de lucha, sofocadas exclamaciones, y por fin el resoplido del domador victorioso confundiéndose con el resuello intercadente de la fiera. Nunca había sentido horror semejante ni presenciado espectáculo tan lastimoso. Huyó despavorido de toda aquella vileza, de todo aquel oprobio, y se puso en la calle.

Pero no había dado veinte pasos, cuando sintió irresistibles ganas de volver. ¿A qué? No lo sabía. Detúvose perplejo un instante, y antes de que se resolviera, pasos presurosos sonaron tras él. Un hombre se le acercó, Arístides, que no tardó en abordarle con tono y modales impertinentes, diciéndole:

—Tú eres responsable, tú, de la situación vergonzosa de esa desgraciada.

—¡Yo!—replicó Guerra, rechazándole con desprecio.—Y aunque lo fuera, ¿quién eres tú para exigirme esa responsabilidad?

—Soy su hermano, y basta.

—¿Y á mí qué?

—Tenemos que hablar.

—Yo nada tengo que hablar contigo.

—Pues yo contigo sí.

Y como hiciera ademán de detenerle, Angel le empujó con fuerza lanzándole hasta la pared de en

frente, en el angosto callejón de Capuchinos. Siguió adelante, creyendo que el importuno no le perseguiría más; pero al llegar al Corralillo de San Miguel, otra vez le sintió detrás, y oyó una voz trémula que decía: «no te escapas, no; tenemos que hablar».

Terminaba el día, y el cielo brumoso anticipaba la obscuridad nocturna. El frío era intenso, pavorosa la soledad en aquellos términos altos y excéntricos del desmantelado pueblo. No se veía un alma, ni ser viviente, como no fuera algún murciélago de los que anidan en la torre de San Miguel el Alto. ¡Triste y uraño lugar! Por arriba casuchas informes que habitadas se desmoronan, desoladas ruínas, vestigios de nobles monumentos cuyos olvidados nombres tartamudea la Historia por no saber pronunciarlos claramente. Luego, la explanada polvorienta que concluye donde principia el cantil del Tajo, y al extremo inferior el pedregoso abismo, en cuyo fondo brama el río.

—Pues habla y revienta si quieres—dijo Guerra parándose, decidido á concluir pronto.

—Repito que eres responsable del estado de ignominia á que ha venido á parar mi pobre hermana, y no tienes más remedio que aprontar una indemnización.

El carácter autoritario, despótico y algo insolente de Angel estalló al fin, manifestándose primero en una carcajada, después con estas expresiones zumbonas y provocativas:

—¿Con que indemnización y todo...? ¡Bravo! En eso mismo había pensado yo.

—No lo eches á broma. Por culpa tuya ha perdido

proporciones muy ventajosas... Piénsalo bien, Angel, y decídelo pronto, pues no me voy de Toledo sin arreglar este asunto, sin dejarte convencido de que no se juega impúnemente con el honor de una familia.

—Tu dichosa hermana, ¡pobrecita! ha caido muy abajo, muy en lo hondo... (*Con amargura.*) La compadezco, bien lo sabe Dios. Pero por mucho que caiga no llegará á la profundidad en que estáis vosotros, tú, y toda tu casta infame.

—Si me injurias, no te espantes luego de que te obligue á tragarte tus palabras. (*En actitud de ataque.*)

—Como no me trague yo tu alma indecente. (*Ciego de ira.*) Hace un momento, cuando salía de tu casa después de presenciar una escena repugnante, la conciencia me remordió, acusándome de cobardía. Al retirar de mi vista á tu desgraciada hermana, la trataste sin ninguna consideración. Desde el patio pude hacerme cargo de tu brutalidad. No me decidí á intervenir; pero al encontrarme fuera, parecióme que era yo tan miserable como tú por no haberte enseñado la delicadeza y humanidad que debías á tu hermana. Aún es tiempo, y tú mismo, conociendo que eres merecedor de una paliza, vienes á que yo te la dé. Si te contentas con que te diga que eres un miserable y un bandido, ahórrate los palos y lárgate.

—¡Ah, trasto, me injurias, porque traes armas, y sabes que yo no las llevo nunca! (*Con aturdimiento.*) Citémonos cuándo y donde quieras.

—¿Armas yo? No traigo ninguna; pero sin armas, verás cómo te mato ahora mismo. (*Abanlanzándose á él.*)

—Alto allá, bruto. *(Retirándose de un salto atrás.)* No arreglan así sus querellas las personas decentes.

—¿Pues cómo, cómo? *(Corriendo hacia él.)* ¡Decente tú!

Arístides, que se había lanzado á tan temeraria resolución engañado por la fama del cambio en el carácter de Guerra, comprendió tarde su error. Quiso huir; pero no pudo, porque el otro le echó la garra al pescuezo, le derribó, y poniéndole una rodilla sobre el vientre, le estrujó con insana violencia, arrojándole cara á cara las expresiones más horribles y desvergonzadas de la ferocidad humana. Ébrio de furor, Angel obedecía á un ciego instinto de destrucción vengativa que anidaba en su alma, y que en mucho tiempo no había salido al exterior, por lo cual rechinaba más, como espadón enmohecido al despegarse de la vaina roñosa. El temperamento bravo y altanero resurgía en él, llevándose por delante, como huracán impetuoso, las ideas nuevas, desbaratando y haciendo polvo la obra del sentimiento y de la razón en los últimos meses.

De la boca de Arístides salía un ronco aullido. Pero tan violentamente le sacudió su contrario, golpeándole la cabeza contra el suelo, que al fin no mugía ni siquiera respiraba. Cuando Guerra le soltó, el *barón de Lancaster* parecía muerto.

Lo primero que se le ocurrió al agresor después de contemplar un rato á su víctima, fué escapar de allí. Dudaba... Apartóse, volvió, se alejó de nuevo, y por fin, impulsado de un egoismo tan ciego y tan fuerte como antes lo fué su encono, se escabulló por la tortuosa pendiente que conduce á San Lucas. Pasó al

barrio de Andaque, siguiendo por las Carreras hasta los Gilitos, y de allí al puente de San Martín. El largo y accidentado viaje desde el Corralillo hasta el cigarral devolvió lentamente á su espíritu la serenidad para juzgarse, y pudo apreciar el lastimoso caso.

—Le he matado... he matado á un hombre—se decía, oyendo el tumulto de su conciencia sublevada.—No hay duda de que le maté... le estrangulé. . Sí... paréceme que siento aún entre mis dedos el cuello estrujado, y que oigo los golpetazos del cráneo contra el suelo. Imposible que haya quedado vivo... ¡Qué bruto soy! Cegarme así... ¡Qué dirá ella cuando lo sepa!... Acción impropia de un creyente, de un cristiano... ¡Vaya un amor al prójimo, vaya una caridad!

Al llegar á Guadalupe, no penetró en la cocina, donde ya estaban reunidos esperándole sus deudos y sirvientes. No quiso cenar: metióse en su cuarto, y allí se dió á discurrir sobre la nefanda acción que había lanzado de nuevo su alma á los abismos del error. Pero si con saña se acusó, como fiscal concienzudo, también pasaba revista á los hechos que atenuaban su delito. «¡Vaya que salir á pedirme indemnización de daños y perjuicios! ¡Que una familia de estafadores y perdidos se permita tal insolencia! Si le doy ó no para que viva decentemente, eso es cuenta mía; pero salir con aquel aire de matón á exigirme... Y en fin, todo esto con ser de lo más indigno, no habría justificado mi proceder. Pero la brutalidad de ese cobarde con su hermana... No, esto no podía yo tolerarlo. El santo más pacífico del Cielo se hubiera puesto como un león ante escena semejante. Aún me acuso de que salí del patio sin poner un correctivo á tan-

ta vileza... Recuerdo que me detuve con ánimo de meterme de nuevo en la casa y enseñar al miserable la manera de tratar á una pobre mujer trastornada y enferma. Pero él se anticipó á mi furor, poniéndoseme delante en tan mala coyuntura que... le deshice; no me queda duda de que es cadáver. Mañana se le encontrarán allí... Nadie nos vió; pero yo no he de permitir que acusen á un inocente, y me declararé autor del delito... *(Con desaliento.)* ¡Vaya que inauguro bien mi nueva existencia! Un homicidio, nada menos que un homicidio es mi primer paso en ese camino que me ha trazado la bendita Leré! ¡Ay, cuando ella lo sepa! ¿Qué pensará de mí? Me creerá incapaz de corrección, perdido para siempre. Tiemblo de que lo sepa, y si pudiera decírselo en este momento, se lo diría, contándole el espantoso caso con absoluta veracidad. ¿Y qué me dirá, qué me aconsejará, cuál será su idea para limpiarme de esta mancha horrible que ha caido en mi alma? Discurre, Leré, discurre la salvación de tu amigo, que al dar un paso ordenado por tí, se ha caído en esta sima de infamia. Ya que le mandaste ir allá, sácale ahora, y enséñale á no volver á caer.»

VII

Sin poder conciliar el sueño, pasó toda la noche oyendo cantos de gallo, rumores quejumbrosos del viento en las tejas y en las ateridas ramas secas de las higueras del corral, sones con los cuales se confundía el clamor austero de su conciencia comentando el terrible homicidio y sus resultas. La máscara

griega con los pelos erizados le volvió á visitar, poniéndosele junto á las almohadas, y para que la noche fuera más lúgubre, Jusepa había dejado abierta una ventanilla del desván, y con el viento se abría y se cerraba, produciendo al roce de los mohosos goznes un lastimero quejido, semejante al lloro de una criatura, y después un portazo seco, como si alguien llamara con aldaba por el techo descolgándose de las nubes.

Por la mañana su intranquilidad aumentó. Cada vez que sonaban pasos creía ver entrar á alguno con la noticia del hallazgo del cadáver. Imposible que Arístides estuviese vivo, pues aun suponiendo que no muriera de los golpes, como quedó exánime en aquel páramo, perecería helado seguramente, pues la temperatura había descendido hasta dos ó tres grados bajo cero. Para salir de tal incertidumbre ocurriósele enviar á D. Pito á enterarse de lo que ocurría; pero surgió una dificultad grave, que puso la contera á la desesperación y aburrimiento del dueño del cigarral. Estaba de Dios que el día fuera trágico. Nunca viene sola una desgracia, y parece que el Hado las envía en cuadrilla para que no se pierdan por el camino. Fácilmente se comprenderá el asombro y consternación de Guerra, cuando al salir en busca de su protegido para encomerdarle el mensaje, se le encontró descalabrado, con un pañuelo por la cara, hecho un energúmeno, casándose con todo lo divino y lo humano.

Lo ocurrido fué como sigue: Grandes confianzas se tomaba D. Pito con el rústico Tatabuquenque, y de las confianzas por una parte y otra nacía el continuo

porfiar sobre cualquier cuestión. A poco de correr juntos por el monte en bucólica libertad, el marino empezó á ver en su compañero un sér de raza inferior, y como á tal le trataba, induciéndole á ello las ignorancias y candideces bertoldinas del guardador de cabras. A su vez, Tirso veía en su compañero un orate, un estrafalario que no decía cosa alguna al derecho, y el respeto que al principio le tuvo íbase trocando en socarronas burlas. Era gracioso oirles disputar sobre astronomía. D. Pito, que se sabía de memoria la bóveda celeste, y la llamaba *su misal*, se mofaba de las estúpidas supersticiones del pastor, entre las cuales las había muy donosas, como, por ejemplo, que las gallinas ponen ó dejan de poner según esté más ó menos levantado sobre la raya (el horizonte) el rabo de la Osa Mayor; que cuando vienen siete noches seguidas sin que se vea claro el Can Grande, todos los recentales nacen con una oreja negra.

Escuchando estas ingenuas teorías, el capitán solía pegar á Tirso con la tralla suavemente azotitos de amistad, sin más consecuencias que la de reirse los dos y el rascarse el bárbaro con un poco más de fuerza de uñas. Pero un día, charlando en buena conformidad, se dejó decir D. Pito un desatino geórgico de los más garrafales, á saber: que las abejas tienen parentesco con el gusano de seda; que éstos ponen huevos, de que salen las fabricantas de miel, y qué sé yo. Naturalmente, él sabía mucho de cosas de mar y cielo; pero en las de tierra adentro no daba pie con bola. Lo mismo fué oir el otro tal barbaridad, que soltar una carcajada burlona y rebuznante, que exas-

peró al viejo marino y le sacó de quicio. En aquel momento vió una distancia casi infinita entre su personalidad como raza y la de Tatabuquenque, y éste se le representó como el infeliz etíope cazado y vendido en los arenales africanos. Los instintos de inhumano esclavista renacieron en él con insano coraje, y empezó á ceñir con la tralla el cuerpo del rudo pastor, dándole con toda su fuerza, sin piedad, frenético, rechinando los dientes. Tratábale como á un animal bravío que se quiere domar. Pero Tatabuquenque, aunque salvaje, tenía sin duda su dignidad celtibérica bajo aquella corteza tosca, y no pareció dispuesto á dejarse tratar tan á lo africano. Aguantó los primeros golpes con humildad de siervo; pero al quinto ya no pudo más ¡jóo! y convertido de manso en fiero, y de inferior en igual, saltó furioso, y agarrando la primera piedra que encontró á mano, se la disparó al esclavista con toda su fuerza y certera puntería, dándole en la cabeza, que gracias á la gorra de piel no quedó partida en dos. Y ya se disponía á tirar la segunda, que de fijo habría dado al lance una terminación funesta, cuando D. Pito, vencido y maltrecho, se retiró del campo bramando: «Cuadrúpedo, me has roto la cabeza. ¡Me caso con tu madre! ¡Lástima de agua del bautismo que te echaron! ¡Me caso...! Si estoy soltando un río de sangre... La culpa tiene quien se pone á jugar con jumentos. Vaya una coz... ¡Yemas!»

Y no se cuidó de perseguir á su agresor, porque tuvo que acudir á la casa para restañarse la herida y aplicarse á ella un poco de bálsamo, vulgo caña, pues con esto, como buen lobo de mar, se curaba todo, lo

de dentro y lo de fuera. Lavada la contusión y visto que no era grave, se la tapó con un pañuelo para evitar el frío, y no hacía más que rezongar jurando y perjurando que cuando cogiese á tiro al cafre de Tatabuquenque, le había de convertir todo el cuerpo en un puro cardenal. «¡Ah!—se decía,—si D. Angel lo permitiera, ¡qué magnífica bestia, domándola bien, para dar vueltas á una noria!... Lo que yo digo: el mundo está perdido con esta libertad que hay ahora y esta igualdad de pateta. ¿Por qué hemos de ser todos iguales, todos amos, todos señores? ¿Por qué no se ha de establecer que los brutos y zopencos, como este pedazo de hotentote, sean declarados inferiores y se les pueda vender y comprar para que trabajen á las órdenes de un buen vejuco? Pero no hay caso, y los prohombres suspiran y lloriquean cuando se habla del latiguito y del grillete. Pues así va el mundo, y así anda la riqueza pública, y así está el trabajo de las haciendas. Todo perdido, y día llegará ¡Carando! en que nadie vea ni el vislumbre de una peseta».

Metido en estas murrias tétricas, vendada la cara y dándose á los demonios, le encontró Angel, que sorprendido del accidente, se lamentó de que su destino le perseguía con espectáculos de sangre. Su mente excitada y propendiendo al simbolismo, vió en la colisión de D. Pito con el salvaje un ejemplo de las embestidas de la civilización á los pueblos vírgenes, para ilustrarlos haciéndolos desgraciados; vió el descubrimiento de América, el empuje de la civilización hacia Occidente, y otras muchas cosas que se le fueron del magín ante la idea concreta que tenía que expresar. Su deseo era que D. Pito, sobreponién-

dose al dolor de la descalabradura, fuese á Toledo á enterarse de si Arístides era ó no cadáver, de si la policía andaba en averiguaciones, etc.

No se mostraba pesaroso el capitán de que su sobrino hubiese pasado la línea. «Nada se pierde—dijo,—con que ese párvulo rinda viaje, porque ha sido el azote de toda la familia, hombre capaz de vender á su madre por un café con tostada. Es mi tema, don Angel, y no hay quien me saque de él. La sociedad debía tomar una determinación con tantísimo tunante y tantísimo holgazán. Debiera hacerse una leva de ellos cada poco tiempo, y colocarlos á trabajar, mediante un tanto por cabeza. Llámelo usted esclavitud... ¿Y qué? Yo no me asusto de ninguna palabra, aunque suene á demonios. Pues sea esclavitud, Carando, ó llámelo usted el trabajo obligado de los que no quieren trabajar. Crea usted que con este ten con ten habría más dinero, y nadie dejaría de tener su tanto más cuanto».

Pero en fin, estas disquisiciones no eran del momento. Avínose á desempeñar la comisión, como hombre de buena pasta, y después de arreglarse el cariz con parches de papel engomado de sellos, por no haber á mano tafetán inglés, partió con instrucciones precisas de su amigo, y orden de volver lo más pronto posible.

Pero estaba de Dios que á Guerra le saliese todo mal en aquel tantas veces aciago día, porque llegó la noche, y D. Pito sin parecer; dieron las nueve, las diez, y nada. Angel se abrasaba en impaciencia, maldiciendo á los Babeles de una y otra rama. La noche fué también de prueba, como la anterior, de cavila-

ciones y pesadillas trágicas. Por fin, á la mañana siguiente, sobre las nueve, vió recalar al mensajero por la cuesta arriba con una calma chicha capaz de desesperar á la misma paciencia. Bajó á su encuentro, y la cara de consternación que el viejo traía le dió muy mala espina. «Vamos—se dijo,—le maté... y ¡qué remedio! ¿Para qué me insultó él?

—¿Pero no sabe usted lo que pasa?—dijo el capitán poniendo en su rostro toda la aflicción humana, la cual contrastaba con lo grotesco de los parches.

—¿Qué ocurre, hombre? ¿Qué nueva desgracia me anuncia?

—Pues pasa que ese mequetrefe... está tan vivo como usted y como yo.

—Vamos, me alegro.

—Pues yo no. Ayer bajé con la esperanza de encontrarle difunto. ¡Qué Carando! ese no muere á dos tirones. Hay que darle muchos batacazos, y luego ponerle encima á Tatabuquenque para que le patee de firme y haga salir el alma... porque si no, no sale la muy tal... Pues verá usted. Me le encontré en su casa, acostado, la cabeza vendada por aquí y por allá, con parchecicos de papel de sellos, como estos míos. Nuestras dos caras parecían cartas que se iban á echar al correo.

—¿Y qué dice, qué cuenta?

—Veinte mil papas. Armó la historia de que, yendo de paseo por detrás de San Miguel, con el obscuro se le fué una pata y resbaló por aquel cantil y por poco no la cuenta. Ni más ni menos. A mi sobrina no la vi. Estaba mala, y no permitían que nadie entrase en su camarín. Por cierto que mi cuñada me echó un

chorretazo de injurias, y tuve que cuadrarme para conseguir que me dejaran pasar allí la noche, sobre una alfombrita en mitad del pasillo, después de dar una vuelta por la ciudad. Mi hermano, inflado de orgullo, parece el globo cautivo, porque la inspección esa le rinde, sí que le rinde un buen sobordo. Por cierto que estando yo allí, arribó el cura ese Casado, ¡me caso...! que parece que lleva careta de chimpancé para que no le conozcan, y estuvieron picoteando sobre la manera de curar á Dulce de esa locurilla que tiene. Despotriques y más despotriques echaba el clérigo por aquel púlpito de su boca, y eran como sermón ó letanía. Catalina lloraba, y Simón se persignaba, y entre todos parecían llamar á la Virgen del Carmen para que acudiese en socorro de la familia. Me dormí, y no me enteré de nada más. Por la mañana con la fresca, cuando ninguno daba acuerdo de sí, solté las amarras callandito, y me zafé de la casa condenada, di *avante toda*, y pim, pam, demorando para el cigarral. ¡Ay, cuánto mejor se está aquí que en ese pueblo que parece el país de los azacanes, con aquellas cuestas que desloman, las calles oliendo á incienso, y luego tanta iglesia, tantísima iglesia...

Que á Guerra se le quitó un gran peso de encima con estas informaciones, no hay para qué decirlo; y ya no se cuidó más que de poner el suceso de autos en conocimiento de su excelsa amiga. Su impaciencia le hizo anticipar la visita, y llegó al Socorro antes de la hora de costumbre, viéndose obligado á esperar un buen rato. Aparecieron en el locutorio Leré y Sor Expectación, y Angel abordó desde luego el asunto, refiriéndolo con escrupulosa sinceridad. Gran-

de fué su sorpresa cuando la novicia, á la mitad del relato, le dijo sonriendo que no siguiera, porque estaba al tanto de todo.

—Pero, hija, ¿tú tienes el don de adivinar, ó qué es eso? Nada te cuento que tú ignores. Tu ciencia me parecería magia, si no fuera santidad ó luz del Cielo.

—Déjese usted de magias, de santidades y de luces—replicó la maestra riendo.—¿Á qué buscar explicaciones caprichosas á lo que es tan natural y sencillo? Vivimos en un pueblo pequeño, donde no hay secretos, y en esta casa aunque parezca mentira, retumban todas las murmuraciones del vecindario. No queremos averiguar nada, y nos lo traen calentito. La madre de una de nuestras compañeras es vecina de esa doña Catalina, y por ella supimos los escándalos de aquella casa, y que al hijo mayor le habían traído entre cuatro, todo lleno de contusiones. Oir yo esto, y sospechar lo que usted ha venido á contarme fué todo uno. ¿Es esto don de adivinar? No lo sé. Ello fué que, como si me susurraran al oído, entendí que había ocurrido algún choque entre usted y ese sujeto, cuyo nombre no sé. «Nada—pensaba yo,—*él* fue allá con las disposiciones más pacíficas, conforme á lo que hablamos; pero el diablo lo enredó. Puede que saliera el hermano ese con alguna quijotada, y, lo que sucede entre hombres de carácter fuerte, dejaron correr con demasiada libertad las palabras, y cuando quisieron recordar, ya la cólera había tomado vuelo, y las manos se dispararon solas».

—Así en efecto fué, así...

—¡Qué le hemos de hacer!—dijo Leré suspirando con tristeza.—De todo esto resulta una verdad des-

consoladora, y es que el carácter, el temperamento no se pueden reformar. La razón manda mucha fuerza, la piedad y la fe más todavía; pero las tres juntas no pueden variar la naturaleza de las cosas. Con todo, si el carácter no se modifica, puede domarse con esfuerzos de la voluntad sobre sí misma, repitiéndolos sin descanso un día y otro. El que consiga este triunfo sobre su propia ferocidad, el que sepa acorralar y tener encadenada su cólera, sintiéndose consecuente consigo mismo en su interior, y al propio tiempo dueño y carcelero de sus instintos malos, ese estará preparado para la vida eterna y gloriosa y como hemos convenido *(con gracejo)* en que es preciso salvarle á usted á todo trance, tiene usted que prestarnos ayuda, empezando por nombrarse cabo de vara de sí mismo.

—Acepto el empleo, y díme cómo se empieza, para entrar pronto en funciones.

—Amigo D. Angel, hay que usar con usted un poco de tiranía y de crueldad. Sino metemos en cintura ese carácter, nos hará una jugarreta el mejor día. Y para la doma, ya lo sabe usted, no hay mejor maestro que el látigo. Prepárese usted á descargar sobre su carácter una mano de zurriagazos de los que levantan tiras de pellejo y duelen horriblemente. Si lo trata usted con blandura, no adelantaremos nada con ese pícaro. Con que prepararse...

—En ello estoy. Venga ese látigo, y yo te juro que me pondré como un *Ecce-homo*—replicó Angel, tan fascinado por la bendita hermana del Socorro, que ante ella rendía la voluntad y el alma toda, como el caballero andante ante la señora ideal de sus pensamientos.

VIII

—Pues manos á la obra—dijo la maestra.

—Me veo precisada á recetar, como primer discipli nazo, uno que ha de ser muy fuerte, muy doloroso. Pero usted se empeña en que sea yo su domadora, y yo lo acepto. Y hay más: quiero lucirme, se me figura que me voy á lucir. ¿Me dejará usted mal? Dios me ha dicho á mí: «tráele, tráele», y yo he respondido: «Señor, no tengo fuerzas, no valgo para fiera de tanta bravura», y Él me vuelve á decir: «tráele, le has de traer». De usted depende que yo me luzca ó me desacredite. Vamos al caso. Péguele, péguele á su carácter un golpe tremendo, pero tan tremendo, que de ese primer trastazo se quede entontecido. En estas batallas no se debe empezar por poco, sino por mucho, imponiéndose por el terror desde el primer momento.

—Pues ordena. Mándame lo que gustes. *(Inquieto.)* ¿Es terrible el sacrificio que me vas á imponer?

—Muy terrible.

—No me importa. Mejor.

—Sacrificio del amor propio, que es el mequetrefe que todo lo echa á perder, y el verdadero jaleador del temperamento. Hay que empezar por darle al amor propio una tunda que le deje rendido, muerto y sin ganas de volver á meterse en camisas de once varas. El primer paso es tan sencillo como doloroso: tiene usted que ir á ese hombre y pedirle perdón de los ultrajes de palabra y de obra que le infirió.

Guerra se quedó un rato sin habla. Toda la sangre se le subió á la cabeza.

—Sí, sí—dijo al fin torpemente.—Pero advierte que Arístides es un mal hombre.

—Eso no nos importa. (*Con calor y autoridad.*) Pues no faltaba más sino que el perdón de las injurias estuviera subordinado á condicionales que le quitaran todo su valor. ¡Que es un pillo! Pues si no lo fuera ¿qué mérito tendría usted en pedirle perdón? Si el pillo fuera usted y él la persona decente, ¿qué menos podía hacer que ir y decirle: «te ofendí; perdóname». Siendo él quien es, resulta la humillación, sin la cual no hay caso, amigo D. Angel. Se trata de que el soberbio se humille, se desdore, mundanalmente hablando, y aprenda á despreciar las categorías humanas, la falsa dignidad del mundo. Se trata de imitar á Jesucristo, y no necesito decir más. Ó le imitamos, ó no le podemos adorar como es debido. ¿Está usted dispuesto á imitarle? Pues empiece por amar á los que le aborrecen; empiece por pisotear su orgullo; empiece por no hacer distinciones en el prójimo. No hay más que un prójimo, el hombre, sea quien sea; si es samaritano, mejor. (*Otra vez en tono festivo.*) ¿Con que le parece demasiado fuerte el primer zurriagazo? Pues hay que estrenarse dando de firme. Si no, la fiera creerá que es cosa de juego. ¿Qué quería usted? ¿Decir, como Sancho, que se conformaba con los azotes, y luego apartarse á un ladito, y sacudir contra el tronco de un árbol, mientras el pobrecillo D. Quijote, rosario en mano, contaba los falsos azotes como buenos? No, eso no vale conmigo, señor D. Angel. Usted ha querido ponerse en estas manos, y estas manos han de poder poco ó han de llevarle á usted, aunque sea á rastras, á una patria

más bonita, donde todo es gozo, paz, divinidad. ¿Vamos juntos ó se queda usted? Sentiría dejarle atrás. Pero si ha de seguir, tenga valor; acepte la disciplina que se le impone, porque, créame, no hay otra. La ley es clara, sencillísima, y un niño la entiende. (*Angel, mirando al suelo, no decía nada.*) ¿Le parece fuerte? Piénselo, y si lo que le aconsejo, porque no es mando, sino consejo, si lo que le aconsejo le parece un disparate, y se propone tomarlo á broma, despídase de la consejera porque no volverá á verla más.

—No, eso no, no—dijo el penitente, saliendo de su estupor como si le dieran una cuchillada.—No he dicho que me parecía un disparate. Al contrario, es hermosa idea, más que hermosa sublime, y lo sublime... no digo yo que se haga; pero se intenta, sí, lo intentaré. El intentarlo sólo... No me digas que no me verás más, porque me vuelvo loco, y entonces, ya tienes á la fiera en campaña otra vez... Convenido, convenido en que pediré perdón á ese... á ese... sea lo que quiera... Tienes razón.

—Y no sólo pedirle perdón—insistió la maestra con implacable rigor disciplinario,—sino favorecerle en cuanto haya menester, auxiliarle si se ve en necesidad, tratarle, en fin, como la persona á quien usted más quiera.

—Convenido, convenido—repitió el discípulo, y no dijo más porque era todo pasión, y no hacía más que sentir hondo, incapaz de razonar.

—Bueno, estamos conformes.

Una campana que tocaba desesperadamente, llamando no sabemos á qué, puso fin á la conferencia,

de la cual salió Guerra en un estado de aturdimiento imposible de describir.

—¡Pedir perdón á Arístides!—murmuraba, camino del cigarral, y cada vez que esta expresión salía de sus labios, iba seguida de un suspiro capaz de mover la veleta de la torre de la Catedral.—Y convengamos en que tiene razón: esa es la doctrina, esa, y no hay otra.

En tanto Leré, recogida en la celda que con otras dos novicias habitaba, pensó aquella noche que quizás había extremado un poco las primeras medidas disciplinarias, y temía que la dureza del tratamiento impuesto hiciese flaquear el ánimo del neófito. Cavilando en esto parte de la noche, vino al fin á sacar en limpio, quizás por inspiración de lo alto, que lo dicho bien dicho estaba, y que al principio era cuando más falta hacía el rigor, porque si se andaba con paños calientes en cosa tan grave y males tan antiguos y rebeldes, todo se echaría á perder. Sostúvose, pues, en la firmeza y rigor de su método correccional, y dió por bien dispuesto lo del perdón de las injurias. Pero ya que no podía quitar ni un ápice del peso arrojado sobre la voluntad de su protegido espiritual, quiso allanarle el camino y facilitarle la manera de recorrerlo cuesta arriba con carga tan abrumadora. Para esto discurrió escribirle, dándole reglas de procedimiento espiritual que convirtieran en fácil y hacedero lo que le parecía tan difícil, y dos horas de la mañana empleó en redactar la epístola, muy pensada, muy clara y persuasiva. Dicho se está que todo esto era con la venia de la superiora, á quien dió á leer la carta antes de enviarla; y á na-

die sorprenda que tal carteo se permitiera alguna vez á la novicia, pues con su carácter y su talento llegó á cautivar de tal modo á las hermanas que siendo de las últimas en la casa parecía de las primeras, y no teniendo autoridad canónica, parecía tenerla por el acatamiento tácito que allí se le prestaba. Otra razón menos espiritual habría que añadir á las anteriores para que se comprendiera lo bien recibido que era en la Congregación cuanto á D. Angel se refería, y es que éste atendía generoso á las necesidades presentes de la casa, y se esperaba de él que acudiese á mayores necesidades del porvenir.

Ildefonso, que casi todos los días iba por allá, fué portador de la carta con gran contento suyo, y en cuatro brincos se puso en el cigarral, donde encontró al amo arrimado al añoso tronco de un olivo, ojeroso, pálido y meditabundo. Mientras el monaguillo, apoderándose de la burra, cabalgaba por aquellos campos con más orgullo que si montara el Babieca del Cid, Guerra leyó la carta, y la lectura hizo en su alma el efecto de una inundación de luz, tales cosas sabias, profundas y que llegaban al alma escribió en ella la bienaventurada de los ojos saltarines, con aquel estilo sencillo y categórico, claro como la luz y contundente como la maza de Fraga.

Entre otros conceptos, que por demasiado extensos, ó por ser ampliación de lo que de palabra expuso Leré, no se consignan aquí, la carta contenía lo siguiente: «Decir á usted que la disciplina que se ha impuesto no es penosa, sería engañarle. Penosísima es, intolerable, y tan superior á lo que ordinariamente llamamos sacrificios, que pocos habrá quizás entre

los nacidos que la puedan resistir. De seguro, muchos que intentaran lo que usted, se volverían atrás en cuanto se vieran cerca del objeto, porque no hay cara más fea que la del amor propio descalabrado, ni nada que chille y vocifere tan escandalosamente como esa conciencia postiza que llaman ustedes honor, vergüenza ó dignidad. Duro trabajo es el de usted, y yo no he de hacerle el disfavor de achicárselo con frases atenuantes, que serían el estímulo de la cobardía.

»Lo que sí haré es recomendarle medios para robustecer su alma y prepararla al gran combate, medios confortativos sin los cuales es difícil que salga victorioso. Amigo D. Angel, hay que pedir á Dios gracia, sin la cual no adelantaremos nada; hay que vigorizarse con la oración, con la asistencia á los actos del culto, con el cumplimiento de las prácticas sacramentales que manda nuestra madre la Iglesia. Reconozca usted que en esto hemos andado muy descuidados; pero ya no se puede dilatar más cosa tan esencial. Parecióme que la disposición interior debía preceder á todo lo pertinente á la forma. Pero ya la forma se nos impone; la forma reclama su fuero, y hemos llegado á un punto en que sin forma no podemos seguir adelante. Ya no puede haber el peligro de que el neófito se asuste de ser visto del público en actitudes que la necedad frívola estima desairadas. Quien se atreve con lo difícil, con lo que hiere profundamente, no puede retroceder con miedo pueril ante el juicio vano del vulgo.

»¿No está decidido á ser caballero de Jesucristo? ¿Pues qué cosa más natural que acatar al Señor allí donde tiene su residencia, y efectuar actos de servi-

dumbre y vasallaje? Usted me entiende, y no necesito insistir. Me basta con apuntar la idea. D. Angel, frecuente la casa de Dios con devoción y recogimiento; asista al sacrificio de la misa, penetrándose bien de su sentido, y, por último, váyase disponiendo á la confesión y á la comunión. No necesito encarecerle los inmensos beneficios que de esto ha de recibir, y me basta con decirle que lo pruebe una vez, dos veces.

»¿Con que quedamos en eso, señor catecúmeno? ¿Cuento con quo el primer día que acá venga ha de traerme alguna buena noticia sobre el particular? Sólo el pensar que me contará usted sus triunfos, me pone muy alegre, y me anima á pedir á Dios con más fervoroso empeño por su salvación. Si usted no me trae esa buena nueva; si no me dice pronto que ha empezado, aunque sólo sea por un poquito, me enfadaré. Considere lo que se va á alegrar *nuestra Ción* cuando sepa, ¿qué digo cuando sepa? cuando vea á su amante padre tan próximo á donde ella está, porque créalo, hacer lo que le aconsejo es ponerse cerca, muy cerca de la niña, hasta tocar sus alitas...»

Esto era lo más substancial de la carta. Leyóla Angel tres ó cuatro veces, y después se metió en su cuarto, de donde no salió hasta la mañana siguiente muy temprano para irse á Toledo. Desde aquella ocasión sus costumbres variaron por completo, sus comidas fueron de una sobriedad cuaresmal, y muchas noches se quedaba á dormir en la casa de la ciudad. Ni Teresa Pantoja, ni los habitantes del cigarral entendían qué ocupaciones alejaban al amo fuera de casa tanto tiempo, pues á veces no parecía más que á las horas precisas de comer y dormir, unas veces en la

calle del Locum, otras en Guadalupe, y por añadidura, apenas hablaba, se iba extenuando visiblemente. Bastaba mirarle para comprender que ya vivía muy poco hacia fuera, y que tejía para sí, como el gusano de seda, labrándose con un solo hilo su impenetrable túnica.

V

MÁS DÍAS TOLEDANOS

I

Era cosa infalible que D. Francisco Mancebo, terminado el coro de la tarde, ó despachados los no muy grandes quehaceres de la Obra y Fábrica, diese un corto paseo por la ciudad en compañía de otro beneficiado, á la vuelta del cual paseo solía detenerse en casa de su amigo Gaspar Illán, el tendero de la esquina de la Obra Prima, y allí echaba grandes parolas con varios tertulios que asiduamente concurrían, gente por lo común más campesina que ciudadana.

Tiempo hacía que D. Francisco estaba de pésimo talante, como si todas las malas pulgas del orbe se dedicaran á picarle, aunque apenas le molestaba ya el alifafe aquel de la fluxión á los ojos que le obligó al uso constante de los desaforados vidrios. Y tal genio gastaba el bendito señor, que no se podía hablar con él, porque todo lo contradecía, y las cuestiones más inocentes se agriaban en su boca. Illán, que de muchos años le conocía y siempre vió en él benignidad y dulzura, se maravillaba del singular cambiazo. Por cualquier cosilla armaba camorra, por ejemplo: «¿A cómo ponéis ahora el bacalao?—A tanto.» No se necesitaba más: «¡Ya no se puede vivir con este ladronicio! Toda la población civil, eclesiástica y militar se va á quedar en cueros vivos por enriqueceros

á vosotros... Todos esos dinerales que ganáis chupando la sangre del pobre os los echarán en la balanza cuando toquen la trompeta gorda, y veremos quién os saca del Infierno». Y si no era por el bacalao, era por cualquier noticia inocente que traían los periódicos, ó por lo primero que saltaba, verbigracia, por si había mala ó mediana cosecha de aceituna: «¿Qué cosechas ha de haber ¡zapa! si están esos cigarrales perdidos, si no los cuidan, si no se cultivan ni se abona; si no se administra?... Váyase viendo en qué manos han caído las mejores fincas: en manos que no lo entienden. Después se quejan de que las tierras se destruyen y no dan ni para los gastos. Que las pongan bajo la dirección de persona entendida, que sepa administrar, y allá te quiero ver. Yo sé de un cigarral, de los mejores de Toledo, que ogaño no produce ni para que vivan los lagartos, y podría ser un platal. ¿No quieren remediarlo?... pues allá ellos. Con su pan se lo coman. Y cuenta que se están perdiendo los mejores albaricoques, los más dulces, los más tiernos que hay en toda la provincia. ¿Es culpa mía? No; yo me lavo las manos... Abur, señores.»

Se iba, dejando á sus amigos en la mayor confusión, porque nadie sacaba en limpio cosa alguna de aquella monserga del cigarral y los albaricoques. Algo de idea fija ó maniática chochez veían en don Francisco los tertuliantes, y malicioso hubo allí que le pinchaba para oirle desbocarse con aquel tema ininteligible. Pero una tarde, al recalar el clérigo en su círculo, halló la tienda revuelta, á Gaspar Illán y á su hijo sofocados, coléricos, aturdidos, sin saber qué partido tomar ante un contratiempo grave que

se les había venido encima. ¿Qué era ello? Pues que aquel día se personó en la casa un inspector del Timbre, con objeto de examinar los libros y ver si en ellos se cumplía la ley, y como resultase que ni siquiera había libros en que la muy arrastrada ley cumplirse pudiera, anunció á los Illanes una multa como para ellos solos. Los pareceres eran varios. Este opinaba que cuando volviese el inspector con su auxiliar se le saludara con un buen pie de paliza; aquél que se le arrojara al pozo; otro más cauto propuso acudir al delegado de Hacienda que era amigo, y por fin, D. Francisco, oído el caso, tomó sesudamente la palabra y dijo: «Ya sé quién es el pájaro ese. Le llaman Babel, y tiene aterrorizado á todo el comercio menudo de la ciudad; reverendísimo farolón, que tiene por hijo á un pillete llamado Fausto, el cual no está en presidio porque aquí no hay justicia, y Ceuta se ha hecho para los tontos. Mi opinión es que no arméis un rebumbio de palos, porque va á resultar que os meten en la cárcel, pagáis la multa, y esos sinvergüenzas se quedan riendo de vosotros. ¡Vaya con el dichoso Timbre! Milagro será que no vayan á la Catedral á ver si pegamos sellos de correo en todas las fojas de libros de coro... Pues á lo que iba: no te apures, Gaspar; eso se puede zanjar diplomaticamente. Lo sé por Saturio, el sastre de la calle de Belén, y por las niñas de Rebolledo, esas que han puesto en Zocodover tienda de sombreros para señoras. Ninguno de ellos tenía libros, ni los habían visto en su vida. Les arreó el bribón ese una multa feroz. ¿Tú la pagaste? Pues ellos tampoco. ¿Cómo se compuso? Como se componen todas las cosas en estos tiempos de tanta libertad, de

tanta democracia, de tanto sello móvil é inmóvil, y de tantísimo enjuague administrativo.

—Á mí me han dicho—observó uno de los presentes, aldeano vestido de paño negro,—que esas goteras se cogen con cincuenta duros.

—¡Cincuenta duros!—exclamó Mancebo furioso.—Ni que tratáramos de tentarle la codicia á los *Róchiles*... ¡Me gusta! Cincuenta rabonazos de Satanás les daría yo. No, Gaspar, no te ahogues, no se necesita tanto; respira, hombre, respira, ensancha ese noble pecho, que yo te arreglaré el asunto esta misma tarde si haces lo que te digo.

El tendero esperaba suspenso y como embobado.

—Á ver, Gaspar—prosiguió el clérigo,—abre ese cajón... Ya está abierto. Pues saca de él veinte duros. Eso es; mitad billete, mitad plata. Bien: venga acá. Ahora por mi corretaje, pues estas cosas son delicadas, ¿eh? por mi corretaje, mándame á casa un barrilito de aceitunas gordales. Vamos, hombre, ¿á qué pones esa cara de papamoscas? Asunto concluído. No pienses más en la multa, ni en ese espanta pájaros de Babel que parece un general de mar y tierra, y es el bandido mayor que ha pasado el puente de Alcántara desde que lo fabricaron los moros. Señores, con Dios.

Fuése derecho á la posada de la Sillería, donde apenas estuvo tres minutos; dirigióse de allí como un cohete á la calle del Refugio, y entrando en una casa salió poco después acompañado de un clérigo tan conocido por su fealdad grotesca como por su agradable trato, y juntos fueron bastante á prisa hacia la Cuesta del Alcázar; metiéronse por un zaguán muy sucio, y al cuarto de hora salió D. Francisco sin com-

pañía y con cara de pascua, riéndose solo, como hombre satisfecho de sí mismo por haber dado con toda felicidad un arriesgado paso de importancia suma. En Zocodover vió á Pepito Illán, paseando con dos cadetes, y le llamó aparte para decirle: «Á tu padre que aquéllo se hizo, que esté descuidado. Y que no le perdono el barrilito.»

Y bien embozado en el manteo, porque anochecía y picaba el frío, tiró de nuevo hacia San Nicolás, penetrando en el callejón de los Dos Codos hasta una casa de malísimo aspecto, en cuya puerta llamó para dejar un recado que debía de ser cosa de interés: «Á Fabián que se vaya por casa esta misma noche, pues tengo que hablarle.» Y de allí hizo rumbo al Pozo Amargo, llegando un poco tarde á su domicilio, donde Justina, Roque, y hasta los chicos no tardaron en advertir el júbilo que pintado traía en su enjuto semblante, de lo que se alegraron todos, porque hacía ya más de una semana que no podían soportar al buen tío Providencia, de mal humorado y regañón.

Quedóse en la salita baja, después de dar á Ildefonso el manteo y la teja para que los subiera y bajara el gorro. Allí se paseó de largo á largo, sin más compañía que la del monstruo, que dormitaba en el suelo sobre una estera, enroscado como un perro. Sobre el piano había un quinqué y el cajoncillo de costura de Justina, que, antes de ir á disponer la cena, estuvo allí cosiendo. Rascándose la barba y riéndose solo, Mancebo murmuraba, de este modo: «El que te la dé á ti, Francisco, muy listo tiene que ser... ¡Qué bien, qué bien se la has jugado á esos pillastres!

Sépase que el buen beneficiado había sido víctima

de una pequeña estafa, días antes, pues Fausto Babel consiguió hacerle tomar un juego de cartones del *Cálculo lotérico*. Como cayó en tan burdo lazo aquel hombre perspicaz y ladino es cosa que no se entiende. Él mismo, al despertar de la increíble alucinación, no comprendía cómo pudo incurrir en ella, siendo tan desconfiado y al mismo tiempo tan práctico, y se tiraba de los escasos pelos de su cabeza, teniéndose por el mayor zoquete del mundo. Pero la humanidad ofrece estos tropiezos inverosímiles, estas denegaciones ó inconsecuencias de los caracteres más enteros, y no hay hombre, por hombre que sea, que no tenga algo de niño en alguna crítica ocasión de su vida. Á los sinsabores que ya tenía sobre su alma, unióse éste para ponerle en el grado máximo de displicencia y de amargor bilioso. Ni los demás le podían aguantar, ni el se aguantaba á sí propio, pues continuamente se reñía y se despreciaba, tratándose sin la consideración que á su respetable personalidad y á sus setenta y tantos años se debía.

Llamáronle á cenar, y él mismo llevó la lámpara al comedor. A media cena, llegó Fabián, que también se asombró de ver á su amigo tan contento; pero éste no quería explicarle delante de la familia el motivo de su gozo, y el salmista esperaba, entreteniendo el tiempo con una conversación frívola sobre diversos asuntos. Era un hombre doblado y rechoncho, de complexión serrana, nariz trompuda y corva, rostro judaico, velludo y sanguíneo á estilo de sayón de los Pasos del Viernes Santo, buen hombre por lo demás, esposo y padre seglar, aunque no lo parecía por obligarle su oficio á raparse las barbas. ¡Qué variedades

de orgullo ofrece la fecunda humanidad! El orgullo de aquel toledano consistía en ser bajo, no de cuerpo sino de voz, y se moría de pena si llegaba á entender que podía existir alguien más bajo que él. Su voz, en efecto, tenía cierto aire de familia con la campana gorda, y cuando soltaba los registros graves, parecía que temblaba la tierra, ó que del seno de ella salían ronquidos de la substancia cósmica durmiente.

Pues señor; concluída la cena, llevóle D. Francisco á la sala del fenómeno, y encerrándose con él, le dijo: «Fabián, te vas á reir, y á caerte de espalda cuando sepas que he logrado arrancar á esos pillos los cuatro duros que nos estafaron. *(Asombro del salmista.)* Sí, ya sé que no lo vas á creer. Pues es verdad. Di ahora si hay bajo el sol quien se me iguale en artimañas para recabar lo mío. ¿Verdad que parece cuento? El que me quite á mí un real, ¡zapa! ya puede llamarse emperador de los tramposos. Cree que no me dejaba vivir la idea de haber sido engañados tan estúpidamente. Porque, hay que confesarlo, tanto tú como yo fuímos los mayores zopencos y los más cándidos chiquillos del mundo. ¡Vaya, que tragarnos bola semejante!

—Don Francisco, yo dudaba; pero á usted se le alegraron al instante las pajarillas, y yo...

—No, hijo; tú fuiste quien me trastornó á mí el seso. Pero no disputemos sobre quién fué más mentecato, pues allá se iba Pedro con Juan. Total, que nos cegó la ambición, que se nos pusieron delante del sentido unas nieblas, unas cataratas que no nos dejaban ver la realidad. Como está uno siempre pensando en el recondenado problema de la manuten-

ción, araña de aquí, rasguña de allá, ¡zapita! á veces se trastorna uno... Once bocas de familia no se tapan con obleas. Pero en fin, vas á saber cómo eché un garabato para sacar del bolsillo de los ladrones lo que nos habían robado, y te asombrarás.

—Y declararé que es usted el primer punto del siglo para estas cosas.

—No, no me alabes tanto (*cayéndosele la baba.*) Hay que dar la parte principal á la Providencia, y á nuestra Santísima Virgen del Sagrario, á quien con el alma pedí que me diera ocasión de recobrar lo mío.

Contó en seguida prolijamente el caso de la inspección del Timbre, de la multa impuesta á Illán por D. Simón Babel, del arbitrio empleado para aplacar las iras del farolón. Fabián, al comprender el juego de su amigo, lanzó un re soto-grave que hizo retemblar la habitación. Al profundo ruido despertóse el monstruo; los dos amigos miraron al suelo, y vieron brillar dos ojos como ascuas en medio del envoltorio de flácidos miembros y de pedazos de estera.

«Pues oir contar el caso á Illán—prosiguió el beneficiado,—y entrarme en el cerebro un rayo de luz divina fué todo uno. Yo había oído en casa de Saturio el sastre y en casa de las Rebolledas que estas pejigueras de la inspección se liquidan con una corta cantidad. ¡Valientes peines! Yo no conocía á ese Babel más que de vista; pero conozco á Casiano, que es pariente de su mujer, y trato mucho á Casado, amigo de todos ellos. Fuíme en busca del primero; no le encontré; vi á Casado; me acompañó, y, abreviando, lo arreglamos como yo quería, atizándole una onza al bribón ese. Padres é hijos todos son unos, y el que

nos estafó con la camama del *cálculo loterico*, ese Fausto á quien no he visto nunca, ni ganas, probablemente irá á la parte con su papá, y éste le dará al hijo un tanto de lo que saca con los timos á los pobres tenderos. En fin, que aquí están los cuatro duros. No se los he quitado á Illán, sino á los Babeles. Mi conciencia está tranquila, ¿qué digo tranquila? satisfecha, porque ello me resulta obra de caridad, restituyendo al pobre lo que esos bandoleros le robaron, y realizando un triple beneficio, fíjate bien: contento yo, porque he recuperado lo mío; contento Babel, porque ha sacado la rajita, y contentísimo Illán, por quitarse de encima la multa...

—Y contentísimo yo, porque me llamo á la parte—dijo Fabián.

—Justo—replicó Mancebo, sacando del bolsillo dos duros.—Toma la mitad que te corresponde, puesto que en compañía hicimos aquella estupidez, y en compañía, por mediación tuya, nos dió ese tuno el gran sablazo. ¿Estás conforme? Pues ahora, con estos dos duros y los tres que me corresponden de la aproximación del otro día, reuno cinco, que me vienen como pedrada en ojo de boticario para echar medias suelas á toda la tropa menuda, que está con los dedos al aire. ¡Zapa! Pero hay tanta cosa á que atender y tanto agujero que tapar, que no sé yo cómo vamos tirando. La vida en estos tiempos es carga tremenda, y cuando uno se encuentra *tío de familia*, no le queda más recurso que gastarse los dedos de la mano contando el santísimo maravedí. ¿Y tú, qué tal andas? ¿Cómo te las compones con tanto hijo? ¿Cuántos tienes?

—¡Siete!—dijo Fabián echando un suspiro que valía por tres.

—¡Siete también! Entonces nada tengo que envidiarte, porque de siete consta también mi sobrinada, y además el padre, la madre y este fenómeno de Dios. Pero voy contento con tantas cruces á cuestas, con tal que no me falte para mantenerlos y sacarlos á todos adelante.

—Pues yo—indicó el salmista,—si no fuera por las lecciones de música, y el discípulo de piporro, ya estaría en el Asilo con toda mi trailla.

—¿Para qué te casaste?... Bien te lo dije.

—¿Y qué remedio ya? Con paciencia y patatas se va para adelante... Este maldito oficio eclesiástico da poco aceite... Porque créame usted, D. Francisco, si yo sigo el consejo que me dió Selva, el bajo del Teatro Real de Madrid, que me oyó y dijo que voz como la mía no la hay en toda Europa; si yo ahorco el maldito roquete, y me planto en Milán, y tomo lecciones de braceo, y me estreno en las tablas, y me contrato, á estas horas estaría ganando más que el Arzobispo. Pero ya es tarde, ¡me caso con la Dominica! con cuarenta años, costilla y siete de reata, no hay que pensar más que en morirse echando los bofes en ese infierno de coro, con perdón.

—Hombre, todavía... ¡quién sabe! procura ahorrar.

—¡Ahorrar yo! ¡como no ahorre música!

—Igual me pasa á mí. Por más que me devano los sesos, no puedo juntar arriba de ocho ó nueve duretes, que en seguida se me escurren por entre los dedos... ¡Qué vida ésta! ¡Y qué poder el de los números, contra los cuales no prevalece nadie, ni la Vir-

gen del Sagrario! Si fuéramos unos granujas, como ese D. Simón. ¡Ay! todavía me parece que le tengo delante, con aquella cara de embajador ó ministro... y aquella tiesura inflada como la de los gigantones... Tomó la onza como tomarías tú un pitillo. Y ni aun me dió las gracias el tunante. Al pobre Juanito Casado, la verdad, un color se le iba y otro se le venía, y yo de buena gana le habría dado un tirón de los bigotes al tío aquel hasta arrancárselos de raiz. Otra: la señora salió también á saludarme, y me echó mil finuras. Pues mira tú, la señora me agradó. Dióme en la nariz que allí hay razón, buen juicio, formalidad. No deben de gustarle los líos que el mamarracho de su marido y el pillete del hijo traen entre manos. Y tienen también una hija guapa, esbelta, con aspecto de tísica pasada y un no sé qué en la manera de mirar. Según me indicó Juanito, á Casiano le hace tilín la moza esa, la cual me parece á mí que está tocada. ¡Qué familia! Yo, que he visto tanto mundo y en seguida calo á las personas, te aseguro que allí no discurre al derecho más que la mamá.

II

Esto no lo oyó Fabián, que sentándose al piano, había empezado á mascullar aires de zarzuela y ópera. Justina entró á la sazón y tras ella los chicos, que se enracimaron junto al cantor. En cuanto oyó el monstruo la música, se animó extraordinariamente; sus ojos echaban chispas, y llevando el compás con la cabeza, trataba de repetir lo que oía.

«¡Cómo te gusta, pobrecito!—dijo Mancebo cariñoso, tirándole de una oreja.—Toca, Fabián, toca, para que esta alma bestial sea por un instante alma de ser cristiano.» Pero el músico, desesperado de la rebeldía del instrumento, que sonaba como una pandereta, lo abandonó, y en medio del cuarto se puso á entonar cánticos corales apianando la voz para no atronar la casa. Ildefonso le acompañaba, y á ratos podía creerse que el coro de la Santa Iglesia se había trasladado á la casa de Mancebo, el cual metía también su *gori gori*, siguiendo al unísono alguna frase de salmo ó antífona. El fenómeno lanzó varias notas en perfecta armonía con las demás, y cuando Fabián, atento al efecto que su voz causaba en aquel ser rudimentario, rompió con el *Dies iræ* litúrgico, en voz entera y con el aire vivo que usualmente se le da y lo hace tan patético, aconteció lo que nadie había visto nunca. El antropoide empezó á mover sus extremidades, que parecían las de un pulpo; las desarrollaba, las extendía, reptando con ellas, y lentamente se iba trasladando á lo largo del suelo, erguida la cabeza y en su boca una sonrisa tan de persona que más no podía ser. Todos, chicos y grandes, se maravillaron de aquel ensayo de movimiento que era una novedad en la infeliz criatura. Justina llamó á su marido para que viese lo que casi por milagro podía pasar. D. Francisco le seguía, inclinándose para verle mejor, y Fabián, ante el éxito de la salmodia, se iba inspirando más y dándole más hermosa expresión: *Qui Mariam absolvisti... et latronem exaudisti... mihi quoque spem dedisti.*

Más de una vara recorrió el hermano de Leré á im-

pulso del poderoso ritmo musical, al andamento vivo del *Dies iræ*, que parece una marcha bailable. Tan bailable era que los chicos se pusieron á dar brincos en parejas, marcando los tiempos de cada compás, y el monago seise danzaba frenético, cantando con argentina y dulce voz: *Taba mira spargens sonum*, etc...

Aquella noche, al recogerse D. Francisco á su madriguera, observó que hacía mucho tiempo que no se retiraba á dormir con el espíritu tan sosegado. El caso Illán-Babel podía mirarse como verdadero triunfo y ejemplo visible de la protección del Cielo. Cuando subió Justina á arreglarle la cama, preguntóle su tío si se tenían noticias de Leré, á lo que contestó ella que por la mañana había estado en el Socorro. Como el beneficiado no le gustaba de hablar de Lorenza ni de la toma de hábito, la benignidad con que hizo la pregunta parecióle á Justina de feliz augurio. «La pobrecilla—se aventuró á decir,—está muy quejosa de usted, porque no ha ido á verla; y verdaderamente, tío, que nos guste más ó menos su determinación no es motivo para que dejemos de quererla. Las hermanitas la adoran, tío, y están con ella á santo dónde te pondré.

—Iré á verla—dijo [illegible]ancebo, que aquella noche era todo alegría.—Cuando la santidad llega á tal extremo, no hay más remedio que... perdonarla, digo, acatarla.

Enlazando las ideas y las personas con viveza mujeril, Justina habló repentinamente á D. Paco de otro asunto.

—¿No sabe usted, tío, lo que me han dicho hoy? Me he quedado pasmada, y usted se pasmará también.

Pues... no crea que es fábula; es el Evangelio; quien me lo ha dicho no miente... Pues el señor aquél, don Angel, el amo de Lorenza, se ha vuelto beato... como usted lo oye. Se pasó ayer toda la mañana en San Lucas, oyendo misas pagadas por él.

—¡En San Lucas! ¡Sopla! Pues mira: algo de eso me habían dicho á mí; pero no lo quería creer. Dale que es tarde; tanto me lo repiten que lo iré tragando. ¿Y dices que en San Lucas? Si allí no hay misas ni quien las diga. Oí que le habían visto en Santiago del Arrabal. Es que se va lejos para ocultarse... Pero, en fin, si Dios le llama por ese camino, vaya bendito de... Era masón y ahora se da golpes de pecho. ¡Bien, magnífico, gran conquista! En cuanto le vea le daré mi enhorabuena.

—¿Pero no sabe lo más gordo, tio? Hoy le dijeron á Roque... Mire usted que no me acuerdo quién se lo dijo. Paréceme que fué Teresa Pantoja... Pues ello es que D. Angel va á cantar misa.

—¡Sopla!... *(Estupefacto).*

—No... precisamente cantar misa no dijeron... Más bien que piensa hacerse religioso cartujo, y dar todito su caudal á los pobres.

—¡Justina!... no bromees... Justina. *(Con vivísima inquietud.)* ¡Á los pobres! ¿Pero qué pobres son esos? ¡Zapa! No serán los que pordiosean por la calle... no serán los que ejercen la mendicidad como un oficio ¡zapa, contra zapa! *(furioso)*, y entre ellos conozco algunos que son unos solemnísimos bribones.

—No dijeron qué casta de pobres serían los que van á heredarle. ¿Y usted cree eso?

—Pues... ¿qué quieres que te diga? *(Calmándose.)*

Ejemplos hay de ese desprendimiento sublime. En estos tiempos de materialismo, he visto yo aquí dos ó tres casos: sin ir más lejos, D. Evaristo Valcárcel, que dejó á la Beneficencia más de tres millones. En edades antiguas sí hubo ejemplos mil de ese desprecio de las riquezas, y ahí tienes las fundaciones que lo acreditan. De forma y manera que á mí me parece que eso que se cuenta de don Angel es verdad. Qué sé yo... siempre me pareció que ese señor no regía bien de la jícara. (*Desdiciendose.*) No, no es que yo critique... No quiero decir que esta caridad al por mayor sea locura: lo que sostengo es que siempre me pareció hombre de ideas exaltadas. ¡Ah, gran cosa, hermosísimo acto! ¡Dar toda su riqueza á los pobres! Hija mía, hay que quitarse el sombrero, hay que... Pero mira, más vale que esperemos á verlo para celebrarlo, porque en estas cosas de dar, qué sé yo... siempre he visto que la realidad no correspondía al bombo. Veremos y creeremos. Y hay que mirar también cómo reparte esos ríos de dinero, porque de repartirlos bien á repartirlos mal va mucha diferencia para su alma y para el objeto que se propone. Figúrate tú que empieza á soltar, á soltar á chorro libre y sin ningún criterio. Pues no hará más que fomentar la vagancia y los vicios.

—Ahora me acuerdo, tío. Dijéronle á Roque que don Angel piensa fabricar un convento... no, convento no dijeron... un gran edificio, vamos, para corregir á la gente mala, amparar á los menesterosos, poner en cura á los enfermos, y tal y qué sé yo.

—¡Ah! bien, bien. (*Expansivamente.*) Esa sí que es brava idea. Pero, como toda idea grande, puede ma-

lograrse si al llevarla á la práctica no se mira bien á la organización, y sobre todo, sobre todo, á qué clase de manos se encomienda el negocio. Porque imagínate tú que no se les ocurre poner al frente de ese instituto de caridad á un hombre entendido, del estado eclesiástico, de años y experiencia, y que sepa administrar bien, bien, pero bien... Pues todo lo tienes perdido, y lo que había de ser para Dios, cátate que es para el Diablo.

Al llegar á esto, D. Francisco, que ya había empezado á despojarse de las ropas exteriores para meterse en la cama, se las puso otra vez nervioso y excitado.

—Pero tío—le dijo su sobrina, queriendo retirarse.—¿Qué hace usted? ¿Va á salir á la calle?

—Yo, no... ¿por qué?

—Como se está usted vistiendo.

—¡Ah! no... Es que estaba distraído... No sé lo que me pasa.

Y empezó á desnudarse con tanta prisa, que Justina se tuvo que largar para no verle en paños menores. El buen D. Francisco, que había subido á su alcoba con el espíritu regocijado y sereno, vióse acometido de pensamientos alborotadores, de esos que son para el sueño lo que sería para el órgano de la vista un puñado de arenillas arrojado en los ojos. El buen clérigo durmió mal, queriendo expulsar del caletre las ideas que lo tomaron por asalto, y á la mañana siguiente tempranito levantóse derrengado y con el cuerpo lleno de dolores, cual si se hubiera caído por un precipicio, rodando entre piedras y zarzas. En la Catedral sus ideas se embarullaron considerablemente,

porque la flaca y voluble memoria no le ayudaba para ponerlas en orden. «Yo quiero recordar—se decía,—quién diantres me contó que había visto aquí al madrileño oyendo misa con muchísima devoción, y no caigo, no caigo... ¿Fué D. León Pintado Palomeque? Ni quién me lo dijo ni la capilla donde le vieron puedo recordar... Pero ¡quiá! aquí no viene él. Le daría vergüenza, tendría miedo á su propia piedad, porque el mundo es muy malo y ridiculiza á los que se vuelven á Dios, dando esquinazo á la masonería. Y hace mal el no venir aquí, porque le instruiríamos en mil cosas en que debe de estar poco fuerte; le pondríamos en guardia para que no mande decir misas á la buena de Dios... y mire mucho á quién se las encarga... En fin, él se lo pierde. A lo que iba: ni aun para convertirse y hacerse buenos tienen criterio estos señores masones. Hasta para salvarse han de hacer tonterías».

Nada ocurrió aquel día digno de perpetuarse en la historia; pero al siguiente, ¡María Sacratísima del Sagrario! celebraba D. Francisco Mancebo su misa en el altar de San Ildefonso, revestido de casulla verde, por ser el cuarto domingo después de la Epifanía, cuando al volverse para el pueblo con el *Dóminus vobiscum* en los labios, vió al madrileño de rodillas, pegadito al sepulcro del cardenal de Albornoz. «Ya pareció aquello—dijo para sí en fugaz soliloquio el oficiante, procurando al punto volver sobre sí y no distraerse. Poco trabajo le costó concentrar toda su atención en la misa; pero á ratos sentíase cosquilleado de alguna idea intrusa y profana que quería colarse por los intersticios más angostos de la sesera. Él la ex-

pulsaba, como si dijéramos, á zapatazos, y terminó la conmemoración del santo misterio sin dejar de ser dueño de sí ni un solo instante. Pudo observar que el neófito no mostraba afectación en su piedad; antes bien, ponía sus ojos en el preste con naturalidad y como la mayoría de los que cumplen el precepto, sin libro, sin demostraciones exageradas, como lo habría cumplido D. José Suárez, verbigracia, ó cualquier otro ilustrado del tipo y cuño corriente. Podría creerse que aquel día despabiló Mancebo la misa más pronto que de costumbre, y eso que comúnmente la decía como para tropa, y se quitó las sacras vestiduras con mayor presteza todavía, ávido de salir para darle á su amigo un apretón de manos y mil parabienes. Pero ni visto ni oído. Por más que le buscó en la capilla y fuera de ella, no le pudo encontrar. Preguntó á varias personas de su conocimiento, despachó á Ildefonso para que registrara todos los rincones de la iglesia, y nada, *velut umbra.* La Catedral es tan grande, que buscar en ella un convertido es como buscar una aguja en un pajar.

III

Angel, en cuanto D. Francisco dijo el *ite misa est*, salió de la capilla y de la Catedral, y tomó la dirección del Locum, como si fuera á su casa; pero luego hubo de variar de propósito, y por la calle de la Tripería subió hasta San Juan de la Penitencia, para entrar por la parte del Sur atravesando el patio, que es de los más característicos de Toledo, y metiéndose en

la sacristía, cuya puerta le abrió con muestras de respeto la mujer del sacristán. Allí estaba ya D. Tomé dispuesto para decir su misa. Todavía no había empezado á vestirse, y se paseaba en sotana á lo largo de la pieza, aguardando á que las señoras dieran la orden. No faltaban en la típica sacristía la cajonería de cuarterones, las cornucopias en aguamanil, las puertas pintadas de azul con vivos dorados, los sillones de vaqueta, el pedazo de alfombra antigua, ni los cuadros empolvados y ennegrecidos. El sacristán atizaba el brasero lleno de ascuas para cebar el incensario, y ya tenía el celebrante sus vestiduras y el cáliz sobre la cajonería. No hay que decir cuánto agradaban á Guerra la paz soñolienta y la tímida claridad de aquel recinto. Salió al fin el capellán al altar. La misa era cantada de un solo cura, y á la voz virginal y opaca del autor del *Epítome*, en quien Dios moraba, respondían las monjitas desde el coro con su salmodia compungida y catarrosa. ¡Qué diferencia entre la pobreza del culto en las olvidadas Franciscas y el esplendor aristocrático de las Bernardas de San Clemente! Pero aquel convento de San Juan había llegado á ser interesantísimo para Guerra, y más simpático y consolador que ninguno, porque el peregrino maridaje que ofrece de lo mudéjar y lo gótico, parecíale fiel espejo de la transición que en tales momentos era un hecho en su alma. En ésta la severidad y unción religiosas se combinaban también con las alharacas del mundano estilo. Durante la misa, á la que sólo asistían tres ó cuatro personas, meditó mucho en su evolución ó metamorfosis, la cual, después de iniciada, le resultaba menos difícil. Los pri-

meros pasos le habían producido bienestar, cierta alegría pueril y novelera de esa que el mundo compara á la del chiquillo con zapatos nuevos. Reconoció que en los comienzos el culto sólo hablaba á sus ojos y oídos; pero también hubo de notar que no tardaba en herir las fibras del sentimiento, tendiendo á invadir poco á poco los espacios de la razón. Para esto era preciso un método especial que instintivamente puso en práctica desde los primeros días. Del examen de sí propio había sacado en limpio que la oración no afluía de su mente con facilidad y desahogo cuando la practicaba de un modo abstracto, porque mil ideas profanas, confundiéndose con la idea regida por la voluntad, la distraían y embarazaban. Vióse, pues, obligado á sujetar el pensamiento por medio de la contemplación sensorial de la imagen ó símbolo, de donde vino á deducir la importancia y utilidad del arte en la vida religiosa. Así, cuando oraba encadenándose fuertemente con el símbolo por medio de los ojos, se defendía bien de las distracciones; pero no quedaba satisfecho de sí mismo, y aspiraba á educarse en el rezo metafísico y en las meditaciones abstractas y puras.

Otro fenómeno que en sí notaba era que la adoración de la Virgen érale más grata que otra cualquiera adoración, y que los rezos dirigidos á la madre de Dios le salían más fáciles y espontáneos. En cambio, la plegaria expedida directamente y sin intervención alguna hacia el centro de toda divinidad, no le resultaba, y cuando más pinitos hacía, sutilizando el pensamiento para que subiera, encontrábase abajo, sin haber podido remontarse ni el espacio de un dedo.

Por lo común, las devociones practicadas con los ojos puestos en alguna efigie del sexo masculino, no le salían bien, y si el santo era barbudo, de esos que leen ó escriben en descomunal libro, como si estuvieran tomando apuntes, perdía completamente la ilusión. El Crucificado mismo, tan real y divino al propio tiempo, tan hombre y tan Dios, le sugería pensamientos más enlazados con los dolores efectivos de la Tierra que con las beatitudes incorpóreas del Cielo, le despertaba el humanitarismo igualitario con fines de reforma social, y si le infundía vigor y alientos para la lucha en pró de la perfección humana, no le transportaba á la región etérea y luminosa, como la Virgen, toda belleza ideal y lírica, toda piedad, indulgencia y dulzura. Con ésta sí que se entendía bien; con ésta sí que se desprendía fácilmente de lo terrestre. ¡Y qué pronto hallaba en su meollo palabras escogidas para celebrarla ó para pedirle apoyo y consuelo! Los términos de ternura, de congoja y esperanza no se le acababan nunca, ni tenía que discurrir para llevar á su corazón la confianza de ser escuchado y atendido.

Al concluir la misa, pasaron al locutorio y hablaron con las Franciscas, para quienes no había nada más sabroso que echar un parrafito con D. Tomé. ¡Qué olor á incienso, á ropa limpia, á canela y á humedad! ¡Qué conversación más inocente y qué ideas más apartadas de todo comercio mundano! Era en verdad aquél un mundo aparte, supralunar, sin más ideas que las elementales y primitivas, con no se qué quieto ambiente de puerilidad fúnebre. Las buenas señoras dieron las gracias á D. Angel por su donativo para coger las

goteras que el crudo invierno les abrió en los tejados de la santa casa. «¡Ay, si el señor Cisneros levantara la cabeza y viera cómo está su fundación!», dijo la Priora, y siguió un coro de excitaciones á la paciencia, y luego, al despedirse tan amigos, la promesa de rezar mucho, mucho, por el señor de Guerra para que Dios le favoreciese.

Aquel día Teresa Pantoja vió entrar, conducidas de la procerosa sacristana de San Juan, dos desaforados platos de natillas que hicieron las delicias de Palomeque. Guerra y D. Tomé, después de comer, se fueron á pasear solos por la Vega, platicando sobre religión. El seráfico autor del *Epítome* le contaba al otro las entradas y salidas de la Bienaventuranza Eterna como si acabara de venir de allá, y Angel, sin dar entero crédito al capellán, le oía con delectación.

Transcurrieron días (no se puede precisar cuántos), y el converso notaba que de uno en otro se le hacían más fáciles las prácticas de devoción. Pero apuntaba ya Febrerillo loco, y no había pasado aún de los actos puramente contemplativos, faltándole aún que apechugar con lo más áspero del camino, que era la confesión. Mejor que contar lo que le pasó, será reproducir los términos en que él hubo de referírselo á su divina consejera. Fué, sin duda, un caso interesante, con su granito de sal cómica, y la verdad impone la obligación de decir que Leré no pudo tener la risa al oir el relato. «Pues hallábame—le dijo,—á mi parecer, perfectamente dispuesto para acto tan grave... Examinada la conciencia desde la época de la niñez. Ya ves que había tela larga. No me faltaba

más que vencer la inercia moral, ahogar el falso pundonor que nos prohibe humillarnos. Creyendo haberlo conseguido, ayer tarde me fuí á la Catedral con propósito firme de confesarme. Hasta entonces todo iba bien; pero... aguárdate un poco. Animoso, aunque algo conmovido, me meto en la capilla de San Ildefonso, y desde la verja distingo el bulto del sacerdote dentro del confesonario, esperando penitente: «Allí está mi hombre—digo,—y sin pensarlo más me voy derecho á él, me acerco, doblo la rodilla y... No la había puesto en tierra cuando reconocí á don León Pintado, y me desconcerté, sintiendo un espantoso tumulto de protesta dentro de mí, el cual me obligó á dar media vuelta y huir como alma que lleva el diablo. Fué un verdadero pánico. La cobardía pudo más que todas mis resoluciones. Pasó lo que te cuento en pocos segundos, y no me dí cuenta de la rapidez con que salí de la capilla. Recuerdo que en aquel breve instante de mi aparición ante el confesonario, Pintado me miró como si me reconociera. El pobre señor se quedó con el *alleluia* en la boca.»

En el primer momento se rió Sor Lorenza, rindiendo tributo á la nota festiva del caso; pero luego se puso seria. Angel le desarrugó el ceño con esta importante declaración: «No me riñas, que hoy por la mañana realicé con facilidad suma lo que anteayer me fué tan difícil ó imposible».

—¿Con D. León Pintado?

—No, hija, esto no puede ser por ahora. No se me pidan de una vez esfuerzos tan extremados. Confesé con un desconocido, aquí en Santo Tomé. Creo que

el estar tan cerca de ti me daba una fuerza mental y un vigor de conciencia extraordinarios.

El gozo con que Leré recibió esta feliz noticia se revelaba en su rostro y en su empañada voz. «El primer paso está dado, amigo D. Angel—le dijo.—Verá usted qué fáciles son ahora los que siguen. Dios le tiene ya por suyo. Satanás rechina los dientes. Déjele usted que rabie y eche veneno. Mucho cuidado con las trampas que ha de armar ahora, las cuales serán tan sutiles, que es menester andar con cien ojos para no caer en ellas. De fijo le arma á usted una tan sumamente hábil, tan sumamente ingeniosa, que por bien que se prepare contra ella no podrá evitar que le coja un poquito. Mire que es muy pillo ése, muy mañero, y sabe mucho».

—No, ya no me coge; no temas. Si él sabe, yo también sé, como pecador que he sido, y discípulo suyo de los más aplicados. No se atreverá conmigo.

—Invocar, invocar sin descanso á la Santísima Virgen, porque ésa es la que le mete en cintura y no le deja resollar, aplastándole la cabezota con aquel pie divino que sujeta la luna. Invocar, invocar á Nuestra Madre, para que si el bribón ese arma trampas ella se las desbarate con sólo mirarle; porque le mira, sí, y el infame, ante la mirada de la Reina, se queda tamañito, ruje, patea, se hace un ovillo y no se atreve ni á morder la orla del manto de la Señora, de aquel manto con que barre las estrellas.

—Invocaré, invocaré—contestó Angel embelesado.—Ahí tienes una devoción que nunca me fué difícil, devoción dulcísima y consoladora sobre todo encarecimiento. Los gérmenes de ella existen en el

alma humana, y á poco que escarbes los encuentras donde mismo están las raíces del dolor.

—Bien, bien—dijo Leré reflejando aquel entusiasmo que de ella partió y á ella tornaba y multiplicado lo devolvía.—Si Nuestra Madre nos da la mano, adelante; un paso más, y triunfo seguro. ¡Gracia, salvación, eternidad!

El mismo ardor del entusiasmo produjo una pausa en que uno y otro meditaron. Por fin, la novicia le dijo que debía marcharse, y antes le dirigió una exhortación ó consejo, que por el tono más bien mandato parecía. Fué lo siguiente: «No me gusta que ande usted escondiendo del mundo su religiosidad, como si fuera una falta. ¡Horrible contrasentido que el hombre se avergüence de ser bueno! Pase que la iniciación imponga cierta reserva; pero dados los primeros pasos, hay que levantar la frente delante del mundo, señor mío y humillarla públicamente delante de Dios. Se acabaron los tapujitos, D. Angel. Si quiere tenerme contenta, sálgase del círculo apartado de las iglesias de escaso concurso, y... ¡cara al enemigo! ¡Á la Catedral en las grandes solemnidades! ¿Cuáles son las parroquias más concurridas? La Magdalena, San Nicolás. Pues á ellas, á ellas mañana y tarde, para que el mundo se vaya enterando, y si critica, mejor, ¡mejor mil veces!

IV

Salió de la conferencia muy resuelto y animado, porque la fascinación de la divina hermana del Socorro ganaba cada día mayores espacios en su alma, y

sobre los atributos propios de su sér iba claveteando como una lámina de oro que los ahogaba y envolvía. Era como esas imágenes bizantinas forradas de chapa de metal precioso, que no permite ver la escultura interior.

En los días subsiguientes, pasó largas horas en la Catedral, donde Mancebo le pudo echar el lazo y cogerle prisionero, dedicándose á mostrarle con prolijidad de *cicerone* fastidioso las mil cosas reservadas que aquel soberbio Museo atesora en la Sacristía y Vestuario, en la casa del Tesorero, en el Ochavo y capilla de Canónigos, maravillas del arte suntuario que son otros tantos homenajes del humano ingenio á la idea religiosa. Guerra lo veía todo con grandísimo contento, pasmado de tanta riqueza, de tanta hermosura, y alabando la unidad y la fuerza de las sociedades que juntaban todas sus energías en un solo haz. La poesía y las riquezas, la industria y las artes liberales, la ciencia y la fuerza bruta, todo concurría con armónica conjunción á un solo fin. ¡Renovar aquella unidad dentro de las condiciones de la edad presente, qué triunfo, qué idea tan grande! ¿Pero quién era el guapo capaz de atreverse con ella?

Por la mañana no perdía nunca la misa conventual, tan hermosa, tan solemne, en aquel Presbiterio que parece la expresión más poéticamente sensible de todo el dogmatismo cristiano. Y mañana y tarde, las horas de Prima, Tercia y Nona en el Coro le producían arrobamiento y emociones deliciosas, siguiendo en su libro la letra de las antífonas y salmos, impregnados de oriental melancolía. Mancebo no le dejaba á sol ni sombra, y después de ofrecer á su admiración

las preseas de la Virgen del Sagrario, que anonadan por su riqueza indostánica, hacen verosímiles los cuentos de hadas, y emulan con su verdad la mentira de los paraísos budistas, le espetaba lecciones de liturgia, explicándole el sentido simbólico de ésta y la otra ceremonia, de tal ó cual vestidura ó accesorio. Por no dejar nada sin registrar, hasta le encaramó á la torre, para visitar las campanas, refiriendo los nombres de cada una, su significación, su historia, los toques que daba; y por fin y remate de la visita artística, cuando ya no quedaron alhajas, ni telas, ni códices, ni cuadros, ni escondrijos que ver, concluyó presentándole los Gigantones y la Tarasca, que se apolillan en las Claverías.

En cuanto el convertido traspasaba la puerta Llana, Mancebo, que le acechaba las vueltas, le cogía en su zarpa poderosa, y ya no le soltaba á dos tirones. Su principal anhelo como hombre práctico que tenía que atender á tan graves problemas vitales, era estrechar sus relaciones con Angel hasta la intimidad. «Veremos—se decía,—si me elige por su confesor de oficio, con cargo permanente. Bien podría hacerlo, porque nadie le aconsejaría mejor, así en lo espiritual como en lo temporal, pues en todo soy fuerte, gracias á Dios. Sé confesar y sé administrar. Gobierno un alma como el más pintado, y manejo los intereses que se me confíen, con una honradez y una puntualidad que ya quisieran más de cuatro. Si entiendo de pecados, también de números entiendo, pues para eso puso el señor en mí el don de arreglo economico. ¿Habrá otro que en aptitudes tan distintas se me iguale? No, no le hay. Por eso mi amigo no sabe la

que se pierde con no ponerse en estas manos para todo, para lo del alma y para esa otra teología del vivir material, que también es de Dios.

Pero nada le habló Guerra de donde el otro pudiese colegir que se pensaba en él para director espiritual ni para intendente. En cambio D. Francisco oyó de sus labios cosas que á gloria le sonaron, verbigracia: que corría de su cuenta la educación de Ildefonso, y que por de pronto le pondría interno en un buen colegio, para que entrase después, si persistía en su vocación en la Academia de Infantería. Del segundo y de los demás se hablaría conforme fueran creciendo. Otrosí: el tío Providencia no tenía que afanarse por los piquillos supletorios que era costumbre mandar al pianista en ciertas épocas del año, pues Braulio, desde Madrid, acudía puntual á esta necesidad. Finalmente: la suma que Mancebo tenía en depósito para el dote de Lorenza, y que debía entregar á las Hermanitas cuando la joven profesara, se destinaba á las necesidades de la familia, pues Angel se cuidaba de la dote y de otras formas de protección á la Hermandad del Socorro.

«Del mal el menos—decía el clérigo,—y véase por dónde, al fin, me ha caído la lotería. Nuestra Señora amantísima del Sagrario ha tenido compasión de este agobiado jefe de familia, y le permite comprar el titulito del 4 por 100, gracias á la esplendidez de ese bendito señor, que mil años viva. Bien venida sea la santidad si viene por estos caminos, y lo que yo me temo es que la cristianísima fundación esa de que se habla no obedezca á un criterio acertado y lógico. . ¿Por qué no consultará conmigo, que podría ser su

asesor más desinteresado? Es mucho hombre éste con su misterio y sus secreticos. No me conoce; no sabe que si águila soy en lo moral, no lo soy menos en lo aritmético, y que sé administrar, cosa que ignoran muchos que viven y mueren en olor de santos. Él se lo pierde, y por no escuchar mi dictamen, puede que se salga con alguna pata de banco, con una fundación *sin base económica*, que luego resulte el mayor adefesio del mundo.

Una mañana, después de misa mayor, hallábase Angel en la antesacristía con D. Francisco, cuando vieron pasar á Arístides y Fausto, acompañando á una familia forastera. Fabián, que por allí andaba también, se acercó al beneficiado y le dijo, apuntando con disimulo á Fausto: «ese es».

—¡Ese!—exclamó Mancebo mirándole, el terror pintado en su cara.

—Ahí tiene usted al sabio inventor del *cálculo loterico*—dijo Guerra,—un desgraciado, más digno de lástima que de odio, víctima de la miseria y de las malas compañías.

Al decir esto, y cuando los Babeles y sus acompañantes pasaron á admirar el techo del salón de la sacristía y el cuadro del Expolio, Guerra clavaba sus ojos en Arístides, que pasó junto á él sin decirle nada, aunque bien reparó Angel que su enemigo le había visto.

Creyeron todos que á Mancebo le daba un síncope al ver á Fausto. «¿Pero de veras es ese—decía,—ese que cojea?... ese el de los cartones? Si yo le conozco, no se me despinta su cara; pero no sabía que era esa la cara del maldito algebrista, ¡zapa! Como yo no le

vi y fuiste tú quien con él se entendió cuando quiso darnos el sablazo... cuando nos lo dió, mejor dicho..., pues como yo no le vi, no pude decirte: «cuidado, Fabián, que ese es ladrón de los finos». ¡Bendito y alabado sea... *(persignándose)*. ¿Pero es ese de veras el hijo de aquel señor de los bigotes, que anda viendo si ponen sellos á los libros? La Dulcísima Señora del Sagrario sea siempre conmigo, ahora y en la hora de mi muerte! ¡Si no vuelvo de mi asombro...! Los que no volvían de su asombro eran Guerra y Fabián, viendo al beneficiado hacer tales aspavientos.

—¡Buen par!—dijo Guerra, observándoles desde la antesacristía, mientras ellos admiraban el Expolio.—Aquel otro, espigado y de buen parecer, es su hermano Arístides.

—¡Sopla!, pues veo que también viene Casiano. Miradle: aquél, vestido de paño negro. ¡Pobre Casiano! Un hombre de bien entre tanto pillo. Y esa familia, ¿la conoces tú?

—Son sagreños—dijo Fabián,—y una de las señoras es tía de D. Juan Casado.

—¡Dios mío!—exclamó Mancebo, volviendo á trazar anchas cruces sobre su persona.—¡Las cosas que en este mundo se ven! Pues van á saber ustedes de qué conozco la cara de ese tunante. Tengo que referir un grave suceso ocurrido en esta santa iglesia hace tres años, cuando...

Hizo un paréntesis para acudir á expresar una idea que saltó en su magín. «José—dijo á un sacristán que salía por la puerta que da al patio del Tesorero;—mira, di que no enseñen nada á esa tropa que está en el salón, que guarden todo bajo siete llaves, y vigi-

len mucho las manos de algunos de esos. Hay uno en la partida que, si nos descuidamos, se lleva bajo la capa lo primero que encuentre. No abráis la verja del Ochavo, ni el vestuario, ni nada.» El pobre señor revelaba en su voz y tono un miedo cerval. Llevó á los dos amigos al cuartito del agua, y allí con grandísimo secreto les dijo: «¿Te acuerdas tú, Fabián, de aquel sucedido, cuando vinieron dos tipos de Madrid á comprar una porción de material viejo de cobre, clavos, chapas de puertas, visagras, candeleros inservibles, braseros y no sé qué más? ¿Recuerdas que todo ello estuvo en la cuadra baja del patio, y que se remató por disposición del Cabildo, siendo canónigo Obrero el Sr. Díaz? Pues á mí me comisionaron para la entrega, y los dos rematantes, el cojitranco ese y otro que no está ahí, me suplicaron que les enseñara el vestuario. Mil veces me oirías contar lo que pasó. Pues ese, tu amigo, el inventor, el cabalista, ese fué el que escamoteó la palmatoria de plata de las misas de pontifical, y se la llevaba debajo de la capa. Yo, que algo me maliciaba, sorprendí el bulto cuando los dos pájaros salían por la puerta esa del patio, que siempre está cerrada, y aquel día se abrió para que sacaran el cobre viejo y lo cargaran en un carro en la calle de la Tripería. Mire usted, D. Angel, si mil años viviera, no olvidaría el momento aquél. Vi yo que el hombre ocultaba la palmatoria, y sin decirle nada me abalancé á él como un tigre, y grité: «So pillo, so...» Él, viéndose cogido, me dió un empujón, y yo á él otro, y en aquel zarandeo cayó al suelo la palmatoria, y uno de los mozos que estaban transportando el cobre arremetió al ladrón con un palo. El

compañero huyó como una exhalación, y no le volvimos á ver; pero éste cayó al suelo en medio de la puerta medio abierta, con todo el cuerpo fuera, menos los pies que quedaron dentro. ¿Qué hice yo? Cerrar y apretar, dejándole las patas cogidas como en un cepo, y tratando de sujetarle allí hasta que viniese la justicia. En efecto, apretábamos firme, y el bribón en el suelo chillando como un zorro cogido en el garlito. Por fin, pudo zafar un pie, y tiraba del otro echando unas maldiciones que daban horror. Bernardo Fraile, que era el mozo que me ayudaba en esta faena, dijo: «Voy corriendo por un hacha, y le cortamos la pata»... «Hombre, no—le dije,—eso me parece demasiado.» Y en esta disputa sobre si usaríamor ó no usaríamos el hacha, aflojamos un poco en el empuje de la puerta, y se nos escapó. Salimos tras él; pero ¡zapa! iba como el mismísimo viento. El cobre allí se lo dejaron, sin pagarlo, se entiende, y el Cabildo me dió las gracias de oficio por haber rescatado la palmatoria. Dióse parte al juez; pero éste no encontró el rastro de aquel par de zorros, que debieron de tomar el tren cuando salieron de aquí. Con que ahí tenéis la historia, que á entrambos os maravillará: á ti, Fabián, que ya la sabías, por conocer ahora al personaje de ella; y á usted, D. Angel, porque conociendo el santo, ahora se entera del milagro.

Asombráronse uno y otro de la interesante historia, y al salir de la antesacristía vieron que los forasteros, con Casiano y los dos Babeles, andaban entre el Coro y la Capilla Mayor, siguiendo los pasos y aguantando las eruditas jaquecas de uno de los *cicerones* más pegajosos que por entonces se ganaban la vida en la Catedral.

—Allí está el hombre—dijo D. Francisco.—Aproximémonos poquito á poco. Yo saludaré al bargueño. Fijarse en la cara que ha de poner el cojo cuando me vea, y en ella, como en un libro, leerán la confirmación de lo que acabo de contarles. Así lo hizo. Cuando Casiano le estrechaba las manos, preguntándole á gritos por su salud, Fausto vió al anciano clérigo, y se volvió bruscamente, fingiendo poner toda su atención en la verja del Coro. Pero Mancebo, deseando examinarle bien para quitarse hasta el último escrúpulo de una equivocación, se dejó ir de aquel lado, y con mordaz acento le dijo: «Bonita verja, ¿eh?» El cojo le volvió la espalda, encaminándose á contemplar los púlpitos.

—El señor es artista... y de los finos—dijo Mancebo con sarcasmo, mirándole bien.—¡Cómo le entusiasman las obras de valor que aquí tenemos!

En tanto, Guerra esperaba que Arístides le hablase. Proponíase callar como un muerto si le soltaba recriminación ó injuriosa reticencia. Grande fué su sorpresa al ver que el *barón* se le acercaba en actitud que no parecía hostil... Momento de vacilación de ambos. Saludo recíproco con una inclinación de cabeza. Por fin Babel, ¡asombro de los asombros! le dirigió estas palabras, de cuyo sentido afectuoso no podía dudarse, aunque sí de su sinceridad: «Angel, ¿hay paces ó no?»

—Paces habrá—replicó Guerra, aprovechando las disposiciones conciliadoras de su enemigo.

—Yo reconozco—añadió Babel,—que en cierto modo provoqué el lance. Estuve impertinente. Lo que empezó mi ligereza lo remató tu brutalidad, de modo

que la culpa se reparte casi por igual entre los dos. Pero yo, que no soy soberbio, podría descargar mi conciencia de la parte de responsabilidad que me toca. No lo hago porque fuí agredido. No es Angel Guerra capaz de reconocer su falta como reconozco yo la mía.

Preparado como estaba el otro, no necesitó más para recibir tales palabras con verdadera efusión de concordia. Cierto que el avieso mirar de Arístides no correspondía, no, á la suavidad de las expresiones; pero esto, ¿qué le importaba? Estrechando la mano que Babel le tendía, no vaciló en decirle: «El culpable fuí yo solo, y te ruego que me perdones.»

Creyó por un instante que las últimas palabras se le atascaban, rebeldes á salir de los labios; pero con un ligero empuje salieron. Pausa, perplejidad. Uno frente á otro, no sabían que decirse. El grupo estaba disuelto, y mientras hacían duos aparte, Casiano con don Francisco y Arístides con Guerra, los forasteros, que eran un matrimonio de la Sagra y una señora madrileña de medio pelo, contemplaban, á instigación del erudito guía, el pendón de las Navas colgado en el triforium. Fausto no se hartaba de admirar los púlpitos, deplorando tal vez que por su magnitud no pudieran aquellas hermosas piezas meterse en un bolsillo.

—Perdonados recíprocamente—dijo al fin el *barón* mascullando las palabras como quien recita una lección mal aprendida.—Y es muy grato para mí decirlo ahora que han variado las terribles circunstancias que á los dos nos impulsaron á reñir y á sacudirnos el polvo en el Corralillo. ¡Vaya, que fuímos ambos impertinentes, tontos y brutales! Pero dejémoslo: pe-

lillos á la mar, y amigos otra vez. Lo que importa es que mi pobre hermana se ha curado de aquel horrible espasmo.

—¿Es de verdad? ¡Cuánto me alegro!—dijo Guerra con tanto asombro como júbilo, aunque, en rigor, Arístides no le merecía crédito, y sus palabras le sonaban á sarcasmo de lo más fino.

—Vete por allá y lo verás. ¡La pobrecilla, menudo temporal ha corrido. Dos días, chico, dos días entre la vida y la muerte. Pero salió, y al hacerle crisis la espantosa fiebre, hízola también aquella otra enfermedad diabólica que le pegó el tío Pito. Ya tenemos mujer. No la conocerás cuando la veas. Entre mamá y yo, y el buen médico que la asiste y un amigo sacerdote, hombre que hace primores en la medicina del espíritu, hemos realizado este milagro. No creí que nos saliera la campaña como nos ha salido. ¿No lo crees? Pues date una vuelta por allá. Te digo que es otra mujer. Figúrate que ha tomado afición á la iglesia, y confiesa y comulga, y reza rosarios y letanías. No se puede dudar que la religión es un bálsamo, pero un señor bálsamo. La desgracia nos enseña lo que la felicidad y el ruido del mundo nos hacen olvidar.

No volvía Guerra de su asombro. ¡Dulce curada, Dulce religiosa, Dulce convertida! Necesitaba verlo para creerlo.

El enfadoso *cicerone* promovió la reconstitución del grupo, disponiendo la subida á la torre, y los forasteros se llevaron tras sí á Casiano y Arístides, pues el cojo, impulsado siempre de la fuerza centrífuga, se había ido á contemplar la colosal pintura de San Cris-

tóbal, y desde allí cautelosamente se unió á la partida por el trascoro.

Don Francisco, Guerra y Fabián volvieron á la antesacristía, y antes de llegar á la puerta, el beneficiado se persignó de hombro á hombro y de la frente á la cintura, diciendo al madrileño con escandalizada admiración: «¡Pero usted, Sr. D. Angel, da la mano á ese hombre!»

—¿Por qué no?

—Vamos, vamos; ya no me queda nada que ver en este gracioso mundo. ¡Á ese pillastre le da usted su mano!

—Y no sólo le doy la mano, sino que le he pedido perdón por una ofensa grave que le inferí.

—¡Perdón á ese tunante, zapa! Si es tan malo como su hermano, como no sea peor. Perdón, sí... con una vara de fresno.

—Cada cual mira estas cosas á su modo y según su conciencia.

Don Francisco volvió á persignarse y á invocar á la Virgen del Sagrario, mirando con profunda lástima á su amigo, el cual se despidió fríamente, saliendo por la puerta de los Leones, después de hacer genuflexión ante la Capilla Mayor. El clérigo y el salmista le miraban desde la puerta de la antesacristía, y antes de que saliera le pusieron su comentario.

—¡Cuando yo te digo, Fabián, que este D. Angel ó D. Diablo no rige, no rige bien!

—¡Anda, morena! ¿Pues y lo que dicen de que va á fundar una orden para hombres y mujeres de ambos sexos?

—Así saldrá ella. ¡Buena estará la orden, sí, buena,

buena! Apuesto que será para proteger á toda esta pillería, so pretexto de enmendarla y corregirla, ó para poner á mesa y mantel á tantísimo holgazán. En cambio, los verdaderos necesitados, los que llevan á cuestas una familia numerosa, como tú y yo... no tocamos pito en esas magnas funciones de la caridad de teatro. Pero déjate estar, que allá nos lo dará Dios con creces, y cuando cerremos el ojo, nuestro rinconcito en la Bienaventuranza Eterna no hay quien nos lo quite. *Anima super astra quiescit.* Con que... consolarse. La una. Adiós, hijo mío; vámonos en demanda del sacrosanto puchero.

VI

BÁLSAMO CONTRA BÁLSAMO

I

Consistió la enfermedad de Dulcenombre en una fiebre altísima, que sólo duró dos días, como racha ciclónica que con la violencia de su propio girar se aleja más pronto, y la remisión brusca la dejó en pocas horas en despejada convalecencia, aturdida y sin fuerzas, con el vago conocimiento de haber escapado á un grave peligro. En su interior reinaba la grata impresión de una crisis ó prueba decisiva pasada felizmente, durante la cual estuvo la naturaleza titubeando entre decretar la muerte ó la vida. Alegrábase la infeliz joven de vivir, pues hasta entonces, ni en sus mayores angustias había sufrido nunca las nostalgias del otro barrio, ni jamás pensó en ser Parca de sí misma. Al despertar de aquella lúgubre somnolencia, vió y sintió que la vida es buena, mejor dicho, la bondad de la vida se estampaba en su alma con la categórica lucidez de los conocimientos primordiales. Al propio tiempo, su memoria no le daba noticia clara de todo lo que había hecho y sentido en aquel turbulento período de vida toledana, cuya duración no le era fácil apreciar. De algunas cosas conservaba la impresión inmutable, como si aún las estuviese viendo; pero otras se le borraban y obscurecían, rebeldes á su propia investigación. Figurábase

á veces que aquella crisis había sido como una infancia, y las reminiscencias de lo acontecido resultábanle como las memorias de la edad primera, que unas se conservan clarísimas y otras se desvanecen, quedando sólo de ellas sombra, mancha ó perfil indefinibles.

La tarde aquella de la visita de Guerra y de la colisión entre éste y Arístides, Dulcenombre se hallaba en el período culminante de su desatino, del cual pasó á una especie de estado tetánico, y se llevó dos días en una pura convulsión, con tan horrible traqueteo que toda la familia junta no la podía sujetar. Al ver á su hija en tal situación y á su primogénito descalabrado (porque resbaló en el borde del Corralillo y fué rodando por el cerro abajo, *etcétera*...); al ver tanto desastre y desdichas tantas, doña Catalina se llenó de consternación, y no sabiendo á quien volverse, pues su marido no era hombre para las grandes adversidades (ni para las pequeñas), elevó sus ojos al Cielo, y con grandísima aflicción pidió á la Virgen bendita que la amparase.

Porque conviene notar que la buena señora, tan propensa á chiflarse por cualquier tontería, en las ocasiones graves conservaba el juicio claro, como si su entendimiento, que se destemplaba con las contrariedades chicas, se templara y robusteciera con las gordas. De estas compensaciones ofrece mil ejemplos la mamá Naturaleza. Así, en aquellos días de amargura en que parecía que el Cielo irritado se desplomaba sobre la familia de Babel, doña Catalina no tomó ni una vez siquiera en boca los reyes de la casa de Trastamara, ni mentó ningún castillo, ni re-

clamó para sí y sus sucesores los caserones de la calle de la Plata. Razonable y diligente, á todo atendía, de todo cuidaba, proponía los remedios más acertados, y si hubiera tenido otro Rey Consorte, las dificultades no habrían sido tantas. Pero Simón no puso nunca en los asuntos de familia más que una atención distraída, como hombre de Estado, cuya inteligencia reclaman mil negocios extradomésticos de importancia nacional y europea.

Una de las ideas más substanciosas que surgieron en la mente de doña Catalina fué que toda aquella cáfila de desventuras era consecuencia de lo mucho que ofendían á Dios su marido y sus hijos, el uno dando el timo á los contribuyentes, los otros inventando mil diablluras para desbalijar al que cogían por delante. Como en aquella temporada, por fortuna (que tantos males alguna compensación habían de tener), Simón barría para dentro, llevando bastante dinerito á casa, la de Alencastre discurrió que parte de los fondos malamente adquiridos debía ella emplearla en aplacar la cólera celeste. Pero no le satisfizo la idea pagana de desarrugar con ofrendas el ceño de los dioses; no se contentó con mandar aceite y velas al Cristo de las Aguas y encargar misas á don Juan Casado, sino que solicitó la intercesión de éste para que le trajese á su casa los consuelos del Cristianismo. No se hizo de rogar el cura feo, hombre muy aficionado á componer desarreglos y enderezar torceduras. Desde que doña Catalina le mandó aquel recadito que decía: «por Dios, D. Juan, venga usted á casa, que parece que se nos cae el cielo encima», fué el clérigo allá y entró diciendo: «Aquí estoy, se-

ñora mía, y aquí estaré al pie de sus desgracias; pero con la condición de que no ha de sacar á relucir su regia parentela, porque en cuanto la saque, me marcho.»

—Déjese usted de reyes, D. Juan de mis pecados. Ni qué me importan á mí las injusticias cometidas en mi persona, pues habiéndome quitado...

—Alto, alto ahí, señora, que se resbala.

—Pues alto, y vamos á lo que importa. Mi hija se muere.

—Verá usted cómo no. Ánimo, valor y miedo. Nadie se muere aquí sin mi permiso. ¿Han llamado al médico que les recomendé?

—Sí; ha venido esta mañana. Aquí está la receta que dejó. Volverá esta tarde... Y mi príncipe de Asturias hecho un *Ecce homo*. ¿Se ha enterado usted? Cayóse por el cerro abajo, y si no es porque se engancha la ropa...

—Tampoco se morirá. No apurarse.

—¡Ay, usted me vuelve el alma al cuerpo! No es como Simón, que me aflige con sus augurios.

Era el tal presbítero (vulgarmente llamado Juanito Casado) joven y dispuesto, natural de Cabañas de la Sagra, donde había heredado recientemente haciendas, molinos y rebaños. Pasábase la vida entre campo y ciudad, atento á sus intereses, y cuidándose de lo temporal, como un buen burgués cargado de familia. La de Juanito se componía de una hermana viuda sin hijos, de varias primas monjas, de dos ó tres sobrinas (las de Rebolledo) modistas de sombreros, un sobrino cadete y otros parientes lejanos. Todos recibían de él algún auxilio. La riqueza

le había matado la ambición eclesiástica, y al poco tiempo de heredar, su fama de buen teólogo y los laureles ganados en el púlpito le importaban tanto como las coplas de Calaínos. Llegó á comprender que valen más algunas fanegas de buena tierra labrantía que una prebenda de oficio en el coro toledano, y que es más bonito y hasta más cómodo sentarse en la cocina de una casa de labor entre los trabajadores, hablando de las faenas del día, que repantigarse en las sillas de Berruguete, asombro de las artes. Con tales ideas, renunció al ideal de su juventud, que era oponerse á la Lectoral ó Doctoral cuando vacasen, y aunque el Arzobispo, conocedor de sus singulares dotes, le quiso atraer ofreciéndole montes y morenas, Casado no cayó en la trampa, y prefirió la libertad y alegría de *su castañar*. En su desviación de los antiguos gustos, llegó á encontrar más hermoso un buen corral de gallinas que una función solemne de seis capas, y el canto de los pajarillos le embelesaba más que el órgano, y la Capilla Mayor con todas sus magnificencias y la Summa de Santo Tomás con toda su miga teológica le parecían menos interesantes que un campo de trigo bien espigado.

Había sido coadjutor en la Magdalena y en San Nicolás, distinguiéndose como confesor de moda en aquellas parroquias de tanta y tan buena feligresía. Pero á semejantes glorias renunció también, trocándolas por el positivismo bucólico, pues tiene mucho más chiste, dígase lo que se quiera, contemplar en el campo la sabiduría infinita que estarse todo el santo día dentro de una caja oyendo pecados y secretos vergonzosos. Tantas y tan variadas eran sus relacio-

nes en Toledo, que por mucho que el campo le llamase no podía desprenderse completamente de la ciudad, y repartía su existencia dando á ésta los días y meses de mal tiempo, y los buenos á Cabañas de la Sagra. En una de sus cortas invernadas cogiéronle los Babeles por su cuenta para que les ayudase en la grande empresa de la corrección de su hija.

Antes de la tremenda crisis D. Juan había tratado de reducir á Dulce con persuasivas amonestaciones y chuscas parábolas; pero el resultado no correspondió á sus buenos deseos. Hubo escenas lastimosas y hasta repugnantes, pues Arístides intentaba someter á su hermana por la violencia, á lo que se opuso el cura. La trastornada joven cayó después en abatimiento profundísimo, y su quebranto era tal que Casado, de acuerdo con el médico, permitió que doña Catalina levantara la prohibición absoluta de bebidas espirituosas. La enferma tomó con gusto porciones muy tasadas, hasta que al iniciarse el período de nervioso desquiciamiento, con altísima fiebre, le entró tal repugnancia de la bebida, que, habiendo recetado la facultad medicamentos con preparación alcohólica, costó mucho trabajo hacérselos tomar. En su delirio, la infeliz profería blasfemias horribles y expresiones soeces, que oyó con paciencia el presbítero, murmurando: «ya te lo diré yo luego», y doña Catalina, consternada, se llevaba las manos á la cabeza y decía mirando al techo: «¡Pero cómo ha de tener Dios lástima de nosotros oyendo estas atrocidades!»

—No afligirse, madama—replicaba D. Juan,—que arriba ya están hechos á oirlo, y á las cabezas trastornadas no se les hace caso.

Pasó la fiebre. El médico continuaba prescribiendo los estimulantes, y la paciente entró en un período de franca sedación, el ánimo abatido, la memoria deslabazada, pero con destellos de inteligencia que cada día iban siendo más vivos. Doña Catalina respiraba llena de esperanzas; pero temía que á lo mejor saltase la enferma con nuevas querencias del maldito *trinquis* á que debía su mal. D. Juan no era de esta opinión, y alegaba algún ejemplo, por él visto, de persona radicalmente curada del vicio después de una crisis semejante. Hicieron la prueba ofreciendo á Dulce una copita de licor fuerte; pero ni á tiros la quiso tomar. Sólo de olerlo se le revolvía el estómago, y de probarlo sólo vomitaba.

—¿Pero será verdad—dijo al cura feo, recogiendo en su memoria retazos y jirones de los acontecimientos pasados,—será verdad que yo...? Me parece que lo recuerdo, ó que lo he soñado, ó que alguien me lo ha dicho... ¿Será verdad que he perdido el juicio por...? Tengo una idea de haberme quedado dormida después de... y de haber bajado á la calle desmelenada y en chancletas diciendo palabras inmundas. No me queda duda de que en Madrid salí de mi casa con el tío, y él empeñado en que habíamos de ir á ver la mar. Después en Toledo... creo que... no sé... paréceme que algunas tardes...

Revolviendo sus ojos atontados de una parte á otra, interrogaba con ellos á su madre y á D. Juan. Doña Catalina, limpiándose las lágrimas con la punta del pañuelo, acudió á quitarle de la cabeza aquellas ideas. «No, hija mía, es figuración tuya; restos del delirio febril que te quedan entre ceja y ceja.»

—No, no, voy recordando, y... me gustaba, me gustaba lo que ahora me repugna—dijo Dulce reclinando su cabeza en la almohada y mirando fijamente á D. Juan.

—Lo pasado, pasado, niña. No pienses en eso—replicó el clérigo, que tutear solía á las personas con quienes hablaba tres veces.—Todo fué que te pusiste un poquitín alegre. Esto no tiene nada de particular, y proponiéndote no repetir, estamos de la otra parte. Lo mismo que el decir porquerías y ofender de palabra al Santísimo Sacramento. Claro, lo has hecho con el juicio trastornado; pues no siendo así, ¿cómo habías tú de decir que la Virgen es una acá y una allá, y que los santos son unos tales y unos cuales?

—¡Yo... yo he dicho eso!—exclamó la joven espantada.

—Sí lo dijiste. ¿Y qué? No te aflijas—indicó el clérigo.—Cuando yo tuve las viruelas, me puse tan malo de la cabeza, que delirando dije que me casaba con el señor Cardenal. Los enfermos tienen bula de disparates. Lo que has de hacer ahora es ir á pedirle perdón á la Virgen Santísima de las perrerías que has hablado de ella.

Dulce calló, mirando al techo. Doña Catalina metió en seguida la cucharada: «Sí, hija, ahora que el Señor te ha hecho el beneficio de ponerte buena, tienes que reconciliarte con El, y dejarte de esos piques con Su Divina Majestad. ¿Qué culpa tiene Dios de lo que á ti te ha pasado? Porque hayas sufrido algún contratiempo, ¿vas á dejar de creer lo que el dogma nos enseña? Porque sí, sepa usted, D. Juan, que hace muchísimo tiempo que no pone los pies en la iglesia,

y que se las echa de descreída y de librecultista y qué sé yo qué...

—¿De veras?—dijo Casado haciendo ademán de pegar á la enferma, que mirándole se sonreía.—Ya verás cómo te pongo yo las peras á cuarto. Déjate estar. Conmigo no hay descreimiento que valga. El diablo me conoce, perro maldito, y cuando me ve entrar en una vivienda, ya está él recogiendo sus bártulos para largarse. A más de la tirria que me tiene porque soy yo más feo que él, no me puede ver ni escrito, porque le sacudo de firme siempre que puedo. Y el muy sinvergüenza no queda cosa que no inventa para fastidiarme: que el reuma, que los callos, que las muelas. Pero yo impávido, dándole cada piña que el crujido se oye en el último infierno... Sí, sí, esta crisis va á ser saludable para tu cuerpo y para tu alma, porque ahora que se va el médico entro yo... y te advierto que soy pesadito de veras, que al que cojo, le mareo, le vuelvo loco, y que quiera que no quiera le hago vomitar todo el ateísmo y toda la librepensaduría...

Ya desde aquella noche empezó D. Juan á catequizarla, conociendo que su alma necesitaba de enérgica medicina. Y la verdad, no encontró grandes resistencias, porque la infeliz joven padecía entonces principalmente de un desmayo de la voluntad, como quien habiendo agotado su fuerza en descomunal lucha, cae postrado y sin aliento; todas las iniciativas y erguimientos de su carácter habían cedido, y se entregaba, exánime y desangrada, para que hicieran de ella lo que quisiesen.

Con gran contento de doña Catalina, y aun de don

Simón, que en su lucrativo puesto oficial abogaba porque se rindiese culto á *las venerandas creencias de nuestros padres*, Juanito se pasaba dos ó tres horas del día al lado de Dulcenombre, departiendo con ella, y no siempre de religión, pues entre los temas serios metía mil hojarascas graciosas, cuentos y hasta chascarrillos, descripciones amenísimas de la vida del campo y de las costumbres sagreñas.

—No crea usted—le dijo Dulce,—que yo he sido jamás atea. Lo decía, y hasta llegaba á creérmelo yo misma á fuerza de decirlo. Es que del despecho y de la rabia que me entraron cuando ese me dejó, yo no sabía por qué registro salir, y salí por ese. Luego, al saber que él se convertía, me entraron a mí ganas de irme con Satanás; pero no me iba, no, á pesar de que se me salían de la boca aquellas estupideces. Era el reconcomio, el torcedor que tenía dentro. Pero yo creo en Dios y en la Virgen, y me pesa haberles ultrajado.

—Basta, no es necesario más. Si ahora te propones perdonar de todo corazón á los que te han ofendido, y lo consigues, pero de todo corazón, sin farsa, ¿entiendes? habremos puesto una piquita en Flandes. Perdona, ó en otros términos, arroja de tí todo ese asiento corrupto que llevas en el espíritu, y pronto te daré de alta...

Dulce masculló la respuesta. Decía que no y que sí, y el tal perdón se le atravesaba en la garganta como una píldora gruesa y pestífera difícil de pasar.

II

«Bajo el punto de vista de la representación social», como hinchadamente decía el inspector del Timbre, los Babeles habían ganado mucho en Toledo, pues alternaban con familias decentes de empleados en la Delegación de Hacienda, y con otras toledanas, ya del comercio, ya del señorío mediocre. Como no les conocían, y el D. Simón era hombre que con su *coram vobis* daba un chasco al lucero del alba, fácilmente hicieron amigos, y doña Catalina recibió y pagó visitas de esposas de capitanes, de hermanas de canónigos, de tenderas de la calle del Comercio, de patronas de huéspedes y de otras señoras honestísimas, cuyos maridos se ocupaban en tráficos menudos ó tenían labranza en la provincia.

Para darse más lustre y apersonarse más, D. Simón iba con su cara mitad, *oficialmente*, á la misa de doce de la Magdalena, muy favorecida del señorío civil y militar. Allí se codeaban con el brigadier y su señora, con todo el profesorado de la Academia, con la oficialidad de la Comandancia general, y con multitud de señoras y señoritas elegantes. A la salida, daban unas vueltas en Zocodover con ese pasear reposado y solemne de las personas distinguidas, y veían pasar el batallón de cadetes con su música, de vuelta de la misa de tropa en San Juan Bautista... Animado y alegre está Zocodover á semejante hora, pues al gentío que sale de la Magdalena, en el cual se destaca mucho sombrero de señorita, mucho ros y teresiana de militares, únese pronto el aluvión de alumnos,

que al volver de San Juan, *rompen filas* en la Academia, y se lanzan hacia la plaza en bulliciosos grupos. Poco antes han llegado los coches de la estación soltando los viajeros del tren de las once, y el famélico *cicerone* acosa y embiste á los forasteros. La gorra inglesa de viaje con orejeras, sobre cabeza masculina ó femenina, vése muy á menudo entre la multitud, en la cual no faltan moños de picaporte, sombreros de veludillo y refajos verdes y rojos, pàra hacerla más abigarrada y pintoresca.

Don Simón, de gabán un poco raído y muy estrecho, por datar de una fecha en que su dueño era de menos carnes, guantes nuevecitos y chistera atrasada en dos modas y pico, solía irse con su compañero de inspección ó con el comisario de policía á tomar un tente-en-pie en casa de Granullaque, establecimiento que á tal hora rebosaba de consumidores, cadetes, forasteros de los que van á prisa, con billete de ida y vuelta, y alguna pareja de curas de pueblo, de balandrán con esclavina, paraguas y teja corta, los cuales han ido á las Sinodales. En tanto que don Simón se arreglaba el estómago con un bartolillo y una copa, quitándose sólo un guante, doña Catalina daba vueltas en la plaza con sus amigas, y los ojos se le iban tras los cadetes, admirando su desenvuelto y gentil porte. «¡Es un dolor—pensaba la buena señora,—que mis hijos no sean así! ¡Ay, si hubieran tenido otro padre, que desde chiquitos les hubiera encarrilado por la senda del estudio y la formalidad, hoy serían generales lo menos! Da gozo ver estos chiquillos tan salados, tan caballeretes, con su espada al cinto, lo que prueba que tienen que mirar por el honor.»

Dulcenombre no acompañaba jamás á sus padres en esta exhibición dominguera y fantasiosa, primero porque su delirio y enfermedad se lo impidieron, después de curada porque sentía indecible vergüenza de presentarse en paraje tan público. El primo Casiano continuaba fiel al cariño con que la distinguía; pero sus viajes á Toledo eran menos frecuentes á causa de las ocupaciones de labranza que le retenían en el pueblo, lo que doña Catalina y Babel vieron con satisfacción, porque les aterraba que se enterase de las evaporaciones de la niña. Alguna vez que fué allá el bargueño en ocasión que Dulce estaba muy tocada, pasaron marido y mujer las de Caín por ocultarle la triste realidad, inventando mil fábulas, que el confiado optimismo del hidalgo labriego tomaba por artículo de fe. Pero no les llegaba la camisa al cuerpo, porque, naturalmente, temían que D. Juan, aunque por el pronto se prestase á favorecer á los padres en su campaña de corregir á Dulce, abriera después los ojos de su amigo y le quitara de la cabeza la idea que tanto á los Babeles agradaba. Pocas esperanzas tenían, pues, de cazar pájaro tan gordo; pero mientras Casado no les derribase de golpe el bien armado artificio, en él persistían hasta que saliese lo que Dios quisiera. Por fin, gracias á Dios, en su convalecencia y mejoría no presentaba la joven ningún síntoma sospechoso, y los padres, gozosos de no tener que representar las comedias de antes, recibían con palio al buen bargueño. El cual no iba nunca con las manos vacías, y se descolgaba por allí cada lunes y cada martes llevando á su pretendida regalitos de caza ó pesca, bien la media docena de perdi-

ces, bien anguilas que parecían boas por lo grandes y gruesas, ya la pareja de palomas pechugonas, de irisado cuello y patas rojas, ya una caterva de pollos bien gordos, que doña Catalina soltaba en el patio para hacerse la ilusión de que tenía granja, y oirles cacarear antes de retorcerles el pescuezo.

Lo que á D. Simón disgustaba en el asunto de Casiano, hombre para él, como para todo el mundo, estimabilísimo, era el traje. «La única tacha—dijo á su mujer,—que ponerse puede á este hombre de pasta de ángeles y de ojaldre de caballeros, es que se vista como se viste. Porque mira tú que ese pantalón á la rodilla y esas polainas y todo ese pergenio parecen cosa de comedia. Francamente, cuando sale conmigo paso un mal rato... Me da vergüenza de que la gente me vea con él.»

Doña Catalina la chiflada, sin duda por serlo en grado sumo, saltó con una furiosa crítica del traje moderno, diciendo que los hombres del día son, *bajo el punto de vista* de la ropa, unos horribles monigotes. «Mira tú que esos pantalones hasta abajo, que no te dejan lucir tu buena pierna, y ese tubo de chimenea que lleváis en la cabeza y el suplicio de esos cuellos almidonados, y el gabán que parece prenda inventada para que parezcáis osos en dos pies, sin cintura, sin talle ni aire de caderas, son de lo más ridículo y prosaico que se puede inventar. Y no puede tener más defensa que la igualdad, quiero decir, impedir que los hombres de buenas formas como tú las luzcan, para no dar dentera á los mal formados. El traje de Casiano favorece la belleza corporal, y hace bien en preferirlo á vuestros vestidos de mamarracho. Debéis

adoptarlo, para lo cual sería conveniente que la nueva moda viniese de arriba, principiando los ministros y los diputados y senadores por vestirse á la bargueña, y luego la chusma iría entrando por el aro.»

Don Simón se reía, y D. Juan Casado que estaba presente apoyó, quizás por seguir la broma, las opiniones indumentarias de la rica-hembra, diciendo que también los clerigos debían aspirar á ser menos feos que actualmente lo son, presumiendo un poquitín y dejándose bigote y perilla como Lope y Solís, y melenas á lo Calderón.

En cuanto Dulce pudo valerse, su madre y Casado la llevaron á la Magdalena, la hicieron asistir al rosario por las tardes, por las mañanas á misa, y á los pocos días confesó y comulgó, hallándose después de esto con una tranquilidad de espíritu que no había conocido en mucho tiempo. Su característica en aquella temporada era el decaimiento de la voluntad, y si conforme la condujeron á la iglesia, la hubieran metido en un sitio de escándalo y corrupción, su pasividad habría sido quizás la misma. Pero á los pocos días de religioso ejercicio, ya ponía algo más de energía propia en él, y por este camino, pasito á paso, llegó á tomar gusto á lo que al principio fué desabrido manjar, concluyendo por encontrarlo substancioso y dulce.

Largas horas pasaba en la hermosa capilla de Nuestra Señora de la Consolación, la cual por el nombre empezó á cautivarla, y con sincero fervor pedía consuelos á la Virgen. Pero la imagen que más hondamente hablaba á su espíritu era la del Cristo de las Aguas, que frente al de la Virgen tiene su altar, efi-

gie de mucha devoción en Toledo por la interesante leyenda de su aparición en las ondas del Tajo, y por ser abogado predilecto de la ciudad en tiempo de sequía y calamidades públicas. Dulcenombre *simpatizó* (no hay más remedio que decirlo así), con aquel Cristo desde la primera vez que le vió, y al poco tiempo de rezarle ya le tuvo por su protector y le revistió en su mente de todos los atributos de la divinidad tutelar y misericordiosa. «Porque yo, Señor—le decía la Babel,—no aspiro á la perfección ni mucho menos: sé que he de ser siempre pecadora y lo que te pido es que me pongas en condiciones de vivir sin ofenderte en cosa mayor, para lo cual lo primero es que me arranques la ley que todavía le tengo á ese pillo, pues mientras tenga dentro de mí esa ley, dispuesta estoy á dispararme y hacer cualquier desatino. ¿Pues no soñé la otra noche... y no sé si lo soñé ó lo pensaba en vela... que me agradaría que mis hermanos le matasen? No, Señor, esto no ha sido más que una idea que pasó, como pájaro que vuela, como sombra de una nube que corre por allá arriba. Yo no quiero nada de muerte; pero si no serenas mi corazón, el mejor día salgo con una pitada muy gorda... Yo me conozco, sé que soy atroz en mis quereres, y reconozco que la sangre de familia que llevo en mis venas no es de lo mejorcito.»

En el altar del Cristo ardía siempre una vela suya, y Dulce cuidaba de que nunca dejase de lucir, pues su preocupación supersticiosa llegaba al extremo de barruntar desdichas si se apagaba. Con ella y otras que distintos fieles ponían allí, el dorado altar y sus ex-votos de cera, entre lazos y cintas, se rodeaban de

esplendor fúnebre. El amarillo cuerpo de la santa imagen reproducía con su patinoso barniz antiguo las llamas rojizas, y el cárdeno rostro, el perfil hebreo, la expresión cadavérica adquirían un terrible acento de verdad. La cabellera de mujer que le cuelga en mechones por entre las espinas, velando en parte el rostro, en parte cayendo hasta el costado, le hacía más lúgubre, más muerto, más lastimoso. Ante él, sentía Dulce inefables esperanzas en la misericordia celeste, y de todo corazón le encomendaba su cuita. Representando la imagen al divino Jesús después de muerto, no dejaba de tener para la penitente misterioso lenguaje, reflexión de las propias ideas de ella y de las irradiaciones de su alma. Algunas tardes creía verle más adusto que de ordinario, otras benigno y hasta risueño. Figurábase á veces que los agarrotados dedos no permanecían en mortuoria quietud, y no siempre veía en la misma cabeza el mismo grado de inclinación sobre el pecho. Rara vez estaba sola la capilla; siempre había en ella algún afligido suspirón, madre atribulada ó incurable enfermo. No sonaba allí un aliento humano que no expresara algún dolor terrible.

Una tarde tuvo que entrar Dulce en la sacristía, no en la de la capilla, sino en la general de la parroquia, y al volver, atravesando la nave lateral de la epístola, vió en un confesionario á un hombre de rodillas, medio cuerpo metido dentro de la caja, como penitente que con gana lo toma. Aunque no le vió el rostro, creía reconocer á una persona muy de su intimidad en otros tiempos. «No hay duda—se dijo suspensa;—son sus piés... Reconozco también la ropa. Lo que no reconozco y me parece inverosímil es su pos-

tura, esa actitud de penitente compungido que parece se quiere comer al confesor. Ya sabía yo que andaba hecho un beato, pero no creí que á tanto llegase.» Volvióse á la capilla, y desde allí, por entre los hierros de la verja, miraba trémula y sin sosiego. Sensaciones extrañas tras de las cuales vinieron sentimientos más extraños todavía, la distrajeron de su devoción al Cristo, que en aquel rato desapareció á sus ojos, como si le hubieran sacado en procesión por las calles.

Deseando cerciorarse, detuvo al sacristán de la capilla, que por allí pasaba, y pidióle informes: «Díme, ¿conoces tú á ese caballero que está confesando?

—Ya lo creo: es D. Angel... buena persona.

El que de este modo hablaba era un sér de voz atiplada y modales femeninos, de rostro ximioso, viejo adolescente ó joven caduco, según se le mirase. Llamábanle *Entre todas las mujeres*, sin duda por su oficiosidad relamida con el bello sexo en el servicio de la capilla de la Consolación, tan frecuentada de hembras de todas las clases sociales. Fuera de la iglesia solía servir de diversión á los chicos por su braceo afeminado y sus andares poco varoniles. Dentro, desempeñaba sus funciones con increíble actividad, acomodando en buenos asientos á las señoras de viso y desplegando una especial destreza escurridiza y reptante al pasar entre tantísima falda, en días de gran lleno, para encender velas ó acudir con el cepillo de la colecta. Era ó había sido también un poco sastre; se cosía primorosamente su ropa, y en su calidad de *mariquita negra* salía en la procesión de Viernes Santo con el grupo que representa á los escribas y fariseos. Dulce le conocía y le trataba con cierta intimi-

dad porque eran vecinos, pues *Entre todas* moraba con su madre, sastra de curas, en un desván de la casa habitada por los Babeles.

—¿Con que D. Angel? ¿Y hace mucho que viene por aquí?

—Todas las mañanas le tiene usted á la primera misa; ¡ay, Jesús!, pues no es poco puntual; y paga tres, si no me engaño.

—Dime, ¿confiesa con D. Juan Casado?

—No, señora; con D. Atanagildo.

—¿Qué disparates dices?

—¿Pero no sabe la señorita que llamamos D. Atanagildo á D. Atanasio Gil? Es broma, y él no se enfada. Pues ese caballero dicen que era de la piel de Barrabás, ¡ay, Dios mío!, masón, republicano y de *la común*, disoluto y de malas pulgas, y ahora le tiene usted convertido y como una malva, con una devoción que da gusto. Es muy corriente, y el sábado me dió una moneda de cinco duros. ¡Ay, hija, es la única que he visto en mi vida!

—¡Qué gracioso!—dijo Dulce riendo de un modo poco adecuado á la santidad del lugar.

—Pues estás en grande, *Entre todas*, con semejantes parroquianos.

No pasó de aquí el diálogo. La Babel se fué á su casa, y aquella noche observáronla sus padres más contenta, más decidora que de costumbre. Al otro día fué á misa con su madre, y vió á Guerra oyendo devotamente la de D. Juan Casado, de rodillas, libro en mano, con un recogimiento y una atención que rara vez en hombres de su clase se ve. Doña Catalina no reparó en el antiguo amante de su hija. Ésta no le

quitaba los ojos: al salir le perdió de vista; pero á la tarde, en el momento de pasar á la sacristía parroquial, se le encontró de manos á boca. Aunque la iglesia no estaba muy clara, ambos se vieron, y Angel fué quien primero le dirigió la palabra, con familiar modo, como si el encuentro no le afectara poco ni mucho.

—Dulce, ¿tú por aquí? Sabrás que me alegro de verte. Por tu hermano supe que has estado mala. ¡Cuánto lo sentí! Tenía pensamiento de ir á visitarte un día de estos.

—Sí—dijo ella con naturalidad.—He tenido un mal de nervios, cosa tremenda; pero ya estoy bien, gracias á Dios.

—¿Sabes que me complace mucho verte aquí? Hija, ¡qué transformaciones, qué mudanzas en tan corto tiempo!

—¡Ya lo veo... ¡Quién lo hubiera dicho! Mira cómo al fin, arrieritos los dos, nos hemos encontrado en este caminito. Tenemos que hablar. ¿Irás por casa? Puedes ir, que allí no nos comemos la gente.

—Yo lo creo que iré. Hablaremos, sí. Y tus hermanos ¿buenos?

—Buenísimos... queriéndote mucho, como todos en casa. ¿Irás, irás por allí?

—Mañana sin falta, á la hora que tú me indiques, me tienes allá.

Díjole Dulce la hora, y se separaron. Él salió á la calle, algo soliviantado por la irónica amargura que notar creía en el tono de su antigua esposa ilegal, y ella se fué á contar el caso á su amigo el Cristo de las Aguas.

III

Puntual á la cita, Angel penetró en el antro Babélico á las tres de la tarde. Recibiéronle Dulce y doña Catalina, que se creyó en el deber de poner unos morros de á cuarta, temerosa de nuevas complicaciones. Pero la buena señora, que ya había observado en su hija cierta tranquilidad al dar cuenta del encuentro en la parroquia y de la anunciada visita, notó con asombro que la recibía sin visible alteración. A poco de cambiarse las fórmulas de urbanidad y las primeras manifestaciones referentes á la salud, Dulcenombre, con perfecto aplomo y semblante risueño, se dejó decir esto: «Ya estoy curada, curada de todo, de todo; fíjate bien. El Santísimo Cristo de las Aguas se ha portado conmigo como un caballero, concediéndome lo que con tanta devoción le pedí.»

—Me alegro mucho—dijo Guerra.—Dios no abandona á quien con fe y amor se pone en sus manos.

—Justo; y buen ejemplo soy yo, que no hace mucho sentía una pena, un ahogo, que no me dejaban respirar, y ya... como con la mano. Conviene decir las cosas claras, para no dar lugar á malas interpretaciones. Yo padecía, yo llevaba un puñal clavado en el pecho; pero desde que te ví convertido en beato baboso, con medio cuerpo dentro del confesonario; desde que te ví de rodillas hociqueando en el libro como se ponen los hipócritas, me desilusioné, hijo; ¡pero de qué modo!, y el cuchillo se me desclavó, creo que para siempre. Ha sido como un milagro. Verte yo en tales posturas y quitárseme la ley que te tenía,

como si me limpiaran el alma de toda aquella broza, fué todo uno. Lo estaba yo sintiendo y me parecía mentira. ¡Pero si no puede ser de otro modo! ¿El querer es pecado? A saber... Puede que lo sea, porque yo no concibo enamorarse de un hombre que hace en las iglesias los desplantes que tú. El Señor me perdone; pero no es culpa mía si el amor humano y la devoción de veras no hacen buenas migas. En una mujer todo eso es natural y hasta bonito, ¡pero en un hombre...! quita allá...

No supo Guerra qué contestar por el momento, pues las ideas se le obscurecieron con aquella salida brusca de la que fué su amante; mas no tardó en rehacerse, repeliendo el amor propio, que sin duda quería salir con alguna botaratada, y acudiendo á sus recientes convicciones en busca de una respuesta airosa.

– Yo me alegro mucho—dijo al fin,—y nada tengo que oponer á eso de que la piedad ardiente desilusiona del amor mundano. Bien podrá ser. Hay casos... me parece á mí... en que tal vez suceda lo contrario. Cada cual ve estas cosas á su manera. Lo que yo deduzco claramente de lo que acabas de decirme, es que hay cierta incompatibilidad entre el cumplimiento exacto, á la letra, de nuestras obligaciones religiosas y el actual convencionalismo de las opiniones humanas. Y siendo obra imposible el poner de acuerdo una cosa con otra, lo mejor es decidirse por la verdad, desdeñando esa falsa ley de estética social que ha establecido la ridiculez del seglar piadoso; lo mejor, digo, es seguir el camino de Dios, sin mirar atrás para ver quién se ríe y quién no se ríe, ni hacer caso del vano juicio de mujeres.

Á pesar de la entereza que revelaban estas palabras, el converso no las tenia todas consigo, y tocaba á somatén dentro de sí para convocar fuerzas esparcidas, reunirlas y poder triunfar de los sofismas de Dulce. La cual, sintiéndose fuerte, se echó á reir, trasteando á su amigo con cierta saña, como si después de tener el vencido á sus pies, quisiera patearle.

«¿Y todo eso parará en meterte á cura ó fraile? Tal piensa tu amigo *Entre todas;* pero yo no lo creeré hasta que tú no me lo confirmes.

— Resoluciones de esa naturaleza — dijo Guerra mordiendo el látigo,—no son para confiadas á quien no podría juzgarlas sin frivolidad.

—No, si yo no lo censuro—agregó ella, dueña del campo.—Pues no faltaba más. Al contrario, puesto á ello, debes ir hasta el fin. Ó santidad á punta de lanza, ó nada. Si Dios te llama por ese camino, aféitate, ponte la falda negra, y ¡hala!, al altar. Más vale eso que no hacer el beato con pantalones, que no pegan, no pegan, no, á tal género de vida. Por supuesto, si te ordenas, no seré yo quien te oiga la misa. ¡Dios mío, que horror! *(Tapándose la cara.)* Hay cosas que parecen delirios de la fiebre... y sin embargo son verdad.

Doña Catalina, que había escuchado el anterior diálogo con atento mutismo, se escandalizó como Dulce, y haciendo también de su mano máscara para cubrir el rostro, dijo así:

—¡Jesús, oirle misa á este hombre! Hay cosas que no están en el orden natural, y que si suceden han de traer un cataclismo.

—Pues si es así—afirmó Dulce, muy seria, apode-

rándose de un elevado pensamiento,—sea en buen hora. Véase por dónde han tenido conclusión feliz cosas, ¡ay!, que parecían no poder tenerla nunca. ¡Sacerdote!, el decirlo me causa asombro y al mismo tiempo me da una gran tranquilidad. Háceme el efecto de que te moriste diez años há. Tú, clérigo, no eres la persona que yo conocí. Resultas otro, y como es para mí de absoluta imposibilidad querer á un cura, como eso no cabe en mi natural, como lo rechazo y lo repugno lo mismo que repugnaría y rechazaría el tener por marido á un toro ó un caballo, me encuentro regenerada, libre de grandísimo peso. ¡Ay!, yo también soy religiosa á mi modo, á lo chiquito, á lo pecador; aspiro á portarme bien y á ser perdonada y á ganarme cuando me muera un huequecillo del Cielo, de los menos visibles, allá por donde están los que fueron más imperfectos y se salvaron por la muchísima misericordia de Dios. Sí, yo soy también algo piadosa, y desde que pasé aquella crisis he rezado mucho al Cristo de las Aguas, no ofreciéndole lo que me sería difícil cumplir, no metiéndome en muchas honduras, sino contentándome con el triste papel de persona afligida que quiere ver calmados sus dolores. Y el Señor me consolaba y me decía: «no seas tonta; no te apures; ten paciencia, que ya se te quitará eso.» Yo, sin ser santa ni mucho menos, tuve paciencia y esperé; y mira por qué camino tan imprevisto me trajo el divino Jesús el remedio que yo le pedía. Estoy curada, y bien curada. El Señor me ha dicho: «levántate y échate á correr.»

No se puede garantizar que fuera cierto en todas sus partes lo que Dulce afirmó; pero de algo que efec-

tivamente existía en su alma y de otro poco añadido por ella con vigorosa voluntad, resultaba una situación moral bastante aproximada á lo expuesto. El tiempo completaría la desilusión, y bastante triunfo era ya sentirla clara y terminante, como la sedación de un dolor antiguo. Angel beato era un ser bien distinto del Angel demagogo, cismático y en pugna con todo el orden social. Aquél fue su encanto; éste se le indigestaba. El primero con sus propias imperfecciones la cautivó; el segundo con su perfección no le servía ya. ¡Contrasentidos de la naturaleza humana, que prueban quizás cuán extensa es por estos barrios la jurisdicción de Luzbel!

Arístides, que arrimado á la puerta había oído parte del diálogo anterior, entró á saludar á Guerra en el momento de salir doña Catalina á echar de comer á sus pollos. Ocupó el hijo la silla de la madre, y con seriedad campanuda endilgó á su enemigo esta felicitación:

«Mi enhorabuena, querido Angel, por esa determinación. Si ya se sabe, si es de dominio público que te retiras al yermo. ¡Quién pudiera hacer otro tanto!

—Este danzante quiere tomarme el pelo—dijo el converso para sí, tragando quina.—Paciencia: le dejaremos que diga lo que quiera. Vengo preparado á todas las humillaciones posibles.

—¡Dichoso tú que eres dueño de tu conducta, y puedes dar el gran esquinazo á esta farsa en que vivimos! ¿Es cierto que fundas una gran casa para asilo de menesterosos y corrección de criminales? Si es verdad, oh varón santo, acuérdate de mí, que por los dos conceptos puedo pedirte plaza. Soy pobre y no

soy bueno. ¿Qué más quieres? Seré uno de los mejores casos que se te presenten, y te aseguro que entraré en tu iglesia con el corazón bien dispuesto. Quizás quizás obre tu amparo en mí tan eficazmente que al poco tiempo de estar allí te sirva para discípulo.

—No siendo yo maestro, mal puedo tener discípulos—replicó el otro.

—O de criado.

—Yo estoy para servir á los demás, no para que me sirvan á mí.

Angel sintió sobre sí la ironía maleante del primogénito de Babel; pero se había propuesto humillarse, y se humillaba.

«Lo que funde ó lo que deje de fundar—dijo Dulce, al quite de su amigo,—es cosa reservada, y ni á ti ni á mí nos lo ha de contar. No te metas en lo que no te importa. Cuando sea lo veremos, y ello ha de resultar cosa seria y de importancia.

Arístides calló, poniéndose á contemplar la estera; y por un ratito no se oyó más que la voz de doña Catalina que en la ventana de la galería llamaba á sus gallinas y polluelos, cacareando tan bien y con tanto furor que parecía que iba á poner huevo.

«¿No sabes—dijo bruscamente el *barón* mirando á Guerra de hito en hito,—que me he quedado con el Circo de verano para la temporada próxima? El local es malísimo, allá en los Agustinos Recoletos; pero les voy á traer á estos brutos una compañía acrobática como no la han visto en toda su vida.

—Me alegro mucho—replicó Angel, gozoso de que se variara la conversación;—te deseo buenas entradas.

—Te mandaré billetes... Pero ¡ay! no, ¡qué disparate he dicho! ¡Tú en un circo de caballos viendo *clowns* y amazonas!... Perdóname... es que no me acordaba.

—No hay por qué perdonar. No me escandalizo de nada.

—A éstos—indicó Dulce con desdén,—les ha entrado la manía de las empresas de espectáculos. Mi primo Poli parece que se queda con la Plaza de Toros.

—Sí—agregó Arístides,—pero perderá la camisa. No tiene quien le fíe dos pesetas; sin dinero no podrá traer más que cuadrillas de invierno, y la grita se oirá en Jerusalén. Mi circo es otra cosa. Mañana me voy á Madrid á ultimar los contratos con el representante de una compañía que está en Lisboa. ¿No se te ofrece nada para la Villa y Corte?

—Nada.

—¿No quieres que te traiga algún breviario, algún...?

—Lo tengo. Gracias.

—¿Algún silicio, disciplinas...?

—Los tengo también.

—Pero de seguro que no tienes correa.

—También la tengo—dijo el convertido enfrenándose; y para sí añadió:—Me escarnece, porque me ve moralmente desarmado. Paciencia, y aguantar.

—Veo que nada te falta. ¡Ah! la chapita de Carlos Siete.

—Esa para ti: yo no gasto chapas de nadie.

—Sí, hombre. Aquella que dice *Libertad*, *Igualdad*, *Fraternidad*, grabándole encima un bonete.

Guerra ya no podía más; pero su propósito de no alterarse, de sufrir era tan fuerte y poderoso que abrazándose á él, como á un lábaro santo, se salvó del peligro de la ira. No obstante, temiendo que si allí continuaba llegaría su paciencia á la máxima tensión, no contestó al último escarnio de Babel más que con una sonrisa, y se levantó para retirarse, dando la mano á Dulce y diciéndole sencillamente: «adiós, hija».

Dulce le contestó: «hijo, adiós», con un suspiro que era el último aleteo de su ilusión expirante. Dió Guerra también la mano al primogénito, que se la estrechó con afectación, diciéndole en un rapto de brutal sarcasmo: «Abur, maestro. Acuérdate de mí cuando estés en el Paraíso.»

Angel tuvo en la punta de la lengua la respuesta: «Ni yo soy maestro, ni tú buen ladrón»; pero se la tragó con muchísima saliva, más amarga que la hiel.

En esto apareció Fausto con risa convulsiva, y cuando el visitante llegaba al ángulo del corredor donde arranca la escalera, le acometió por la espalda con estas injuriosas palabras: «¡Hipócrita, chupacirios, catamonjas, ¿á quién quieres engañar con tales arrumacos?»

Al instante se echó Arístides sobre su hermano, poniéndole la mano en la boca; pero aún pudieron salir de ella, á pedazos, algunas expresiones que declaraban su iracundia frenética: «¡Puño, si debiéramos cobrarle las perradas que nos ha hecho...!»

Volóse Dulce con la salvajada de su hermano, y le dijo: «So bruto, ¿no ves que no quiere reñir con vos-

otros, que no reñirá aunque le llaméis *perro judío?* Dejadle... Es hombre muerto.»

El hombre muerto salió, atravesando tranquilo el patio sin honrar con una mirada á los Babeles, que desde la ventana de la galería alta le vieron salir y disputaban sobre si se le debía insultar ó no. Iba decidido hasta á dejarse pegar, ó por lo menos hasta sostenerse frente á tal canalla en la actitud más pasiva que posible fuera dentro de lo humano. Parecióle que los pollos de doña Catalina le miraban con desprecio, y salió á la calle contento de sí mismo, orgulloso de aquella grande y decisiva victoria sobre su enemigo mayor, su carácter.

VII

LA TRAMPA

I

De allí se fué por San Miguel á su casa de la calle del Locum, y hasta muy avanzada la noche estuvo escribiendo en pliegos de marquilla; y no debía de serle fácil la tarea, pues á cada instante tachaba, y vuelta á escribir entre renglones. Por fin, después de romper muchas hojas y emborronarlas de nuevo, pareció satisfecho de su obra, y se levantó tronzado de tan larga inmovilidad del cuerpo; estiró los brazos, y se puso á dar paseos por la habitación, á prisita, frotándose las manos que se le habían quedado yertas. Cualquiera que le viese habría comprendido que aquel corre-corre por el cuarto, aquel brillar de los ojos, y el murmurar de los labios, señales eran de que el hombre había dado resolución á un problema trascendente, ó encontrado el quid de gravísima dificultad. En vela estuvo hasta muy cerca del día, y cuando se fué á la cama cayó como en un pozo. Las ocho serían cuando entró Teresa á despertarle, cosa desusada, y hubo de darle dos ó tres empujones para hacerle abrir los ojos.

—¿Qué hay, qué ocurre?—murmuró el madrileño alarmadísimo.—¿Qué hora es?

—Las ocho. Te despierto porque ahí tienes visita, don Francisco Mancebo, que quiere hablarte con mu-

chísima urgencia. ¡Vaya unas horas de traer recados! Pero dice que es cosa grave, y que no hay más remedio sino que te tiene que hablar. En la sala baja está esperándote.

—Voy al momento—dijo Guerra echándose de la cama, pues aquella visita de Mancebo tan á deshora le daba mala espina. ¿Qué sería? Vistióse á escape, y bajó.

El clérigo no se entretuvo en saludos, y desde que le vió entrar le embocó sin preparativo alguno las siguientes palabras:

—Grandes novedades, Sr. D. Angel, novedades estupendas. Sepa usted que no la admiten.

—¡Que no la admiten!

—Lo que usted oye. Yo no he vuelto aún de mi asombro. Ayer acordó la Congregación no dar el hábito á Lorenza, porque hay ciertas dudas acerca de... En resumen, que la echan, que no la quieren...

—¡Qué me dice, hombre! Si no puede ser...

—¿Va usted á salir? Yo tengo que volverme á la Catedral. Véngase y parlaremos por el camino. Tengo que decirle cosas graves, y me temo que las paredes oigan...

Angel subió por su capa, y al punto salieron los dos.

«Pues por las trazas, amigo mío—díjole Mancebo en cuanto llegaron á la calle—en ello anda el dientecillo venenoso de la calumnia. Figúrese usted qué cuentos les habrán llevado á las hermanas, para inducirlas á resolución tan triste y ruidosa. Yo me lo temía, crea usted que me lo temía, porque francamente...

—Explíquese usted.

—A lo que iba, Sr. D. Angel: alguno, ó algunos

han armado un sin fin de catálogos: que la niña no es trigo limpio; que en Madrid tuvo amores con su amo, y tal y qué sé yo... que en Toledo, mientras vivió en mi casa, usted y ella no hacían vida de santos; que durante el noviciado las visitas menudeaban de un modo sospechoso, y que han mediado cartas como de novios, y telégrafos y garatusas; y por fin, que cuando la niña salía para acompañar á las que van á casa de los enfermos, se veía con usted en la calle, y... ¡zapa! qué sé yo.

—¡Qué infamia!—exclamó Angel echando lumbre por los ojos.—¿Pero usted no se indigna? Le veo á usted tan tranquilo, que no sé qué pensar.

—Hombre, francamente... (*con perfecta calma*) yo me indigno. ¿No ve usted lo indignado que estoy? Pero soy viejo y ya tengo la sangre muy fria. La quiero recalentar, y ella, la muy condenada siempre como hielo.

—¿Y qué sucederá ahora? (*Con la mayor confusión.*)

—Pues ahora (*no pudiendo enfrenar la risilla que en sus labios retozaba*) me parece que quedará curada para siempre de sus aspiraciones á la sublimidad. Si en el Socorro no la admiten, ¿á dónde va con su santo cuerpo? No tiene más remedio que volver á casa de su tío, el cual la recibirá con repique de campanas, como á una hija pródiga... al revés, y... y... y...

Tres veces intentó completar la idea, y no se atrevió, dejándola para mejor ocasión.

—No, no; esto no puede quedar así. Hay que deshacer esa torpe trama, confundir á los calumniadores probar á esas hermanitas que son unas tontas y que no merecen el sagrado hábito que visten.

—¿Y quién es el guapo, quién es el Quijote que se mete á deshacer un entuerto como éste?

—Yo, yo, yo lo deshago, ¡vive Dios! (*con arranque generoso*) aunque tenga que habérmelas con todo Toledo. ¡Pues no faltaba más! ¿Hemos de permitir que triunfe la mentira, que la inocencia sucumba sin defensa, que cuatro necios ó cuatro tunantes pongan tacha á la reputación de una persona que vale más que todas las Hermanitas de todos los Socorros del mundo y que todas las monjas y frailes de todas las Religiones.

—Pues yo, qué quiere usted que le diga... (*Encogiendo los hombros hasta aproximarlos á las orejas.*) Yo no me metería en libros de caballerías... Claro, desmentirlo sí; decir que la chica y el Sol allá se van en brillo y pureza, eso sí... pero llevar las cosas por la tremenda y empeñarnos en que todo el mundo confiese, las hermanas inclusive, que no hay hermosura como la de doña Leré del Toboso... Por cierto que toda la noche me la he pasado cavilando en quién podrá ser, ó quiénes, mejor dicho, los que han armado este tremendísimo catafalco de embustes. Y no desconocerá usted que lo combinaron con cierto arte, sacando partido de los hechos más inocentes. ¡Ah! se me olvidaba lo más salado... No hay tragedia sin su motita de sainete. Dijeron también que en la época última, usted y mi sobrina se comunicaban por medio de un tercero. ¿Y quién creerá usted que es ese tercero, ese correveidile que porteaba los recadillos, los avisos de citas, *et reliqua?*... Pues no era otro que el angélico D. Tomé.

—¡Estupidez! Algunas veces fuí al Socorro con el

capellán de San Juan de la Penitencia; pero jamás me llevó recados, ni yo necesitaba de tal mensajero. (*Indignándose.*) Y no comprendo en verdad, Sr. de Mancebo, cómo se ríe usted de tales infamias.

—Es que me hacen gracia... por la monstruosidad de la calumnia.

—Pues á mí no me hacen ninguna gracia, ni veo fundamento para que usted tome estas cosas á broma.

—¡Pobrecito D. Tomé, paloma torcaz, qué lejos está del papel que le cuelgan...!

—Le juro á usted (*con exaltación, apretando los puños*) que si cojo al inventor de esta grosera y villana burla, no le quedarán ganas de repetirla.

—Yo me doy á pensar; voy pasando revista á los sospechosos y... Dígame usted: (*parándose*) ¿habrá salido esta culebra de la tertulia de D. José Suárez?

—Qué sé yo... (*Cabizbajo.*) Podrán mi tío y su mujer hablar con ligereza, bromear con la reputación de una persona; pero se me hace muy cuesta arriba creer que sean capaces de una calumnia calculada como ésta, y de llevar chismes de tal naturaleza á la Superiora.

—Ta... ta... (*Haciendo un rápido movimiento, como si atrapara moscas en el aire.*) Le cogí; creo que cogí al criminal... ¡Qué idea! A ver qué le parece. (*Acorralándole en el hueco de la puerta del Locum.*) ¿Habrá sido Juanito Casado, el clérigo de Cabañas? No sabrá usted que es primo hermano de la Madre del Socorro.

—No lo sabía, ni conozco á ese curita más que de vista. Yo le juro que si adquiero el convencimiento de que es él, no le valdrá su cara fea, y yo se la volveré bonita.

—Esto ha sido una suposición—dijo Mancebo, llevándose á su amigo por la puerta del Locum, que conduce á las cámaras bajas de la Catedral, donde está la oficina de Obra y Fábrica.—Ni yo quiero tampoco echarle ese borrón á Juanito, á quién tengo por persona formal y decente. Es que se pone uno á buscar y revolver por todos lados, y la maldita suspicacia humana que llevamos en el magín va marcando como la manecilla de un reloj. ¡Ah! otra idea. ¿Vendría el aire de esa familia endemoniada?... ¿cómo le llaman, Señor? El inspector del Timbre, padre de una tanda de ladrones.

—No sé, no sé... *(Con gran confusión.)* Yo he de poder poco, ó he de saberlo, y el calumniador, quien quiera que sea, me la pagará. ¡Vaya si me la pagará!

Llegaron á la oficina de Obra y Fábrica, donde no había nadie, ni nada que hacer, y Mancebo, después de hojear varios papelotes que tenía sobre su pupitre, se puso á picar una colilla. Angel se paseaba desde la mesa del canónigo obrero á la de D. Francisco. De repente saltó con la determinación de ir al Socorro á hablar con la Superiora.

—No le recibirán á usted. Tienen sus horas, y...

—Pediré una entrevista con Lorenza.

—No se la concederán.

Guerra había cogido de la mesa del canónigo obrero una regla de rayar papel, y la esgrimía como batuta. De repente dió con ella tan fuerte golpe sobre la mesa, que la partió en dos pedazos, y uno de ellos fué á dar á la pared de enfrente.

—Calma, amigo D. Angel, y no nos destroce el material, que no está la Fábrica tan sobrada de fondos.

Sin contestarle nada, Guerra se embozó en su capa, y se fué, subiendo por la escalera que sale al atrio de la Sala Capitular. Tan preocupado estaba que atravesó el templo como si pasara por un almacén. Ni las campanillas de las misas le sacaron de su abstracción, ni las caras conocidas que vió, ni el recogimiento y santidad del sitio. Como un rehilete salió por el claustro, tomando luego la dirección de la Trinidad y Santo Tomé para ir al Socorro, á donde llegó en un cuarto de hora. Díjole la portera que no se podía ver á la Superiora hasta la tarde, ni á ninguna de las hermanas.

Aburrido tornó hacia la Catedral, renegando de la Congregación que cerraba sus puertas á protectores de tal calidad, y cerca ya del Salvador se encontró á una pareja de hermanas, Sor Natividad y Sor Expectación, la negra de alabastro. Ambas eran conocidas suyas. Alegróse mucho del encuentro y las acometió con una granizada de preguntas, á las que hubieron de contestar con todo el comedimiento propio del hábito que vestían. No estaban enteradas de nada. Sólo sabían que Sor Lorenza había estado asistiendo en la misma casa á una novicia, enferma de cáncer, y que desde el día siguiente la sustituiría otra hermana, porque á Sor Lorenza la trasladaban á una casa de Gerona, para donde saldría «mañana ó pasado».

Oir esto Guerra y volarse fué todo uno. Despidióse como hombre que ha perdido el seso, y echó á correr hacia la Catedral. «Cualquier día consiento yo que la manden á Gerona... Esto es un destierro, una proscripción infame. ¡Si creerán esas beatonas que voy á tolerar tal procedimiento de inquisición veneciana!

Leré es inocente, y al que me diga lo contrario, aunque sea el mismo Cardenal, le enseñare yo el respeto que se debe á la verdad, á la virtud. ¡Trasladada nada menos que á Gerona! ¿Por qué? Porque una infame lengua... porque un alma venenosa... vamos, que no puede ser. ¡Ah! señoras del Socorro, no se debe permitir que la asquerosa envidia triunfe de la verdad. ¿Qué inquisición es esta? ¡Castigar al inocente, dar la razón al vil delator! Repito que esto no puede ser, señoras del Socorro. Hay que oir á Leré, y oirla delante de mí, mejor, oirnos á los dos delante de toda la Congregación. No basta con decir: «Dios sabe la verdad, Dios ve nuestra inocencia.» No basta, no, ¿cómo ha de bastar?»

Hablando de este modo, excitado, furioso, llegó otra vez á la Catedral, donde faltó poco para que entrara con el sombrero puesto. Ni por un momento se le ocurrió entregarse á sus ordinarias devociones. Misas había en diversos altares, y no se le ocurrió acercarse á oirlas. Bajó nuevamente á la Obra y Fábrica, donde aún estaba D. Francisco picando tabaco. Al oirle repetir la referencia de las hermanitas, el anciano clérigo soltó los chismes de la industria tabaquera, diciendo:

—¡Zapa, con que á Gerona! ¡Qué atrocidad! Eso es más serio de lo que yo creía. Luego, permanece en la Congregación. Pues yo pensé que la echaban, que nos la devolvían...

—Esta tarde—dijo Guerra sentándose en la silla del canónigo obrero y dando un peñetazo sobre el pupitre,—voy allá, y le juro á usted que, ó la veo, ó pasa algo muy gordo, pero muy gordo.

—Calma, calma, amigo mío. Quien va esta tarde allá soy yo, ¡Vaya con las correntonas, gabachas!... Poco á poco, señoras mías, que hasta ahí podían llegar las bromas. Serénese usted; advierta que con esa hormiguilla y ese furor súpito está dando la razón, ó apariencias de razón, á los calumniadores. Ponga usted el pleito en mis manos, y espere la sentencia, que ella será lo que más convenga á todos. Ahora mismo me voy, ¿á dónde creerá usted? á casa de Laureano Porras, el capellán y director de esas señoras, el cual ha de decirme que hay de ese destierrito á Gerona. Mientras no conozcamos los hechos, nada podemos hacer. Después determinaremos.

Sosegaránse con esto los nervios y el espíritu de Angel, el cual convino en aguardar á su amigo allí.

—Mejor es que me espere usted arriba, en la Catedral, porque subirá luego á la oficina el señor obrero, y no hay necesidad de que se entere. Fijemos un sitio para poder encontrarnos fácilmente: aquí en esta nave, junto al San Cristóbal ó si le parece mejor en la capilla Mozárabe.

—En la Mozárabe.

Cogió Mancebo su teja, y salió despacio, muy despacio, mirando el suelo y los ennegrecidos escalones como si algo tuviera que deletrear en ellos.

II

Angel subió también á la Catedral. Estaban en la misa mayor, y la magnificencia del culto, el canto del coro, las voces orquestales del órgano, le impresionaron hondamente, determinando una remisión

brusca de aquel estado de fiebre mental. El canto particularmente le transformó por completo, realizándose lo que indica la inscripción del órgano. *Psalant corda, voces et opera;* Canten los corazones: el de Guerra cantó también al unísono de la grave salmodia, diciendo: «Dios grande, he olvidado invocarte en esta tribulación. No permitas que triunfe la mentira. No permitas que sea condenado el inocente.»

La grandiosa nave parecíale entonces de una severidad sombría, y el Cristo colosal suspendido sobre la verja de la Capilla Mayor se le antojó ceñudo y austero, respondiendo más á la idea de justicia que á la de misericordia. No se resignaba el hombre á la idea de que el conflicto se resolviese con el destierro de Leré, y el corazón le anunciaba desdichas mayores. Creyó que le sometía la divinidad á pruebas terribles, y dudaba si tendría valor para soportarlas, ó si tales pruebas le arrollarían como impetuosas olas, contra las cuales nada puede la menguada fuerza del hombre. Inquietándose de nuevo, trató de calmar con la oración el tumulto de su alma, y compelió su voluntad á la obediencia poniéndole grillos y esposas; pero ¡ay! los hierros resultaban blandos como cera ante la distensión convulsiva, epiléctica de su carácter.

Arrimóse á la verja del Coro, apoyándose en uno de los machones cuyo metal, por lo bien labrado, debió de ser blando cedro entre las manos del artista. Tan pronto miraba de frente al altar de la Capilla Mayor como al interior del Coro, volviendo la cabeza. Todo aquel espacio, entre las cinco bóvedas de la nave central, le había parecido hasta entonces la expresión más gallarda que del arte cristiano existe en

el mundo. El retablo, que es toda una doctrina dogmática traducida mediante el buril, el oro y la pintura del lenguaje de las ideas al de la forma, le produjo siempre un vértigo de admiración. Pero aquel día el retablo se alzaba hasta el techo como sublime alarde de la humana soberbia. Las verjas peregrinas le daban comúnmente idea de puertas celestiales, que cerradas para los pecadores se abren para los escogidos. Aquel día se le antojaron frontispicios de jaulas magníficas para dementes, atacados del delirio de arte y religión. La Virgen del altar de Prima en el Coro le recordaba, salvo el color negro, á su parienta doña Mayor, y en las sillerías bajas, las grotescas figuras de tallado nogal remedaron el gesto y el cariz de Arístides y Fausto Babel. La figura de D. Diego López de Haro se había convertido en D. José Suárez, y uno de los mascarones del órgano con turbante turquesco era el propio D. Simón Babel, inspector del Timbre.

De pronto un clamor argentino, celestial, puro que del Coro salía, hirió sus oídos. Era la vocecita de Ildefonso, que cantaba con los otros seises: *tu autem, domine, miserere nobis.*

—¡Ah! pillo—se dijo, sintiendo en su alma un gran consuelo.—¿Estabas ahí? no te había visto.

Allí estaba, sí, arrastrando la cola de la sotana roja, goteada de cera. Angel comtempló por los huecos de la verja al sobrinito de Leré, que le miraba con picarescos ojos, y se reía el muy tuno, afectando formalidad en la postura. Sin forzar su imaginación, el atribulado creyente oyó aquella graciosa y bien timbrada vocecilla como si fuera la de Ción, que ve-

nía del Cielo, rasgando las nubes y horadando las bóvedas de la iglesia para decirle: «Papaíto, no te sometas. Leré es tuya, tan tuya en la religión como fuera de ella, y Dios hará lo que á ti te de la gana.»

Concluida la misa, se fué á la antecapilla del Sagrario, que dentro de la inmensa basílica era el hueco en que con más gusto se acomodaba y se embutía. Sin sentir se le pasaba el tiempo contemplando, al través de la verja grandiosa, la efigie vestida con asiática magnificencia, cargada de joyas cuyo peso rendiría las fuerzas de veinte Sansones. La capilla, toda mármoles y bronces, es digno estuche de la imagen que mide por celemines las piedras preciosas de sus arreos suntuarios. Como la devoción de la Virgen era la que más fácilmente prendía en el corazón de Guerra, allí se encontraba muy bien, en excelente disposición para sensibilizar la tutela que desde su trono celestial dispensa á los humanos la Reina de los Cielos.

Las ideas del devoto novel sobre las imágenes y sobre las vestiduras de éstas habían cambiado en aquella crisis tan en absoluto, que lo que antes le había parecido mal, ahora le parecía de perlas, sin duda por ver tantas y tan hermosas en el manto de la Virgen. El lujo material que envuelve los símbolos de la divinidad era ya, á sus ojos, de una lógica perfecta, pues nada más propio que aplicar al enaltecimiento y esplendor de tales símbolos todo lo bueno, fino y selecto que existe en la Naturaleza. No menos bellos que las flores son los rubíes y topacios; no menos hermoso que el fuego es el oro. Procedemos, pues, racionalmente adornando los objetos representativos

de la divinidad, con luces, joyas y metales riquísimos, como signos que materializan y declaran el humano respeto.

En tal concepto, la pomposa imagen de Nuestra Señora del Sagrario le representaba ó sensibilizaba mejor que ninguna otra, de la parte de acá, la sumisión de la Naturaleza á las potencias celestiales; de la parte de allá, el poder soberano de la divina intercesora, pues aquel trono de plata dábale idea, aunque vaga, de la inenarrable excelsitud del Cielo; los soles y lunas, el manto de perlas, las ajorcas, el pectoral, el cíngulo y la corona le permitían entrever y vislumbrar algo de las incomprensibles bellezas de arriba, y en suma, la materia selecta combinada por el arte creyente, le servía como de punto de apoyo para saltar hacia lo espiritual y lo intangible.

Dirigió mental plegaria á la Virgen, pidiéndole que no permitiese el triunfo de la calumnia contra Leré inocente Y no es fácil determinar qué imagen embargaba más el ánimo del neófito, si la del Sagrario, que ante sus ojos tenía, ó la de la ausente amiga y consejera, porque las dos se confundían en su corazón y hasta en las percepciones de sus alborotados sentidos. La humilde novicia del Socorro era ya, transcrita y estampada en su imaginación, el estímulo de todos sus actos, desde los más insignificantes á los más trascendentes. Jamás caballero de los que iban por el mundo castigando la injusticia y amparando el derecho, soñó en su dama ideal atributos de belleza y virtud tan peregrinos como los que Angel en su monja soñaba. Porque aquellos andantes aventureros veían á sus damas simplemente hermo-

sas, y cuando más, castas como los serafines; pero Angel veía á la suya hermosa sobre toda ponderación, de una honestidad y pureza absolutas, y además, con una ciencia que dejaba tamañitos á todos los padres de la Iglesia. Esta pureza y este saber divinizaban á sus ojos el rostro de Leré, si no vulgar, tampoco dechado de belleza; y se le antojaba de tan soberano hechizo que no podrían imitarle buriles ni pinceles de los más inspirados artistas. Y para llegar á la última embriaguez de idealización, representábase el traje de la novicia del Socorro, en la realidad bastante prosaico, como el más elegante que imaginarse podría, no con esta gentileza sensual de la mujer del siglo, sino con otra muy distinta, cuyo secreto hay que buscar en la iconografía cristiana y en sus mejores intérpretes, los pintores religiosos. La falda negra de estameña hacía unos pliegues propiamente escultóricos; el cuerpo, la toca cubriendo el busto, el velo corto, la manga ancha, todo era de una composición perfecta y de contornos exquisitos. Echándose á volar por los espacios del ensueño, concluía por imaginarse el velo de su amiga recamado de perlas, el busto cruzado por un pectoral que deslumbraba, y la toca guarnecida de esmeraldas y perlas, formando como un rostrillo ú ovalado marco, que en su magnificencia no era todavía digno de encerrar el inspirado semblante y los ojos sibilinos de la hermanita del Socorro.

Tales delirios no estorbaban la oración que á la Virgen dirigía con toda su alma: «Señora y Madre mía, tú me infundes valor sólo con dejarme llegar hasta ti; hácesme comprender que la injusticia no

triunfará, y me alientas á defender la inocencia, aplastando las cabezas de los discípulos de Satanás que andan por el mundo. Leré no saldrá de aquí, porque el dejarla salir viene á ser como declararla culpable. No, no puede ser. Los que la condenan á ese estúpido destierro tendrán que humillarse ante ella y confesar y declarar en alta voz su pureza intachable. ¿No es verdad, Señora y Madre, que tú quieres esto y me ordenas que así lo disponga? Y para llegar á este fin de justicia, ¿qué debemos hacer? Lo que los sucesos indiquen. Defenderemos á Leré por los medios materiales que correspondan á la violencia que con ella se quiere ejercer. En esto no puede haber ofensa de Dios ni de ti. Dios permite que en la humanidad se consumen actos de fuerza y que se derrame sangre para impedir el mal. La fuerza es tan de Dios como el espíritu, y la violencia en pro del bien y contra el mal ley santa es. Pues las guerras contra infieles, díganme, ¿qué fueron? ¿Qué significan los trofeos que adornan esta venerada iglesia cristiana? Leré no puede servir de juguete á la caprichosa disciplina de tres ó cuatro monjas ignorantes é histéricas. Leré está llamada á muy altos destinos. Por ella y para ella fundaré yo la orden más grande, más bella, mejor armonizada con los tiempos que corren. No será mía la gloria, sino suya, pues no soy más que un tosco intérprete de su hermoso espíritu. Pero tal mujer no puede ni debe prestar obediencia á las que han nacido para ser sus inferiores; y yo, con tu divino auxilio, la redimiré de esa oprobiosa tutela monjil, y la pondré en el eminente lugar que le corresponde.»

Su mente caldeada llegó á imaginar que asaltaba el convento, que imponía su voluntad á las hermanas, que éstas se le rendían sin condiciones, y que la calumniada novicia saltaba gallardamente á la jerarquía de Superiora ó Madre de la comunidad.

III

Y á todas estas, ¿qué hacía el ingenioso Mancebo? Al salir de la Catedral desde la oficina de la Obra y Fábrica, recorrió despacio la nave lateral de la Epístola hasta la capilla Mozárabe. Allí torció sobre su derecha, siguiendo por delante de la puerta del Perdón, siempre con el mismo paso lento, la mirada recogida, cual si llevara el Santísimo en una procesión solemne. Meditando en el delicado paso que á dar iba, se dijo: «Si ahora voy yo á Laureano Porras, y Laureano Porras se descuelga, como es probable, con alguna cosa que á este bruto de D. Angel no le agrade, este bruto de D. Angel me va á comer.»

Detúvose un instante en la puerta de la Presentación; salió al Claustro, volvió á entrar, indeciso, y por fin se metió en la capillita del Cristo de las Cucharas. «Si en realidad—pensaba,—no necesito ver á Laureano Porras para saber lo que me ha de decir. Pero en fin, demos de barato que me persono allá. Ya me figuro que voy por el Nuncio Viejo... ea, ya estoy en las Tendillas... un pasito más, y entro en la calle de los Aljibes. Tun, tun... «¿está D. Laureano?...» sí... pues adentro. «Hola, Laureano, buenos días. ¿Qué tal?... No tan bien como tú. ¿Te maravillas de verme

aquí? Pues ya debes suponer; vengo á que me enteres de eso de mi sobrina...» Me parece que estoy oyendo la contestación del amigo Porras: «Pues muy sencillo, D. Francisco: que nadie está libre de un arañazo, y como en estas órdenes hay que mirar mucho por la reputación, las hermanas han dispuesto que su sobrinita se vuelva al siglo, donde hace más falta que en el Socorro.»

Así pensaba tomando asiento plácidamente en un banco, á la izquierda de la verja.

—Esto que pienso—decía cruzando las piernas, apoyando el codo en el brazo del banco y la mejilla en el puño,—es la pura realidad. Sucederá exactamente como lo he discurrido; me dirá Porras lo único que en rigor puede decirme; de modo que ¿para qué molestarme? ¿Pues qué necesidad tengo yo ahora de echarme á rodar por esas calles, y todo para que me digan lo que sé? Estate quietecito, hijo mío, y descansa, y si puedes, descabeza un sueñecito en este cómodo banco, que anoche no dormiste nada, pensando en esa muñeca... Porque lo que yo digo: la santidad que gasta la niña es pueril y de juguete. Esta mañana, cuando aletargado me quedé después del largo insomnio, lo pensaba yo, y de este modo razonaba... mi tesis. Ella se irá al Cielo, si muere, porque es buena; ¿pero entrará como santa canonizable? ¡Quia! Buenos están los tiempos para andar en esos dibujos. Irá y la pondrán en un sitio muy alto de la bienaventuranza eterna, más alto que el sitio en que me pongan á mí. Pero ¿en qué concepto la llevarán á ese empíreo luminoso?... Es un suponer, Señor. Como entre los ángeles hay tantísimo niño,

desean tener una muñeca con que jugar... y en tal concepto irá mi sobrina á las regiones etéreas, luminosas... que yo no puedo figurarme cómo serán... irá, eso es, como la más preciosa de las muñecas para los angelitos... jí, jí, jí. (*Riéndose solo.*) ¡Ay Dios mío, qué cosas se me ocurren!... Pues á lo que iba: ahora estoy en realidad delante de Laureano Porras, á quien pregunto por su madre... ¡Y qué malita debe de estar la pobre señora! ¡Quien la conoció cincuenta años ha, cuando era la moza más guapa de Toledo! ¡Pobre doña Cristeta! Y ahora se empeña este maldito Laureano en que yo tome las once. Déjame á mí de onces y de bizcochitos... Quedamos en que allí no quieren á mi sobrina, en que mi sobrina volverá á la casa paterna de su tío... Ya la tenemos, y á poco que el madrileño ese nos ayude, fuera tonterías místicas. No es que sea tonta la niña, pues talento le sobra para comprender lo que nos conviene á todos. Y no sé yo cómo no entiende que el que fué su señor está enamorado de ella como un bruto, y que todo ese furor católico que le ha entrado no es más que los movimientos desordenados y el pataleo de la amorosa bestia que lleva en el cuerpo... ¡Dios mío, qué cosas vemos los que recibimos de ti el beneficio de una larga vida! Lo que yo no acabo de comprender, Señor, es por qué anda todo tan torcido en tu mundo, cada persona donde no debe estar, y nadie contento, y todos queriendo ir por donde ir no pueden; cerrado el camino para los de pies ligeros, y abierto para los cojos; unos con más de lo que necesitan, otros reventando de ganas de poseer lo que aquéllos desprecian. Francamente, vive uno y vive año tras año sin ver las co-

sas arregladas, y los que ahora son chiquitines verán, cuando se caigan de viejos, lo mismo que yo estoy viendo en mis días... Bueno, Señor. Quedamos en que estoy hablando con Laureano Porras, el cual me dice lo que en buena lógica debe decirme. Yo no lo invento, yo no invento nada. No hago más que seguir los sucesos al son y paso que llevan. Porque yo he observado en mi larga vida que el desear vivamente una cosa y persistir en tal deseo, es la mejor manera de encauzar los acontecimientos para que al fin venga á realizarse y á cumplirse lo que anhelamos. Porras piensa como yo, que la chiquilla debe volver al siglo y dejarse de hacer pinitos religiosos superiores á sus fuerzas muñequiles. Las cosas llevarán el aire que deben llevar; adelante, y marquemos el compás á los acontecimientos, ¡tan, tan!... que ellos al fin y á la postre bailarán como queremos que bailen. (*Adormeciéndose.*) No quisiera dormirme, porque se me haría tarde... A bien que Laureano me entretiene demasiado con su cháchara. Es hombre que cuando pega la hebra no hay medio de ponerle punto final. Y su madre, hidrópica y todo, también es de las que despotrican por siete, y le envuelven á uno en la conversación, sin dejarle un resquicio por donde salir. Convenido, convenido que la niña se vuelva á casa; y luego, ¡dulcísima Señora del Sagrario, protectora de toda mi familia, madre de los desconsolados, ayúdame! Con poco que me ayudes, les caso. ¡Vaya si les caso! Y entonces, ¡qué felices todos! don Angel el primero, porque sus intereses deben de estar muy abandonados y necesita quien se los cuide. Bien puede decir que le ha venido Dios á ver, por-

que yo soy un lince para administrar. Alabándome de ello, alabo al Señor que me dió estas grandes cualidades para todo lo económico. Y digan lo que quieran los tontos, también lo económico es de Dios, porque sin lo económico, ¿cómo vivirían las sociedades? No, Dios no quiere que el salvajismo prevalezca, y sin lo económico, ya se sabe... Lo que á mí me entristece es que teniendo este don de administrar no pueda emplearlo y lucirlo por falta de materia administrable. ¡Qué desordenado anda el mundo! Si á mí me pusieran de ministro de Hacienda... no aquí, no en España, donde todo se vuelve caciquismo, filtraciones, chanchullos, y qué sé yo qué, sino en... (*Se duerme profundamente.*)

Breve fué su sueño; pero en los minutos que duró tuvo tiempo de soñar las cosas más estupendas: que era inglés, y ¡¡ministro de Hacienda de Inglaterra!! sin dejar de ser Mancebo, y presbítero y beneficiado de la Catedral de Toledo; que la Virgen del Sagrario tenía el manto recamado de libras esterlinas, y otros mil disparates. Despertó con sobresalto, creyendo que su sueño había sido larguísimo, y como no tenía reloj para consultar la hora, entráronle sospechas de que había transcurrido gran parte del día. Por dicha, acertó á entrar en la capilla el sacristán de ella; don Francisco le llamó, y apoyándose en él para tomar la vertical, le dijo: «Te parece, Sandalio amigo, que tengo tiempo de haber vuelto de casa de Laureano Porras? Digo, de haber ido... No, no es eso... Es que me dormí, y tengo un poco ofuscadas las entendederas... Pero las doce no serán.» Adquirido el convencimiento de que ni las once habían dado aún, Mance-

bo se entonó, puso orden en su meollo, hízose dueño de todas las ideas que en su cerebro bullían antes de dormirse, disciplinó las rebeldes, acarició las sumisas, y se fué de la capilla de las Cucharas, tomando el camino de la Mozárabe... Como no encontrase á Guerra en el punto de cita, le buscó por diferentes sitios de la iglesia, y ya desesperaba de encontrarle, cuando Ildefonso, que ya había dejado en la sacristía su hopalanda roja, le dijo que el madrileño estaba en la antecapilla del Sagrario.

Allá fué Mancebo, y antes de decir palabra á su amigo, arrodillóse delante de la imagen de su particular devoción, para orar breve rato. Después, no queriendo tratar de cosas tan profanas delante de la augusta Señora, cogió al otro del brazo y se lo llevó al vestíbulo del Ochavo ó trascapilla de la Virgen, y allí, sentaditos codo con codo, platicaron de esta manera:

«Gracias á Dios que le encuentro á usted... Hombre, ¿no quedamos en que nos veríamos en la Mozárabe?

—Yo entendí que en la del Sagrario.

—¡Ay, estoy rendido! He venido á escape, porque allí me entretuve. Laureano, cuando rompe á charlar, no acaba. Luego, mis piernas no están ya para estas prisas, y la calle de los Aljibes no es aquí me llego.

—¿Qué hay *(impaciente)*, qué dice ese buen señor?

—Pues excusábamos la consulta, porque lo que dijo ya lo sabía yo, y piensa lo que yo pensaba. En resumen, el rum-rum ha sido tan fuerte que las hermanas no han tenido más remedio que dar esa satis-

*

facción á la opinión pública... por más que están convencidas de la inocencia de la niña.

—Pues si es inocente, ¿á qué el castigo? *(Sulfurándose.)* ¿Qué opinión pública ni qué niño muerto? Esto es un complot indecente, envidias de las otras hermanas, que quieren alejar á la que les hace sombra con su talento y su virtud.

—Pero si no hay destierro, ni la mandan á Gerona, ni ese es camino... Calma, hombre, calma.

—¡Ah! ¿Pero dijo el capellán que no se ha pensado en el destierro?... Explíquese usted.

—No... pero... sí, me lo dijo, me lo dijo. *(Para sí.)* ¡Demonio de hombre! Si no le contesto lo que él quiere, me pega.

—Me alegro. *(Respirando como quien se libra de un gran peso.)* Crea usted que estaba yo decidido á emplear la violencia, á impedir por cualquier medio semejante iniquidad, saltando por encima de todo. No crea usted; aún insisto en algunos de los propósitos que había formado. Leré, que tanto vale, no puede seguir subordinada á las que debían besar la tierra que ella pisa. Yo quiero que sea Madre.

—¡Que sea madre! *(Con júbilo.)* Pues eso mismo quiero yo, ¡zapa! Si acabaremos de entendernos... Bueno... verá usted lo que pasa. La niña, aburrida y mortificada de que se cuenten de ella esas barbaridades, ha dicho que no quiere más Socorro, ni más velo ni más hábito de estameña, y que se vuelve á su casa con su familia de su alma, con sus sobrinos queridísimos y con su tío que la adora.

—¡Ha dicho eso!

—Como usted lo oye. Y el contratiempo este con-

sidéralo como un aviso del Cielo, como una indicación de que debe variar de camino, dedicándose á otros deberes más difíciles de llenar que los del monjío, á la mundana lucha, á trabajar por el bien y la salud espiritual en compañía de sus iguales, y á darnos á todos la felicidad que tan bien nos hemos ganado.

—Don Francisco, usted sueña. *(Estupefacto.)*

—El que sueña es usted: Por mi boca está hablando la lógica humana... y diría la divina si no temiera ser irrespetuoso con la divinidad.

—¿Es cierto lo que usted me dice? *(Inquietísimo.)* Don Francisco, que me vuelve usted loco.

—Lo que hago, Dios lo sabe y la Virgen también, es tornarle á usted á la razón.

—¿Pero el capellán ha dicho eso? Júremelo.

—Hombre, yo no acostumbro jurar.

Tan aturdido estaba Guerra, que no sabía qué pensar, ni qué hacer, ni qué decir. Se levantaba y á sentarse volvía, comunicando al clérigo su turbación y desasosiego.

«Yo necesito comprobar ahora mismo esas noticias, Sr. D. Francisco—dijo al fin.—Iré al Socorro, y hablaré con ella, valiéndome de los medios necesarios para facilitar la entrevista, cualesquiera que sean.

—Ea, no empecemos á hacer tonterías. ¿Sabe usted lo que saca de tomar las cosas con esa comezón y esa fiebre? Que resulte un argumento más en contra de mi sobrina y una confirmación de la maledicencia.

—Pues si no ahora, esta tarde misma he de salir de dudas.

—¡Dale bola! No sea usted tan fulminante. Calma, sangre fría; váyase al cigarral y espere tranquilo los acontecimientos. Podrá suceder que, si se presenta usted en el Socorro con la cara fosca y echando lumbre por los ojos, la niña se asuste de su determinación y dude, y tengamos nuevos líos, nuevas dilaciones, y qué sé yo. De fijo que Lorenza estará pensando ahora en volver con nosotros; pero titubeará, tendrá sus vacilaciones, sus escrúpulos; y si va usted allá con historias, ¡zapa! puede que se nos tuerza otra vez y nos quedemos sin ella. (*Echando el resto.*) Conténtese con saber que la Madre y las hermanas, y el capellán Porras le aconsejan que abandone la vida religiosa... Vaya, ¿aún quiere mejores noticias? Pues estaría bueno que ahora lo echáramos á perder todo por la fogosidad y las impaciencias de este buen señor. Estése tranquilo en su casa, que Lorenza vendrá, lo tengo por tan cierto como este es día, y todo se reduce á no espantar al pececillo que tiene ya la boca abierta para tragarse el anzuelo. Para mí es cosa hecha; la hija pródiga vuelve á casa, y con ayuda de nuestra Protectora Sacratísima, la casaré con... Pepito Illán.

Angel había caído en una especie de letargo mental, y Mancebo le observaba la fisonomía con atención aguda, con socarrona perspicacia. En la mente del madrileño había aparecido una nebulosa, masa grande y difusa de ideas que aun no tenían forma pensable. Insistió de nuevo el clérigo en que no hiciera nada, en que dejara correr los acontecimientos y aguardase, porque si al Socorro iba con alguna tracamundana impropia del recogimiento monjil, podía

escandalizar á la Congregación, y á la niña y al pueblo entero, de lo que resultaría lo más contrario al deseo de todos. Como el puchero le llamaba, se despidió, diciendo para sí al abandonar la santa iglesia: «¡Demonio de hombre, qué perdido está! Si él y ella y todos hicieran lo que yo discurro, ¡qué bien estaríamos, y qué al derecho irían las cosas que ahora van torcidas!... A casa, hijo, á la casa de las once bocas, que el bendito garbanzo te espera.¡ Ay, qué vida esta! Siempre soñando con que mañana será mejor que hoy, y luego salimos con que todos los días son iguales, y no mejoramos, ni ese es el camino... Pero ahora no me queda duda de que va de veras, y Lorenza hará lo que yo pienso, y lo que le aconsejan Laureano y las hermanas... porque no hay duda de que se lo aconsejaron... ó se lo aconsejarán, que es lo mismo.»

IV

Guerra se fué á su casa llevándose á Ildefonso, á quien convidó á comer. Apenas concluyeron, mandóle al Socorro con dos cartas, una para la Superiora y otra para Leré, abierta. Ordenó al chiquillo que le llevase la respuesta a la Catedral, á donde se fué sin pérdida de tiempo, y entraba en ella cuando el *cimbanillo llamaba* á coro, diciendo en lo alto de la gran torre con su agudo y sonoro acento: *vox mea clamat; ergo canonici venite*, y los canónigos le obedecían, entrando por esta y la otra puerta, y tomando el camino del Vestuario.

Poco después empezaba la *Nona*, que oyó el neó-

fito con delectación, y las Completas. Nunca le pareció la Catedral tan risueña, ni el canto tan hermoso y sentido, ni el Presbiterio tan rematadamente suntuoso y bello. Todas las figuras que decoran el muro externo de la Capilla Mayor, ángeles músicos en diversas actitudes, unos con trompeta en la mano, otros con cítara ó violín, unían sus voces y la de sus delicados instrumentos á la patética salmodia, alabanza triunfal del Señor y confianza en sus misericordias. La soberana iglesia se le representaba en un grado superior de artística hermosura, como inmenso relicario de marfil esculpido por manos de ángeles, adornado de metales tan ricos por la materia como por la labra, y de piedras preciosas que en las contrapuestas oquedades transparentaban la luz del cielo, el cual, por aquellos anteojos de esmeraldas y rubíes, contemplaba el ámbito peregrino donde la vida mortal sueña con la eterna.

Ildefonso no tardó en volver con la respuesta, una carta de Leré en la que le decía que fuese allá á las cuatro en punto, carta en cuyo laconismo el exaltado caballero, sin saber por qué, vió algo de cariño profano, ó cierta inclinación á lo temporal. Sus corazonadas llegaron hasta ver en la letra un poco rápida de la epístola la mano nerviosa de una persona que interrumpe la operación de hacer su equipaje para trazar una carta urgente.

¡A las cuatro en punto! Y era forzoso aguardar, pues las dichosas *cuatro en punto* dormían aún en los senos futuros del tiempo perezoso. ¡Pues apenas faltaban siglos para la hora de la cita...! ¡Como que eran las tres! Angel ardía. La muestra interior del

reloj de la Catedral era una de las caras más antipáticas que había visto en su vida. La impaciencia no le impidió volver su pensamiento hacia la divinidad que en aquel recinto moraba, y se humilló para decirle con la más viva efusión del alma piadosa: «Señor, si has dispuesto que yo cumpla mi destino en la vida de acá por medio del matrimonio con la que destinabas para ti, en buen hora sea, y no cesaré en mis alabanzas de tu bondad hasta que se me seque la lengua. El disponerlo tú así significa que así debió ser desde el principio, y que tanto ella como yo habíamos tomado senderos torcidos. Tú los enderezas. ¡Cuán equivocados son nuestros juicios, Señor! Yo creí que la reservabas para ti, como si los humanos fuéramos indignos de poseerla. Pero ahora resulta que los caminos de la tierra también llevan á la perfección y á la vida perdurable. Por ellos iremos Leré y yo, la mirada siempre fija en ti, adorándote y ofreciéndote nuestros corazones con la esperanza de que nos admitas en la morada celestial.»

El reloj tuvo la condescencia de dar las tres y media. Guerra oyó la voz de Fabián, que parecía la del propio Isaías clamando entre ruinas y sombras, y maldiciendo á los impíos. La campana grande daba de tiempo en tiempo los toques canónicos, y á su profundo son, creeríase que toda la iglesia trepidaba, cual si de los subterráneos viniese un estremecimiento convulsivo de fiebre telúrica. Angel no pudo contenerse más tiempo, y salió escapado camino del Socorro, á donde llegó tan pronto, tan pronto, que pensó no haber invertido ningún tiempo en recorrer la distancia. Dió vueltas por la Judería aguardando

la hora exacta, y por fin, como todo llega en este mundo, entró, y ved aquí á mi hombre en la sala locutorio, esperando á la novicia y á la hermana que solía acompañarla. Su sorpresa fué grande al ver que Leré se presentaba sola en la visita, lo que le transcendió á ruptura con las hermanas y á preliminares de abandono de la Congregación.

Pero á la primera sorpresa siguieron otras, verbigracia: él se figuraba que Leré estaría preocupada y triste, y la vió alegre, risueña, en todo el esplendor de su serena ecuanimidad. Añádase á esto un accidente puramente local. La única ventana de la sala que daba al patio hallábase cubierta de percal rojo, y las caras de ambos interlocutores se teñían del reflejo de la tela transparente. El rostro de Leré, extremadamente arrebolado, parecía recién salido de una fragua.

«Ya sé lo que ha ocurrido—dijo Angel ávido de entrar en materia.

—¿Por quién lo supo usted?

—Por Mancebo.

—¡Ay, ay! No conviene fiarse de mi tío, que es muy buena persona, pero suele ver las cosas arregladitas á su deseo.

—Me lo dijo esta mañana, y he pasado un día cruel. ¡Verte calumniada, sin poder salir á tu defensa...!

—¡Defensa! ¿A qué defenderme? Ante Dios no lo necesito, pues sabe mi inocencia. Que los de acá me crean culpable, ¿qué me importa?

—Pero la opinión... las hermanas. *(Un poco desconcertado.)* Importa, sí, que tus compañeras tengan de ti la opinión que mereces.

—¡La opinión que merezco! Palabras de puro artificio que nada significan en mi conciencia.

—Ya ves. Hasta pensaron facturarte en gran velocidad para Gerona.

—Sí; eso se pensó en el primer momento.

—Pero ante todo. ¿De dónde ó de quién partió la calumnia?

—No lo sé, ni tengo interés ninguno en averiguarlo. A los que la fraguaron les perdono de todo corazón, y casi casi les agradezco la injuria, porque me proporcionaban lo que tanto deseo, ocasión de martirio, que rara vez se presenta en estos tiempos de vida tonta, dentro de la cual no hay drama humano ni divino, ni proporción alguna de hacer grandes méritos. Recibí el agravio con gusto, con placer íntimo que me adulaba el corazón, porque el dolor es mi querencia; yo lo busco, ando tras él desalada, como si fuera parte esencial de mí misma que me han quitado y que necesito reintegrar en mí. Es, hablando el lenguaje del mundo, mi media naranja. Pues digo que recibí el ultraje con gozo, porque me favorecía en mi deseada imitación de Nuestro Señor Jesucristo, que, siendo divino, soportó y perdonó ultrajes mayores. Me alegré, sí, porque yo no había sufrido ningún insulto de este calibre, ni desgracia alguna, ni aun contratiempos de estos que irritan á las personas. Me hacía falta una prueba, un cáliz amarguísimo, y como éste lo era, me lo bebí con delicia pidiendo á Dios que lo hiciera más amargo, y más repugnante de tomar... Fué un día de prueba para mí el día de ayer. Hallábame yo asistiendo á una infeliz novicia que tenemos aquí enferma de cáncer.

¡Si viera usted...! está muy mal; su cara es una pura llaga con un agujero, la boca, por donde le introduzco los alimentos y las medicinas. La noche anterior fué terrible. La pobrecita, en el delirio de la fiebre y de la consunción, me insultaba con los denuestos más atroces. Parecía que me profetizaba lo que me iba á pasar. Por la mañana, la Madre me llamó, y con rostro sereno contóme lo que decían de mí... Parecíame algo inclinada á creerlo, ó por lo menos dudosa y llena de sospechas. Al decirme que me disculpara y que probase mi inocencia, tuve un momento de angustia y de cobardía, del cual pronto me rehice. Respondí tranquilamente que lo que me imputaban era contrario á la verdad en absoluto; pero que yo no podía probar nada. Que presentaran pruebas los calumniadores. Yo no podía hacer otra cosa que negar redondamente.

—¿Y no te indignaste?

—¿Yo? No conozco la indignación. Dije á la Madre. «No puedo hacer más que negarlo, consolada por la voz del Señor que habla en mi conciencia. Y después de negar, me cumple obedecer. Si la Congregación me destina á otra casa, allá me voy. Si la Congregación no me estima digna de vestir su hábito, me lo quitaré. Si me arrojan de aquí, saldré, y dispuesta estoy á hacer lo que me manden, y á no tener voluntad.» Así se lo dije á la Madre.

—¿Y la Madre...?

—La Madre se echó á llorar, y como si recibiera una inspiración del Cielo, me abrazó y me dijo: «Eres inocente.»

—Ya, ya; muy bien. *(Clavándose las uñas de una*

mano en los músculos de la otra.) Pero aquí no puedes seguir.

—Después de lo que pasó entre la Madre y yo, nadie me ha dicho que me marche. El capellán don Laureano Porras había opinado, antes de que la Madre hablara conmigo, que me debían poner en una casa de Arrepentidas.

—¡Qué infamia! *(Indignado)* ¡Á ti, á ti en una casa de corrección! ¿Dónde está ese pillo, que le quiero enseñar...?

—Cálmese usted, por Dios. El pobre D. Laureano aconsejaba cuerdamente. Me creía culpable.

—¿Y hubieras tú consentido...? No me lo digas, porque...

—Si la Congregación hubiera dispuesto que yo entrase en las Arrepentidas, yo habría ido allá sin chistar. Obedezco siempre; no tengo voluntad.

—¡Leré! *(Absorto y casi sin habla.)* ¿Pero no ves que eso habría sido declararte... corregible... declararte culpable...?

—¿Y qué? La vana apreciación del mundo no significa nada para mí.

—Pero el hecho sólo de entrar en las Arrepentidas te ponía el sello de mujer mala.

—¿Y qué? Si Dios me ponía el sello contrario en mi conciencia, ¿qué podía importarme que me tuvieran por lo que no soy?

Atontado, como si fuera por el aire cayéndose de la torre de la Catedral, Angel no tenía en su cerebro ideas para contestar á su divina consejera. Caía, caía, sin llegar nunca al suelo.

—Tu tío—balbuceó al fin,—me dijo que acobarda-

da ante la calumnia, volvías á tu casa y renunciabas á la vida religiosa.

—Eso debió decírselo D. Laureano, porque el pobrecito no lo había de inventar. Tal fué la idea de nuestro capellán ayer tarde, cuando la Madre le dijo que creía en mi inocencia como en el Evangelio. Pero ya varió de parecer. Esta mañana confesé con él, y hace un rato me ha dicho que tome el hábito, y que no hagamos caso de esas hablillas de gente desocupada. Pero créalo usted, si D. Laureano me manda á las Arrepentidas, allá me voy, y el pasar por mala sin serlo me proporcionaría una humillación que me vendría como anillo al dedo para pulir y acrisolar mi alma.

Tanta sublimidad sacó de quicio al novel creyente, que en un arranque de entusiasmo fervoroso, casi llorando, casi arrodillándose ante la novicia, le dijo: «Hija mía, perdona mis malos pensamientos, que no son dignos de llegar hasta ti. Pero necesito confesarte una flaqueza mía muy grande. Con lo que me dijo tu tío, me aluciné, me trastorné, llegando á pensar que salías del Socorro y que te casabas conmigo.

—¡Jesús mío, qué disparate! *(Riendo con toda su alma. Risa franca y graciosa.)* ¡Pero qué cosas se le ocurren! No quiero más esposo que el que se digna tenerme por suya. Ni sirvo yo para estos matrimonios de acá; no sirvo, crea usted que no sirvo. Mi tío debe de estar un poquitín trastornado. ¡Pobrecito!

Echando lumbre por los ojos, que con el reflejo de la cortina parecían bañados en sangre, Guerra le dijo:

«Eres sublime, Leré. Ya que no puedes igualarme á ti, acércame siquiera... Insisto en que no debes conti-

nuar en una Congregación donde se ha dudado de tu mérito inmenso. Estás llamada á muy altas empresas, y yo en mi esfera humilde oigo el llamamiento de Dios para que te ayude. Fundaré la orden de que debes ser directora, hermandad ó como quieras llamarla, que te permitirá derramar por el mundo los tesoros de tu corazón divino. Todo cuanto tengo es tuyo; tuyo cuanto puedo y cuanto valgo.

—Eso no puede ser... ni viene al caso. ¡Fundar lo que ya existe! Esta institución religiosa es excelente para dar algún alivio á la pobrecita humanidad, que es pura miseria.

—Pero yo deseo que tú mandes, que no seas mandada... Yo quiero que tu espíritu sublime se traduzca en hechos... Te daré á conocer mi plan...

Leré meditó. Parecía vacilante. Era humana y la oferta de presidir y gobernar una gran fundación hirió su mente soñadora, haciendo flaquear sus propósitos de perpetua servidumbre.

—Veremos—murmuró,—y sus pupilas bailaban frenéticas, como no habían bailado nunca.

Guerra pudo observar en ella un fenómeno semejante á la oscilación de un gran monumento, esto es, la torre de la Catedral, que se tambaleara, no para caerse, sino para calzar mejor sus cimientos poderosos en las profundidades del suelo. Pasado un ratito de abstracción profunda, la novicia miró fijamente á su amigo y le dijo:

—Pues bien, acepto... pero con una condición.

—La que tú quieras.

—Mire que es algo dura la condición esta, amigo don Angel. No hay que comprometerse antes de conocerla.

—No importa... Fundemos la institución que llevará tu nombre, y haz de mí lo que quieras.

—Pues... fúndese eso, tal y como usted lo ha concebido; pero antes de que el caso llegue, si ha de contar conmigo, es preciso que usted se haga sacerdote.

Angel recibió el tiro á pie firme, á cara descubierta y con ánimo resuelto. El fogonazo, el estruendo, y el boquete enorme que hizo al penetrar en su cerebro la proposición de Leré, le exaltaron más, y delirante, fascinado por su ídolo, se arrancó á decir:

—Seré sacerdote.

—¿De veras?

—Tan de veras como estamos aquí tú y yo.

El júbilo hizo perder á Sor Lorenza por un instante breve la serenidad augusta de su carácter.

—Bien, bien—dijo con voz opaca.—El Señor está con nosotros. Le pertenecemos ya. El buen camino se nos abre ¡y qué camino! Detrás se quedan el mundo tonto, la ridícula sociedad, y los intereses temporales, no más importantes que juguetes de chiquillos. ¡Qué contenta estoy! Este minuto en que el papá de mi Ción me ha dicho lo que acabo de oir vale por años enteros de esas dichas ilusorias del mundo. ¿No lo cree usted así? Concluyamos por hoy... Es hora de que nos separemos.

Angel la veía como digna de figurar en los altares, y si no estaba ya en ellos era, á su modo de ver, por injusticia y yerro de los hombres, que los hombres mismos pronto, muy pronto rectificarían. Salió de allí inflamado en adoración de Leré, ya sin voluntad, disparado satélite de aquel rutilante planeta. El fresco de la calle, despejándole la cabeza, no modificó en

manera alguna sus graves resoluciones. Reconoció el poder inmenso de su inspirada maestra y doctora y pensó que así como á él le transformaba, podía transformar el mundo entero, si se le daban medios de traducir en realidades su grande espíritu. «Es criatura sobrenatural, mensajera de Dios—se decía,—y ante ella abdico mi razón, me aniquilo, me borro de mis propios papeles, y soy y seré lo que ella quiere que sea.»

Santander.—Diciembre 1890.

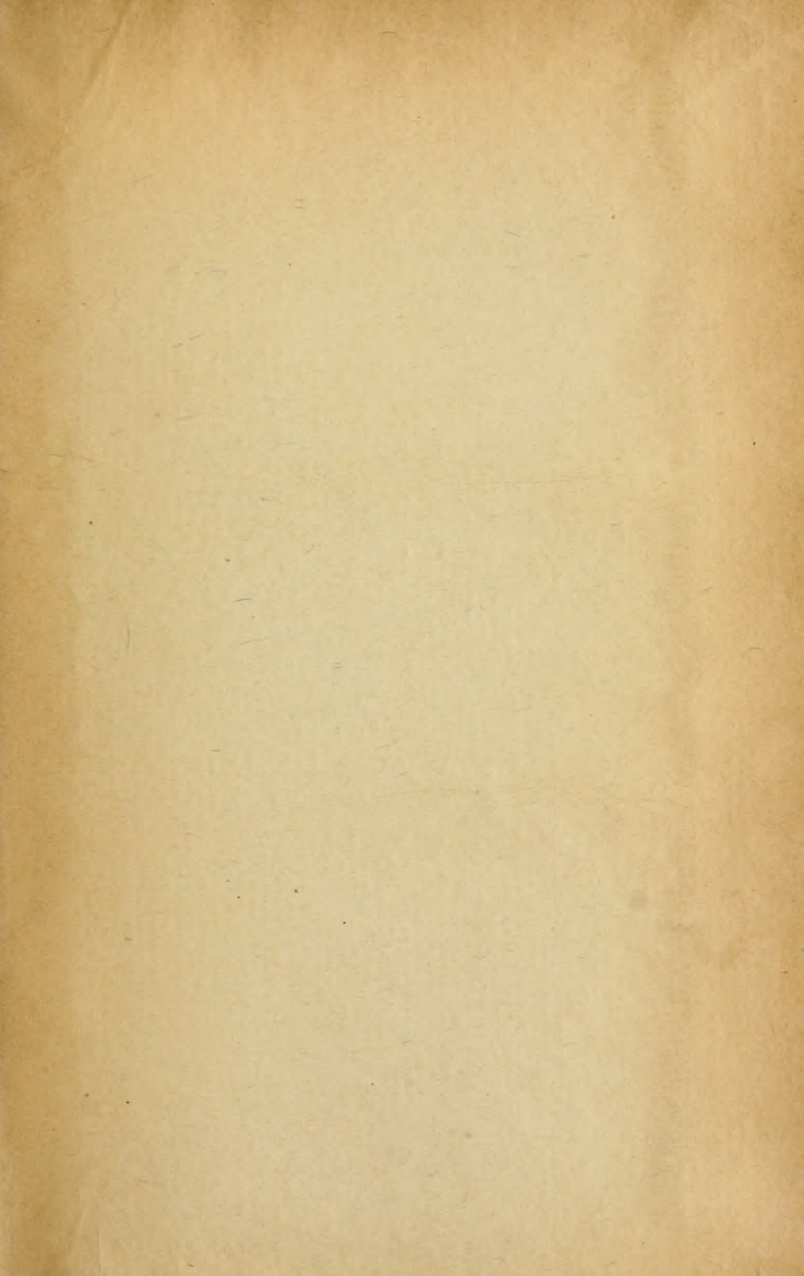
FIN DE LA SEGUNDA PARTE



INDICE

SEGUNDA PARTE








UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 09 13 07 09 012 0